



EL AMOR
es encontrar el
momento

Romina
Naranjo

Phoebe

Romina Naranjo

El AMOR
es encontrar el
momento



Phoebe

Primera edición: noviembre de 2019

Copyright © 2019 Romina Miranda Naranjo

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-46-7

BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónStudio

Fotografía: Kuikson/Indira's work/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

PRIMER EPÍLOGO: SUSO

SEGUNDO EPÍLOGO: CAYETANA

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*A la Amy de mi Janis. Por ser, estar y aparecer.
#Tequieroporsimemuerto100pre*

El momento que esperas es ahora.
Compra ese vestido.
Haz la llamada.
Ve a la cita.
Di te quiero.
Cómete ese postre.
Baila bajo la lluvia.
Ríe a carcajadas.
Estrena los zapatos.
Bésale con ansia.
Envía ese mensaje.
Canta la canción.
Lee hasta dormirte.
Sueña hasta que se cumpla.
Porque el momento siempre es ahora.

1

NO SABES NADA, CAYETANA HERNÁNDEZ

CAYETANA

«Cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...».

Dejé que el estridente pitido del despertador del móvil sonara el equivalente a un nanosegundo antes de arrearle —delicadamente, claro, que todavía lo estaba pagando— para hacerlo callar. No había pegado ojo, esa era la verdad, pero levantarme antes de que fuera la hora, por bien despierta que me encontrara, no constaba en los férreos artículos que regían mi constitución.

Aparté el nórdico y en el proceso de estirar el brazo toqué zona blanda. Mohín de disgusto. La cabeza trabajando a toda velocidad en busca de una explicación... ¡Ah, sí! Mierda. Ese tío. Seguía aquí. ¿Por qué? Con la pernocta tampoco comulgaba... Pero, claro, habíamos hecho nuestra esa popular letra de Sabina y nos habían dado las doce y la una, y las dos, y las tres...

Y estaba yo al borde del ataque de histeria al ver que tenía que empezar mi día y no lo hacía como más me gustaba: a mi bola.

Habría que ponerle remedio con carácter inmediato.

—Eh. Eh, tú. Fuera. Tienes que irte.

No entendí lo que masculló, aunque por el contexto bien podría haber sido cualquier cosa. Qué hora es, dónde están mis pantalones... o lo que fuera. Giré medio cuerpo y me aparté el flequillo de los ojos para verlo bien. Me notaba la boca pastosa y el cuerpo raro, como revuelto. Con esa sensación de incomodidad extraña que te dice a voces en el oído que necesitas comer, ducharte y quemar las bragas que has llevado puestas toda la noche. «Alma sucia», lo llamaba yo.

—Tío, en serio. Levanta y pírate.

Salí de la cama de un salto, me metí en los primeros pantalones que encontré y me eché un suéter por encima. Así, sin sujetador, camiseta ni nada. Ya habría tiempo para eso. Removí el desastre hasta dar con la ropa del susodicho y empecé a lanzársela cual jugador de béisbol profesional. Los gayumbos le impactaron en

plena cara; la hebilla del cinturón, que colgaba inerte de los vaqueros, en el hombro.

—¡Au! Cayetana, joder... Me has hecho daño.

—Razón de más para que te vistas y te vayas ofendido de mi casa.

A poder ser, a la velocidad de la luz y sin mirar atrás.

Con el ceño fruncido y una barba de dos días desaliñada, mi amante bandido empezó a vestirse, echándome miraditas desconcertadas y medio mosqueadas que yo pretendí que no me afectaran.

A ver... Voy a dar una pincelada breve de la situación. Pero no entraré en detalles.

Me había ido a Barcelona, hacía como un año, huyendo de... porque... Bueno, que me había mudado de una capital a otra, ya está. Compartía piso en Sants con una estirada obsesivo-compulsiva, asustadiza y prácticamente asocial, y me había hecho más o menos a mi nueva realidad en todos los aspectos salvo en lo que respectaba al curro. Mi curro es una mierda.

Trabajo como fotógrafa en un estudio. Tengo un jefe que lo único que sabe de fotografía es que apuntas y disparas. Mi carrera como *freelance* está prácticamente parada porque tengo unos horarios que rozan el esclavismo, y porque, qué queréis que os diga, después de todo el día haciendo fotos para el DNI, retratos reiterativos de embarazos o bodas y álbumes gemelos de comunión, de lo último que me quedan ganas es de callejear con mi Nikon en busca de inspiración. He perdido..., no sé, la chispa, las ganas. Mi toque. Ya no siento placer en hacer de cualquier rincón un instante para el recuerdo. Ya no soy capaz de encontrar el momento.

Supongo que me lo dejé en Madrid, en aquel piso que tanto me gustaba, con una amiga a la que quiero como a una hermana. O en Sevilla, acariciando los bordes fríos de un estetoscopio que se había convertido en la eterna página pendiente de mi vida. Pero no voy a hablaros de eso, de él, porque lo tengo superadísimo. De verdad.

—Joder, tía, ¡no son ni las ocho!

¡Ah, sí! El susodicho. En ese momento estaba poniéndose su reloj de pulsera. Ese que había tenido la desfachatez de dejar en mi mesilla de noche, previo empuje de mis cosas, como si fuéramos colegas de toda la vida, novios o follamigos en plan serio. Lo miré con impaciencia. Joder, normalmente los tíos estaban locos por largarse, ¿por qué narices él no?

—Es que yo entro a trabajar a las nueve. ¿Tú no?

—Hoy voy de tarde. —Pareció nervioso. Al menos un segundo, pero, claro, ¿qué sé yo? Habíamos practicado buena parte del *Kamasutra* por la noche, pero eso no quería decir que me supiera los detalles de su vida—. Voy directo a casa a darme una ducha y zamparme un desayuno continental.

—Me parece un planazo. No dejes que te distraiga.

Agarré el pomo de la puerta y tiré. Él, con la chaqueta colgada de un brazo, negó con la cabeza, pero se le escapó una sonrisilla.

—Ya veo que el romanticismo no es lo tuyo.

—La cucharita no me va. Soy más de palillos, ya sabes. —Hice un gesto obvio hacia mis rasgos medio orientales: de madre chino-sevillana y padre sevillano entero—. Y como te he dicho, tengo que currar en ese estudio de mierda que me permite pagar este piso de mierda, que comparto con una chica que subrayó en el contrato de alquiler que no podía traer gente a dormir.

Y que como saliera de su cuarto y nos pillara, me iba a caer encima como las plagas de Egipto.

—Venga, Caye, ¿en serio? Como excusa te las he oído mejores. ¿Me vas a decir que llevas un año aquí y la pirada esa no ha pasado la noche con nadie? ¿Nunca?

—Eh. —Lo señalé con el dedo. De repente las ganas de dialogar se me habían atragantado—. Solo yo, que la sufro, puedo llamarla pirada. Tú no.

—Vaya, vaya... Cayetana Hernández, al final vas a tener tu corazoncito y todo.

Lo escolté hasta el salón y, de ahí, a la puta puerta de entrada. Juro que, siendo el espacio compartido tan minúsculo como era, sentí el camino como si fuera una jodida *gymkana* del *Grand Prix del verano*.

—No te hagas ilusiones. Soy como Tony Stark.

Me pareció que por fin se iba, pero colocó la mano en el quicio de la puerta y se giró para echarme un último vistazo. Ay, de verdad, ¡qué cansino!

—Quita esa cara de mustia, Lucy Liu. El día todavía puede albergar sorpresas.

—Ya... Pero la noche es oscura y está llena de horrores, sobre todo si no duermes y todavía no te has tomado el café, así que... Ya nos veremos.

Le hice un gesto con la barbilla y empecé a cerrar. En serio. Literalmente. Al final pareció que captaba la indirecta —con esfuerzo, que se ve que el chaval todo lo que tenía de avispado para abrir sujetadores lo acusaba en cuanto a cazar las evidencias al vuelo—, se despidió y yo, por fin, pude echar el cerrojo.

Qué despiste... No os he dicho ni quién es. Ese era Pau. De cuyo apellido no puedo acordarme. Algo catalán, seguro. Trabaja en el mismo estudio que yo, y se encarga de la apasionante tarea de recortar los *packs* de seis fotos de carné que yo

hago, digitalizar las imágenes antiguas que nos traen los clientes o ir cambiando los tipos de marcos horrendos que ofertamos para enmarcar láminas.

¿Cómo acabó un hombre como ese en la cama de una servidora? Pues... porque Barcelona es una ciudad grande y yo... jamás me he sentido más sola. Con mi amiga Nina y mi familia lejos, los primeros meses fueron un poco... caóticos. Fiestas y alcohol para olvidar que no estaba donde quería, y más fiestas y todavía más alcohol para superar que, tras la resaca tocaba recordar que seguía justo en el mismo sitio.

La ciudad era una gozada de cultura, gastronomía y arquitectura, pero el piso no me iba, el curro no me representaba y la gente con la que me relacionaba ni sabía nada de mí ni parecía tener el más mínimo interés en conocerme. Hasta Pau, que, al menos, sabía escuchar.

Nos enrollamos un par de veces, nunca de forma seria, ni mucho menos exclusiva. Yo no tenía el cuerpo para nada por el estilo, pero una tiene sus necesidades y, en ocasiones, ni el mejor vibrador del mercado aderezado con un buen surtido de fotos de Can Yaman es suficiente.

Que hacérmelo con un tío con el que trabajaba era un error ya lo sabía yo; pero no tenía intención de que la situación perdurara en el tiempo, y desde luego, no pensaba volver a meterlo en mi casa. La noche anterior me había cogido desprevenida, porque había en mi marcador más mojitos de fresa de los que mi hígado había podido filtrar. Pau se iba a quedar en algo meramente episódico. O, por lo menos, eso pensaba yo. Pobrecita.

De vuelta al presente que nos ocupa, me tomé un yogur con un buen chorro de leche condensada y, mientras paladeaba tan exótico manjar, mi compañera de piso hizo su aparición.

Pelo rubio largo, pijama *random* —en serio, cutre, cutre—, las gafas bien subidas por el puente de la nariz y su neceser marrón bien apretado bajo el brazo. El cepillo de dientes lo traía ya en la mano, me figuro que para ahorrar los valiosísimos segundos que habría perdido de sacarlo de su funda dentro del baño. Porque, sí, ella era de esas. De las que guarda todos sus enseres personales en su habitación porque no se fía ni de su sombra para dejar un triste tampón en un baño compartido.

—Buenos días, Cande. —Le sonreí, lamiéndome una gota de leche condensada que se me había pegado a la barbilla—. Has madrugado. ¿Entras más pronto a la gestoría esta semana?

No sabía en qué leches trabajaba.

—Cayetana... —Su tonito hizo que se me atragantara el yogur. Recordé en ese momento que no le gustaban los diminutivos—. He oído a un chico.

Me llevé la mano derecha al pecho y fingí otear el horizonte desde el trozo de encimera en el que estaba sentada, con la mismita cara de alucine que debió de poner el tío que atisbó el iceberg desde lo alto del *Titanic*.

—¿Un chico? ¿Dónde? ¿Estará vacunado?

Sonreí. Ella no, claro.

—Cayetana... Lo dejé superclaro en el contrato. Nada de visitas para dormir, y mucho menos de ese *estilo*.

—Normalmente cumplo con tus normas al pie de la letra, Cande, pero...

—Es «Candela». —Apretó más el neceser. Lo sé porque crujió un poco. Réquiem por el tubo de Licor del Polo—. Es el nombre de mi abuela, no me gusta acortarlo.

Tiré el envase del yogur al contenedor de reciclaje y luego me erguí con paciencia. Joder, qué mañanita...

—Perdona, siempre se me olvida. —Sonreí, pero un poco forzadita—. Decía que suelo cumplir con esa norma, pero...

—No me gusta que haya hombres en casa. Ni para dormir ni para estar por aquí. El piso es mío y te alquilo una habitación porque no eres fumadora y no tienes mascotas. Porque pagas el alquiler entre el uno y el cinco del mes y no vas a hacer agujeros en la pared. Pero también, Cayetana, porque prometiste que no habría visitas de ese estilo. ¿Sigues pudiendo cumplir eso?

—Pondré todo mi empeño, Candela.

Asintió y se alejó por el pasillo, vacía de toda pasión y sensualidad. Con su pijama cualquiera y su neceser discreto. Desapercibida. Tan hueca por dentro que la voz le hacía eco.

Me volví a la única parte del piso, mi habitación, donde podía sentirme más o menos cómoda, aunque en ese momento oliera a «visitas de ese estilo». Abrí la ventana y arranqué de la cama el nórdico y las sábanas. Me contorsioné para poder poner una bajera limpia y luego completé el trabajo lanzando las almohadas y cojines sin orden ni concierto.

Me quedé un momento mirando la hilera de lucecitas brillantes que había colgado sobre el cabecero. Había prendido polaroids del cableado. En algunas se veían los rostros sonrientes de los señores quiosqueros, también conocidos como mis padres, a Nina y a mí ataviadas como las Spice Girls con cepillos de pelo a modo de micrófonos y un montón de momentos robados de Madrid

fotografiados por mí. Alguno había también de mi nueva residencia, pero yo no había sido justa con Barcelona, en tanto que me había acogido cuando llegaba a ella moribunda y con las alas rotas: su belleza se me escapaba del enfoque, y todo cuanto podía ver de la Ciudad Condal se me antojaba borroso y sin luz propia.

—Un trabajo solo es un trabajo, Cayetana. Un medio para un fin.

Me lo repetí hasta que las palabras se me atragantaron en el paladar, mientras sacaba del armario el pantalón de pinzas azul marino y la camisa abotonada color mantequilla con el pañuelito atado al cuello. Había una chapa con mi nombre y la imagen vectorizada de una réflex en la solapa que me ponía los pelos de punta, pero, con el tiempo, casi era capaz de no mirarla directamente.

Era esperpéntico. Parecía una azafata venida a menos. O la empleada de una cadena de hamburgueserías con ínfulas. Me gusta la ropa. Concretamente, me gusta MI ropa. Tengo un montón, y no pienso dejar el vicio. ¿Por qué no puedo llevarla al lugar donde trabajo? Si pudiera llevar mis vaqueros, o mis botines... Pero no. Ni siquiera nos daban esa libertad. Mamón era así de mal jefe. Perdón, Ramón. El desprecio me confunde. Por lo menos habíamos ganado la batalla de no tener que ponernos falda. Hombres y mujeres —Pau y yo, sin más— lucíamos el mismo atuendo. Salvo que él, en vez de pañuelo al cuello, llevaba corbata. En serio. Una puta corbata para hacer fotos en un estudio de mierda perdido en alguna calle trasera de la estación Barcelona-Sants. Ni os molestéis en buscarlo en Google Maps, que no sale.

Hice tiempo buscando una muda limpia en mi desastre de cajonera y sacando envoltorios vacíos de Mars y Twix de mi bolso de trabajo hasta que oí abrirse la puerta del baño. Imaginé que a Candela le habría tocado lavarse aquel espesísimo pelo suyo, y de ahí la tardanza. O, con suerte, había estado masturbándose en la ducha y ahora encararía el día mucho más relajada.

Como fuera, le fui a la zaga y me encerré antes de que pudiera decidir que le había faltado quitarse los pelos del bigote o algo así. Dejé que la nula presión de agua me mojara entera. Apoyé las manos en los baldosines y me miré los dedos. Llevaba las uñas recortadas y sin pintar. A Mamón tampoco le iban las estridencias. De hecho, al contratarme, me preguntó muy serio si habría un día en particular donde acudiría al trabajo con una diadema en forma de orejas de gato, o llevando alguna mascarilla pintarrajeada cubriéndome la boca; si celebraría el Año Nuevo Chino o si le haría huelga currando más.

Me lie una toalla en el pelo al pisar fuera del plato de ducha y extendí una generosa capa de crema por todos los poros de mi cara. Iba con el tiempo pegado

al culo, pero había rituales que una mujer de bien nunca se saltaba, y la hidratación, para mí, era uno de ellos. Además, la genética me había dotado con una melena que se mantenía lisa en cualquier situación, así que el tiempo que muchas malgastaban peleando contra las ondas naturales de sus cabellos yo lo ganaba. Un poco de rímel y brillo suave en los labios era todo mi proceso de maqueado para ir al curro. Me subí las bragas bajo la toalla y salí descalza, esperando que en el tendedero hubiera algún par de calcetines limpios.

—¡Premio! —Los arranqué de la pinza, sin plantearme ni un segundo lo práctico que sería descolgar la ropa, que llevaba seca la friolera de cuatro días, y meterla en mi habitación—. Calentadle los pies a mami.

Metí los dedos agarrotados en esa maravilla de la ingeniería que eran las prendas interiores de algodón. Me había puesto unos de Spiderman, mi pequeño grito de rebeldía ante un uniforme que nos clasificaba a todos como empleados iguales.

Iba a darme la vuelta para proceder a vestirme y emigrar a toda velocidad cuando una Candela ya preparadísima —en serio, ¿cómo lo hacía?— se me puso enfrente.

—¡Hostias, qué susto!

Le vi agarrar el rotulador y acercarse a la pizarra que habíamos colgado de la nevera. Mal rollito. De esa puta pizarra nunca salía nada bueno.

—Te toca la basura esta semana, Cayetana. Y el baño.

—El baño lo hice la pasada.

—Ya, pero yo te cambié el turno de la cocina. Te vuelve a tocar.

Inflé los carrillos. ¿Pillaría abierto algún *sex shop* de camino al estudio de fotos para invertir en dieciocho centímetros de alivio del estrés que poder regalarle a aquella siesa?

—Pierdes la mitad de toda esa melena «mufásica» al lavarte el pelo, Cande. —Y le puse todo el retintín que me fue posible al diminutivo—. Es un problema del que deberías ocuparte.

—¡A mí no se me cae el pelo!

—No, claro. —Me agarré bien la toalla bajo las axilas. Solo faltaba completar la mañana haciéndome un Sabrina—. Se te precipita de la cabeza porque es incapaz de seguir soportando tus neuras.

Emprendí camino a la habitación. Ella no me siguió, claro. La buena y perfecta Candela. Su palo metido por el orto le impedía cualquier tipo de confrontación. Otro gallo cantaría si el orificio relleno fuera otro...

—¡Te toca el baño! —me gritó, tirando de la puerta para marcharse a la gestoría a gestar, o en lo que coño trabajara ocho horas diarias—. ¡Estás avisada!

Me vestí lo más deprisa que pude teniendo en cuenta que odiaba cada prenda con todas las fibras de mi ser y luego cogí aire. Algún rincón perdido de mi mente recordó las palabras de Pau, eso de que el día todavía podía albergar sorpresas, y me obligué a creer que era posible. Desde luego, yo pensaba poner muy mucho de mi parte para que así fuera.

Agarré mi porfolio de la mesilla y sonreí al apretarlo entre mis manos. Había estado trabajando en un par de propuestas para Mamón sobre cómo maximizar los recursos y hacer que la jornada fuera un poco menos... estancia en el infierno de los fotógrafos, y hoy, por fin, pensaba enseñársela. Me había empapado del callejero de Barcelona a tal nivel que hasta el padre de Nina, taxista de profesión, se habría sentido orgulloso de mí: lugares apropiados para sesiones al aire libre, alquileres por horas para tiradas temáticas, calles con encanto, zonas ajardinadas y espacios naturales donde recrear fondos nuevos para las fotos. Novedad. Dinamismo. La posibilidad real de que mi toque tras la cámara resurgiera.

Pasé la mano por la mesilla, para eliminar la huella imaginaria del reloj de Pau, y luego centré mi pila de libros sin leer. Él había tenido la osadía de apartarlos para dejar sus cosas, algo que me había incomodado hasta provocarme escalofríos.

Eso no importaba. Era posible que estuviera a punto de dar un pequeño paso para el hombre, pero uno muy grande para no ir a mi trabajo todos los días deseando que una apendicitis de caballo me tirara al suelo.

Me confié, y ese fue mi primer error. Sonreí mientras me calzaba los zapatos más feos jamás creados para los pies de una mujer, y hasta me permití sentir cierto entusiasmo ante lo que se avecinaba. Y ese fue el segundo error. Debí revisar el contenido del porfolio antes de coger el estuche de la Nikon, colgarme el bolso del hombro y salir del piso sin mirar atrás, pero, claro, yo todavía no sabía nada; porque haberlo sabido de antemano nos habría dejado sin historia, y, llegados a este punto, ¿qué gracia tendría eso?

2

LA TRAICIÓN LLEVA ZAPATOS ORTOPÉDICOS

CAYETANA

Me permití la licencia de parar a comprarme un donut relleno y callejear un poco. Paré delante del edificio del Palau Balaña Multicines, aunque me cogía un poco —bastante— mal de la trasera de la estación donde estaba el estudio de fotos. Llamadme irresponsable si queréis, pero aquella mañana en particular tenía yo instalado en el pecho un no sé qué que hacía que mi poca prisa habitual por llegar al curro se hubiera diluido todavía más.

Pese a tener en mi poder el porfolio único, mi tesoro, no terminaba de animarme a cumplir con el ritual metafórico de fichar y ver pasar la mañana y parte del mediodía metida entre aquellas cuatro paredes atestadas de columnas falsas, columpios falsos, arcos de medio punto falsos y, en fin, fotografía falsa, para resumir. Sabía que llegaría el momento en que tendría que hacerlo, y enfatiqué esa seguridad sacándome el móvil del bolsillo trasero de los horribles pantalones y abriendo mi aplicación de Amazon.

—Quiero esas botas... —Y acaricié la pantalla, a ver si a fuerza de mirarlas con deseo, como Audrey Hepburn ante el escaparate de Tiffany, el precio disminuía—. Hay que ver a lo que tiene que rebajarse una chica decente por mejorar su fondo de armario de cara al invierno...

Desencajé mi mandíbula a lo serpiente y me metí el resto del donut en la boca. Después, me limpié las manos con un pañuelo de papel y aceleré el paso. Fui construyendo en mi cabeza una suerte de discurso lapidario que haría que Mamón no pudiera por menos que romper en aplausos mientras me dejaba de encargada de la tienda. Sabía lo que quería decirle y que mi propuesta era consistente, así que me armé de valor y, una vez delante de la puerta, tiré de ella con confianza.

Olía a desinfectante. Y un poco a productos químicos, a pesar de que la era digital se había comido el proceso de revelado tradicional hacía ya mucho

tiempo. Pasé tras el mostrador para dejar mis cosas, pero, sin ni siquiera haber soltado el bolso, me di cuenta de que la cosa pintaba fea. Primero, porque oí una risa ronca desproporcionada, y allí nadie se reía, porque nadie podía ser feliz haciendo aquel trabajo, y, segundo, porque las sombras que venían del cuartito para empleados eran dos. Y, que yo supiera, esa mañana en particular allí solo pringaba una servidora.

Enarqué una ceja y llamé con los nudillos de modo ceremonial, porque antes de que las dos cabezas tuvieran tiempo de levantarse, yo ya tenía los dos pies dentro de la habitación. Me encontré a mi jefe y a Pau, y no, no estaban en posiciones comprometidas, ni haciéndose mutuamente la prueba de la alcoholemia; eso habría estado hasta bien, teniendo en cuenta lo que vino después.

—Vaya, pero ¡qué ven mis ojos! ¡Si es Cayetana, la mujer para la que los horarios no existen!

Mamón levantó su brazo peludo y regordete y se señaló un reloj que debía de llevar incrustado allí desde su comunión.

—Buenos días, perdón por el retraso. —No me parecía haber llegado muy tarde... en comparación con el resto de los días—. He tenido un pequeño problema con un desvío.

—Llevas un año viviendo aquí, Cayetana, ni siquiera necesitas coger el metro para venir a trabajar; ¿esperas que nos creamos eso?

Lo miré, contrita. El pelo prácticamente le brillaba por su ausencia, y tenía la camisa del uniforme, muy parecida a la nuestra, cubierta de manchurroneos. Mamón era un tío desagradable, así, en general, pero no era habitual que se ensañara conmigo. De hecho, tenía momentos donde casi se esforzaba por ser majo, cosa que resultaba todavía más inquietante, pero que, sin duda, era mejor que aquel escarnio público al que me sometía delante de Pau, que se había cruzado de brazos y me hacía señas raras.

—¿Y a ti qué coño te pasa?

Mi comentario, por lo visto, le hizo sonreír.

—Tienes azúcar glasé en las comisuras. —Se tocó las suyas, en un gesto obvio que le hizo parecer un completo imbécil. En serio. Creedme. Lo tenía delante—. Parece que hemos resuelto tu problema con el desvío.

Me erguí, aunque, con mi escasa estatura, eso no impresionó a nadie. Todo aquel hablar en plural me estaba poniendo histérica. Mamón estaba de mal talante y el jodido Pau sin apellido no dejaba de poner sal en la herida. Ese no era

el clima en el que yo quería presentar mi nueva idea.

Tomé nota mental de que, igual, llegar tarde y con pruebas incriminatorias encima tampoco había sido mi momento más inteligente, pero las cartas estaban repartidas y era mi turno para lanzar el farol. Iría con todo lo que tenía. Total..., ¿qué podía perder?

—Escucha, Ma... Ramón: me gustaría comentarte un par de cosas.

—¡Estoy hasta aquí, Cayetana, hasta aquí te digo! —Se tocó el nacimiento del pelo, que estaba mucho más atrás de lo normal—. Te contraté a pesar de que no estaba seguro de que la mezcla de culturas fuera a ser algo favorable para mi negocio, te di una oportunidad y tú... ¡tú no te tomas este trabajo en serio!

—Eso no es cierto. —Mentira—. Puede que me haya costado aclimatarme a volver a tener un jefe, pero soy una buena fotógrafa—. Apreté los puños—. Y soy sevillana, nacida y criada en Sevilla. Nuestra cultura es exactamente la misma.

—No sé, Caye... ¿No has dicho tú misma que prefieres los palillos antes que las cucharas? Eso marca una diferencia cultural importante.

La sonrisita petulante de Pau se me clavó como el soniquete molesto de una canción mala. Estaba claro que allí pasaba algo de lo que yo no me había enterado. Para empezar, el muy pazguato llevaba puesto su uniforme, y su turno de trabajo para esa jornada era de tarde. Puede que fuera un lameculos, pero no iba a llegar seis horas antes. Algo se me escapaba, estaba claro.

—Esa es una información que has obtenido fuera del horario laboral, Pau, y, por lo tanto, no estás autorizado para emplearla aquí.

Se encogió de hombros, como si le diera exactamente igual. En ese momento, Mamón le pasó el brazo sobre los hombros, como el Padrino cuando te aceptaba en su despacho el día de la boda de su hija. Vale... La cosa se ponía peor.

—Ahí tienes la primera diferencia entre un buen empleado y otro al que su trabajo no le importa. —Mamón, con las comisuras de la boca llenas de saliva, se sacó un papel doblado del bolsillo y me lo tendió de malos modos—. Mientras tú llegas tarde y lo haces todo de mala gana, Pau acude puntual incluso los días en que entra por la tarde. Y, no contento con eso, mira por el negocio. Aporta ideas, Cayetana. ¿Alguna vez has hecho tú algo por este estudio?

Boqueé. Intenté pensar qué hacer primero, si cerrarle aquella boca a mi jefe con hechos tácitos y tangibles, como lo que llevaba dentro del porfolio, o rendirme a la curiosidad de las paridas que Pau podría haber manuscrito deprisa y corriendo para anotarse un tanto. Incapaz de decidirme, intenté lanzarme a por las dos cosas. Fui desdoblado la hoja mientras dejaba mi porfolio sobre la

mesita más cercana y empezaba a parlotear, nerviosa.

—Pues mira, Ma... Ramón, es curioso que me acuses de eso porque precisamente tengo aquí...

—¿Qué? ¿Un montón de excusas llenas de azúcar glasé?

—Pau, ¿podrías, respetuosamente, irte a tomar por culo?

—Añadiremos falta de compañerismo y educación a tu interminable lista de cualidades pendientes —dijo Ramón.

—¿Qué? ¡No! ¡Soy buena compañera! De hecho, ¡soy una compañera cojonuda! ¿Quieres hacer el favor de escucharme un momento, Mamón?

—¿Qué has dicho?

Ay, la madre que me parió... Que es una santa y una señora sin mácula, pero qué desastre de hija había traído a este valle de lágrimas... Cogí aire. Bajé los hombros. Me pasé la mano por la cara. Hice todos los movimientos que mi cuerpo fue capaz de gestionar en una media de dos minutos, desesperada como estaba por darle sentido a aquel batido de mierda lleno de grumos. Un símil asqueroso, lo siento.

—Ramón... —Y lo dije lo bastante despacio como para no cometer errores—. He traído una propuesta para mejorar el rendimiento, la calidad y el catálogo de oferta del estudio. He estado trabajando en él mucho tiempo y...

—No me digas... Vaya, pero qué conveniente. —Pau se tocó la barbilla. Todavía no se había afeitado, y era de esos hombres a los que la barba de pocos días sienta fatal—. Nunca te ha gustado este lugar, ni nada de lo que se hace en él. Te quejas día sí día también de tu trabajo ¿y ahora esperas que creamos que quieres mejorarlo?

Me subió la bilis al estómago, pero la controlé.

—No espero nada de ti, imbécil. Estoy hablando con Ramón, que es la persona a la que quiero transmitir mis ideas.

—¿Ideas, Cayetana? —El susodicho se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Se le quedaron las gotas pegadas a los pelillos, como el rocío de la mañana sobre el césped, pero en asqueroso—. ¿Y qué ideas tienes? ¿Gestionar tus propios horarios, aparecer cuando te dé la gana y hacer caso omiso a todo lo que te dicen?

—Pues en realidad... creo que algunas de las reglas que impones son muy restrictivas, y este tendría que ser un entorno donde primaran la creatividad y...

—¡Gilipolleces!

Me cortó en seco, sin más. Su mano gruesa señaló el documento que yo todavía

no había terminado de abrir. Me instó a hacerlo, y cuando tuve la hoja y su contenido completamente delante de mis ojos, perdí el poco color de piel que poseía. Si no hubiera sido por el donut de azúcar glasé de la discordia, estoy segura de que habría caído al suelo redonda.

—Pe... pero esto no... no... ¿Qué coño...?

—Eso es un dossier de propuestas debidamente presentado y entregado en mano. Por Pau. —Otra vez, le pasó el brazo por los hombros. Lo zarandeó tan fuerte que el flequillo pulcramente peinado de mi compañero, trepa y ladrón, se salió de su sitio—. En un día donde no tenía por qué venir, por cierto.

—No es nada, Ramón. He trabajado mucho en esto y pensé «¿Por qué esperar?». Lo que es mejor para el estudio es mejor para todos los que trabajamos en él.

Atónita, me incliné sobre la mesa donde había dejado abandonado mi porfolio. Pasé de la diatriba y los halagos masculinos que aquellos dos hombres no paraban de intercambiarse y revolví entre mis papeles, aunque sabía de sobra que no iba a encontrar lo que buscaba. Entre otras cosas, porque lo tenía en la mano, firmado bajo otro nombre.

—Me lo has robado. —Levanté la vista. Pau seguía sonriendo, pero tuvo el tiento de quitarle énfasis a su expresión—. Cuando estuviste en mi casa y dejaste tu puto reloj de mierda en mi mesilla, después de hacerme todas esas preguntas y sonsacarme toda la información posible..., descubriste el trabajo que yo había hecho y te lo apropiaste.

—Cayetana, por favor, ¿qué dices? No hagas el ridículo.

—Este dossier es mío, Ramón. Yo lo escribí. Yo estudié el mercado, la ciudad y las potencialidades del barrio para sacarle mayor partido. Yo iba a entregártelo hoy. Y él..., este... idiota, lo ha hecho pasar por suyo.

—Has llegado tarde, Cayetana. Jamás te has interesado por el trabajo, y nunca has tenido iniciativa para nada más que rezongar sobre lo mucho que detestas servir bajo la batuta de un superior. —Pau se encogió de hombros. Su mano cayó sobre el bíceps de Mamón, que lo miró como al hijo que probablemente nunca había podido concebir—. ¿Esperas que alguien crea que de repente te ha venido la inspiración divina y has hecho algo como esto *motu proprio*?

—Eres un cretino, Pau. Un ladrón y un aprovechado de mierda que no vale más que para recortar fotos de carné. ¿De verdad crees que va a colar que ha sido idea tuya? No eres capaz ni de quitarle la tapa al objetivo sin que te lo digan antes.

—Y encima mal carácter y continuas faltas de respeto... Cómo me equivoqué contigo, Cayetana.

Le salté encima. Puños en alto y grito de guerra naciendo en lo más profundo de mi garganta. No sé si él reuló o si Mamón se interpuso. No lo recuerdo. Sé que no llegué a darle su merecido, aunque no por falta de ganas. La mirada iracunda de mi jefe me hizo sentir pequeña y desvalida. Gritó que parásemos, que estaba todo dicho y decidido. Por supuesto, yo sabía que aquella era una batalla perdida, y, aun así, no dejé de clamar por mi autoría de aquel dichoso dossier, pero, por supuesto, todo cuanto dije se fue por el desagüe.

—Nunca encajaste aquí, Cayetana, tienes que aceptarlo.

—Pau tiene razón. —Mamón entrelazó sus dedos, gordos como salchichas Oscar Mayer—. Te he priorizado porque parecía que sabías lo que hacías, pero está claro que Pau ha demostrado más iniciativa y un comportamiento que casa mucho mejor con mi forma de manejar las cosas.

—¿Porque los dos meáis de pie?

—¡No te atrevas a acusarme de machista, Cayetana! ¡Esto no tiene nada que ver con que seas una mujer!

Aluciné pepinillos. Airada, recogí mi porfolio de la mesa y el bolso que había lanzado al suelo y los miré a los dos como si fueran los peores bichos del universo.

—Meter el sexo de por medio siempre es un error, chica. —Pau tuvo la desfachatez de sonreírme—. Te dije que el día podía sorprenderte... Ahí tienes un aprendizaje gratuito de mi parte.

—Eres un...

—Bueno, bueno, ya está bien. Cayetana, lo siento, no tengo hueco para dos fotógrafos en mi estudio, y entre Pau y tú, está claro cuál va a ser mi elección. Tengo que despedirte.

—¿Despedirme? —Solté un exabrupto—. ¿Y puede saberse de qué te va a servir Don Ideas Brillantes cuando haya que hacer una sesión? ¡No sabe ni coger la cámara!

—Algo que se arreglará con mucha facilidad con el curso de fotografía que voy a financiarle —dijo Ramón.

Bueno mira, me bajo de la vida. Me precipito de la existencia. Paro el mundo, me ato una soga al tobillo y me lanzo al espacio, a que la cabeza me choque contra los anillos de Saturno.

—Esto es de traca... ¡de traca! —exclamé.

—Sin rencores, Cayetana. Seguro que acabas encontrando algo más acorde a tus... exigencias —dijo Pau.

Iba a pirarme sin más. Lo juro. Pero fue superior a mí. Hay pullas que no se pueden dejar pasar. Y esa fue una.

—Para empezar, me aseguraré de que el próximo tío con el que me acueste no me robe en mi propia casa.

—Vamos... Eso no puedes demostrarlo.

—¡Ja! —Hice una bola de papel con su supuesta propuesta y se la lancé en la cara. Fue un pleno—. Y luego tendré mucho ojo en escoger a uno que no haga *cunnilingus* tan chapuceros como tú.

—Eres una resentida, Cayetana. Y una mal...

—¡Dilo! ¡Venga, Pau! Termina esa palabra y te juro que me como tus huevos empanados dentro de mi cuenco tibetano. —Hice amago de tirarle el bolso y vi con placer cómo se arrugaba. Cobarde acusica...—. No me van a hacer falta ni palillos.

Salí de la sala de personal y eché un último vistazo a mi alrededor. No iba a echar de menos los grotescos marcos llenos de florituras góticas en tonos que iban desde el azabache hasta el guinda. Ni el mostrador, demasiado alto y desordenado. Ni el cubículo para las fotos de carnet, con la luz artificial impactando de forma directa contra los rostros de quienes acudían, siempre incómodos, para sentarse en el taburete cojo justo ante mi objetivo. Perdón, el objetivo de Pau.

—Hay que ser zoquete... Se va a hundir solo por no ver más allá de sus narices.

—¡Cayetana, espera!

Los pasos de mi jefe eran como los de un rinoceronte en plena selva. Me salió al paso. Seguía iracundo y algo sonrojado, me figuro que por el esfuerzo que debía de haberle supuesto andar los tres metros que separaban la estancia donde había estado de la entrada de la tienda donde nos encontrábamos ahora.

—¿Se te ha quedado algo en el tintero para decirme?

—Mira, Cayetana, no sé por qué actúas así, haciéndote la ofendida. ¡Ni siquiera te gusta este trabajo!

Bueno, eso era verdad.

—No quiere decir que no lo necesite o que no sea, por mucho, la mejor profesional que tienes aquí. Perdón, tenías. —Me crucé de brazos—. Si has terminado, pasaré a finales de semana a recoger mi finiquito.

—¡Pues no esperes un céntimo más de lo que te mereces!

Con la mano en el asa de la puerta, giré la cabeza para poner los ojos en aquel desagradable señor una vez más. La penúltima, si el tuerto que me había mirado tenía a bien poner su foco de atención en otra parte.

—Mucha suerte con el desastre que se te viene encima, Mamón. Pau no aprendería fotografía ni aunque Cartier-Bresson en persona se ofreciera a enseñarle. Y prepara el talonario, porque ni siquiera tiene cámara propia.

—¿Cómo me has llamado?

Bueno, ya no trabajaba para él, ¿verdad?

—Mamón, que es exactamente como te mereces llamarte.

Salí del estudio. Era plena mañana de un octubre especialmente cálido. Los rayos del sol me impactaron en la coronilla cuando eché a andar, maldiciendo los zapatos ergonómicos y el horroroso uniforme que, mirando el vaso medio lleno, ya no tendría que volver a ponerme.

Me arranqué la chapa con desdén y la lancé a la primera papelera que encontré a mi paso. El ridículo pañuelo del cuello compartió el mismo destino. Me equivoqué al girar en una calle, y tuve que darme la vuelta para desandar mis pasos... antes de caer en que, dado que acababan de despedirme y era horario laboral, no tenía ningún sitio de particular adonde ir.

Me decanté por una visita al Mercat de L'Estació. Saqué un refresco de la máquina y me senté en un banco. En el bolsillo, el móvil me vibró un par de veces, pero al echar un vistazo a las múltiples notificaciones sin revisar, la mente se me distrajo a la imagen de fondo de pantalla. Llevaba sin cambiarla por lo menos ocho meses, ya que era una fotografía mía de la que me sentía especialmente orgullosa. La había hecho en la sierra de Madrid, en una escapada con colegas después de un seminario del que apenas podía recordar nada, salvo que el tercer chupito de tequila habría sido mejor dejarlo dentro de la botella.

Me encantaban la luz, el encuadre y lo que el paisaje me decía. Había visto esa misma zona fotografiada múltiples veces; yo misma había tomado otras instantáneas sin que estas me dijeran más que lo que se atisbaba tras una mirada simple. Roca, vegetación, la acostumbrada puesta de sol y Madrid desde las alturas; tras revisar muchas tomas iguales, quise reinventarme. Retarme a mí misma. Me planté a las cinco de la mañana en la cima y disparé sin casi enfocar. Las nubes algodinosas y el sol a medio camino entre salir o retrasarse unos minutos más, con ese cielo nocturno cediendo a un nuevo día que se adivinaba a lo lejos pero no terminaba de llegar del todo. No era una foto de premio, ni de

lejos. Y seguramente, jamás se vendería, pero la había colgado en mi página de fotografía *freelance* y después me la había agenciado, porque mirarla me recordaba que podía hacer cosas diferentes. Que mirar distinto donde todos veían igual era algo con lo que yo había nacido.

Esa imagen gritaba mientras guardaba silencio. Era... el momento decisivo. Y supongo que allí sentada, sin trabajo ni expectativas aparentes, eso fue exactamente lo que supuso para mí: el momento decisivo. La certeza de que todo estaba a punto de cambiar. Más me valía pisar firme. Y eso me sirvió como excusa para entrar en mi aplicación de Amazon y dar el clic a las botas. Ya vería el mes que viene cómo me apañaba. Por el momento, disfruté del refresco y entré en el mercado para zamparme una ración de pan *tumaca* con jamón.

Las mejores decisiones se toman con el estómago lleno. De toda la vida.

3

DE VUELTA A LA CASILLA DE SALIDA

CAYETANA

Los primeros cuatro días que pasé parada me sentí... como en una nube. Pero en plan mal.

Llegué a casa de bajona después del *show* que me habían montado Pau y Mamón —uno por ladrón y el otro por gilipollas— y para lo único que tuve energías fue para quitarme el uniforme y vegetar. De la cama a la silla del escritorio y viceversa, vi pasar el fin de semana sin nada que reseñar. Hablé con mis padres, respondí un par de correos de colegas de seminarios y poco más.

Metida en mi cueva, me mantuve a base de pizza a domicilio y vestida con pijama de *Los aristogatos* hasta el lunes a mediodía. Creo que me hizo salir mi propio olor a sobaco, o quizá fueron los gruñidos mal disimulados de Cande: por lo visto, aquel finde me tocaba a mí hacerlo todo, y, en consecuencia, me agobié y no hice nada, y cuando volvió de visitar a su madre y se encontró las cajas de comida vacías y un par de botellas de refresco junto a la pared que separaba nuestros dormitorios, montó en cólera y aludió al contrato de arrendamiento como si aquella fuera la ley universal sobre la que debían regirse todas las cosas. Era una Sheldon Cooper con melena, pesada, cansina y sin empatía. Claro, que yo tampoco le había contado los recientes cambios en mi situación. Candela era mi compañera, sí, pero no mi amiga. Para eso yo tenía a Elena, aliada de fatigas y cursos de fotografía dispersos por toda la península; y a Nina, que en ese momento estaba muy lejos, en Madrid.

Salí a darme un agua, y tan pronto la puerta del aseo se abrió, me topé con Candela, que llevaba los brazos extendidos y sujetaba entre los dedos la pizarra que normalmente, colgaba de la puerta de la nevera. Le pasé la mano al espejo del baño para quitar el exceso de vaho y me quedé mirando a su reflejo.

No parecía contenta. Llamadme suspicaz.

—No has vaciado el lavaplatos, Cayetana. Ni has quitado tu ropa del

tendedero.

—Es que así se estira y no tengo que plancharla. —Embuste vil. Yo no había cogido una plancha en la vida. Ojo, pronto iba a hacerlo. Pero ya llegaremos a eso.

—¡Lleva tendida dos días! —Mi tope eran siete, pero no me pareció apropiado agitarle el capote en plena cara—. Tengo que colgar mi propia colada, ¿te molestaría mucho hacer alguna de tus tareas pendientes?

—Antes de ducharme he sacado del desaguë tanto pelo perdido que podríamos hacerle una peluca a Cher. ¿Eso me convalida algo?

Me miró como si quisiera cogermé de los hombros y zarandearme, aunque, por supuesto, no lo hizo. Ay, Cande, ¡con lo que mola una buena confrontación!

—Voy a irme a trabajar; cuando vuelva, espero que hayas cumplido con tu parte de las obligaciones en el piso, Cayetana, lo digo en serio. —Me soltó la pizarra entre las manos y luego agarró las cajas vacías de pizza, como si seguir contemplándolas ante sus narices le resultara imposible—. Si no, tendré que replantearme muchas cosas.

—¿Replantearte? ¿Y qué te vas a replantear?

La perseguí por el pasillo, pero estaba descalza y recién duchada, así que no pude fintar al máximo de mi velocidad. Total, que se escabulló sin mirarme. Y hasta dio un amago de portazo, que eso, siendo Candela como era, la reina de lo adecuado y lo educado, era alarmante. Decidí que más me valía ponerme las pilas, aunque fuera para disimular.

Podría afrontar el alquiler unos cuantos meses más si el finiquito que Mamón iba a pasarme a finales de semana contaba con la cifra que yo había calculado. Y si era capaz de dejar de comprar comida basura y ropa *online*. Me planteé, por un nanosegundo, devolver las botas de Amazon, pero decidí que, ya que tenía que hacer tareas domésticas y encima estaba estrenando paro después de la que había sido una época laboral agónica y descafeinada, me merecía al menos un pequeño capricho.

O dos... Porque las botas iban geniales con esa mochila de piel sintética llena de cremalleras. En algún lado iba a tener que meter los currículos cuando empezara la nueva búsqueda activa de empleo, ¿no?

Me embuté en un chándal y en mis Adidas Superstar más viejas y empecé a moverme. Nina, mi mejor amiga, siempre se ponía muy proactiva cuando las cosas le iban mal o andaba estresada. Parecía un conejito de esa marca de pilas tan famosa. Yo, por el contrario..., bueno, con la nariz metida en mi ordenador

las horas se me hacían más fáciles de llevar, pero en ese momento mi blog de fotografía estaba pasando por un coma preocupante, y mi humor para reanimarlo rozaba las cotas más bajas jamás registradas.

A falta de algo mejor, me centré en poner de mi parte en las cuestiones prácticas del piso. Dejé el tendedero vacío para Candela, guardé los cacharros limpios que esperaban en el lavaplatos y lo volví a cargar con lo poco que había en la pila, abrí la nevera y tiré a la basura un par de *tuppers* que podían llevar ahí desde que me había mudado, más o menos. Contuve el aliento y abrí uno. ¿Las lentejas tenían patas?

—Va a ser verdad que soy una dejada. Qué puta grima, joder.

Volví a cerrarlo y lo lancé al cubo de la basura sin miramientos. Saqué también la bolsa de pan chino, las latas de cerveza vacías y la caja de arroz frito tres delicias que habían decorado mi mesita de noche —si me viera mi madre, me arreaba con la escoba como mínimo—, y con la bolsa cargada y apestando bajé a la calle. Me sentí mucho mejor después, aunque el sentimiento me duró poco al ver a la gente yendo y viniendo con prisas por las aceras, seguramente de camino a sus puestos de trabajo, con sus horarios y sus obligaciones, mientras que yo... Yo había sido despedida el único día que había hecho algo por la empresa para la que curraba, ¿dónde estaba la justicia de Thor cuando se necesitaba?

Volví al portal y aproveché la tesitura para sacar las cartas del buzón. Mientras iba subiendo las escaleras —cuenta como cardio, así que objetivo de hoy, cumplido—, separé las que eran para Candela de las pocas que tenía para mí. Había folletos, propaganda de tiendas, un catálogo de mi compañía telefónica y... un bonito sobre en color blanco roto que llevaba mi nombre escrito en pulcra letra azul oscuro. El tacto del papel, el olor mismo de la misiva y los datos que contenía el remitente... Supe de inmediato de dónde procedía, y con qué objetivo.

Aunque noté un pellizco de emoción en el pecho, no me vi capaz de abrirla todavía. En lugar de eso, la dejé en mi escritorio, a un lado del ordenador, cuya pantalla congelada me devolvía mi propia imagen, medio oculta detrás de la Nikon, con el pelo al viento, creando la ilusión de que me fotografiaba a mí misma desde el otro lado. Con un repentino cansancio apoderándose de mis huesos, me dejé caer en la silla y giré a los lados, desganada. Miré de soslayo la carta y durante un segundito cerré los ojos para sacármela del campo de visión. ¿Podía algo que te hacía muy feliz provocarte un aguijonazo desagradable al mismo tiempo?

Me alegraba lo que suponía aquello, pero al mismo tiempo venía a enfatizar algo que me había estado rondando la cabeza durante muchos meses, y que, hasta entonces, no había sido capaz de verbalizar; el mundo y sus gentes, particularmente las que a mí me importaban, avanzaban. Tiraban adelante. Hacían planes, tenían sueños y metas e iban a por ellas. En la mayoría de los casos, hasta las conseguían. Y luego... Luego estaba yo, que, por no tener, no tenía ni ahorros que calmaran la creciente ansiedad que provocaba ser una parada en una ciudad de adopción con más gastos de los que puede asumir y una nula capacidad para estar preparada en caso de imprevisto.

Maldije a todos los dioses, antiguos y nuevos, de los *smartphones*, porque cuando me llegara la factura, que incluiría la cuota de ese nuevo terminal del que me había encaprichado pero que no necesitaba, las tres cifras de dinero guardado con que contaba en mi cuenta corriente hasta el momento se iban a ver reducidas a dos.

—Vas a cobrar prestación por desempleo —me repetí, abriendo mi aplicación para retoque fotográfico y metiendo la tarjeta de la Nikon en la ranura del portátil—. Será una mierda, pero será algo. Y Mamón te va a pagar un buen finiquito. Porque hará lo que sea por no volver a verte, así que no te pongas dramática.

Busqué algo decente entre el escaso material con que contaba. Últimamente apenas había hecho disparos aprovechables. Encontré un par de planos detalle de la Sagrada Familia, con sus pináculos recortados contra el sol y esas estéticas mallas de obra que siempre la acompañaban. Modo ironía *on*. Había unas cuantas ráfagas sin mucho sentido de lugares que ni siquiera pude reconocer, y algunas instantáneas relativamente buenas del Barrio Gótico: luces calando entre los enrejados de los arcos de medio punto al anochecer, calles que se estrechaban, adoquines que subían del suelo a unas paredes irregulares creando la sensación de estar metidos en un túnel del tiempo, mi propia mano con los dedos bien extendidos y unas llamativas uñas pintadas de negro agarradas a la piedra, siluetas emborronadas que hablaban de un pasado y un presente que, sin remedio, se veían forzados a confluír...

Me animó la calidad de aquellos momentos robados y, sin pararme a pensarlo mucho, empecé a meter cortes, retoques, cambios de luz y de enfoque. Me encorvé, cruzando una pierna por debajo de la otra y apoyando un codo en una rodilla en una suerte de postura imposible que luego me pasaría factura, pero que en ese momento me inspiró lo suficiente como para dejar preparadas cuatro

fotografías lo bastante buenas como para subir al blog con un precio establecido.

Con suerte se venderían y podría dejar de sentirme en la indigencia.

—Y seré capaz de hacerle un buen regalo de bodas a mi mejor amiga. —Con una sonrisa, acaricié la invitación de Nina—. Tengo que llamarte. Hay mucho que contar.

Pero lo pospuse. Mis problemas laborales —o la ausencia de ellos, en este caso— podían esperar. No iba a opacar la alegría de la futura novia, que seguramente estaría tirándose de los pelos. Además, había cosas que era mucho mejor tratar en persona, cuando la parte peor parada, que en este caso era yo, hubiera tomado decisiones maduras y coherentes para que mis allegados no se echaran las manos a la cabeza.

Candela volvió de la gestoría a las seis, y no hizo alusión alguna a mi avance como ama de casa; más bien masculló cosas por lo bajo, tendió su ropa y se entretuvo tecleando con el móvil sin parar. Literalmente. Cuando salí de mi cueva a calentarme una sopa de sobre para cenar, la tía seguía ahí, dale que te pego con el «whatsappeo» con una media sonrisilla boba pintada en la cara. Como tenía el ánimo un pelín irritado, no le eché mucha cuenta; de haber sido así, probablemente hubiera visto venir el tsunami que se me avecinaba, pero, una vez más, ¿qué gracia habría tenido eso de cara a la historia?

Lo que os vais a reír a costa de que yo no me entere de nada, huevones...

Pasó casi una semana entera. Sin pena ni gloria, pero con mucho Netflix. Octubre tocaba ya su segunda quincena, y yo me preparé para hacer la que sería, con suerte, mi última visita al estudio fotográfico de Mamón. Me puse una camiseta blanca limpia, vaqueros, un cárdigan calentito y mis botines nuevos, que habían llegado en esos días y ya me habían causado más placer al dar con ellos unos pocos pasos que muchos de mis amantes varios palmos más arriba.

Seguramente Pau estaría allí, dado que ahora era fotógrafo de pleno derecho y empleado único, pero yo no tenía por qué hacer contacto visual. No iba a mirarlo. No iba a maldecirle. No iba a cruzar con él una sola palabra ni la puntera de mi maravilloso calzado nuevo impactaría de ninguna manera contra su entepierna. Entraría, firmaría el finiquito y volvería a salir. Rápido. Fácil. Limpio.

Tiré de la puerta y esperé. Mamón estaba detrás del mostrador, tomándole nota a una señora que, en ese momento, se guardaba en el bolso uno de esos tubitos negros en cuyo interior se almacenaba el rollo de las cámaras de fotos. Juro por Dior que se me abrió la boca de la impresión. ¡Una purista entre mortales!

Le sonreí con amabilidad cuando pasó a mi lado y salió por la puerta. Mamón se tomó su tiempo, habida cuenta de que no había un solo cliente más esperando, y después se me aproximó. Traía los papeles en la mano y yo, sin cruzar palabra con él —ni esputarle en la cara, que ya era mucho—, los revisé. Me había estado informando vía Google de qué debía buscar, y como más o menos tenía claras las horas trabajadas y las prestaciones que me correspondían, me fui directamente a la cifra. Mi puto exjefe no me defraudó. Era una ameba rúcana y rencorosa. Lo demostró hasta el final.

—No me has pagado los quince días de vacaciones que todavía no he disfrutado.

—Vamos a decir que lo he descontado de los múltiples retrasos, quejas, faltas de respeto, lentitud a la hora de cumplir con tareas sencillas... Y por lo de «mamón».

Me arrancó la hoja de la mano, tomó asiento en el horrendo sofá de escay que hacía las veces de zona de espera —aunque jamás nos habíamos llenado tanto como para tener que usarlo— y estampó su firma. Me tendió el bolígrafo y yo, que me había quedado parada en medio de una suerte de discurso llenito de palabrotas, tuve que sacudir la cabeza para espabilarme. Me acerqué a paso vivo. Todas mis terminaciones nerviosas me impelían por salir de allí cuanto antes.

—Pues muy bien. —Agarré el bolígrafo de malos modos—. Pero no pienso devolvarte el uniforme. Lo voy a quemar. Y bailaré alrededor de la hoguera escupiendo vodka a las llamas.

—Las tradiciones de tu cultura me la traen floja, Cayetana. Firma de una vez.

Lo hice. Me quedé con una copia y le dejé a él la otra encima de la mesa. Doblé la hoja y me la metí en el bolso. Y el bolígrafo también, qué coño.

—Si no tienes nada más que decir...

—Es una pena que las cosas hayan terminado así. —Mamón carraspeó. Se puso de pie con dificultad. El nivel de saliva en sus comisuras hizo que se me revolvieran las tripas—. Si hubieras sido un poquito más maleable, niña, hasta nos habríamos llevado bien.

Extendió la mano, pero yo me erguí y puse muchos pasos de distancia entre los dos. No puedo asegurar que hubiera intentado tocarme, pero tampoco le di opciones para que se lo planteara. Agarré el asa de la puerta con una mano que me tembló un poco y la abrí directamente. Por lo que a mí respectaba, con los papeles en regla, no había por qué dilatar más aquella desagradable reunión.

El aviso de transferencia me llegó un par de horas después, mientras me metía

entre los carrillos un Whopper del Burger King de Paseo de Gracia. Por lo visto, mi jefe se había dado prisa por liquidar el asunto cuanto antes. Tanto mejor. Poco después, cuando todavía intentaba quitarme de las manos los restos de mayonesa de la hamburguesa, recibí una notificación de mi blog: dos de mis fotografías se habían vendido. El alivio fue indescriptible. Parecía que por fin las cosas iban encontrando la manera de estructurarse. Respiré. Hondo. Profundo. Como Jon Snow en plena batalla de los Bastardos cuando aparecen los abanderados del Valle. ¡Estaba a salvo!

Volví al piso convencida de que podría darle a mi aventura catalana una vuelta de tuerca, pero una vez más la vida había seguido su curso sin contar conmigo, y pronto iba a enterarme, de la manera más grotesca posible, de que el barco de las segundas oportunidades ya había zarpado para mí.

Nada más subir la escalera el tufillo se hizo notar. Y no porque oliera mal, sino porque algo no parecía estar bien. Abrí la puerta y me sorprendieron unas risillas tontas, como de quinceañera hojeando la *Super Pop*. Solté las llaves y caminé muy despacito por el pasillo, temiendo que algo se me echara encima. Yo no había contado mis recientes penurias a nadie, así que dudaba mucho de que las voces fueran de familia y amigos. Además, el tono no me era conocido.

Pasé de largo la cocina y enfilé hasta el salón. Una vez allí, me quedé paralizada. En serio. De piedra. Ojiplática. *Fliparrizada*, que, por si no lo sabéis, es una mezcla entre «flipada» y «horrorizada». Y, la verdad, no era para menos. Ahí mismo, en el sofá donde yo había vegetado en las noches de angustia, enganchada a telenovelas turcas, se encontraba Candela, con un vestido monísimo en cuadros Vichy, descalza, despeinada y... con un maromo de brazos tatuados enroscado al cuello. Pero enroscado nivel la serpiente de *El libro de la selva* alrededor de Mowgli. Muy *heavy*.

Carraspeé, pero mi sonrosada compañera tenía los párpados caídos y la boquita entreabierta. De hecho, se le estaban «rizando» los dedos de los pies. Tosí fuerte. Creo que hasta taconeé entonando por Lola Flores. No sé. Algo funcionó, porque dos pares de ojos se pusieron en mí, mosqueados por la interrupción. Ay, la Virgen...

—Cande, no te asustes, pero hay una «visita de ese estilo» incrustada en nuestro sofá. Guiña dos veces si necesitas ayuda y voy a por el Cucal.

—¡Ay, Caye, pero mira que eres boba! —Y se echó a reír.

¿Mande? ¿«Caye»? ¿La reina de los no-diminutivos acababa de llamarme «Caye»? ¿Riéndose? (Insertar aquí *meme* histórico).

El señor tatuado se rebulló. Llevaba unos pantalones pesqueros con rotos en las rodillas que dejaban poco a la imaginación. Vamos, que los había encontrado cuando el tema estaba ya a media asta. Me obligué a mirar a otro sitio. Al que fuera. Al bodegón feo de la pared del fondo mismamente.

—¿Esta es tu compañera?

Candela asintió de inmediato a la pregunta. Extendió su manita de manicura perfecta por el brazo del tipo, acariciando con las uñas las líneas negras de los tatuajes. Os juro que parecía en éxtasis. Y, la verdad, no me extrañaba.

—Cayetana, este es Saúl. Es mi... —Más risitas tontas. Un amago de jadeo cuando el susodicho abrió la boca y le tocó a Cande el pulso del cuello con la punta de la lengua—. Mi... Saúl.

Vale. Os traduzco, por si a estas alturas todavía queda alguien que no lo haya pillado: Candela, mi mojigata compañera, había follado. No sabía cómo, cuándo ni dónde había conocido al varón de los tatuajes. A punto estuve de dar un saltito y aplaudir. ¡Coño, por lo visto, era un día de buenas perspectivas para todas! Yo había vuelto a vender fotos y a ella le habían quitado el precinto de la pureza. Me dieron ganas de sentarme con ellos y pedirles que me lo contaran todo, por compartir esa alegría poscoital tan irracional que nos embarga después de una buena comida de...

—Creo que deberías decírselo ya. —Saúl levantó unos ojos oscurísimos hacia mí, señalándome con un gesto del cuello—. Cuanto antes lo sepa, antes podremos... anidar.

Enarqué una ceja. Un momento, un momento... ¿Decirme qué?

—¿Decirme qué?

—Pues... es que... —Cande se medio rehízo. O, por lo menos, lo intentó. Más erguida en el sofá, pero con las manos entrelazadas con el tal Saúl, me miró con un poco de... vamos a decir que incomodidad. Me di cuenta enseguida de que alguien sobraba en aquella ecuación, y os voy a dar una pista: no era ninguno de los integrantes de la recién estrenada pareja feliz—. Verás, Caye, tía... Llegó un momento en que... A ver... Uno evoluciona, busca cosas diferentes, se renueva...

—Nos vamos a ir a vivir juntos. —Hala. Saúl, primero de su nombre. Sin tacto—. Y nos hace falta la habitación que estás ocupando para mis cosas. Así que tienes que dejar el piso.

—¡Ay, pero, cariño, no se lo digas así! —La acusación habría tenido más sentido si Candela no se hubiera lanzado a besarle las mejillas como una posesa—. ¿No

ves que está muy perdida en la vida?

Volví de la estratosfera justo en ese momento. ¿Perdón? ¿Que la perdida era yo? ¿En serio?

—Pero vamos a ver, criatura... —Me pasé la mano por la cara y luego enfoqué toda mi atención en Candela—. Yo puedo entender, porque soy mujer y he pasado por épocas muy malas, que cuando una se acaba de correr pueda perder de vista el norte. Es natural. Saúl tiene pinta de tío majo y hasta de empotrador, si se me permite la apreciación. Pero, Candela, en serio, vamos ubicándonos.

Vivir con un tío al que conoces de dos polvos es MAL. Aquí y en Sebastopol, vamos.

—No sé qué intentas sugerir, pero estamos muy enamorados y queremos compartir piso. Necesitamos la habitación, y te recuerdo que la casa es mía.

—Y yo te recuerdo que tengo firmado un contrato.

—Que no hemos renovado todavía.

—¡Porque si ninguna de las dos partes no tiene nada que objetar, se entiende como renovado!

Candela, entonces, sacó su lado más frío. El que me dedicaba a mí cada vez que no vaciaba el lavaplatos, bajaba la basura o hacía mis putas tareas. La cosa estaba decidida, y ya podía yo remover Roma con Santiago que allí el que cortaba el bacalao era el que tenía una polla que ponerle a disposición.

—Pues ahora esta parte tiene algo que objetar. —Se encogió de hombros la tía, con todo su papo recién estrenado—. Lo siento, Cayetana. Vas a tener que buscarte la vida, porque Saúl y yo vamos a empezar la nuestra.

Y él, para premiarla por su discursito de adolescente encoñada, le metió la lengua hasta la campanilla, mientras yo me quedaba boqueando, como un pez absurdo que, de la nada, se veía dando saltos en el suelo, al borde de la asfixia, sin pecera, ni acuario ni océano de mierda donde respirar.

Sin trabajo. Sin piso. Sin ahorros. Como una patética ficha de parchís a la que la vida se come y luego escupe de vuelta a la casilla de salida; con todo el jodido tablero por delante para empezar a recorrerlo.

4

OJOS DE HURACÁN

SUSO

Me gustaba pasar la mano por su espalda y llevarme impregnado su sudor en las yemas de los dedos. Bueno, no el de *ella*, claro. Pero imaginarlo era parte de la fantasía.

La melena oscura cayendo por un hombro, dejando las líneas de los hombros y la columna bien visibles. Las caderas, delgadas, presionadas contra mis manos. El vaivén de sus pechos y su cabeza, cediendo al esfuerzo de la postura y dejándose caer... Sí: definitivamente esa era una de mis posturas preferidas. Una que me permitía mantenerme calzado y con los pantalones por las rodillas, preparado para una rápida retirada y una despedida que no se alargara demasiado.

Extendí la mano para que mi compañera de ocasión se inclinara un poco más y seguí golpeando la pelvis contra ella. Apreté la mandíbula, en tanto sus gemidos iban subiendo de nivel. Me decía que estaba cerca. Y me pedía que no parase. Bueno, en eso estábamos de acuerdo.

Continué recreándome en la piel perlada de transpiración, sujetando los mechones oscuros y dejándome vencer por la tentación de cerrar los ojos. A mi cabeza, como siempre, una palabra. Un nombre prohibido cuyas sílabas mismas parecían la conjuración al diablo. Un sentimiento que me tragué y olvidé en los recovecos más personales de mi interior, mientras el cuerpo, pura biología, expulsaba los restos de un deseo que, una vez calmado, me dejaba más vacío que satisfecho.

Le di una palmada en el culo que ella recibió con una risilla simpática, y después, lo que he dicho: pantalones arriba y bragueta cerrada. Bajaba el telón en aquel acto de quince minutos, perpetrado a media luz, en la sala de descanso de personal del Hospital Universitario Virgen del Rocío, a las cuatro de la madrugada, un miércoles cualquiera. Durante mi guardia nocturna. En fin. No voy a decir que soy la persona más respetuosa con las zonas de trabajo del

mundo. Mentiros no tiene sentido.

Conque me engañe yo, ya vamos servidos.

—Ha sido una pasada. —Ella se dio la vuelta, recomponiéndose el sujetador y sonriéndome con los ojos brillantes. Dio unas palmaditas en el respaldo del butacón que nos había servido de apoyo y me guiñó un ojo—. ¿Lo has hecho muchas veces aquí?

—Qué va. —No era cierto, claro. Siendo el responsable de enfermeros de pediatría, me pasaba entre aquellas paredes tres cuartas partes de la duración de cualquier día. El hospital era mi campo de juego—. Yo también me lo he pasado genial.

—Sí, bueno..., no parecías a disgusto, desde luego.

Me sonrió. Felina. Estiró los dedos y me ayudó, sin necesidad alguna, a abotonarme la camisa. Yo intenté poner el foco de atención en cualquier otra cosa, como recoger mi bata o echar una mirada elocuente al reloj. Tenía que quedarme hasta las seis, pero eso no significaba, ni de lejos, que quisiera hacerlo acompañado.

—No había ninguna razón para no disfrutarlo. —Sonrisa. Beso distraído en el dorso de la mano y acompañamiento hasta la puerta—. Deberías dormir un poco, tus hijos van al colegio temprano.

—Sí... —bufó, claramente a disgusto—. La labor de una madre nunca termina.

En tácito acuerdo, fuimos juntos hasta la puerta de urgencias, por la que ella había entrado una hora antes con pretextos que ni se esforzó en presentar ni yo hice el más mínimo esfuerzo por creer. Al mirarnos a la cara, ambos sabíamos el motivo de su visita: simple y llanamente, apagar un fuego que habíamos estado alimentando poco a poco los días previos, y que había terminado extinguiéndose, como suele pasar en estos casos, en unas cuantas embestidas y una buena cantidad de humedad entre las piernas.

—Gracias por este ratito, Jesús.

—El placer ha sido mío, Amanda. —Me acordé por pura chiripa, no os vayáis a pensar. Su nombre me dejó un regusto extraño, como si hubiera caído en una trampa que me había estado pasando inadvertida. La expresión de ella, que pareció leerme la mente, me lo confirmó—. ¿Pasa algo?

—Es que creo que he desbloqueado una pantalla final de videojuego o algo así. —Y se rio un poquito más alto de lo debido, hecho que le hice notar con un gesto—. Lo siento, eso es lo que siempre dice Kike cuando se mete a matar

marcianitos.

—No sé de qué me estás hablando, Amanda... Estoy un poco aturdido por la guardia y me temo que ando más lento de lo normal.

—Ya... Contaba con que no ibas a acordarte, señor enfermero buenorro. — Me tiró de la barbilla con camaradería. No me gustó. Las interacciones después del sexo, en general, me sobran—. Esto que ha pasado entre nosotros no es la primera vez. La apendicitis de Jorge el verano pasado... ¿Vas refrescando, semental?

Mierda.

—Amanda, no me llames así.

—Eh, no te ofendas, era un cumplido. Trataste a mis dos chicos tan bien durante todo el proceso que, bueno, pensé en probar si podía volver a darte las gracias como entonces.

—Pues vas a entrar directamente en mi *top* de madres más agradecidas. —Le puse la mano en el brazo, instándola a que, por favor, se marchara—. Pero creo que lo más sensato será dejarlo reposar —a perpetuidad— un tiempo, ¿vale? Ahora deberías irte. Los médicos empezarán a llegar, y no quiero que me despidan.

—Quizá deberías dejar de acostarte con gente en la sala de personal. —Otra risita inapropiada.

—Ya, seguramente debería. Venga, Amanda, baja la voz y ya nos veremos, ¿de acuerdo? Buenas noches.

Se puso de puntillas y me robó un pico que estuvo absolutamente fuera de lugar, pero con eso pareció darse por satisfecha, porque contoneó las caderas y se perdió en la oscuridad del parking, agitando su melena oscura. Yo me quedé en la puerta, sin moverme hasta que los faros de su Fiat 500 se perdieron de vista. Después, solté el aire contenido, cerré la puerta y volví al resto de mi guardia.

—La madre que te parió, Jesús... Tienes que parar esto.

Vi dar las cinco desde mi butaca, con las manos apoyadas en lo alto de la cabeza y el pensamiento perdido. Intenté que mis propias palabras, e incluso las de Amanda, me calaran hondo y se quedaran a vivir conmigo. Quizá ella no lo hubiera dicho con sentido real, pero yo sí. Había tocado fondo, sentimentalmente hablando. Ya no solo era que fuera incapaz de mantener una relación estable a largo plazo, ni que todas mis conquistas ocasionales cumplieran un patrón físico

enfermizo... Era que ni siquiera podía recordar si ya me había ido a la cama con una mujer antes o no.

¿Qué coño me pasaba? Pues fácil. Estaba enganchado por las pelotas a la mejor amiga de mi hermana pequeña, con la que había tenido un par de escarceos peligrosos que no habían llegado a buen término. Decir que me había arrepentido de esos momentos, donde la cordura pudo más que el empuje de todos mis instintos, supongo que se quedaría corto, aunque, a la larga, comprendí que había obrado con sensatez. Sensatez... ¿Acaso esa palabra hizo feliz a alguien alguna vez? Yo, que siempre había vivido bajo la premisa de que es mil veces mejor pedir perdón que permiso, me había encontrado trazando líneas en tonos de neón alrededor de ella, de Cayetana, para no franquearlas ni de acto ni de obra.

El pensamiento ya era otro tema muy distinto.

Recogí mis pertenencias y saludé con una sonrisa cansada a Loli, la administrativa que llegaba todos los días a la seis de la mañana, puntual como un reloj suizo. Me invitó a un café e intercambió conmigo un par de frases inconexas sobre la guardia. Que si todo bien. Que si algo anormal. Que si mucho trabajo.

—Sobre las dos he asistido al médico en un vendaje. Un tobillo torcido de una chica que debería escoger mejor el calzado cuando va a salir de fiesta. —En miércoles, nada menos. Juventud, divino tesoro—. Luego me he quedado solo y apenas ha habido movimiento. Una laringitis crónica de un niño de ocho años que se ha asustado por no poder respirar. Nada del otro mundo.

Con la mochila al hombro me fui al aparcamiento. Obvié, por supuesto, la ración de sexo con la madre de Jorge y Kike, a la que no podía parar de dar vueltas. Y no porque la cosa hubiera sido para tirar cohetes... sino porque todavía no podía entender que, habiendo atendido a sus dos hijos, no me acordara de nuestro encuentro anterior.

—Amanda, no te tomes como algo personal no haberme calado hondo. Nadie lo hace. Nadie puede... Salvo ella —dije en voz alta.

Lo de Cayetana, pensé mientras conducía fuera de los límites del hospital, directo a casa, era como el choque de dos trenes. La cosa se había salido de tiesto hacía un par de años, durante el cumpleaños de mi hermana Nina. En un arranque de rebeldía o de... autoconcepto completamente salido de madre, la chica a la que yo siempre había visto como otra hermana menor adoptiva, me había metido cuello. La cosa no había ido a mayores, pero la sola invitación me

servió para tenerme tres noches sin dormir.

Cayetana Hernández. La eterna vecina de al lado, aunque se hubiera mudado lejos. La chica a cuyos padres yo respetaba tanto como a los míos. La incondicional. La que venía a casa en vacaciones. La intocable, porque una vez el picor se hubiera saciado tendría que seguir viéndola, tratándola y permitiendo que su relación, tanto con mi hermana como con el resto de la familia, fuera tan fluida como siempre.

No tenía ningún sentido poner en riesgo algo tan profundo por un deseo que se apaciguaría con la distancia... ¿verdad? La cosa moriría por sí misma si no se alimentaba. Pero, ay, Susito, llegó el siguiente cumpleaños de Nina. Y ahí la cosa no es que se saliera del tiesto, es que perdió los cuatro putos puntos cardinales.

La recordaba en mis brazos como si hubiera sido ayer. Enroscada a mi cadera. Sus dedos en mi cuello. Su boca abierta, cálida, dispuesta y tan deliciosamente húmeda. Nuestras lenguas bailando una suerte de danza que, sin ensayo previo alguno, bordaron a la primera. Mis ansias, subiéndola a la mesa, apretándome contra su cuerpo menudo, muerto de ganas, de ansiedad, de un deseo que no había conocido ni manchando sábanas con alguna de mis amantes más complacientes.

Porque era ella, Cayetana, la que buscaba en todas las demás. Era su sudor el que quería pegado a las yemas de mis dedos, y su pelo azabache y liso apretado en mi puño. Eran sus caderas las que quería sujetar y su interior en el que me quería hundir hasta perder el aliento. Era ella, Cayetana, a quien quería follarme y al mismo tiempo hacerle el amor mirándola a los ojos, grabándome en la memoria todas y cada una de sus expresiones para que me acompañaran en la vigilia en que iba a quedarme el resto de mi vida, una vez el momento pasara y la perdiera.

Porque sí, la perdería. De eso no cabía la menor duda. Yo siempre las perdía a todas. Siempre estropeaba las cosas, soy esa clase de hombre; ¿por qué con ella iba a ser diferente?

—Tampoco es que vaya a comprobarlo nunca, así que... ¿qué importa?

Entré en mi plaza de aparcamiento cabizbajo y subí a casa con mis pasos apenas resonando en los escalones. Saludé con movimientos de cabeza y sin hacer mucho contacto visual a la vecina del segundo y al del cuarto, que iban camino al colegio con sus hijos para después afrontar sus jornadas de trabajo. Yo, por mi parte, intenté convencerme, una vez mi llave abrió la puerta de mi hogar y refugio, de que las seis y pico de la mañana no era una hora prudente para

tomarme una cerveza a morro, por más que sintiera que todos los músculos del cuerpo me lo pedían a gritos.

En lugar de eso, llené una taza de leche y café y la metí al microondas. Podría haberme currado más el desayuno, pero, exhausto como estaba, mental y físicamente por una noche de mal dormir en el hospital, lo único que me apetecía realmente era darme una ducha y apoyar la cabeza en la superficie blanda del sofá hasta dejarme dormir, con algún programa banal de cotilleos puesto como nana de fondo. El sueño curaría el agotamiento, desconectaría la mente y, con suerte, me regalaría unas cuantas horas de paz en aquel presente en zozobra donde llevaba metido casi un año, desde la última vez que había visto a Cayetana, borracha como una cuba y pidiéndome que me la follara sin más. Creo que esa noche me convalidó cualquier mala acción futura. Estaba aforado. El camino al cielo se abriría para mí cuando la palmará, porque dejarla marchar con las ganas que tenía de meter la cabeza entre sus piernas fue un acto heroico. O por lo menos eso me decía cuando la duda me corroía por dentro y empezaba a sentirme estúpido por haber dejado pasar la que podría haber sido mi única oportunidad.

Pero luego... ¿qué? ¿Agachar las orejas el resto de la vida cada vez que coincidiera con ella? ¿Dar explicaciones? ¿Amargar momentos de familia que deben ser felices?

Di un sorbo al café, mirando mi perfil recortado en la superficie mate de la nevera. Nina se casaba en unos meses. Cayetana estaría allí, evidentemente. Y yo también. La invitación que descansaba sobre la mesita de centro, junto al sofá, así me lo recordaba todos los días. Mi madre, además, me llamaba religiosamente cada poco para ir contándome avances, ideas o planes ajenos a los futuros esposos que ella en su cabeza iba componiendo. Que si un discurso, que si la recepción en no sé dónde, que si el regalo conjunto o el ingreso del dinero... Yo asentía, aunque estuviéramos hablando por teléfono, mientras por dentro sentía que los intestinos se me hacían nudos muy apretados.

No me disgustaba el tema de la boda, que conste. Nina era muy feliz con el *hippy* de las greñas, y él parecía razonablemente enganchado a ella. Se les veía bien. Enamorados. Tenían la base perfecta para empezar una vida juntos, y me parecía bien que apostaran por ello, pero era mi hermana pequeña, y no os llaméis a equívoco, esto no va de una envidia mal entendida, no consideraba que mi turno debiera llegar primero ni pretendía que la vida de Nina se paralizara por ser la menor hasta que yo fuera capaz de ponerles a las íes todos los puntos:

es que imaginarla pasando por el altar, encarrilando su vida y viviendo junto a un hombre al que quería me hacía pensar que ese momento también llegaría para Cayetana.

Y lo que hacía un par de años se habría resumido como ver a mis dos hermanas menores contraer nupcias ahora era algo muy distinto. El solo pensamiento de que Caye cruzara ese pasillo y el quiosquero, su padre, la llevara hacia un hombre que no era yo...

Achaqué aquella caída a los infiernos a que llevaba cuatro guardias nocturnas en esa semana. Dormir siesta me ayudaba a no perder la cabeza, pero no había cabezada que pudiera compararse a toda una noche de sueño reparador. Iba a tener que llamar al supervisor y borrar mi voluntariado para el resto del mes.

Dejé la mochila en el dormitorio, me quité la ropa y entré en la ducha medio zombi. El grifo fue implacable con mis músculos hechos papilla, pero me mantuve estoico, dejando que el agua fría me espabilara lo suficiente como para restregarme del cuerpo los malos pensamientos y todas esas decisiones tomadas con el culo de las que, aparentemente, no era capaz de librarme. Aceptar la invitación de Amanda había sido un error —y no por el hecho de practicar sexo en el lugar de trabajo, aunque eso no había estado del todo bien, morbo aparte, claro—; su confianza posterior y aquella suerte de cercanía me habían incomodado mucho. Mientras follaba yo era un tío muy abierto y entregado. No ponía distancias ni muchas restricciones. Asumía la actividad como un momento de desconexión mental, algo puramente sensorial, para gozarlo y pasarlo bien, sin más, pero, una vez terminaba, las alusiones y las charlas de alcoba no eran algo que buscarse, y me había parecido que ella, con ese atrevimiento de volver a acercarse cuando ya habíamos tenido un rodeo previo, estaba interesada en algo menos informal.

Más me valía hilar fino, y desde luego, mantenerme fiel a mi regla de que un polvo, si breve y único, era dos veces bueno. Nada de concesiones. Y, por supuesto, no más repeticiones.

Con unos pantalones cómodos de chándal como toda vestimenta, sucumbí al paquete de galletas de chocolate del armario y con dos en las manos y una ya a medio comer, caí en el sofá, que se hundió bajo mi peso. La cabeza me estallaba. Puse los ojos en la mesita de centro: junto a la invitación para la boda de Nina y Lucas estaba la carta con la petición de una beca para formación específica en enfermería pediátrica en Madrid que no he firmado ni entregado, la que había escrito hacía casi un mes guiado por un impulso, acicateado con la posibilidad de

ampliar horizontes laborales, profesionalizarme, conocer nuevas ramas de la enfermería y abrir las miras ante casos nuevos y emocionantes.

¿El problema? La mudanza inminente. Soy un piscis apegado tanto a lo material como a lo emocional. Con mi hermana viviendo lejos, que yo me marchara de Sevilla dejaba a mis padres con sus dos únicos hijos a un vuelo de distancia, y eso era mucho trecho para recorrer en caso de emergencia.

La oportunidad no iba a esperarme eternamente. Era consciente. Y, también, de que una parte de mí se encontrara a la espera por ver si otro valiente la solicitaba primero y me dejaba fuera, facilitándome así un paso que no terminaba de atreverme a dar. Madrid... Eso me situaba más cerca de Nina, y, de alguna manera, también de Cayetana. Se había ido a trabajar a Barcelona y allí seguía, empeñada en saldarme una deuda que no había contraído conmigo y haciendo su vida ajena a lo que había ocurrido entre nosotros.

O que había estado a punto de ocurrir, mejor dicho.

Ay, Cayetana, ¿cuándo dejaste de ser para mí el estorbo común en que se convierten las hermanas para pasar a... simplemente estorbarme en las sienes, el pecho, la boca del estómago y la entrepierna? ¿Por qué no podíamos volver a atrás, ya que ir hacia adelante era un imposible?

—No puedes seguir así, Jesús, y no va solo por lo de cepillarte a madres de antiguos pacientes... Es que no tienes nada que te ilusione. Nada que te motive.

Mi vida era la de un autómatas. Hacía lo que había que hacer, pero bien podría haberme quedado en ese jodido sofá sin moverme, que tanto daría.

Sonó el teléfono y me incorporé. La palabra «mamá» brillaba en la pantalla. Bueno, pues ahí íbamos otra vez, Nina. Planificando tu boda completamente a tus espaldas.

—Hola, madre.

—¡Ay, por Dios, Suso! —Me aparté un poco el auricular de la oreja. Menos mal que no sabía poner el altavoz—. Cuando me llamas eso pareces uno de esos niños repipis que luego acaban convertidos en asesinos en serie.

—Voy a vigilar muy de cerca las recomendaciones que te hace Netflix. — Sonreí, ahogando un bostezo.

—Escucha, hijo, que dices muchas tonterías. ¿Estás presentable? Tengo una lasaña en el horno y poco tiempo para hablar.

Fruncí el ceño. «Presentable», menudo eufemismo.

—Pues me has pillado como aquella vez a los quince, ya sabes, cuando sonaba Nirvana a toda potencia en ese cuarto al que tanto te gustaba entrar sin llamar y

yo tenía los pantalones por las rodillas y la mano de Susana Estrada en... —No os voy a retransmitir lo que me contestó. Pero me reí a gusto—. He llegado de la guardia hace un poco, mamá, no te preocupes, que, si tú tienes poco tiempo por tu lasaña, yo lo tengo hasta que me venza el sueño. Dime, ¿qué pasa?

—El fin de semana viene tu hermana de Madrid. Trae a Lucas.

—Voy a pasar por alto ese tonito de emoción que pones al mentarlo... Ve asumiendo que el día que venga sola será raro. Se van a casar.

—¡Y ahí quería yo llegar! —La oí trastear con algo y gritarle a mi padre, y a él, contestarle no sé qué. Iba a tener que regular el volumen de ese teléfono la próxima vez que fuera a casa—. He pensado en hacerles una cenita el sábado. En casa. Solo la familia.

—Ya... ¿Y lo sabe Nina, mamá?

—¿Qué clase de cena de compromiso sorpresa iba a ser si se lo cuento? Ay, hijo, de verdad, estás empanado.

Puse los ojos en blanco.

—Me siento en la obligación de recordarte, como hijo primogénito y, por tanto, más querido, que no vas a poder planificar todo el tema de la boda sin contar con tu hija, que es la novia.

—Bueno, eso lo tengo claro.

—¿Seguro? —Ni de coña. Vamos, conozco a mi madre como si la hubiera parido yo a ella—. Nina no es muy de sorpresas, mamá. Es más, Nina no es nada de sorpresas. Se pone nerviosa, o enferma o incómoda, y no me parece que casarse tenga que provocarle a uno esos sentimientos.

Por lo menos, no cuando lo hacía por elección propia.

—¿Te parece mala idea?

—No, mamá. Hacerle una cena me parece genial, pero creo que deberías llamarla y comentárselo. No sabes para qué viene desde Madrid; igual tiene planes o quiere, no sé, irse a un hotel con Lucas ese fin de semana.

—¡Huy! ¡Un hotel, dice! ¿Y para qué iban a querer eso, a ver? ¡Teniendo casa aquí!

—Es mi hermana pequeña. Por favor, no me hagas explicártelo.

Le di unos segundos para que se reorganizara. Mi madre era muy suya para algunas cosas... y nosotros, su descendencia, encabezábamos la lista de lo que consideraba aspectos donde podía hacer y deshacer a su antojo, porque ¿qué ibas a decirle? Cogió quince kilos embarazada de mí. Y el parto fueron diez horas. Me andaba yo con mucho ojo de llevarle la contraria, aunque esta vez haría de

abogado del diablo por Nina, a la que había faltado de manera inaceptable ocultándole mi tema con su mejor amiga.

Ella no me lo había hecho pagar, pero yo consideraba de ley hacerle saber que era conecedor de mi error. Y que estaba dispuesto a no volver a cometerlo.

Había fracasado como un miserable, pero eso Nina todavía no lo sabía.

—Vale, sí, la llamaré. Así de paso la saludo, me entero de cuándo llegan para mandar a tu padre con el taxi y hablo un poquito con Lucas. Que las relaciones de suegra y yerno hay que cuidarlas. —Fascinación pura la de mi madre con el melenas. Os lo digo yo—. En cuanto a la lista de invitados...

—Déjate de listas, mamá. La familia. Ya sabes cómo es tu hija. No me extrañaría que estuviera anotando a los invitados de la boda en un Post-it para no salirse de cuentas.

—Muy bien, pues la familia. Solo nosotros cuatro, Lucas y los tres Hernández. ¿Te parece lo bastante restrictivo? De verdad, le quitáis a una las ganas de...

—Espera, espera, mamá... ¿Has dicho los tres Hernández? ¿Los tres?

Ay, la hostia puta.

—Sí, claro. Cayetana llega pasado mañana. Le ha pasado no sé qué en el trabajo, su madre no me ha dicho casi nada. Pobrecita mía, ya nos contará cuando la tengamos aquí.

—Pero... ¿viene para quedarse?

—Ay, Suso de mi vida, de verdad, ¿pero tú has desayunado, hijo? O yo no me explico o a ti te cuesta seguirme, porque, vamos... ¿Pues no me estás oyendo? Eso te acabo de decir, que viene pasado mañana. Maletas en mano. Me da a mí en la nariz que el tema de Barcelona ya ha caducado, pero tanto mejor, la tenemos con nosotros para la cena de Nina. ¿A las ocho va bien? No sé qué poner de menú, la verdad, porque encender la barbacoa tiene un tiempo, y, claro...

Desconecté. De hecho, puede ser incluso que me apartara el teléfono de la oreja mientras mi madre hablaba de algo que tocaba temas que iban desde las servilletas dobladas con elegancia hasta la adecuación o no de servir morro de cerdo en una cena de compromiso. Mi mente, la cabeza entera, se me bloqueó. No creo ni que darle un escobazo la hubiera espabilado; sin embargo, usé ambas manos para apretarme las sienes, por probar.

Cayetana volvía a Sevilla. En poco más de cuarenta y ocho horas cruzaría el umbral de su casa y estaría a cinco metros irrisorios de la entrada de mis padres, lugar que yo visitaba a menudo. Podría encontrármela en cualquier momento. Cuando menos lo esperara. De frente y sin posibilidad de escapatoria.

Después de casi un puto año.

Hablando de vida en caos... Cayetana regresaba al hogar y yo, que solo pedía calma, iba a ser testigo, igual que en la canción de Izal, de cómo ella me hacía espuma el agua del mar.

«Adiós a mi pausa», pensé tras despedirme de mi madre, medio ausente, y colgar el teléfono. Conocía a Cayetana lo bastante para saber que ella solo me daría ojos de huracán.

5

PALABRA DE FRAN PEREA

CAYETANA

Pasé la última noche en mi piso rodeada de cajas mal aprovechadas y cinta de embalar arrugada. Odiaba mudarme. No era organizada ni cuidadosa. No tenía un plan de acción ni un método válido. Así que entre la tristeza de volver a un principio que se me antojaba inquietante y el mal humor de ver sometidas mis pertenencias al confinamiento del cartón, había ido guardándolas sin ton ni son. Al principio intenté llevar un orden, lo prometo, pero solo la primera de las cajas iba adecuadamente marcada. Las demás eran una sucesión de interiores donde cabían desde labiales hasta chubasqueros, botines, fundas de almohada, libros o carpetas con trabajos fotográficos antiguos.

Entre bolsas de ropa envasada al vacío y maletones a medio cerrar, me replanteé mi vida, mi obra y mi estampa entera. ¿Cómo podía haber acumulado tantas cosas? ¿Y por qué había comprado un par de suéteres *oversize* hacía menos de una hora con todos los que había guardado ya? Vale que era invierno, pero me volvía a Sevilla, donde abrigarse demasiado era camino directo al hospital por lipotimia.

No tenía remedio. Ni expectativas que fueran más allá de sonreír como disculpa al encargado de las mudanzas que iba a aparecer a primera hora del día siguiente para llevarse todo aquello, en camión, hasta Montequinto. Mi madre se había empeñado en pagarlo, después de una llamada de teléfono agónica donde lloré, me sonrojé y me sentí como esa cría estúpida a la que pillan fumando solo porque así cree que hará amigos de verdad. No me lo reprocharon, por supuesto. Los señores quiosqueros eran así. Diamantes en bruto de la paciencia y el amor paternal. Quedarse sin trabajo en los tiempos que corrían estaba a la orden del día, y si Candela quería rescindir el contrato y yo no había quemado paredes o acuchillado sofás, la culpa tampoco era mía.

Me dieron consuelo, palmaditas y ánimo. Y una transferencia para el camión de

mudanza. Y cuanto más me daban ellos peor me sentía yo, porque, llegada una determinada edad, son los hijos los que tiene que socorrer a los padres, que, tras toda una vida de trabajo y sacrificio, ven cómo sus espaldas se van curvando bajo el peso de la responsabilidad, los años y las obligaciones. Estaba fallando como hija. Y poco importaba que ellos no hubieran dicho jamás esas palabras. Ya lo hacía yo.

En medio de mi desesperación por la opa hostil a la que había sido sometida, me planteé contactar con Elena, mi colega de los cursos de fotografía. En esos momentos, ella residía en el Madrid de mis amores, currando en una especie de taller de corte y confección, pero en plan pijo. Vamos, que era la encargada de remendar y arreglar a las famosillas con ínfulas de *influencers* del momento; les cogía los bajos y se aseguraba de que los Jimmy Choo que prestaba la agencia volvieran de una pieza. Nos habíamos conocido un par de años antes, cuando hice una sesión para una de sus campañas, y nos habíamos caído bien al instante. Era de las pocas personas con las que había mantenido un contacto más o menos constante en aquel año. Igual ella podía colocarme y acogerme en su sofá un par de días.

—Mierda, si ha empezado a vivir con el exhibicionista. —Recordé su último *mail*. La idea se me borró de la cabeza en el acto—. Ni de coña.

Héctor, el noviete de Elena, me caía fatal. Era una sanguijuela que se las daba de actor porque se despelotaba tres noches por semana en los microteatros de Malasaña. En serio. Solo había visto dos obras suyas —engañada, que conste—, pero del resto me había tomado la molestia de informarme, y en todas hace un frontal. Cada. Puta. Vez. Descarté el amago de plan tan pronto como había venido.

Agobiada tras toda una tarde de actualizar el currículum para meterlo en todas las páginas de trabajo *online*, la noche cerrada me había caído encima mientras terminaba de mordisquear los bordes de una pizza de salchicha y jamón serrano que había pedido hacía un buen rato. Se había quedado fría, igualito que mis ánimos, así que hacíamos una pareja maravillosa.

Con los cascos cubriéndome parte de la cabeza entera y mi mantita de ganchillo sobre las rodillas, me quedé mirando como idiotizada la pantalla del ordenador, donde llevaba encerrada por lo menos seis horas. Fuera, en algún lugar del piso que yo pronto dejaría, Cande y Saúl protagonizaban su maratón de sexo de inauguración. Cada vez que el Spotify metía anuncios o se paraba para cargar otra canción, yo me destapaba una oreja solo para corroborar que debía

seguir manteniendo el mohín de asco —y puede que solo un poquito de envidia—. Mi futura excompañera había resultado ser tan obsesivo-compulsiva para recuperar el tiempo perdido follando como lo era para todo lo demás, y, encima, ruidosa.

Así pues, subía más el volumen, cerraba los ojos y me preparaba para el inminente retorno a casa.

Reinicié mi lista previaje y volví a poner *1+1 son 7*. La había oído tantas veces aquella noche que, a esas alturas, Antonio Resines y Belén Rueda poseían ya una camada que podría jugar sus propias olimpiadas. Y ahí estaban todos, empeñados en encontrar un mar inexistente desde los bancos de Madrid. Ay, Madrid... mi época más feliz y segura. El único lugar, salvo los brazos de mi madre, donde había sentido que podía conseguirlo todo. «Nadie me dijo que el destino daba esta oportunidad», cantaba mi oráculo de la vida. El chaval que forró mis carpetas y cuya voz era siempre antesala de refugio. Qué amargas me sonaban hoy sus palabras...

Habría tostadas para tres, sin duda. Y mi madre arreglaría la habitación. Yo volvía hundida de Barcelona, ciudad a la que había escapado porque enfrentar las cosas nunca había sido mi fuerte. A ver cómo me las veía ahora, cuando las cosas, hartas de ser puestas a la cola de mi lista de prioridades, vinieran directitas a mí.

La pantalla de mi móvil se iluminó y una sonrisilla taimada me arrancó la pena por un momento. Abrí la aplicación de WhatsApp web y leí a Nina.

SOS. Novia al borde de un ataque de nervios.

¿Se considera la fuga algo de mal gusto? Es para una amiga.

¿Qué ha pasado, tía?

¿El pelo del novio no combina con tu idea para el vestido?

Mi madre ha organizado una cena de compromiso. El próximo finde.

Y te ha liado para pasar un tiempo a solas con tu prometido.

Creo que lo quiere más que yo. En serio.

Me reí. La verdad era que la madre de Nina había demostrado ser una futura suegra la mar de entregada y contenta con el inminente abandono de la soltería de su hija. Me mordí una uña. Nina todavía no sabía lo mío, porque, a ver, hay cosas que no cuentas por teléfono, ni siquiera a tu *bestie*, y mi desgracia laboral... pues era una de esas cosas.

*No desesperes, pequeña padawan, que vas a tener refuerzos.
Mañana voy para allá y me quedaré.*

«Nina está escribiendo... Nina está escribiendo...».

¡Qué nerviosa me pone eso, cojón!

¿Te quedas en Sevilla? ¿Cuánto?

Un par de semanas.

¿Mamón te ha dado vacaciones?

Algo así.

*Me vales como testigo. Me fugo y me caso en el juzgado.
Tarde o temprano mi madre lo entenderá.*

En cuanto llegue el primer nieto te perdona seguro.

Vade retro.

Me reí. Levanté la vista del ordenador para mirar justo delante, donde había puesto una fotografía enmarcada que pensaba llevar en mi equipaje de mano. Su valor sentimental era incalculable, y no me fiaba de servicio de mudanza alguno para transportarla. Sonriendo desde un plano picado hecho con un palo *selfie*, Nina y yo abríamos los brazos para abarcar la majestuosidad del parque de El

Retiro. Tomamos esa foto el primer día que pasamos en Madrid cuando nos trasladamos. De hecho, la maleta de Nina se veía por una esquina, porque no habíamos ni pasado por la residencia de estudiantes a dejarla antes de inmortalizar el momento que cambiaría el rumbo de nuestras vidas.

Y no tenía ni idea de cómo empezar a disculparme con ella por no haberle contado nunca lo ocurrido entre su hermano y yo. Pero ya me ocuparía de asuntos serios cuanto estuviera en casa y me tocara enfrentarme a ella cara a cara: «Hola, tía. Te he estado ocultado algo muy fuerte».

¿Ya has hecho la maleta? Te conozco.

No te la dejes para el final o terminaré teniendo que prestarte ropa.

Tranquila. Todo controlado.

He tenido el día entero. Vivo atrincherada.

Cande se ha hecho dueña y señora de las zonas comunes.

¿?

¡Coño, que no lo sabes!

Se ha echado novio.

¡Venga ya!

Y espérate... ¡Ha follado!

De hecho, es posible que esté haciéndolo ahora mismo.

¡Ya no puede ser la Virgen María en el belén de su pueblo!

Imagínate la pérdida.

¿Cómo es el tío?

¿Se parece a tu compañero en el estudio?

¿Conjuga verbos y eso?

Apreté los labios. Pau..., esa rata callejera, ladrona y vil... Joder, tenía que ponerme al día con Nina con carácter urgente de todas aquellas mierdas. Muy positiva había estado yo, y también muy rapidita a la hora de contarle que había conocido a alguien, y, a ver, no me entendáis mal: los motivos que tuve para contarle que me estaba viendo con Pau eran legítimos. Nunca dije que me estuviera enamorando ni que pensara llevar la cosa por el camino de lo serio, pero entre Nina y yo había un pequeño tema inquietante que llevaba por nombre Jesús y por apellido Carvajal del que nos teníamos que ocupar.

Espero que en tu cena de compromiso haya sangría y mojitos.

Y vodka.

Cuando termine con todo, te hablaré de Pau.

Uf, tía... ¿Ha sido feo?

Creo que ha tirado del ranking al Basiquito.

«Nina está escribiendo ... Nina está escribiendo ...».

No hace falta que flipes. Estoy bien.

Llevo material para que te puedas centrar en algo ese finde.

Además de tu futura sogá al cuello.

No lo digas así.

Ni siquiera Morrison dice eso.

Porque lo tienes agarrado por las pelotas.

Bueno, agarrado, agarrado...

Me mordí el labio con maldad y metí unos cuantos *emojis*. Una cara sonriente. Una berenjena. Un par de gotas de lluvia. El de la cama y un plátano. Me imagino que pilláis el mensaje dentro del contexto.

¿De verdad que ha superado al Basiquito?

De calle. Con honores.

*Estoy por organizar una ceremonia o algo para otorgarle su premio.
«Amante de mierda 2019».*

Vas a necesitar a alguna celebridad para el acto.

*Coño. Os tengo a tu marido y a ti, cabrona.
¿No sois famosos?*

Nina me mandó el icono del dedo corazón.

Me imagino que os estaréis preguntando quién leches es el Basiquito. Resumen rápido: pasé mi primer periodo barcelonés bebiendo y saliendo de fiesta para olvidarme de Suso, es cierto, aunque hubo más cosas. No diré que me metí en una vorágine de sexo sin control, pero sí es verdad que rebajé bastante mis expectativas y exigencias. Como no podía tener al tío del que estaba colgada — jefe del área de pediatría de un hospital, buena gente, un hermano cojonudo y, encima, había sacado la cara por mis padres en un momento de apuro económico —, pensé que un montón de malos tíos, así juntitos y aderezados con Jägermeister, podrían dar el pego. Di con cada elemento que, bueno... Pero hubo uno en particular, uno que además conocí de la forma más absurda posible, que partió la pana. Me fulminó.

Para mal, se entiende.

Mono. Ojos claros. Sonrisa bonita y el atractivo de la clase proletaria. Manos rudas, casco y botas recias, porque le había conocido en la obra que estaba levantando la calzada justo detrás de mi piso, este que ahora me dispongo a dejar. Bajé una mañana, mosqueada como una mona porque tras una noche de juerga muy necesaria para avanzar en mi curación, los muy desgraciados no bajaban la intensidad del puto martillo pilón, o la herramienta del demonio que fuera esa. La cabeza se me iba a partir en ochocientos trozos, y reconozco que pisé la calle con ganas de arrancar cuellos y luego escupirlos dentro de los socavones de mierda que no paraban de hacer por toda la acera, pero me lo encontré a él.

No me voy a alargar, porque la fase de cortejo duró... pues un par de horas. Lo que tardé en subir, darme un agua y fregar los platos del desayuno. El sujeto,

cuya identidad mantendré en el anonimato porque terminé cagándome en su puta madre —pobre mujer, a ver qué culpa tendrá—, me tocó el timbre ya con los pantalones por los tobillos y todo el martillo pilón *a ful* de potencia. *If you know what I mean*. No estuvo mal. Un aquí te pillo aquí te mato de esos que molan de vez en cuando. El problema vino luego, cuando, tras volver a quedar, la jugada fue exactamente la misma. Sexo rápido. Repetitivo. Sin sustancia. Me aburrí pronto del tema, y la cosa no mejoró cuando nuestro chat, usado exclusivamente para cuadrar las citas, empezó a llenarse de peticiones por su parte. Peticiones que no solo hacían que me explotara la cabeza, sino que rayaban en todo lo vulgar que me ha repelido del sexo alguna vez. Por más ocasional que este fuera.

Insistía en lo mismo una y otra vez. Pedía fotos de mis tetas constantemente. Metía faltas de ortografía hasta en palabras monosílabas, y, por más que yo le explicaba que estaba acostumbrada a actuaciones un poquito más... curradas, él seguía ofreciendo siempre lo mismo. Meter. Sacar. Terminar.

Se llevó el título de «Basiquito» porque... bueno, de donde no hay no se puede sacar.

Me cuesta creer que haya alguien peor que el obrero, en serio.

Nina había vuelto a Pau. La evadí como había hecho ella con mi retahíla de emoticonos.

Ya tenía el listón alto, la verdad.

Caer más bajo que un tío que me daba los buenos días preguntándome «¿Cómo tienes el chocho?» es difícil.

¿Pero se portó mal contigo o...?

Sangría. Mojito. Vodka.

Ese es mi precio.

Hasta entonces...

Metí un *emoji* con la boca cerrada con una cremallera.

Eres una alcohólica anónima.

Di que no, que tú ya me conoces.

Bueno... Sevilla entonces el finde, ¿no?

Yupiii... ¡Fiesta de compromiso!

Que estés allí ayuda.

Y que tengas mierdas que contar que me alejen de las mías, también.

Lo siento si suena mezquino...

Don't worry. Be guapi.

¿Y qué es eso de las mierdas? ¿Problemas en el paraíso?

Conciliar es difícil. Pero quiero casarme.

Estoy enamorada, tía. Rollo... peli de Netflix.

Ya... Se os ve. Dais asquito de lo monos que sois.

Sí, bueno... Morrison no es precisamente Richard Gere, pero...

Envió un montón de corazones. Sonreí. El pellizquito que notaba en el pecho cada vez que era testigo de aquello, de eso que mi mejor amiga tenía, se hizo notar. Pero no fue tan fuerte. Estaba más feliz que celosa, aunque había un porcentaje de envidia, claro. ¿Qué chica no sueña con algo así? Despertarte cada mañana y saber que al girar la cabeza vas a ver exactamente la cara de la persona que amas y te corresponde, con toda seguridad tiene que ser increíble.

Me alegro un montón por vosotros dos.

En serio. En plan bien, ¿eh? No como tu madre...

Le tendré un ojo puesto encima para que no se propase.

Como dama de deshonor tuya que me he autoproclamado, yo la vigilaré.

¿Y quién te vigila a ti?

Tranquila: a pesar de lo que he dicho, no pienso beber mucho.

«Nina está escribiendo... Nina está escribiendo...».

No me refería solo a eso, Caye.

Tú. Una reunión familiar. Nuestros padres.

Y mi hermano.

Menos mal que me había hecho una experta en ocultar información últimamente...

No te preocupes por eso.

Está controlado.

¿Seguro? Sigue siendo Suso.

Lo sé. Y yo sigo siendo Caye.

Nada ha cambiado, por lo que todo sigue igual.

Además, después del Basiquito y de Pau...

Te robo lo del barbecho vaginal.

¿En serio? ¡Tía, qué curiosidad!

Cuánto más tardes en contármelo, más cosas me voy a imaginar.

Si lo aciertas, te doy un pin.

Acaba de llegar Morrison. Te dejo.

Tenemos cita.

¡Pero qué ricos, por favor!

A tope. Hablamos mañana.

¿Me avisas cuando llegues a Sevilla?

Serás la tercera en enterarte.

Perdón, la cuarta. Detrás de mis padres y Fran Pe, ya sabes.

Vente pronto a ver el mar...

Y tú envía una postal.

Sonreí con ganas. Sevilla y sus verdades aguardaban, era cierto. Pero también mi mejor amiga. Hasta la peor perspectiva del mundo mejoraría teniéndola a ella.

Hablamos pronto, bicha.

#Tequieroporsimemuero.

#Tequieroporsimemuero100pre.

Cerré la aplicación. Abrí la de Gmail y le resumí a Elena, más o menos, lo que acababa de contarle a Nina, eso sí, con la facilidad que da escribir sin interrupciones, recreándote en lo que quieres decir y aderezándolo todo con chascarrillos que hacen parecer la verdad menos dramática. Ella solía contestarme del mismo palo, y luego, cuando hablábamos a tiempo real, flipábamos con el trasfondo de nuestros dramas. Le di a enviar y roté los hombros. Personas importantes de mi vida, informadas. Puse la oreja. La música llevaba rato parada, y más allá de la linde de mi puerta cerrada se oía, por fin, el silencio.

Abandoné mi encierro, cargando con la caja de pizza fría a medio comer, y, tras un esfuerzo titánico por mi parte para no destrozar el Tetris de cajas a mi alrededor, fui capaz de llegar a la cocina de una pieza. Metí los restos de pizza en un *tupper*, y decidí que sería mi avituallamiento de camino a Montequinto; después, recuperé del lavaplatos mi taza de Jon Snow y algunos de los trapos de cocina que me había dado mi madre al mudarme y que todavía conservaba. Uno tenía las esquinas quemadas, a consecuencia de haber tapado una olla sin antes haber apagado la vitrocerámica, otro parecía un queso de Gruyère y un tercero, bueno, no sabía qué era aquella mancha, pero seguro que la culpa la tenía yo,

claro. Hay gente que nace con una señal de peligro en la frente, y servidora la lucía con orgullo.

Algún día Alberto Chicote y yo coincidiríamos en el mismo espacio-tiempo y, entonces, el fin de los tiempos llegaría. El verdadero apocalipsis tendría lugar cuando la Tierra se saliera de su eje a causa de la fuerza centrífuga provocada por mí... mientras intentaba batir huevos para una tortilla. Fijo. Soy un puto cero a la izquierda tras los fogones.

Con mi *snack* supersaludable en una mano y mi taza de *Juego de tronos* en la otra, retorné sobre mis pasos. No voy a deciros que miré todo lo que me rodeaba con creciente nostalgia. Sentía irme por lo que significaba a título personal. La vuelta al nido, a depender de la familia, a decir cuándo sales y entras, porque, aunque seas mayor, es casa ajena y lo educado es anunciar que no vas a estar. Otra vez.

Aquella jugada se me estaba haciendo eterna; pero no sabía yo, todavía, que el juego estaba a un tris de cambiar y que el tablero nuevo... Ay, coño, el tablero nuevo... Vais a quedaros alucinando. Pero ya iremos llegando.

Primero, recojamos la partida anterior.

6

UN BORRÓN EN UN CRISTAL SUCIO

CAYETANA

—Caye, tía, siento mucho que las cosas hayan ido así, pero..., jjo! Es que cuando el amor llega así, de esta manera...

—Ya. Uno no tiene la culpa. Claro.

Saqué la llave del piso de la argolla y se la puse a Candela en la palma de la mano. Estaba rozagante la tía. Con la piel brillante y la nariz un poquito hinchada. Su pelazo, una maraña color miel que normalmente llevaba más o menos controlada por secador y plancha, era ahora una trenza bien gorda que le caía sobre el hombro. Vestía una camiseta de hombre y unas bragas; y así se paseaba por la casa, la chica que antaño consideraba ir en tirantes como una falta de respeto sin precedentes.

Ahora me llamaba incluso «tía». El sexo sí que hace milagros, y no Lourdes. Con perdón de la blasfemia. Apenas eran las nueve y media de la mañana y ya estaba espabilada. Saúl no: roncaba en el dormitorio a pierna suelta, ahí, tocándose bien los huevos a dos manos en lo que desde ese día sería su coto de caza privado. El equipo de mudanza acababa de marcharse después de bajar al camión toda mi sucesión de cajas llenas de la que había sido mi vida. Momento embarazoso nivel épico porque un buen mozo con unos bíceps que ya querría Popeye me había traído una hoja de papel impresa con un montón de recuadros para marcar. Boli en mano, me había mirado de arriba abajo y había empezado a incurrir en preguntas que, a mí, con pocas horas de sueño encima, unas ganas de café mortales y una migraña incipiente, me sonaron a mandarín.

—Pero, a ver, señorita, ¿cuántas cajas tiene?

—Todas esas. —Y señalé al batiburrillo de mi habitación—. Y otra en el baño. Acumulo muchas mierdas, aunque me figuro que habrá visto usted de todo.

—Ya, pero la pregunta no es esa. —Se quitó la gorra para rascarse la coronilla—. ¿Ha hecho una numeración?

—¿Pero de eso no se encargaban ustedes?

Mira..., si no habíamos contratado un servicio serio, me bajaba de la vida. Así lo digo. Estaba yo a esas horas, con todo el drama que implicaba el inminente cambio de vida, para organizaciones y demás historias.

—Nosotros numeramos las cajas antes de meterlas en el camión y hacemos recuento al dejarlas en la dirección de entrega, pero convendría que usted llevara la suya propia para comparar que no se pierda nada por el camino. A veces pasa.

—Bueno, hombre, mucha mala suerte sería que se nos diera el caso, ¿no? —Y sonreí un poco de boca para afuera, porque, en cuanto a buena fortuna, no iba yo muy sobrada que se dijera—. Tenga confianza en su método. Ya verá que todo va bien.

—Vamos, que ni tiene numeración hecha ni piensa ponerse, ¿no?

Me pareció simpático. Al menos avisado era. Lo dejé a lo suyo mientras yo me calentaba el café y veía por el rabillo del ojo cómo Candela cargaba cosas de su dormitorio e iba ocupando con ellas el baño, una vez que mis pertenencias más privadas yacían en el fondo de... «CAJA OCHO», mismamente. Asombradita perdida, tanto que me quemé la lengua con el café, le vi llevar al baño su pasta de dientes y su cepillo, su crema exfoliante y hasta un paquete de rollos de papel higiénico. Vamos, que su pavor al robo de artículos de higiene, que no había sido personal contra mí, recordemos, se había evaporado.

Se dio cuenta enseguida de lo que yo estaba pensando, porque mientras colocaba un bote de espuma y otro de gomina efecto mojado en la balda del espejo, me lanzó una miradita de disculpa.

—Caye, en el amor no puede haber secretos. Y querer es compartir.

Me fui a mi habitación arrastrando los pies. El aspecto que me devolvía el espacio que hasta hacía dos horas había sido todo mío era desolador. Un somier pelado pegado a la pared, la mesa de escritorio vacía y el corcho de la pared absolutamente desnudo. Allí no quedaban más que mi maleta de mano y el bolso de la Nikon, amén de una muda de ropa que, sabrá Dios cómo, yo había tenido el tino de dejar fuera de cualquier caja y envase para poder viajar a Sevilla oliendo a limpio.

Como me había pegado una ducha a las siete de la mañana, por quitarme las telarañas del mal sueño que me había acompañado por la noche y no apearles a choto a los de la mudanza, solo me quedaba hacer el cambio de ropa y emigrar. Me puse unos pantis negros, una blusa amplia en color gris y mis botas de hebillas. Después de recogerme el pelo al estilo Amy Winehouse —según mis

posibilidades, claro—, acompañé el *outfit* con un cárdigan y un fular de tres vueltas que me protegiera la garganta de los humos del andén. Agarré la maleta, me atravesé el bolso de mano sobre el hombro y me encaminé por el pasillo, como si estuviera abandonando el apartamento de *Cliché*, ese *reality* tan casposillo donde había trabajado mi mejor amiga, Nina. Historia larga.

Candela me acompañó hasta la misma puerta, me figuro que para asegurarse de que me piraba para no volver. De Saúl no supe nada. No le vi ni el careto por última vez. Ni falta que hacía, oye.

—Bueno, pues... —¿Qué se le dice a una compañera con la que has congeniado lo justo para tener siempre platos limpios en el mueble de la cocina?

—Es el principio de una era —dijo sonriendo—. No es mío, es de Mónica, de *Friends*.

—En realidad ella dice «Es el fin de una era», y no creo que nuestro nivel de drama vaya a eclipsar el suyo con Rachel.

Mi despedida de Nina, cuando ella volvió del pueblo y nos reencontramos, a pesar de que mi mudanza ya se había perpetrado, sí que era digna de entrar en la historia. Solo de acordarme... Pfff, quita, quita. Pelos como escarpas.

—Voy a echar de menos que siempre hables como si lo supieras todo.

—Sí, bueno, y yo echaré de menos... cosas.

Abrí los brazos. No sé. Igual intentaba abarcar el piso o la abertura de pared que llevaba a la entrada. Me parece que Candela lo interpretó mal, porque me dio un abrazo incomodísimo y un beso en cada mejilla que me dejaron en jaque mate. Coño, sí que cambiaba a una persona tener un pene dentro...

—Ya verás cómo todo te va a ir bien, Cayetana. Encontrarás tu sitio, dejarás de dar tumbos, de estar tan perdida, y por fin podrás hacer algo serio y útil con tu vida.

—Qué maravilla de buenos deseos, Candela. De verdad que sí. —Tragué saliva por no escupírsela en el *gepeto*—. Yo también tengo un consejo; no te olvides de mear siempre después de haber follado. Las cistitis están a la orden del día.

Fueron mis últimas palabras para ella. Poético, ¿que no?

Cogí un taxi hasta las líneas de Renfe, y una vez allí, me pasé por la primera cafetería que pillé abierta. Cargando la maleta, la Nikon, mi bolso y una angustia creciente en el estómago, me compré un bocadillo vegetal con pollo para llevar, una botella de Coca-Cola Zero y una bolsa de ositos Haribo. Los restos de la pizza fría que había preparado como aperitivo se habían quedado en la cocina de casa de Candela, así que, bueno, algo habría que improvisar.

—Deme también un par de esas chocolatinas... O seis.

El tendero me miró como si fuera una pirada, pero yo le soplé un billete de veinte y empecé a guardármelo todo en el bolso sin echarle mucha cuenta.

—No puede una ni lamerse las heridas con el estómago lleno, coño...

Me subí al tren, dejé las cosas en el portaequipajes y me arrellané en el asiento. Antes de que nadie ocupara espacio a mi lado o se iniciara el traqueteo, me coloqué los cascos y puse la música a un volumen tan obsceno que esperaba de corazón que cualquier posible compañero de viaje lo tomara como una no-invitación a conversar. No me apetecía saber nada de nadie. Tenía el humor más agrio que un limón, y los ánimos a la altura del dedo gordo del pie, más o menos.

Revolví en el bolso y empecé a mordisquear una chocolatina. Doblé el papel con el localizador de todas las mierdas que llevaba el camión de la mudanza y me pregunté dónde demonios iba a meter todo eso una vez estuviera en Montequinto.

Pasé las horas de trayecto moviendo los carrillos y actualizando mi web, como si refrescar el botón una y otra vez fuera a provocar que las fotos se vendieran. La cosa se había parado después de aquel inusual pico de movimiento, así que mis crecientes esperanzas volvían a estar sumergidas. Saqué la Nikon y me la eché al cuello. A través de la ventana sucia del tren solo era visible un borrón que pasaba a toda velocidad. Lancé un par de ráfagas y luego tomé algunas instantáneas del interior. Asas de maletas que sobresalían de los cubículos para equipaje, pies descalzos que se acariciaban los dedos contra la moqueta con el logotipo del tren, las ruedas de un cochecito, un libro apoyado en el asiento... Imágenes de fondo, las llamaba yo. De relleno. Esas que con retoque, mimo y cuidado podrían acabar en un tablero de Pinterest o ser usadas como marco de inspiración en el libro de alguna joven autora de novela romántica, por ejemplo.

A veces la inspiración me encontraba a mí. Poco importaba si mi capacidad para encontrar algo bello estaba mermada o en plena ebullición: siempre había algo digno de ser fotografiado, y yo, que en ese momento me encontraba fuera de mí, como una cáscara vacía, seguía siendo capaz de verlo, aunque me costara un triunfo. Fotografiaba porque esperaba, en mi fuero interno, que algo me emocionara lo bastante como para coger toda aquella serie de catastróficas desdichas y ser capaz de verlas como una oportunidad.

¿Era acaso una señal que el único trabajo que había sido capaz de mantener hubiera sido el de hacer fotos por libre? ¿Estaba el cosmos indicándome algo? La verdad era que no podía arriesgarme a pasar una temporada como *freelance*,

porque no tenía nada con lo que sustentarme. Y a mis padres no pensaba ni mentarles aquella posibilidad. Conociéndolos, me darían lo poco que tenían ahorrado, y ya bastante tenían con su préstamo como para incurrir en otro conmigo.

La deuda del quisco de la que Suso se había hecho cargo después de que mi padre pusiera la casa como aval para pagarla era una losa con la que vivíamos, porque, aunque el hermano de Nina no quisiera ni oír hablar del tema, era un hecho evidente que ese dinero debía devolverse. Mi padre no viviría tranquilo el resto de sus días en caso contrario. Y yo tampoco.

El tema era que el quiosquero no sabía que le debía a Suso menos de lo que pensaba... porque yo había estado haciéndole transferencias puntuales. Una vez el préstamo estuviera sufragado, ya hablaría yo con mi padre del tema, pero, entre tanto, ¿por qué molestarle con eso? Yo no quería que mi padre se sintiera humillado, o que pensara que andaba metiendo las narices en sus cosas, aunque fuera la pura verdad, pero quedarme de brazos cruzados mientras él se ahogaba para pagarle a Suso no era de recibo, así que... Bueno, una confesión más que hacer por mi parte.

Joder, cualquier día me tirarían un pedo y se me escaparían cuatro secretos. Qué angustia de vida.

Llegué a Santa Justa a media tarde. Había dado órdenes expresas de que nadie viniera a recogerme, pero reconozco que, cuando salí del tren, aproveché el ratito de estirar las piernas para otear el horizonte por ver si mi petición se había cumplido o no. Por suerte, mis progenitores me conocían desde el mismo día de mi nacimiento, así que cumplieron, aunque seguramente lo hicieron en contra de sus propios impulsos, esos que los llevarían a socorrer a su cachorrita, que, con todo y con maletas, se dirigía ese momento a la parada de taxis. ¿Que igual tenía que haber pillado bus, que es siempre más barato? Puede, pero había algo que tenía que hacer con carácter urgente antes de irme a Montequinto, motivo principal por el que los quiosqueros no podían aparecer en la estación. Como he dicho hace un momento, mis padres no sabían nada de mis pagos a Jesús por el tema del préstamo; iba a pasar un par de meses malos —siendo muy optimista—, por lo que esos ingresos iban a verse paralizados hasta cambio de situación. Ese era un tema que no podía tratar con nadie delante, ya que era un asunto con un único destinatario, y era él, y nadie más, con quien tenía que aclararlo. Cara a cara y sin dilatarlo un solo minuto, por más que me pesara.

—Al Hospital Universitario Virgen del Rocío.

El taxímetro echó a andar. Yo apoyé la espalda en el asiento y cerré los ojos.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Está mareada?

—Mareada me voy a poner cuando llegue a destino... —mascullé. El buen taxista me miraba desde el retrovisor, seguramente preocupado de que le vomitara en la tapicería—. No se preocupe, que la integridad de sus asientos no corre peligro.

—Bueno... Hay bolsas para el mareo en la guantera, por si necesita. —Puso el indicador y cambió de dirección. Yo intenté mirar por la ventilla, pero, otra vez, no vi más que borrones en cristales opacados. Puede que fuera yo, o tal vez, Sevilla, igual que Barcelona antes que ella, había perdido brillo—. ¿Seguro que no está enferma? La veo pálida, y como vamos al hospital...

—Este es mi tono de piel habitual. Y voy para... ver a alguien. —¿Sabéis eso de los conductores pesados que no callan? Pues cuando me conocen a mí, lamentan haber iniciado la conversación. Soy lo peor—. Hacía algo muy desagradable una vez al mes, por una deuda. Y ahora no voy a poder seguir haciéndolo, así que voy a hablar con la persona a la que se lo hacía para decirle que no lo puedo hacer más hasta nuevo aviso, a ver si se le ocurre una solución. ¿Me entiende?

Una mirada tensa se cruzó con la mía. El taxista se rascó una oreja.

—¿No quiere pasar por el cuartelillo de la guardia civil, señorita? Que la obliguen a una a hacer cosas en pago está feo.

—¿Qué? ¡No! ¡No tiene nada que ver con favores sexuales! —Agité la mano en el aire, pero dudaba de que pudiera ver mi gesto desde el reducido espacio de su espejo retrovisor—. Intenté chupársela, pero me rechazó. Aunque, bueno, soy la mejor amiga de su hermana pequeña, estaba borracha, él iba con su novieta de entonces... Igual no fue la mejor de las ideas. Contrariamente a la creencia popular, las felaciones tienen su momento y su lugar.

El hombre no sabía dónde meterse, os lo podréis imaginar. Creo que sintió más alivio que en su vida cuando vio la fachada del hospital recortarse a lo lejos. Paró en el carril taxi, detuvo el taxímetro y giró medio cuerpo para mirarme. Me cobró y, luego, carraspeó.

—Las cosas del sexo no deberían hacerse a cambio de algo, señorita.

—Tiene usted razón. —Me colgué la Nikon y agarré el bolso—. Pero es que yo solo quería una excusa, ¿sabe?

Y decirlo en voz alta fue como... como si un bote cerrado al vacío cediera a la presión y mandara la tapa a tomar por culo y dejara el contenido a la vista de

cualquiera. Creo que hasta me ruboricé.

—¿Y por qué no le dice lo que siente? —Me sacó la maleta del maletero—. A lo mejor eso es más fácil que andarse con pagos y deudas.

—Ya, claro. —Le di una palmadita en el hombro—. Acaba usted de llegar a la historia y ya se cree que puede solucionarla. En fin, que pase un buen día.

—¡El tren pasa una vez, señorita!

Le sonreí, aunque solo fuera por el esfuerzo. Los taxistas majos valen oro, y yo sentía debilidad por ellos. Culpa del padre de Nina. Me di la vuelta, justo ante la puerta de entrada a pediatría. Llegados a este momento, me imagino que estaréis de los nervios. Yo lo estaba. El héroe y la heroína, a punto de encontrarse.

Se supone que el reencuentro es ese momento glorioso donde, sin esperarlo, sin planificarlo, dos pares de ojos se vuelven a ver tras, en nuestro caso, más de un año. Sin embargo, nuestra historia no se parece a ninguna. Para empezar, porque no iba a esperar que una suerte de casualidad me pusiera ante Suso. Ahí estaba yo, agarrando al toro por los cuernos, aguardándolo como agua de mayo. En el mismo sitio donde, borracha perdida, le había pedido a voz en grito que me follara. Tras otro rechazo por su parte, servidora puso pies en polvorosa y juró, primero, que nunca volvería beber así y, segundo, que mirar la cara de supremacía moral de Jesús Carvajal era algo que evitaría hasta las últimas consecuencias.

O hasta que mi situación económica y personal diera un vuelco tan jodido que no me quedaran más narices.

Me senté en la sala de espera, con mi maleta, la cámara y toda mi cara de circunstancias. La señorita de administración me informó con amabilidad de que Suso tenía guardia a las siete y media, así que concentré el tiempo que faltaba hasta encontrármelo en intentar con todas mis fuerzas dejar la mente en blanco. Daría el mensaje que tenía pendiente y, con suerte, Suso estaría lo bastante flipado por tenerme allí delante como para quedarse mudito y no pronunciar una palabra, porque si empezaba a hablarme, era posible que la naturaleza de mi discurso perdiera fuelle.

Siempre me liaba cuando hablaba. Cosas de saberse expresar, supongo.

Llegó puntual. Con vaqueros, camiseta blanca de cuello de pico, el pelo un poquito más largo de lo que recordaba y barba de tres días. ¿Sabéis ese momento cuando vais a tomar una decisión y tenéis un diablillo sobre un hombro y un ángel en el otro? A mí me pasaba algo parecido cuando veía a Suso, pero en vez de seres celestiales sin sexo, en mis hombros se recreaba una Isabel Pantoja pequeñísima que se arrancaba por su «Se me enamora el alma, se me enamora...

cada vez que te veo...».

—... doblar la esquina...

—¿Cayetana?

Mierda. Lo había cantado en voz alta. Mátame, camión.

—Hola, Jesús. Tranquilo, esta vez vengo sobria. —Ahí, derrochando madurez.

—Pero... ¿cuándo has llegado? ¿Quién...? ¿Ha pasado algo?

Levantó la cabeza, buscando. Claro. Yo cargada de maletas, en plena sala de espera... Debió de imaginar que a alguno de mis progenitores le había dado un amarillo o algo así. Toqué madera mentalmente. Negué con la cabeza, y, con esfuerzo, arrastré mis cosas hasta un rincón. Tampoco era plan de ocupar el espacio y dar un *show* gratis a la gente.

—He llegado hace un par de horas. Voy a quedarme un tiempo en Montequinto, principalmente para la cena de compromiso de Nina. —Bueeno..., algo así. Se acercaba bastante a la verdad—. Mira, esto no es fácil, pero hay conversaciones que es mejor arrancarse rápido como una tirita. Tengo un pequeño problema de efectivo ahora mismo, nada que no pueda solucionar, pero eso va a implicar un severo retraso en mis transferencias. Que, a ver, igual llamarlo «severo», tampoco es lo adecuado, pero...

—Cayetana, para. Joder, hace por lo menos un año que no nos vemos las caras... ¿y me sales con esa historia?

—El dinero es importante.

—A mí no me lo parece.

Le hice un mohín. Bueno, claro que para ti no, señor jefe de enfermeros macizos de pediatría... Pero el resto de los mortales, sobre todo cuando tenemos el culo al aire, tendemos a tomarlo en serio.

—No estoy aquí para protagonizar un debate más eterno que los años cotizados de Jordi Hurtado, Suso. Tengo prisa, mis padres me están esperando.

—Solté la maleta y abrí el bolso de la Nikon. Joder..., cómo dolía—. Lo que te decía es que voy a estar un par de meses sin liquidez suficiente, pero creo que esto puede cubrirlo hasta que pueda volver a ingresarte efectivo.

Le tendí la cámara. Me miró como si me hubiera salido un tercer ojo. Flipando. La verdad era que yo me sentía exactamente igual, pero tras haberlo pensado —en el ratito ese en que, de forma totalmente inútil, había intentado poner la mente en blanco—, había llegado a la conclusión de que aquella era la solución más simple. Mi Nikon era la cosa de más valor que poseía.

—¿Estás de coña? ¿Qué leches voy a hacer yo con tu cámara, Cayetana?

—Vale mucha pasta. Puedes venderla.

Jesús extendió la mano y empujó la mía con ella. No paró hasta que tuve mi valioso instrumento de trabajo pegado al pecho. Frunció el ceño.

—¿Y cómo narices vas a ejercer tu profesión sin cámara?

—Eso es problema mío. Te la doy en pago por las transferencias que no voy a poder hacerte. De verdad, Suso, no es tan difícil.

Se cruzó de brazos. Qué putos bíceps se gastaba.

—No, no lo es. Te he dicho hasta el cansancio que el préstamo que le hice a tu padre es una cosa entre él y yo. —Cuadró la mandíbula. Parecía tres veces más alto cuando se mosqueaba. Qué ganas de arrearle un sopapo. Con mi boca. En la suya—. Guarda eso y déjate de hacer tonterías, que ya tienes una edad.

—Habló Matusalén.

—Tengo trabajo, Cayetana.

—¿Ah, sí? Pues yo... —Pues yo NO. Ni trabajo ni el pulso regular por culpa de tenerlo delante—. No te pido que lo comprendas, Jesús. Solo que lo aceptes como es. Voy a seguir haciéndome cargo de ese préstamo.

—A espaldas de tu padre, claro.

—Cuando quede saldado se enterará de que he ido poniendo de mi parte, y será una simpática anécdota para las cenas de Nochebuena. —Le tendí la cámara otra vez—. La habría llevado yo misma a la casa de empeños para traerte el dinero, pero no he podido.

—Y yo no voy a aceptarla. Estás actuando como una niña.

—¿Qué? De eso nada. Me estoy responsabilizando.

Suso sonrió. Se me acercó un paso. Pude oler el *Invictus* impregnado en su piel y las fibras de tela de su ropa.

—¿De qué coño hablas? Ya no sé en qué idioma decírtelo, Cayetana, de verdad que no. Nada de esto es responsabilidad tuya. Los temas de dinero entre tu padre y yo quedan entre tu padre y yo.

—¿Y vas a permitir que pase meses pagándote cuando yo puedo ayudarlo a saldarlo antes?

—¡No tiene nada que pagar! ¡Nada! ¡Y tú tampoco! —Se pasó la mano por la cara. Sonrió a la chica del mostrador, que había levantado la cabeza al oírle alzar la voz—. Le dije que ya veríamos cómo solucionarlo, pero los dos no paráis de hacer lo que os da la gana, joder, ingresándome pasta que yo no he pedido.

—Claro. Porque tú creías, en tu puto universo paralelo, que el quiosquero iba a seguir viviendo tranquilo sabiendo que te debe dinero. —Fue mi turno de negar

con la cabeza—. Si de verdad pensaste eso, Jesús, es que no conoces nada a mi padre. Ni a mí tampoco.

—Te conozco lo bastante para saber que eres el castigo para crímenes que todavía no he cometido. Guarda la dichosa cámara de una vez, Cayetana. Y vete a tu casa con tu familia. Tengo que trabajar, y no puedo seguir perdiendo el tiempo con chiquilladas.

—Pues muy bien. —Pero guardé la Nikon, ¡ay, coño, mi tesoro, mi preciosa, qué poco había faltado!—. Pero flipas si crees que esto se acaba aquí.

Pretendí que sonara amenazante. Suso solo negó con la cabeza y se perdió detrás de unas amplias puertas blancas. Seguro que había captado el mensaje.

7

EL DESHONOR DE UNA DAMA

CAYETANA

La primera noche en casa de mis padres no fue tan triste como había previsto. Por lo menos, no hasta que llegó el momento de acostarse. Recibida como si llegara de ganar los Juegos del Hambre o algo así, mis progenitores, benditos fueran, incurrieron en toda esa sarta de mentiras piadosas que unos padres cariñosos siempre tienen guardadas en la recámara para sus hijos; que si qué delgada estás, que si no comes, que si esos pantalones ya habría que renovarlos...

Ya en la mesa, nos metimos entre pecho y espalda un bacalao con tomate con el que estuve tentada de casarme. Bien de todo, sí señor, que como en casa, no se come en ningún sitio. Les conté a los quiosqueros algún detalle de Barcelona y hasta chascarrillos varios de Candela, pero acordamos no tocar el enorme elefante rosa que se nos había acomodado en la sala de estar. Que yo estuviera allí, con el localizador del servicio de mudanzas perdido en el bolso implicaba mucho más que una cena casera, pero estaban los ánimos todavía muy revueltos como para tocar ese tema.

Recogí la mesa y agaché la cabeza dentro de la pila. Fregar *motu proprio*... Mi madre me abrazó por la cintura nada más entrar en la cocina, porque aquello creo que no había tenido lugar desde que era yo adolescente y quería que me compraran las zapatillas de plataforma de las Spice Girls. No recuerdo haber hecho tantas tareas del hogar en la vida.

—El sábado los Carvajal tienen cena de compromiso.

Asentí. Mi madre se estaba acabando los restos de vino de su copa antes de dejarla en la encimera. La miré por encima del hombro. Qué guapa era, cojona. Una sevillana asiática que quitaba el hipo. Ni una arruga. Ni una cana. Ni un gramo de grasa en aquel cuerpo esbelto y perfecto cual junco. Por favor, dioses de la genética..., ¡yo lo quiero!

—Nina me escribió un SOS. Pretende fugarse con Lucas y casarse donde los

lleve el viento. Pero tú no sabes nada.

—Pues le daría a su madre un disgusto, con la ilusión que tiene en prepararlo todo...

—Ya, para eso estamos los hijos, ¿no? Para traeros disgustos en carretilla, como el mozo de los espárragos. Y, si no, mírame a mí. Cargadita llego; ni los Reyes Magos en víspera traen tanto como yo.

—Ay, Cayetana...

Negué despacio con la cabeza y la abracé. Cuando mi madre me rodeó los hombros con sus brazos delgados y apretó con fuerza, me sentí reconfortada.

—Hoy no, ¿vale? Ahora tengo que... Anoche apenas dormí nada y voy a empezar a darme con la cabeza contra los tabiques hasta que pueda recostarla en algún sitio.

—Tuve un gato que hacía eso. Me daba risa y pena a la vez. —Me dio un empujoncito en el hombro—. Anda, descansa, mi vida.

De vuelta a la cama, lo cierto fue que vi pasar las horas sin que el tan anhelado descanso me diera tregua. Tal como había esperado, el dormitorio ya no era territorio conocido: en lugar de la habitación que yo había dejado, me encontraba en una suerte de puzle confeccionado con los muebles y trozos de la casa que mis padres no habían sabido dónde guardar conforme las compras y los años fueron cambiando el decorado en el que vivían. Así, con la cama supletoria pegada a la pared, tenía frente a la nariz una bicicleta estática de la que colgaban un par de bolsas del tinte; al otro lado, un viejo televisor Kardashian —yo los llamo así porque eran de culo. Je, je— que había ido a morir a aquel cuarto después de que mi padre se pillara uno plano para ver el Sevilla-Betis con toda nitidez; a sombrilla de la playa, un par de fundas nórdicas de recambio, la caja de herramientas y un par de maletines con documentación del quiosco. Esa era mi compañía para la noche, y aunque no me pasó desapercibida la cara de circunstancias de mi madre al meter la maleta, un gesto de mi cara rebajó la tensión. O lo intenté, al menos.

—El trasto de hija con los trastos de la casa, ¿no? —Y me eché a reír.

El ambiente se relajó, pero yo no me quedaba dormida y mi padre jamás aprendió a hablar en susurros, así que mientras me notaba alguna que otra lágrima molesta bajándome por las mejillas, les oí comentar cómo podían ayudarme, de cuánto disponían en caso de que yo quisiera alquilarme algo y necesitara ayuda o si era apropiado o no que me ofrecieran echarme una mano para buscar un nuevo oficio. Lloriquéé en silencio por una mezcla de

sentimientos. Estaba acojonada, claro. Después de muchos años siendo económica y geográficamente independiente, aquello era un paso atrás de manual. No lamentaba estar con mis padres; de hecho, eso quizá hacía el golpe menos amargo, pero no era el destino definitivo que quería para mí. En Sevilla había quemado ya todas las etapas correspondientes, y no sentía necesidad, ni deseo alguno, de levantar muros que hacer propios allí.

A la pena por las decisiones mal tomadas, o por la incapacidad de tener un plan del que ahora sujetarme, se añadía la inquietante sensación de ser una carga. No quería que los señores quiosqueros tuvieran que desvelarse o cambiar sus días porque yo estuviera allí. Una cosa era ir de visita, colaborar en el quiosco y comer de gorra por un tiempo limitado y otra, dilatar ese tiempo sin que hubiera prescrita una fecha de caducidad. No estaba dispuesta, porque los conocía bien, a dejar que hipotecaran lo poco que tenían por salvar mi culo pelado. Bastante tenían ellos con lo que ya cargaban, ese préstamo del demonio que, encima, yo iba a tener que dejar sobre los hombros de mi padre hasta poder rehacerme.

Si Suso hubiera aceptado la cámara...

—Eso habría sido pan para hoy y hambre para mañana —me respondí a mí misma, tapándome la cara con la mano y mirando el ventilador parado del techo—. Fotografiar es lo único que sé hacer; si me desprendo de la herramienta principal, ¿cómo voy a encontrar otro trabajo?

Estaba la opción de ponerme a piñón con la web, no parar de hacer fotografías, subirlas y esperar que Dios apuntara su dedo meñique hacia mí y me concediera un poquito de suerte.

En Madrid me lo había montado bien. Había puesto anuncios, físicos y en Internet, y de cuando en cuando me salían trabajitos muy bien pagados, como la boda gitana que me reportó una pasta que en la vida había vuelto yo a ver junta. Entre eso y mis temas *freelance*, casi todos los meses iba suelta, relajada. Y encima curraba feliz, sin que me importara mucho cuántas horas tuviera que echarle, porque hacía lo que me gustaba.

—Por eso ahora no tengo nada, porque esta habitación es más de la tabla de planchar que mía.

Me di la vuelta y el camastro chirrió. En medio de aquella vorágine de pensamientos dañinos, permití que la mente abriera una ventanita para abarcar a Suso. Supongo que solo era cuestión de tiempo que se pasara a sus anchas por mi cabeza, teniendo en cuenta que ya lo hacía medio a hurtadillas, aprovechando cualquier resquicio de debilidad al que pudiera agarrarse. El reencuentro había

sido... aséptico. Me vais a permitir el juego de palabras, por eso de habernos visto en el hospital. Mis esperanzas de dejarle estático y mudo se fueron rápidamente por el desagüe, cosa que, por otro lado, tampoco tenía que haberme sorprendido. Suso era muy de rehacerse en el momento, y aunque el impacto de mi repentina llegada fuera notable, enseguida encontró por dónde salir el muy maldito.

Tiré de las mantas hasta sentir su suavidad en la barbilla y apreté los ojos. Iba a darme hasta el fin de semana para revolcarme en mi mierda de frustración, pero una vez llegara el sábado, la Cayetana que se conformaba se iría a tomar por culo. Sin paños calientes. Mi mejor amiga se casaba, y no iba a permitir que un mal gesto o una moral baja aguara su cena de compromiso ni de coña. Sobre todo, porque tenía que hacer de pared contra su madre, que estaba a puntito de reservar la catedral de Sevilla para el enlace.

Ser una buena dama de deshonor implicaría aliviar las frustraciones de Nina. Y ser una buena yo misma, reponerme de aquel revés y volver a ser un miembro activo de la sociedad a la mayor brevedad. Había mucho de lo que ocuparse. Menos mal que tenía las manos llenas de tiempo libre.

Pasé un par de días echando horas en el quiosco. Mi padre tenía que hacer cosas de esas que uno va dejando por no faltar a trabajar y que al final se le acumulan. Tenía que mirarse una caries, regularse las gafas de cerca, comprarse unos zapatos de invierno decentes y buscar sus gorras para evitar enfriamientos capilares. Todo eso, que parecen tonterías, pudo llevarlo a cabo porque servidora era una visionaria vendiendo cartones de tabaco, prensa, revistas y chuches varias. Las que no me comía, claro. A veces, me ponía en plan señora de mercadillo.

—¡Mira, niña, que tengo el ¡Hola!, el *Lecturas*, el «*Ten Minutes*», la *Cuore* y hasta la *Bravo* si me dejas rebuscar un rato! ¡Te lo tengo todo! ¡De primeras marcas! ¡Y las noticias, todas buenas! ¡No hay paro, los mares están impolutos, el Sevilla va primero y hemos fichado a Cristiano Ronaldo!

Y si estaba de buen ánimo, ¡bueno, bueno! Entonces llegaba incluso a salirme de la casetilla con bolsas de golosinas en los bolsillos y los periódicos colgando de los brazos para protagonizar mi propio bailecito de quiosquera. Movía la cadera, levantaba una rodilla y giraba el cuello a todo lo que me daban las cervicales mientras en mi teléfono sonaba el *Baby Shark*. Vender..., pues vendía un mojón, pero la gente se lo pasaba pipa cruzando la calle para ver qué leches

pasaba en el quiosco y quién era la loca que lo había secuestrado.

Aquellos días en particular, la fuerza no me acompañó demasiado. Sonreía, elevaba un poquito la voz, pero estaba mohína en general. Los nubarrones de mi situación laboral seguían acosándome, y el solo pensamiento de destapar la liebre me cerraba la glotis hasta dejarme al borde del *shock* anafiláctico.

En algún momento iba a tener que abrir la veda a aquella conversación. Mis padres habían sido pacientes, pero de tontos no tenían un solo pelo, y, habida cuenta de la pasta del camión de mudanzas que habían pagado, seguro que se lo olían. Yo esperaba el final de mes y, con él, mi primera prestación por desempleo. Tendría que vivir arreglada a esa pasta, porque no habría más hasta que volvieran a darme de alta donde fuera, así que, contrariamente a mis principios, había empezado a hacer un par de listas de actuación, confeccionadas según distintas cantidades. Qué podía permitirme y qué no. Cuáles eran mis opciones reales y la distancia a la que podría agarrarme para cumplirlas.

Quería tantísimo volver a Madrid... Pero eso ni siquiera entraba en la lista de sueños posibles. Al menos, no por el momento.

—¿Cómo se ha dado la mañana, hija?

—Los crucigramas no tienen salida. Y he hecho todo cuanto ha estado en mi mano.

—¿El bailecito también?

Asentí con ferocidad.

—Pensaba hasta interpretarlo en bragas a ver si así la gente se animaba con las sopas de letras y los sudokus, pero es que ahora se llevan los juegos de Facebook. ¿No podrías poner unas *apps* para descargar?

—¿Unas qué? ¡Anda, calla! No me mancilles el quiosco con tus ideas tecnológicas.

Me eché a reír, y cuando mi padre tomó su puesto de honor tras la portezuela, el pequeño espacio dentro de nuestro tenderete se triplicó. Con su gorra para el invierno bien encasquetada, su muela preparada para hartarse a turrón duro y aquellos zapatos relucientes, mi señor padre estaba para convertirlo en sello. ¡Qué coño! Deberían acuñar billetes de treinta euros y ponerle a él sonriendo en todos.

Levanté la Nikon y le disparé un par de fotos.

—Pero ¡qué guapo es mi quiosquero, copón!

—Mira, eso no te lo voy a discutir.

Me guiñó un ojo y luego se puso a leer el *Marca*. Yo aproveché el momento para irme, y les hice kilómetros a mis botas nuevas ese día. Andando, cámara en

ristre, llegué hasta la plaza de Parma. Robé instantes de los suelos, las paredes y hasta la delgada silueta de una farola apagada recortada contra el cielo azul. Busqué la inspiración y lo que acabé encontrando fue un dolor de cervicales importante por andar cargando con la Nikon. Tras un rato que fue menos fructuoso de lo esperado, me fui a la perfumería Ana, donde trabajaba mi madre. Pasé con ella un buen rato, cotilleando y pecando con un rímel y una sombra, y luego emprendí el camino a casa a solas con mis pensamientos.

Me dije, cuando volqué las fotografías en el ordenador y me obligué a sacarles el mayor brillo posible, que era momento de despertar del letargo. Ya había sido bajón suficiente, ¿no? Nina estaba a punto de llegar, y eso tendría que servirme como descarga eléctrica para arrancarme la vagancia del alma.

Poco sabía yo, como viene siendo habitual, que el despertar definitivo, rollo secta, me iba a llegar directito como fruto de un buen sopapo de realidad.

El sábado, a falta de diez minutos para la hora convenida, mis señores padres y yo nos encontrábamos ya subiendo las escalinatas que daban a la entrada de la casa de los Carvajal. Mi madre llevaba ensaladilla, mi padre un surtido ibérico que olía al paraíso y yo... yo unos nervios que casi habían acabado en tragedia un rato antes: no intentéis haceros el *eyeliner* si el cuerpo no os deja de dar brincos. De nada.

—¿Quieres parar quieta? ¡Que solo es tu amiga!

—Pero es que hace mucho que no la veo, papá.

Me imagino lo que algún iluminado estará pensando. Ahí va Cayetana, parada, sola, viviendo en un cuarto trastero, a enfrentarse a Nina Carvajal, periodista de éxito, prometida y con un pisito maravilloso en Madrid. La envidia quedaría en una anécdota comparada con mi cara de culo y bla, bla, bla..., ¿no? ¡Pues ja! Mi cariño por mi mejor amiga estaba tan por encima de todo eso que lo único que deseaba era estrecharla fuerte entre mis brazos y alegrarme, de corazón, por todo. Nadie se había currado esa felicidad más que Nina, y se merecía hasta el último ápice de ella que pudiera conseguir.

Tan pronto su madre nos abrió la puerta, la rebasé como un fórmula 1 y eché a correr pasillo adentro. No voy a entrar en demasiados detalles porque la escena rozó el quinceñearismo. Abrazos. Besos. Un poquito de rímel *waterproof* a tomar por saco. Más abrazos. Apretones. Apreciaciones mutuas de aspecto físico. Grititos eufóricos. Vamos, el menú completo.

—¡Pero qué guapa estás, perra mala!

Nina sonrió. Llevaba unos vaqueros oscuros con parcheados brillantes a juego

con un top de pedrería atado al cuello. La americana remangada le daba un toque tan cosmopolita que me dieron ganas de interrogarla sobre su perfil en 21 buttons, a ver si podía copiárselo. Sus rizos pelirrojos, marca de la casa, parecían más brillantes.

—A ti tampoco se te ve nada mal, ¡menudo maquillaje! Y el *outfit*... —Me cogió de la mano y yo giré con obediencia, como una muñequita de caja de música. Me había puesto una falda de polipiel ceñida y una blusa de cuello vuelto en color burdeos. Botines y medias tupidas—. ¿Cómo va todo?

Oí voces en la cocina. Muchas.

—Vino. —Fue toda mi respuesta.

Llamadlo milagro o... que la persona que llevaba mis temas astrales había decidido aflojar un poco la mano con la que me estaba haciendo la puñeta, pero el caso es que fui capaz de pasar casi desapercibida hasta que llegó la hora de sentarnos a la mesa. Jesús venía tarde... y Nina y yo teníamos muchas cosas de las que hablar, de esas que implican copas y alejarnos del corrillo. Su flamante futuro marido también me puso las excusas en bandeja, porque cada vez que mi amiga callaba su discurso e intentaba indagar en el mío, yo llamaba a Lucas o le daba conversación. Lo que fuera me iba bien con tal de retrasar el momento, aunque este no parara de acercarse.

—Caye, tía, me estoy empezando a asustar. ¿Qué es eso que ha dicho tu madre de un camión de mudanzas? ¿Es que te cambias de piso?

—No puedo soportar a Candela follando. Es superior a mí.

—Pero... ¿entonces adónde...?

—¡Ha llegado Jesús!

La que gritó no fui yo, obviamente. A mí el vino se me hizo bola en el estómago y casi se lo escupo a Nina en plena cara. La señora de Carvajal taconeó con gracia hasta la puerta principal, mientras yo, en el patio, donde la mesa estaba puesta, fingía un interés sin precedentes por los radiadores que el quiosquero y el taxista —también conocidos como nuestros padres— habían instalado para que pudiéramos cenar sin pelarnos de frío. Oí su voz, ronca y profunda, y también su amago de risa. Aún medio de espaldas, percibí el momento en que salió fuera, el instante en que estrechó la mano de Lucas y luego tuvo a Nina bien cogida entre los brazos.

—Hay que ver qué cuello tan bonito tienes hermanita... ¿Tú estás segura de que quieres estropeártelo con una soga? —Qué capullo era, pero qué bien sonaba su risa, joder.

—¿Tú has visto el pelazo que tiene mi novio? —contestó ella, muy risueña—. Solo por eso, hasta empieza a sonarme bien la dichosa frasecita de la sogá al cuello. Tienes un humor muy rancio, Susito. Igualito que el de Caye.

Me imagino que oír que me mencionaban fue la excusa que necesité. Levanté la vista y me topé de frente con la mirada de Jesús. Lucas estaba diciendo algo, no sé qué de que ya estaba bien de creer que su pelo era su único activo, pero no creo que ninguno de los presentes reparara en ello. El calor me inundó como si me hubiera caído dentro de la estufa, y a medida que Jesús se me acercaba, empecé a temer la combustión espontánea. Me dije que estaba siendo estúpida, ¡pero si ya nos habíamos visto! Pero, claro, en el hospital no llevaba aquellos pantalones negros tan bien planchados, ni la camisa de botones remangada hasta el antebrazo. La barba le había crecido un poco, y la espuma efecto mojado le daba a su pelo un aspecto tan maleable...

Adiós, bragas.

—Cayetana... Buenas noches.

—Pues sí, se han quedado majas, la verdad.

Por favor, el Óscar a la improvisación ¿dónde hay que ir a recogerlo? ¿Me mandan un coche?

—Estás muy guapa.

—¿Esto? —Me señalé, alisándome la falda, aunque esta estaba impecable—. Dos trapitos que tenía por casa.

Jesús curvó los labios en una sonrisa. Aceptó una cerveza que alguien puso en su mano. Dio un trago largo. Se acercó otro poquito. Las punteras de sus zapatos casi rozaban mis botas. ¿Se había ido el oxígeno a algún sitio o era yo?

—Por casa... ¿aquí o en Barcelona? Porque entre lo que hablamos en el hospital y algo que he captado sobre una mudanza, me surgen preguntas. ¿Tienes algo que declarar?

—Sí, que en estas familias hay mucho tiempo libre desperdiciado y un fetiche rarito con el tema de los traslados. Vamos a tener que hacérselo mirar todos.

—Cayetana...

—Jesús. —Le sonreí, echándome el pelo liso hacia atrás, hasta dejarme los hombros despejados—. Es la cena de compromiso de Nina. Ella es lo único que importa.

—Me parece bien. —Hizo un gesto hacia el interior de la casa—. Esperaremos a que mi madre me mande a por pan, entonces.

¿Sabéis esas lagartijas tan monas que se tumban al sol en las aceras y que

cuando pasáis al lado se quedan como medio tarumbas y huyen a esconderse? Mira que las cosas estaban revueltas... Pues parece que ni así éramos capaces de actuar como dos personas normales.

La intensidad reinante nos dio un amago de respiro durante la primera media hora. Con todos sentados a la mesa, los embutidos libres del confinamiento del film transparente y una fuente de croquetas cortesía de la señora de Carvajal presidiendo los entrantes, no quedaron ganas de más ejercicio que el de mover los carrillos.

Conforme los platos se fueron vaciando, la cosa se puso seria. Empezó a tocarse el tema de la boda. Nina echó balones fuera como pudo, pobrecita. Que si algo sencillo, que si llevaba poco tiempo en el trabajo como para pedirse ahora vacaciones, que si a Lucas tampoco le iba bien una escapada en ese momento por no sé qué de unos documentales en no sé dónde... Resonaron las palabras «íntimo», «sencillo» y «discreto». Y ahí la señora de Carvajal tuvo que dar un alto. La tragedia no es que se mascara, no: estaba ya en proceso digestivo.

—Es que yo no entiendo por qué tenéis que ir a un juzgado de Madrid, con lo fríos que son, teniendo aquí las iglesias y catedrales que tenemos.

—Nos casaremos en febrero, mamá. Es casi primavera. No hará tanto frío.

—¡Ya sabes a lo que me refiero, Nina! Mira, tengo yo una amiga, del club de costura, Amancia se llama. Bueno, el caso es que Amancia es muy amiga del padre Gregorio, y él dice que puede haceros un hueco.

Lucas le dio un codazo suave, despacito. Sonrió.

—¿Quedan más croquetas? Es que están... En serio, son espectaculares.

—Ni iglesia, ni ermita, ni catedral ni nada, mamá. —Nina soltó el tenedor—. Vamos a ir al juzgado y luego nos iremos a comer. Sin más. Va a ser una reunión muy parecida a esta, pero incluyendo a la familia de Lucas.

—A los que, por cierto, no has invitado a esta cena. —Y la mujer enfatizó sus palabras dando golpecitos con el índice sobre el mantel. Cosa mala. Os lo digo yo, que la conozco—. Que todo eso del ordenador y el *Instabook* está muy bien, pero las familias tienen que crear roce, Nina. Roce.

—Mis padres están en Pontevedra quince días de vacaciones. —Lucas tuvo el tino de dejarse de robar croquetas abandonadas de platos ajenos e intentó conciliar. Le pasó el brazo a Nina por detrás de la silla. Mi amiga tenía la espalda tan tiesa que cualquier instructora de ballet clásico le habría colgado una medalla—. Iremos el fin de semana después de su vuelta a pasarlo con ellos.

—¡Pero eso es separar! ¡Separar no es de recibo cuando uno va a casarse!

—Mamá... —Jesús extendió la mano. Le hizo un guiño juguetón. Mis bragas murieron—. ¿Recuerdas lo que hablamos? Tiene que hacerlo a su manera.

—Exacto. Es mi boda, y la organizaré y prepararé donde yo quiera y como yo quiera. —Nina lanzó la servilleta sobre el plato. Después carraspeó—. Como nosotros queramos, quería decir. Lo siento, Morrison.

Él le quitó drama con un gesto de la mano. Bendito fuera. ¿De verdad existía gente capaz de tomarse las cosas con ese *flow*? Bien por él.

—A ver, cariño, yo siempre he respetado y apoyado todas sus decisiones. — Madre intensa *was back*—. Eres mi única hija. Mi única oportunidad de ser la madre de la novia, y había puesto tantas ilusiones en que...

—Pero es que esas eran tus ilusiones, mamá. No las mías. —Nina se medio rehízo. Vacío su copa de vino. Cuando soltó la copa, la mano había dejado de temblarle un poco—. Además, para ser madrina, tienes a Suso. Dale la lata a él con casarse.

—¡Eh, canija! ¡A mí no me metas!

—Pero ¿cómo lo voy a casar a él? ¡Si no le dura una novia más que un telediario!

Jesús abrió los ojos como platos. Yo me descojoné. Lo admito. A ver, tenía que jugar a ser la pantalla de Nina, ¿no? Nadie dijo nada de su hermano.

—A ver si voy a tener yo ahora la culpa de que la enana quiera una boda simple —se enfurruñó Suso.

—Bueno, vamos a calmarnos todos. —Ese era el taxista, que intercambió con mis padres una miradita de circunstancias... o de auxilio.

—A ver, lo importante de una boda... —Mi madre lo intentó, pero, una vez más, mamá Carvajal se impuso.

—¡Es que se cierra en banda, por Dios! ¡Se cierra y no escucha! Nina, el padre Gregorio me ha asegurado que su iglesia es muy señorial. Hombre, igual el Cristo que tienen en capilla queda un poco deslucido si lo comparamos con el Gran Poder, ¡pero es que no me has dado margen ni tiempo ni nada, hija!

Mi amiga cerró el puño y me buscó a través de la mesa. Su madre seguía parloteando y excusándose a medias con haber empezado unos trámites que Nina jamás autorizaría. Nadie se atrevía a meter baza, y la cosa se iba de tiesto. Supongo que ese fue mi pie.

Arrastré la silla sin ceremonias y me levanté. Siete pares de ojos, como los focos de un escenario, me apuntaron solamente a mí.

—Pues... me han despedido. Y lo de la mudanza es porque mi compañera me

ha echado del piso. Vamos, que no tengo ni trabajo, ni casa ni perspectiva ninguna. Soy una parada *homeless*; así que si alguno de los presentes se entera de algo... —Cogí aire. Tragué saliva. Necesitaba diecisiete chupitos para bajar aquella vergüenza—. ¿De postre qué hay?

8

ÉRASE UNA VEZ UN ENFERMERO VENGADOR

SUSO

Como maniobra de distracción, la verdad es que Cayetana acertó de pleno.

El foco de atención abandonó a los futuros esposos en el acto para centrarse en ella. Yo, que estaba sentado en uno de los laterales de la mesa, fui testigo de cómo todos se quedaban paralizados ante aquel... vómito informativo. Lo siento, es que de verdad que no se me ocurre otra expresión que haga justicia al momento.

Beatriz e Ignacio, los quiosqueros, se lanzaron en pos de detalles, aunque me vi obligado a reconocer que sus maneras de sonsacar información eran mucho menos invasivas que las de mi madre. No había que ser muy listo, con las pocas piezas del rompecabezas que ya teníamos, para asimilar que los problemas laborales de Cayetana eran serios. Uno no recurre a un camión de mudanzas si piensa estar en casa de sus padres un par de semanas. No obstante, estaba claro que nos faltaba muchísimo para completar la imagen definitiva de aquella película.

—Pero ¿qué ha pasado con tu piso? ¿Qué razones te dio Candela para echarte? ¿No habías renovado el contrato?

—Yo creía que se renovaba directamente si uno no decía nada, y, por lo visto, ella tenía mucho que gemir. Digo, que decir.

Nina de inmediato le facilitó el teléfono del abogado que había llevado su caso cuando la historia del programa de televisión. Mi madre le ofreció una habitación en casa, me figuro que más por mantener la boca abierta y aportar algo que porque realmente se hubiera parado a pensar. Caye tenía a su propia familia a unos pocos metros de distancia, y yo me oía, porque la conocía desde toda su vida, que hacer permanente la estada en Sevilla con un alojamiento más prolongado estaba muy, muy lejos de ser lo que ella quería.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer, hija? ¿Tienes ahorros, algún plan?

Ese era mi padre. Un hombre siempre práctico. Cayetana boqueó un poco y luego se tomó los restos de su vino de un solo sorbo.

—Estoy... barajando opciones.

—A lo mejor mi amiga Estela puede echarte una mano. ¿Os acordáis de Estela? Tiene una tienda de encurtidos, no es muy grande, pero... —dijo mi madre.

—En el quiosco siempre hay hueco. Bueno, hueco, hueco..., la verdad es que no, pero de él siempre hemos comido los tres, podremos seguir haciéndolo por un tiempo —añadió el quiosquero.

—Cayetana es una chica lista. Saldrá adelante. Seguro que sí —dijo la madre de Cayetana.

Mientras mi madre y los padres de la aludida entraban en debate, os preguntaréis qué estaba haciendo yo. Bien; me acabé la cerveza. Despacio. Paladeando cada sorbo. Incluso intenté adivinar la fermentación de la cebada o cualquier detalle intrincado del proceso. Todo, cualquier cosa, por hacer tiempo y serenarme. No me entendáis mal: me gusta un debate familiar cuando no era protagonista tanto como a cualquiera, pero aquello era otra cosa.

Para ponerlos en antecedentes, cuando mi hermana pequeña apareció para decirnos que le habían ofrecido ser la protagonista de un *reality show*, puse el grito en el cielo. Intenté disuadirla, y no siempre lo hice de las mejores maneras, porque antes que el sentido común o el de la propiedad, a mí me tiraba el de protección. Si veía que alguna de las personas que quería lo pasaba mal, intentaba solucionarle la papeleta. Sin más. Sin planteármelo siquiera. Por eso había arreglado el tema del dinero con Ignacio, porque imaginarlo perdiendo su quiosco o su casa cuando yo podía ser parte activa para evitarlo me parecía algo inverosímil.

No estaba en mi carácter quedarme de brazos cruzados, aunque a veces mi intervención no fuera del todo bienvenida.

¿Por qué os cuento todo esto? Bien; mientras mis padres y los padres de Cayetana entraban en una debacle de datos e ideas que solo hacían que ella se pusiera cada vez más y más pálida e incómoda, mi cabeza trabajaba por su cuenta. Unía hilos hasta el momento inconexos, y daba con la solución perfecta para todos los problemas.

Los de ella. Y los míos.

Tuve un segundo de lucidez para pensar que aquel igual no era el momento adecuado para soltarlo, pero al ver a Cayetana agarrar la botella de vino y

llevársela a la boca a morro, entendí que hay circunstancias que, simplemente, no tienen manera de suavizarse. Solo esperaba que tomara mi idea con la mente abierta... o que si me daba un buen sopapo no fuera demasiado dura.

—Voy a por pan. A la cocina. —Me puse en pie, haciendo bajar el tono de la charla de la mesa unos decibelios—. Caye, ¿me acompañas?

Sus preciosas cejas se arquearon. Fue a negar de forma tácita e inmediata, pero yo le hice un gesto casi imperceptible hacia el percal que tenía delante y, al final, claudicó. Cogió la botella, que estaba ya prácticamente vacía, y se me adelantó.

—Pase lo que pase y falte lo que falte en la mesa a partir de este momento... —oí decir a Nina mientras entraba desde el patio— yo paso de ir a buscarlo.

Me tomé mi tiempo, otra vez. Con las manos en los bolsillos —porque me temblaban—, me dispuse a seguir el camino emprendido por Cayetana, pero dándole tiempo a que llegara primero, bufara lo que estuviera carcomiéndola por dentro, se pusiera otra copa y, a poder ser, cogiera aire treinta y cinco veces antes de empezar a hablar.

Diría que también aproveché aquellos minutos escasos para componer un alegato decente, pero aun con lo metódico que era para todo, no tuve espacio craneal para nada. Sabía adónde quería llegar, y estaba casi seguro de que el camino para conseguirlo pasaba por convencerlos a todos en general, y a ella en particular, de que mi plan era el idóneo. Pero, claro, antes de ver cumplida la utopía que se me había plantado en la cabeza con asombrosa facilidad, iba a tener que pasar por encima de las evidentes reticencias de Cayetana, que había dejado claro, en más de una ocasión, que no apreciaba mi ayuda en ciertas cuestiones más de lo que la agradaría la picadura de una abeja.

—¿Cómo lo llevas?

Se encogió de hombros como respuesta. En ese momento, apoyada en la encimera, robando una croqueta fría de la bandeja que mi madre había dejado preparada por si la cena se hacía escasa, intenté verla como una chica pequeña y desvalida, necesitada de consuelo y soluciones, pero todo lo que encontré fue a una mujer cansada y con ganas de que todo terminara.

—Mi vida es un desastre, pero al menos Nina podrá casarse donde y como quiera.

—Lo que has hecho ha sido muy desinteresado. Estoy seguro de que ella lo valorará.

—Sí, bueno... Su mirada de «Hablamos luego» no decía eso del todo.

Me acerqué despacio, con tiento. La nevera me pareció un buen punto de

apoyo, así que allí me acodé. Crucé los brazos. Doblé las piernas. Dios... ¿Cayetana siempre había sido tan atractiva? ¿Sus ojos siempre habían brillado tanto? ¿Su cuerpo había estado siempre proporcionado tan a la medida de mis gustos? ¿Era todo real o solo era mi cabeza jugándome una mala pasada?

Céntrate, Jesús. Y recuerda que vas a proponer lo que vas a proponer por razones legítimas. Todo lo que venga de la cintura para abajo es un no, coño, que ya hemos pasado por ahí.

—¿Quieres hablar de ello?

—Tanto como que me atropelle un tren una docena de veces. —Se limpió las manos en una servilleta y la cabeza se le fue hacia adelante. Resopló—. No soy la mejor empleada del mundo, Suso. Esa es la verdad.

Se me curvaron los labios en una sonrisa.

—Vaya... Pues con lo pequeña que es la Tierra y la ínfima cantidad de trabajadores que la habitan, ya podrías esmerarte.

—Me refiero... a que no... he dado lo mejor de mí. En el estudio de fotografía de Barcelona, digo. En eso Mamón tuvo razón: no iba para empleada del mes, y eso que era la única empleada, porque el otro ni siquiera sabe colocar el objetivo.

—¿Mamón? ¿Por qué...?

Pero ella ni siquiera reparó en mi pregunta. Es más, cuando levantó la mirada y la paseó por la estancia, me pareció muy evidente que Cayetana se había retrotraído a su historia, y que solo la compartía conmigo por un motivo meramente circunstancial, no porque tuviera mucho interés en dar explicaciones, si bien sabía que, tras la bomba del patio, no le iban a quedar más narices.

—Llegaba tarde, rezongaba y siempre encontraba motivos para odiar aquella mierda de tiradas que me forzaba a hacer. Fotos con el mismo fondo. Fotos de orla. Fotos de comunión repetidas hasta el infinito y más allá. No había... creatividad, no podía...

—Ser tú misma tras la cámara.

—Eso es. Exacto. —Se derrumbó un segundo. Vi un atisbo de esa fragilidad, pero Cayetana era como un fénix; como el fénix más bonito del mundo, siempre renaciendo de su propia destrucción—. Admito que no me gustaba lo que hacía, pero cumplía y lo hacía bien, porque necesitaba ese trabajo. Decidí intentar ser innovadora. Preparé todo un dossier para el cabeza hueca de mi jefe. Localizaciones, zonas verdes libres y de alquiler... De todo lo que se me ocurrió, para poder salir del estudio y abrir un poco el horizonte.

—¿Y qué pasó con eso? ¿No le gustaron tus propuestas?

Cayetana sonrió. Se apartó la media melena, lisa y muy oscura, con un gesto que me pareció increíblemente sensual.

—Oh, sí. Le encantaron. Se volvió loco de contento. Solo que no se creyó que fueran mías. —Levantó los hombros, como si ella tampoco pudiera dar crédito a aquello—. Puede que haya tenido que ver con que mi excompañero las presentara como tuyas después de habérmelas robado.

—¿Disculpa?

—Ay, Suso... No me apetece entrar en detalles.

Pero, por suerte, lo hizo. Aunque fue para mi desgracia, porque aquel cuento inverosímil empezaba con ella compartiendo la cama con un tal... Pau, cuyo apellido no se me facilitó. Eso me puso la mandíbula tensa y creó en mi sistema una respuesta de rechazo inmediata, a pesar de que yo no tenía ni potestad ni derecho algunos para reaccionar así.

—Podrías haberte ahorrado ese detalle.

—Jesús, soy una mujer adulta. Tengo sexo. Asúmelo.

Joder... ¿Se podía sudar frío con solo imaginar unos pocos fotogramas de varios segundos en mi cabeza? Claro, que en mi mente... no había ningún Pau.

—Te diré lo mismo que a Nina en su momento: me dan igual los años que cumplas y las veces que te hayas depilado; no quiero saberlo. Nunca. Bajo ningún concepto.

Bueno, a no ser que... No. No vayas por ahí, Jesús.

—Ya... —Cayetana cogió otra croqueta. Se la metió en la boca entera. Cuando me habló, lo hizo con la voz un poco pastosa—. Porque para ti soy otra hermana menor. Lo has dejado claro. Y que el sexo no entra en la ecuación tampoco. ¿Podemos centrarnos en lo que te estoy contando?

—Para empezar, no eres, ni de lejos, una hermana menor para mí. Creo que ese punto es evidente. De hecho, creo que quedó claro desde el momento en que decidimos que el sexo no podía entrar en la ecuación. Segundo, eres tú la que se ha salido del tema, y, tercero..., no hables con la boca llena.

—Ya te gustaría a ti que lo hiciera. —Tragó y luego me sonrió. La madre que la parió...

—¿Qué pasó con el tal... Pau y la propuesta de mejora para el estudio?

—Ah, pues... en realidad es un cuento bastante corto. Robó la propuesta de mi portfolio la noche que pasó en mi piso y luego la presentó como suya.

—Joder. Es horrible. —Caye no parecía excesivamente cerrada, así que me la jugué—: Eso explica lo del trabajo; ¿y el tema del piso?

Me lo escenificó. Unió los dedos índice y pulgar de la mano derecha creando un pequeño círculo y, luego, lo atravesó con el índice de la izquierda.

—Y eso significa...

—Candela se ha echado novio y quiere el piso como picadero. Lo que me deja a mí fuera del plano. Fin de la peli. Deja buenas críticas.

—Vale, bien, admito que la situación era bastante... adversa.

—Adversísima. —Atacó otra croqueta—. De una adversidad que te cagas.

—Y voy a pasar por alto tu terrible falta de previsión para este tipo de situaciones...

—Sobre todo porque nadie ha pedido tu opinión.

Fruncí el ceño. Bueno, ya estábamos metidos en faena, ¿no? Ahora solo quedaba seguir adelante.

—Puede que no, pero... es posible que tenga una.

—¿Una opinión? —Cayetana sacó una copa del aparador y se sirvió el culín de vino de la botella con la que había arrastrado desde el patio. Se lo tomó despacio, mirándome—. No me sorprende, Jesús. Tú siempre tienes una. No la quiero, gracias. Con la charla ha bastado.

—Cayetana, no seas niña. Escúchame.

Bufó. Dejó la copa y el cristal crujió un poquito. No eran buenas señales.

—Mira... Eres parte de la familia Carvajal, y eso hace que tengas ganado a perpetuidad un puesto de honor en mi podio particular del respeto. Porque eres hijo de tus padres y hermano de tu hermana, pero no presiones, Susito. Va en serio. —Me señaló con el dedo, pero tal como estaba calentándose el tema, lo dejé pasar—. Sacármelo de dentro ha estado bien. Me sirve como práctica para cuando me toque hablar con Nina, pero no necesito nada más.

—¿En serio? —Di otro paso cauteloso. Apoyé la mano en la encimera—. ¿No necesitas nada más? ¿Nada? ¿Entonces dirías que ahora mismo estás acariciando la cima más absoluta de felicidad?

—Estoy parada y viviendo con mis padres. No me chinches. En serio. No tengo el día. Ni el mes. Joder, este no es mi puto año, ¿vale? Pero ya remontaré.

—Seguro que sí. —Lo había hecho antes. Yo lo había visto, pero no tenía por qué pasarlo sola. Maldita cabezota... ¿Cómo hacérselo entender?

Los dos guardamos silencio unos minutos, hasta que Caye, incómoda con el peso de las palabras que no se estaban diciendo, lo rompió.

—No sé... Lo de los encurtidos a lo mejor no está tan mal. Es de esos curros que te dejan mucho tiempo para pensar. Como... ser mozo carretillero o

ministro. Algo simple. Facilito.

—Tú no has nacido para eso, Cayetana. Ese no es el trabajo para ti.

—Bueno, Jesús, pero es que resulta que yo, llámame caprichosa, tengo la mala costumbre de comer todos los días. —Levantó un pie, haciéndome bajar la vista para contemplar su... calzado, supongo—. Y además me gusta tener dinero para otras cuestiones de primera necesidad como... muchas botas. Así que necesito trabajo.

—Y los encurtidos son tu solución.

—Son una salida rápida a la que puedo optar, sí.

—Encurtidos y el dormitorio donde tu padre guarda la tele vieja y la bici estática. Parece un planazo.

—Pues, mira, Suso, no todos valemos para ser enfermeros jefes, ¡qué quieres que te diga! —Salió del confinamiento de la encimera y se paseó por la cocina. Por un segundo temí que volviera al patio, o, peor, que se pirara de mi casa, pero se quedó allí. A distancia, sí, pero allí.

—No me estoy poniendo como ejemplo de nada, Cayetana. Y, desde luego, serías una enfermera pésima, porque te mareaste hasta el desmayo con tu primera regla. —Me reí ante su cara de espanto—. Hemos sido vecinos mucho tiempo. Esas cosas se saben.

—Pues parece que la historia va a repetirse. Ningún trabajo que consiga a corto plazo será el de mis sueños, Jesús, pero tengo que ponerme a trabajar enseguida, porque no pienso ser una lacra en casa de los quiosqueros. Y, además, tengo una deuda que terminar de pagarte, no creas que se me ha olvidado.

—Me he cansado de repetirte que eso no es asunto tuyo.

—Pues entonces para ya. En serio. Y a mi padre ni se lo menciones, porque si tan solo se te ocurre decirle o bien que yo estoy haciendo los pagos o que tú, en tu inconmensurable generosidad, no quieres el dinero de vuelta, vas a ofenderle.

—Ahora estamos hablando de ti. —Ya vería yo cómo sacar a Ignacio del apuro del préstamo, coño. Le había dado la pasta para que estuviera tranquilo y ahora resultaba que no dormía por las noches pensando en cómo pagarme. Dichosos Hernández... Tenían la cabeza hecha de adamantium—. Dices que ningún trabajo sería el de tus sueños, pero te equivocas Cayetana. Tú eres fotógrafa. Eso es a lo que te dedicas. Es para lo que eres buena, donde destacas. Para lo que vales.

—Sí, pues mi búsqueda perpetua de «el momento» está en un barbecho indefinido, porque, ¿sabes?, ser *freelance* de la fotografía cuando te pasas cuarenta

horas semanales captando lo que otros quieren no tiene mucha salida.

—No puedes haber perdido tu toque. Eso es... como el color de los ojos o el... alma. Es tuyo. Vive en ti. —Puse mi mano sobre la suya. El roce de nuestras pieles juntas hizo que nuestras miradas conectaran, y, con ellas, los vívidos recuerdos de esa misma cocina, tiempo atrás. Cayetana en mis brazos. Sus labios a la altura de mi boca. Las ganas arrasando la cordura. La razón yéndose a tomar por saco y yo... yo por fin sacando fuera un anhelo que había fingido inexistente desde... Dios, ¿tanto hacía que la deseaba así?—. He visto mucho de tu trabajo en Madrid. Era increíble.

—Ya, pero eso era por Madrid. Porque estaba en el lugar que quería y que me... llenaba. No viviendo en un piso lleno de restricciones que jamás sentí mío y en el que nunca pude ser yo.

Noté un pellizco en el pecho. Una suerte de... empuje. Venga, Suso, ¡ahora!

—¿Eso es lo que hace falta, entonces? ¿Madrid?

Me sonrió. Un gesto triste y vacío que me conmovió en lo más profundo.

—No entra dentro de lo posible. Ahora no.

—¿Y si yo te dijera que puedo arreglarlo, que puedo hacerlo posible?

—A ver, Jesús, no quiero ofenderte, pero ¿estás puto pirado o...?

—Solo escúchame, Cayetana. Escúchame un momento y luego, si quieres, me insultas, aunque, francamente, creo que no deberías hacerlo, porque tengo la solución a todos estos problemas, y si solo fueras un poquito menos cerrada en banda, podrías verlo.

Apartó su mano de la mía. En el acto. De hecho, se cruzó de brazos y enarcó una ceja de tal modo que noté cómo los huevos se me ponían por corbata. Joder, algún día sería una madre cojonuda para echar regañinas.

—Mira, Susito, yo no sé qué parte de «no quiero tus consejos ni tus soluciones de mierda» no has entendido, pero te lo especifico. —Volvió a señalarme con el dedo. Esta vez no me pude contener y se lo aparté de un manotazo flojo, pero ella, cómo no, volvió a la carga—: No sé qué te has creído, pero no eres el nuevo Mesías, ¿vale? No eres... —pareció quedarse buscando un término de su gusto, y, al encontrarlo, chasqueó los dedos—. digno, eso es. No eres digno para levantar el escudo de Iron Man, ¿lo entiendes ahora? No has nacido para salvar a todo el mundo, ni estás en este planeta para ser el héroe de nadie, y mucho menos el mío. ¿Lo pillas?

Me llevé la mano derecha al pecho. A ver..., vamos por partes.

—Antes que nada, Cayetana. Ay. No tienes ni puta idea de superhéroes, y oírte

hablar de ellos duele. En serio. No lo hagas.

—¿Sabes qué te digo, Jesús? Que te sientes a esperar que la franquicia de las mallas te llame para hacer tu jodida película. —Alzó las manos, como si escribiera un rótulo en el aire—. Érase una vez un enfermero vengador; apuesto a que eso te fliparía.

Pasé esa pulla por alto, porque no era el debate que quería tener. Cayetana era una mujer orgullosa, independiente y muy suya: si quería hacerle llegar el mensaje a su duro cerebro, iba a tener que jugar sucio. A ver, ético no era, pero sí funcionaba...

—Voy a ignorar el resto de tu discurso, ¿sabes? Porque me parecen las palabras de una cría asustada que quiere cambiar de vida, pero no tiene ni idea de cómo, ¿y sabes qué es lo peor? Que ni siquiera estás dispuesta a intentarlo.

—No sabes lo que dices. —Su boca era una mueca tensa. Puro disgusto—. No tienes ni idea, crees que me conoces, pero no es así. Si piensas que no haría lo que fuera, cualquier cosa, ¡estoy dispuesta a ser la chica de los encurtidos, joder!

—Esa es la salida cómoda, claro. Encurtidos, para ser una empleada mediocre que odie lo que tiene que hacer cada día y tener alguien a quien culpar por su incapacidad para ser feliz.

—Te estás pasando, Jesús. Y te recuerdo que no eres quién para entrometerte en mis asuntos personales.

—Oh, ¿te fastidia que alguien se meta? Pues bienvenida a mi realidad.

—¿Eso es esto? ¿Una mierda de lección? ¿Tu moraleja de la noche? Pues muy bien, la he recibido. Ahora me largo.

Se dio la vuelta, y yo... me agobié. Busqué algo, lo que fuera, que pudiera retenerla. No era así como quería hacerlo. No era esa la cuerda de la que quería tirar, pero... ¡vamos, hombre! ¡Aquella mujer me importaba, me importaba de verdad! Quizá más de lo que yo mismo había admitido alguna vez en voz alta; y necesitaba ayuda, una que yo podía darle. ¿Cómo hacerme a un lado?

No estaba en mí. La idea era buena. La solución era la idónea, incluso si desembocaba en el jodido infierno que vino después.

—¿No quieres mi ayuda? Estupendo. ¿Rechazas mis consejos? Tú misma; pero tienes una deuda conmigo, Cayetana. —Se quedó parada. De espaldas a mí, pero quieta. Cogí aire—. Yo no la quiero, pero, como has dicho, sé que no vas a dejarlo pasar. Escucha lo que tengo que decirte, y que aceptes la propuesta que voy a hacerte puede ser una forma de sufragar esa deuda y, de paso, mejorar tu

situación.

Se fue girando. Lentamente, hasta que nuestras caras se encontraron.

—¿Ahora es cuando me arrodillo, tú me rechazas y volvemos al principio?

—Nada más lejos. —Y forcé a todas mis neuronas para no imaginarlo—. En realidad, es mucho más sencillo que todo eso. He solicitado una beca de especialización pediátrica. La durabilidad es de un año, aunque puedo ampliarla según los resultados.

—Pues muy bien. Te he escuchado, y te felicito. Espero que tu nivel de vida se adapte bien a ser un becario, ¿algo más?

Esboqué una sonrisilla maliciosa. Ella proclamaba que yo no la conocía, y tal vez era cierto que se me escapaban cosas, pero lo esencial podía leerlo. Y Caye estaba picada de curiosidad. En caso contrario, se habría pirado sin que nada la detuviera.

—Si tanto te interesa, mantengo el sueldo. Y me añaden dietas, aunque el alquiler es algo con lo que debo correr yo.

—¿Alquiler? ¿Te cambias de piso?

Venga... Ya casi lo tenemos.

—La beca es en Madrid. De aceptarla, tendría que mudarme, y la verdad es que una compañera de piso podría venirme muy bien. —Acorté distancia hasta tenerla justo delante—. Aquí tienes la oportunidad, Cayetana. O vuelves a la ciudad de tu felicidad y al único oficio que amas... o vas pidiendo el teléfono de Encarna, la de los encurtidos. La decisión es tuya; lo tomas o lo dejas.

9

NI DE COÑA... PERO CASI SEGURO QUE SÍ

CAYETANA

—¿Te vas a ir a vivir con mi hermano?

A ver... Antes de que empecemos esta parte de la trama juzgando sin ton ni son, os voy a explicar unas cosillas, porque responder la pregunta tenía miga.

Doña Encarna, la dueña de la tienda de los encurtidos, era una mujer de unos cincuenta y tantos años, amabilísima, con un negocio propio. Había enviudado y sus dos hijos vivían en Valencia. Ella necesitaba ayuda y me la ofrecía a mí a cambio de un pelín más del salario mínimo interprofesional. Diréis que no parece gran cosa, pero estamos hablando de un curro a media jornada cuya labor principal es marinar olivas, pepinillos, tomatitos *cherry*, pimientos y huevos. Vamos, que un máster no es necesario, seamos sinceros. El mundo de los encurtidos tiene su aquel, ojo, no voy a venir yo de listilla a sabérmelas todas. Pero después de una charla con la buena mujer, caí en la cuenta de que... el tema no era para mí.

Imaginarme unas cinco horas diarias todos los días haciendo lo mismo me deprimió más de lo que ya estaba. Así que tuve que decirle a la señora de Carvajal, con el corazón encogidito en un puño, que lo sentía, pero... *next*.

La charla había tenido lugar hacía exactamente veinte minutos, mientras Nina se tomaba un café sin perder oído del tema. La noche anterior, que desde aquel momento quedaría bautizada como el momento en que Jesús había perdido la chaveta, había llegado a término conmigo volviendo a la casa de los quiosqueros con la cabeza echando humo. Por supuesto, rechacé el plan de Suso de pleno. De forma inmediata. Fue un no rotundo, pero, una vez dichas, sus palabras ni se podían retirar ni borrar de mi memoria. ¿Conclusión? Los contras empezaron a brillar por su ausencia cuando una suerte de pros se metió en el partido e igualó el marcador.

Total, que ahí andaba yo, abrazada a un peluche de la antigua cama de Nina,

encerradas ambas en su habitación, con un lío morrocotudo en la cabeza y más perdida que Wally en plena peña colchonera.

—Ni de coña —le respondí. Joder, ¡cuánto me había costado encontrar las palabras!—. Es tu hermano, Nina. ¿Estamos todos locos o qué?

Ella hizo un mohín raro. Llevaba los rizos recogidos en un moño alto que se bamboleaba cada vez que movía la cabeza. Cruzó las piernas y se giró hacia mí. La cama chirrió, y me hizo sonreír.

—Cuidado o tu madre creerá que nos lo estamos montando...

—Tiene otro hijo que corre más peligro...

—¡Venga ya, tía! Es un no. —Me empeciné—. Vamos, es que antes me dejó enterrar viva.

A lo mejor sí le daba otra vuelta a lo del piso de Elena. Me dio un escalofrío solo de hacer el intento de pensarlo. Sentarme en el mismo sofá y comer en los mismos platos que su novio el exhibicionista... Puaj. *Sorry*, Elenita, no puedo con él.

—Vale, vale. —Nina levantó las palmas de las manos en son de paz. Perdió un segundo el hilo de lo que estaba diciendo mientras se miraba el anillo de compromiso, y luego volvió en sí—. Vamos a analizar los puntos, Caye: no tienes trabajo ni vivienda.

—Vivo con mis padres. Y podría ser la nueva encargada de los encurtidos de doña Encarna: parecía decepcionada cuando decliné su oferta. Seguro que si vuelvo a llamar...

Nina me arreó con un cojín en plena cara.

—¡Ay! ¿Y eso a qué leches ha venido?

—Por más que me encante la idea de echar la tarde entera aquí encerrada ocupándome de lo tuyo por retrasar lo mío, Cayetana, espero que de esta conversación salga algo fructífero. ¿Tienes listas? ¿Has organizado algo? ¿Has hecho balances, tienes ideas anotadas...?

—Eh... Nina, estamos hablando de mí. Ubícate.

Bufó. Mi pobre mejor amiga... Ella no se relajaba ni cuando las cosas le iban bien. A ver... Yo había dicho que iba a hacer planes a corto plazo teniendo en cuenta el dinero con que contaba, mi mierda de paro y tal, ¡pero me refería a en mi cabeza! O sea, yo lo único que guardaba eran cosas chulas en las cestas virtuales de la compra de las webs, no tablas de Excel con objetivos y planes. La organización no era mi estilo. Yo solo funcionaba bajo escaleta cuando hacía fotos.

—¿Por qué rechazas entonces el ofrecimiento de Jesús?

—Será porque la última vez que confié en un hombre me jodió. Y no de la manera en que estás pensando. Bueno, sí. —Me dio un escalofrío—. Y ni eso valió la pena, pero me refiero a que... me robó mis ideas, y luego... se quedó con mi trabajo. Y con todo el mérito. No es algo que me apetezca repetir.

Esta vez, lo que impactó contra mi cabeza fue una zapatilla Converse. Os lo juro por Thor.

—¡Au! ¡Bueno, Nina, ya está bien!

—Acabas de comparar a mi hermano con un ladronzuelo cutre, Caye. A Jesús, que lo más bajo que ha hecho en su vida es pasarle un examen a un compañero para que no repitiera curso. —Se cruzó de brazos—. Puede que tenga defectos, coño, tiene mogollón de ellos, pero ser un mal tío no es uno.

—¿Y te crees que no lo sé? ¡Pero si ese es el problema principal!

Me levanté. El cuarto juvenil de Nina, al contrario que el mío, era una especie de oda a su vida. Diplomas, fotos, recortes de artículos... El pasado y el presente se le entremezclaban en medio de una colcha en tonos violeta y un montón de libros de amor con portadas de tíos descamisados; todo preparado para un futuro brillante, en lo laboral y en lo personal. Porque mi mejor amiga en el mundo era feliz y yo, que me alegraba hasta los confines de mi alma, sentía que cuantos más pasos daba ella, más me perdía yo.

Detestaba compararme con nadie, en serio, pero es que durante un tiempo todo fue tan paralelo, tan genial... Teníamos altibajos, claro, pero siempre fuimos Nina y Caye, con nuestras movidas, nuestras tardes de pelis y mantas y nuestro piso en común. Ahora no podíamos ni quedar para tomar un café sin que una de las dos cogiera el Ave. En primera instancia, había sido yo la que había puesto kilómetros de por medio, para intentar hacerme un sayo con los jirones de mi alma, sí, pero había sido una decisión propia. Esto... esto era una obligación del destino. De un destino muy capullo que se negaba a darme un jodido respiro.

—¿Todavía sientes cosas por él?

Suspiré. Bueno... El tema tenía que llegar.

—Siempre sentiré cosas por él. Es Jesús. —Sonreí—. En un mundo perfecto la chica se queda con su primer gran amor, aunque este no se haya enterado de nada.

—Pues entonces... no hay más que decir, Caye. —Nina tiró de mí hasta que quedé sentada a su lado. Me abrazó con ahínco—. Si tenerlo cerca te va a doler, no hay discusión posible.

—No va de eso, Nina. De verdad que no. Si el tiempo de Barcelona me sirvió de algo, fue para cerrar todo lo que tenía pendiente. Eso está superado. — Enarcó una ceja—. Va en serio.

—No recuerdo lo que hubo entre vosotros hace un par de años como algo simple, Caye.

—Bueno, estabas a otras cosas, y puede que no tengas los recuerdos frescos. — Le guiñé un ojo, como para quitarle hierro al asunto—. Por ejemplo, echándole el lazo a un cámara buenorro y lleno de pelo.

—No te vayas por la tangente. Y él cree que me echó el lazo a mí. Dejémosle creerlo.

Extendí los brazos hacia arriba y luego me dejé caer sobre la cama. Miré al techo, donde todavía quedaban algunas de las estrellitas que Nina había pegado el día de su octavo cumpleaños. Se las había regalado yo, para que superara el miedo a la oscuridad. Había funcionado, nunca más necesitó una luz externa, y cuando siguió creciendo, no las quitó porque eran parte de nosotras. Del camino recorrido. Juntas. Siempre juntas.

—Durante este año he pasado por muchas fases. —Empecé a explicarle—. Decidí irme de Chamberí porque en ese momento estaba muy perdida, es cierto. Necesitaba espacio y lejanía, un sitio donde nadie me conociera y donde pudiera... lamentar todas mis malas decisiones. Me subí mucho a la parra con Jesús y el tema del préstamo a mi padre, no sé qué me pasó ni por qué hice las cosas que hice. Intentar dar pasos en la dirección que nos alejaba de la amistad no fue inteligente ni algo meditado, yo solo...

—Fue la salida que encontraste.

—Eso es. Estaba frustrada. Mi familia tenía problemas y él venía al rescate. Como Superman con su... coche de murciélago y toda esa parafernalia.

Nina se tumbó a mi lado. Estiró los dedos y me pellizcó la nariz.

—Eres lo puto peor de la vida haciendo referencias a superhéroes, Caye. En serio, deberían prohibírtelo por decreto ley.

—A lo que voy es a que no pude soportarlo más. No digo que actuara con inteligencia ni que fuera mi momento más maduro, pero no pude aguantar que Suso se creyera que podía seguir actuando como si yo fuera una de esas damiselas atadas a las vías de un tren. Quise hacérselo pagar. —Con un episodio bochornoso donde me ofrecía a hacerle una mamada digna de los libros de historia. Sin comentarios—. Después apareció Morrison y entendí que nuestra etapa como *roommates* había llegado a su fin. Lo vuestro iba para intenso, era

cuestión de tiempo.

—Yo jamás te habría dejado sin techo, Cayetana. Nunca.

Giré el cuerpo hasta abrazar a Nina. Hasta le di un beso en la coronilla. ¡Ay, qué tonta me ponía tomar decisiones, copón!

—Ya lo sé.

—Has sido infeliz en Barcelona, Cayetana. Y me siento responsable, porque yo he seguido con mis cosas y no he ido a verte tanto como debería. Ahora todo está mal y...

—Para el carro, pelirroja. ¿Ahora todo está mal? Tienes un buen curro y un prometido cañón al que tu madre adora. Y, aunque en horas bajas, cuentas con tu mejor amiga. Mi situación es tensa, pero he salido de peores. He superado la movida de tu hermano, ¿no? Esto será pan comido.

A vosotros no os voy a mentir. Aquella era una verdad... con sombras. Cierto era que el tema de Jesús estaba mucho más asentado; hasta habíamos podido tener un par de conversaciones como seres humanos normales, pero no era tan ingenua como para no esperar que, teniéndolo cerca, día tras día, la cosa se saliera de madre. Irme a Madrid sería un respiro tras un largo periodo de asfixia, un plan maravilloso, y él lo hacía parecer posible y al alcance de la mano, pero... ¿de verdad lo veía así? ¿Se sentía capaz de compartir piso conmigo sin que nuestro pasado nos volviera los pasos farragosos?

—¿En la encrucijada otra vez? —Nina me sacó de mis pensamientos, y menos mal, porque empezaba a darme una bajona preocupante a la que no tenía intención de echarle cuentas—. ¿Me dices ahora por qué rechazas el ofrecimiento de mi hermano?

—Por... orgullo, principalmente. —Ahí no mentía—. Me quedé tan flasheada cuando me soltó la bomba que no le di tiempo a terminar de poner en común los términos y condiciones, pero lo poco que me dijo me pareció inaceptable.

—¿Te exige que le planches las camisas?

—Ni de puta broma. —Pero, alerta, *spoiler*, ya os he dicho que lo haría. Eso sí, con fatídicas consecuencias para la prenda en cuestión—. Dijo soplapolleces como que paguemos el alquiler en porcentajes igualitarios según nuestras condiciones y no sé qué perogrulladas más.

Nina frunció el ceño. Se llevó el índice a los labios y después extendió la mano y empezó a contar con los dedos. No sé qué leches hacía. Lo mismo le estaba dando un ictus.

—Igual me he perdido algo, pero no veo nada inaceptable ahí.

—Es caridad, Nina.

—Es ayuda, Cayetana. Puede que no reconozcas el significado de esa palabra porque nunca la pides.

Fue mi turno de cruzarme de brazos. ¿Es que nadie me entendía o qué? ¡No era tan difícil!

—No quiero deberle un favor a Suso. —Otro, para ser exactos—. Ya he tenido que decirle que voy a retrasarme con el tema del préstamo; si encima me acoge en su casa...

—No creo que la cosa vaya de acoger, Caye. No eres un gato de albergue. Tiene que alquilarse algo si acepta la beca de pediatría, y le vendría genial hacerlo con otra persona, porque se va a pasar la mitad del tiempo fuera. Para vivir cerca del trabajo necesita un piso que se le haría cuesta arriba pagar solo, y tú estás loca por volver al único lugar en el mundo donde sonríes todos los días y te inspiras lo suficiente como para hacer esas fotos tan increíbles de las que luego puedes vivir—. Se encogió de hombros—. Puedes pintármelo como quieras, pero sigo sin ver nada inasumible ahí.

—Si vas a ponerte racional, paso de hablar contigo.

Nina sonrió. Estiró el brazo para recuperar la zapatilla perdida y se calzó. Ahí, la tía, como si tuviera todo el tiempo del mundo y mis tribulaciones estuvieran ya medio organizadas.

—Seguro que sois capaces de hacer arreglos en los temas de alquiler y demás. Jesús mantendrá su sueldo y tú iras tirando con el paro mientras pones al día tu web. Porque estarás en Madrid, Cayetana, ¿no te apetece hacerle fotos a Madrid?

—No seas zorra, Nina...

—Fotografiarlo todo. Piénsalo. La vida, la realidad, los sueños, el sol, la gente y sus andares, las pisadas en las calles... ¡Ay, Cayetana, las calles! Y todo eso, al alcance de un par de clics. Desde los bancos de Madrid... —canturreó. Me tocó todas las fibras blandas.

—... no se puede ver el mar.

—Pero tú puedes contar la historia. ¿Vas a rechazar esa oportunidad, en serio? ¿Por culpa de un orgullo mal entendido?

—No estás jugando limpio.

—Nadie dijo que tuviera que hacerlo. —Nina sonrió. Los ojos le brillaron—. Jesús y tú sois dos de las personas más importantes de mi vida; a él le irá muy bien en su trabajo si acepta esa beca y tú... tú solo puedes ser feliz en Madrid, Caye. Te tendré más cerca, y no creas que todo esto va a ser desinteresado o algo

así; me vendrás genial para las movidas de la boda. Cuando me den agobios y ni Morrison me aguante, iré directa a tu casa.

—Para eso estamos las damas de deshonor.

—Entonces... ¿vas a vivir con mi hermano?

Aunque la pregunta fuera reiterativa, la respuesta no era, ni mucho menos, sencilla de dar. Pero ya había quemado todos los cartuchos, así que...

—Ni de coña —volví a decir, mientras soltaba el aire que había estado conteniendo. De hecho, espiré tanto que creo que me desinflé entera—. Pero casi seguro que sí.

Me di dos días para peticiones, ruegos y preguntas hacia mí misma.

Durante esas cuarenta y ocho horas de reflexión pasé por todas las fases. Negación. Duda. Ira. Terror... y un millar más que me inventé antes de abrazar la aceptación. En el fondo, creo que desde que Jesús había hecho su propuesta, algo dentro de mí se había lanzado en picado a cogermme a aquel clavo ardiendo como si no hubiera mañana. Yo sabía, porque me conocía, que una vez mis pies tocaran suelo madrileño, la cosa despegaría. No es que fuera a empezar a vender fotos como pan caliente y el dinero me saliera por las orejas, pero la inspiración, las ganas, mi toque..., todo estaría de vuelta. No sé, tal vez sea una loca soñadora que otorga a una ciudad que ni siquiera es la suya poderes demasiado cósmicos, pero todos tenemos un lugar feliz, ¿no? Un sitio que nos trae una paz y una alegría tan extremas que hace que nos sintamos invencibles y capaces de cualquier cosa.

Podía acabar en una hamburguesería, que mientras tuviera tiempo para coger mi Nikon y crear mi propia realidad con el aire de Madrid llenando mis pulmones, todo estaría bien. Ese era mi sitio en el mundo. Mi espacio privado de suprema autorrealización. Mí «tra-tra», con perdón de Rosalía.

Pero... siempre hay un pero; y es que alcanzar tal nirvana pasaba por poner a prueba mis sentimientos. Para mí, que sin ser una entendida en nada tendía a opinar de todo, había dos formas de superar las cosas: por madurez y por lo bautizado por una servidora como «ojos que no ven, corazón que finge que no siente», lo que viene siendo que, cuanto más lejos anda la tentación, menos posibilidades hay de caer en el peligro. Me gustaba mucho decir que el tema de Jesús había quedado atrás en el tiempo, pero también era verdad que llevaba un año viviendo en otra ciudad y sin más contacto que alguna miradita a la ventana

indiscreta de sus redes sociales.

Ahora bien, la convivencia podía poner de manifiesto que la cosa no es que tuviera falta de cicatrizar, es que bien podía seguir en carne viva. No lo admitiría ni bajo pena de que me echaran ácido en los ojos, ni siquiera delante de Nina, pero más allá del orgullo, los temas de pasta y demás, me preocupaba mucho estar metida entre cuatro paredes con un tío que se había convertido en mi eterna asignatura pendiente.

Intenté hacer una lista de pros y contras, lo juro; pero me cansé después de escribir «PROS Y CONTRAS» en un folio y lo dejé. Al final entendí que lo más práctico sería poner yo los puntos sobre las íes. Seguir en Montequinto, sin trabajo y con unas expectativas cuyo cénit estaba en meter pepinillos en agua para que fermentaran no era una opción. Madrid, las fotos, tener a Nina cerca y por fin tomar las riendas de mi existencia era lo que quería, y lo único que se interponía entre esa realidad y yo era el miedo a lo que pudiera pasarme emocionalmente.

Bien, si cercenaba cualquier posibilidad de acercamiento entre Jesús y yo, en voz alta y mutuo acuerdo, eso no pasaría. Daba igual si me daba un parraque o si verlo salir de la ducha despertaba en mí instintos que había domado a base de mucho tragar en Barcelona. Los dos haríamos nuestra vida por separado, y, con el tiempo, la normalidad que habíamos disfrutado antes de que nuestras glándulas salivales entraran en contacto volvería a imperar.

Satisfecha con mi madura decisión, agarré mi bolso, las llaves del coche de mi padre y me encaminé al Hospital Universitario Virgen del Rocío. ¿Por qué esperar a que Suso terminara su turno, me llamara o insistiera con el tema? Pudiendo ir yo a abordarlo directamente, era tontería. Además, creo que a estas alturas habréis notado que me gusta ser la que sostiene la sartén por el mango. Metafóricamente. En serio, no dejéis NUNCA que yo coja una sartén.

Dejé el coche en el aparcamiento y entré. Creo que la chica de recepción se persignó al verme, pobre mujer. Tenía que dejar de presentarme allí a lo loco; ¿y si Jesús no tenía guardia ese día o estaba en el quirófano asistiendo a un médico o lo que fuera?

Pero Jesús estaba allí; de hecho, por una especie de carambola del destino, lo tenía a unos pocos metros, a la izquierda del pasillo que daba a los *baxes* de urgencias. Alto, guapo y con una pinta adorable con esa especie de bata-camisa de enfermero de color rosa llena de muñequitos, las bragas amenazaron con

carbonizarse contra mi piel en cuanto puse los ojos en él. Di un paso. Creo que me relamí un poco y todo. Pero entonces me percaté de que no estaba solo. Frente a él, sonriendo y haciendo gala de una tremenda falta de respeto hacia el espacio personal, había una mujer. Morena. Treinta y pocos. Curvas. Demasiado atractiva para mi gusto.

Agarré el primer folleto que encontré sobre una mesa y me acerqué de extranjis. La susodicha extendió una mano y tocó el bíceps de Jesús, y él, con los labios curvados en una sonrisa —¿tensa? ¿De compromiso? ¿Qué narices sabía yo de tipos de sonrisas?—, le sujetó los dedos en una especie de apretón y luego la fue soltando.

Me acerqué más. Y más. Y me pareció que en ese rincón podía gozar de una buena acústica para seguir espionando. Ella se atusó el pelo. Él cruzó los brazos. Intercambiaron un gesto un tanto cómplice... Las bocas se movían en una charla que parecía tener muchos puntos de los que tirar.

¿Acaso esperaba otra cosa? ¡Venga, era Jesús Carvajal! Cuando nació, le guiñó un ojo a la comadrona. ¿No quería un chute de realidad de cara a lo que podía venírseme encima? Pues ese sería un gran ejemplo. Sucesiones de mujeres guapas y sexys que lo mirarían como si desearan susurrarle al oído que se dejara el estetoscopio puesto.

—Ahora mismo estoy a punto de emprender un cambio en mi carrera que afectará a mi futuro profesional, Amanda. —Oí que dijo. Bueno, la morena ya tenía identidad para mí. Registré el nombre en mi agenda mental—. No me parece apropiado alimentar algo que...

Mierda. No podía oír el resto. Jesús había bajado el tono y ella estaba girando el cuerpo. Subí un poco el folleto y di un par de pasitos distraídos hasta que... ¡Hostias! ¿Quién había puesto esa puta papelera ahí, coño?

—¿Cayetana? ¿Estás bien?

—Perfectamente. Solo... Bueno, te buscaba para comentarte algo y... he aprovechado para informarme un poco sobre... —¿qué narices estaba leyendo? Joder..., ¿en serio?— la fecundación *in vitro*.

—¿Estás de coña?

Jesús no hubiera flipado más ni aunque me hubiera puesto a hacer malabares. Me encogí de hombros y guardé el folleto en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Una nunca sabe cuándo van a fallarle sus óvulos. Hay que tener un plan b.

Se rio, y yo, a pesar del bochorno, también. En esas estábamos, conmigo buscando el modo de decirle que había decidido votar «sí» a nuestro particular

pacto político de convivencia, cuando la tercera en discordia se hizo notar. La tal Amanda, de repente con muchas menos ganas de sonreír, se recolocó el bolso en el hombro y soltó una especie de risita-bufido. Miró a Jesús, después a mí y, por último, volvió a quedarse con los ojos clavados en él.

—Así que un cambio en tu carrera, ¿eh? Ya veo... Pues que tengas buena suerte.

Pasó por en medio y se largó agitando la melena. Parpadeé, un tanto incómoda. El vistazo que me había regalado la señora no había sido para nada agradable.

—Solo hay un motivo por el que una mujer mira a otra como esa lo ha hecho conmigo...

—Sí, bueno..., es una larga historia. Y, además, pasada.

—Tienes suerte de que me aburra fácilmente. —Le sonreí. Chao, Amanda, no creo que puedas seguirle allá donde nos vamos—. Permíteme que comente mi increíble talento para espantarte historias largas y pasadas. Un don natural, sin duda. ¿Cabe esperar que lo uses a menudo en un futuro?

—Creo que no te sigo, Caye.

Resoplé. A ver..., no podía ser tan difícil, ¿no?

—Sobre lo que propusiste... Tras mucho meditarlo y tomar toda clase de consideraciones y un par de tabletas de chocolate, porque me ayudan a pensar, he llegado a la conclusión de que sería egoísta por mi parte no ayudarte a que consigas esa beca. —Asentí. Sí. Había quedado bien—. Así pues, accederé a que nos vayamos a Madrid y a compartir piso contigo para que puedas hacerlo.

—Porque tú quieres ayudarme a mí.

—Es correcto.

Jesús sonrió. Esperé que se pusiera pedantorro. De verdad. Que abriera sus plumas y aprovechara la situación para regodearse, pero... no lo hizo. Me dejó creer que ganaba.

—Pues te lo agradezco mucho, Cayetana, sobre todo porque ya he entregado la carta a la comisión del hospital, y tener que retirarme sería muy poco profesional.

—Bueno, pues no tendrás que hacerlo. Eso sí, que sepas que tengo una serie de condiciones inamovibles de cara a este... suicidio que has decidido libremente emprender.

—Estoy seguro de eso, cielo, pero ahora me pillas con el horario pegado al culo. —Se inclinó hacia mí, me puso una mano en el hombro y, después, me besó en la frente—. Te diré mi única condición inamovible, primero, para terminar antes, ¿vale? Necesito que el piso esté lo bastante cerca del hospital como para

poder ir andando o sin demasiados trasbordos: voy a dejarles el coche a mis padres, y vivir en el extrarradio me lo complicaría. Del resto, creo que podré asumir cualquier cosa que se te ocurra.

—Es... estás... ¿Quieres que yo... baraje opciones de vivienda?

—No soy quisquilloso para las casas. Viajo ligero y mis pertenencias apenas ocupan espacio. Busca algo que te guste, luego nos ajustamos. ¿Te parece bien?

Asentí, porque... ¿qué otra cosa podía hacer?

—Perfecto. —Y la sonrisa que me dedicó fue, sin ser yo una experta en el tema, mucho más resplandeciente que cualquiera de las que se hubiera llevado Amanda—. Los miembros del comité me dirán algo esta semana, no te duermas en la búsqueda. Hablamos esta noche. ¡Tengo que irme!

Salió a escape, y yo me quedé allí con todo a medio decir y un puntito de calor en el lugar exacto de la frente que sus labios habían tocado. Me había llamado «cielo». Había dejado en mis manos la búsqueda de piso. Y, por si fuera poco, parecía bastante abierto a aceptar mis normas, aunque se me habían venido a la cabeza algunas muy rocambolescas. Lo perdí de vista enseguida, pero su olor y el sonido de su voz se quedó conmigo todo el tiempo que tardé en ser capaz de recuperar la compostura.

—Me voy a Madrid. Otra vez. Vuelvo a Madrid... Con Jesús. ¡Me voy a Madrid con Jesús! ¿Me voy a Madrid con Jesús? ¡Ay, Dios! ¿Me voy a Madrid? ¿Con Jesús?

—¡Shh! —La señorita de recepción me miró con inquina—. Váyase adonde quiera, pero baje la voz. Esto es un hospital. Aquí no se grita.

—Lo siento. Perdón. Ya me voy.

Y vaya que sí. ¡Me marchaba! ¡A Madrid! ¡Con Jesús! ¡Y me había llamado «cielo»! De no tenerlo todo supersuperadísimo, habría vuelto al coche dando saltos. Eso pensaba mientras, brincando sobre una pierna, salía en dirección al aparcamiento.

10

CONDICIÓN INAMOVIBLE

CAYETANA

—En tren he dicho, y no se hable más.

—Pero vamos a ver, Cayetana...

—Chitón. Condición inamovible.

Jesús se pasó la mano por la cara, y estaba tan desesperado que hasta se despeinó un poco. No negaré que encontré cierto placer en sacarlo de sus casillas. Estaba disfrutando el proceso de «conciliación» más de lo que esperaba, la verdad. Básicamente, llevábamos unos cuatro días organizando cosas para el viaje; él con un montón de planificación e ideas prácticas y yo... siendo yo.

Supongo que es lo que se esperaba de mí.

—Tú entiendes que ir a Madrid en avión es más rápido y eficaz que hacerlo en Ave, ¿verdad?

—Perfectamente. —Y asentí para que quedara claro que el problema no estaba en mi cabeza... del todo—. Tú entiendes que no me dé la gana pagar el cuádruple por un billete de avión pudiendo ir en Ave, ¿verdad?

—¡Coño, Cayetana, que con ese gasto corro yo!

—Pues para de correr, amigo, que, si no, esto no va a funcionar.

Me levanté de la silla y fui al aparador a por una de esas galletitas que mi madre nos había dejado en una bandeja antes de irse a la perfumería, en plan abastecer de merienda a los niños cuando se quedan en casa para hacer un trabajo. Mi pobre progenitora... Se le había abierto la boca cuando le contamos el plan y todavía no había sido capaz de cerrarla.

Las dos familias, en general, estaban un poco descolocadas. Suso no tardó ni veinticuatro horas en hacer partícipe a todo el clan Carvajal de su inminente mudanza, así que a mí no me quedó otra que hacer lo propio con los Hernández. Todo muy eficiente, claro, como al señorito le gustaba; que si la beca caída del cielo, que si la oportunidad de que yo retomara las raíces de mi pasión, que si las

posibilidades de error o catástrofe natural eran minúsculas... Vamos, que mentimos como bellacos porque, en honor a la verdad, todavía no teníamos clara más que la fecha aproximada de salida, y eso solo porque Jesús tenía un límite de tiempo para incorporarse al nuevo puesto.

Había decisiones importantes que se nos estaban atragantando un poco. Principalmente, que yo a todos los pisos les ponía pegos; porque los únicos que me gustaban y tenían personalidad —y un precio asequible— pillaban a tomar por culo del Hospital Materno Infantil del Gregorio Marañón, donde iba a currar Jesús, y en ese punto había entrado a colación eso de dividir el alquiler en dos porcentajes realistas a nuestros sueldos, pero yo por ahí no pasaba. O a pachas, o nada. ¿Conclusión? Otro tema sin resolver.

—Cayetana, tengo un día fijado en el calendario para presentarme en el hospital —me decía Jesús cada dos por tres.

—Y llegaremos sobrados —le respondía yo.

A todas esas, Nina y Lucas se paseaban por Sevilla cogidos de la mano, en calesa y comiéndose a besos por los rincones. O por lo menos así me los imaginaba yo cuando el estrés de las mil pestañas abiertas en páginas de alquiler de pisos y servicios de mudanza me hacían agonizar. Disfrutando de no ser el centro de atención por estar a nada de casarse. No me había costado tanto irme de Barcelona, copón, ¿por qué ahora las cosas parecían el triple de difíciles? Ah, sí, claro, porque iba a trasladarme con don Tiquismiquis.

Volvamos al presente. Salón de casa de mis padres. Yo, comiendo galletitas. Jesús, al borde del aneurisma.

—O sea, que no solo voy a tener que preocuparme de que nuestras pertenencias lleguen con tiempo y en buenas condiciones en el camión de mudanza si no que además debo tener en cuenta que lo hagas tú en tu dichoso tren —se quejó, como el pijoteras que era—. Cayetana, el avión...

—Puede ser el medio de transporte más seguro, vale, pero como yo no voy a pagar el billete ni a permitir que me lo pagues tú, me parece que toda esta discusión carece de sentido. Me voy en Ave, que es mi tradición, desde la estación de Santa Justa escuchando a Fran Perea, y cuando llegue a Madrid, Susito, llegaré.

—Pues de puta madre. —Agarró su subrayador, sí, es de esos, y tachó algo del folio que tenía delante—. Entonces reservo billete solo para mí.

—¿Ves? Ya estamos avanzando. ¿Quieres una galleta?

Había cosas más sencillas, claro. Como mis cajas de Barcelona no se habían tocado, lo que yo tenía que aportar para terminar mi equipaje era recoger la ropa

del tendedero y cerrar la maleta que tenía en el cuarto de los trastos. Para Jesús la cosa era más compleja: tenía que vaciar su piso, entregar las llaves, tramitar la devolución de la fianza y un montón de movidas más relacionadas con el trabajo, donde se había ofrecido a ilustrar durante unos días a su sustituto, por no dejar al equipo colgado. Podía imaginarme que el salto laboral que estaba por emprender era importante, y que se arriesgaba mucho si la aventura le salía rana, así que más o menos intentaba hacerle fáciles los trámites. Me había ofrecido a rebajar mis expectativas con la búsqueda de casa, por ejemplo, después de varios días sin siquiera apuntar las señas de alquileres potenciales.

—Entiendo que haya un máximo en el dinero que puedes permitirte, Cayetana, pero yo he cedido en muchas cosas, y en algo vas a tener que hacerlo tú —me dijo Jesús cuando volví a sentarme, mirando la pantalla del ordenador por encima de mi hombro—. No seas cerradita, dejo el coche aquí y necesito llegar al trabajo o a pie o en pocos trasbordos. Ya te lo dije.

—¿Salir media hora antes del piso para coger dos metros te mataría?

—Condición inamovible.

—Muy bien. Vale. —Me mordí el carrillo por dentro para no decir lo que realmente pensaba—. Limitaré la búsqueda a un par de kilómetros alrededor del Gregorio Marañón, pero que sepas que se nos va a poner por un pico. La zona no es precisamente barata.

—Podremos permitirnoslo.

—Ya... No cuentes con la dote de mi padre. No está la cosa para camellos.

Pretendí que sonara a chascarrillo, y Jesús soltó una risilla mientras terminaba de teclear a toda prisa en su ordenador —en serio, parecíamos dos críos de instituto haciendo un trabajo a medias—, pero yo... me puse un poco rancia. Me saltó un anuncio de una de las páginas de alquileres, y no lo abrí porque me perdí en pensamientos y cuentas internas.

—¿Pasa algo, Caye?

—¿Um? No... Es que... A ver, solicito una amnistía.

Le vi fruncir el ceño.

—¿Qué has hecho para necesitar semejante perdón?

—¿Eh? No quiero que me perdones, quiero un... Kit Kat.

—Pues entonces no estás usando el término bien.

Agarré una de las galletas que me había traído de la bandeja y se la lancé. El muy maldito la cogió al vuelo y se la zampó de una vez. Puse los ojos en blanco. Dichoso niño mimado y con buena precisión óculo-manual...

—A ver... Abre la mente y no me lles la contraria antes de que termine de exponer mis argumentos.

—Dijo la que zanjó el tema del transporte con un «Yo, avión, no; *next*». —Suso cruzó los brazos y se me quedó mirando—. ¿Qué pasa?

—Te... informé de que no iba a estar en disposición de pagarte el préstamo del quiosco en unos meses. —Alcé la mano al verle abrir la boca—. ¿Qué acabo de decir? Nada de interrupciones. —Retomé el hilo—. Entiendo la necesidad de un piso cercano a tu trabajo, pero eso implica para mí meter en el alquiler más pasta de la que pensaba. El paro no va a durarme siempre, y aunque pienso dejarme las huellas dactilares haciendo fotos, no sé cuándo va a despegar la página. Lleva tiempo parada.

—Cayetana, de verdad, yo intentaré aprender el idioma que sea que hables para decirte, de modo que entiendas, que te olvides de eso. Es más, todo el dinero que me has ido mandando de forma inútil puedo reembolsártelo ahora mismo.

—Ni se te ocurra. No, Jesús, va en serio.

Bufó. Evidentemente, le incomodaba mucho tocar aquel asunto, pero, qué queréis que os diga, para mí era peor, porque quería ayudar al quiosquero a salir del pozo de la deuda, porque al hacerlo no solo me sentía más capaz, sino que encima les devolvía un poco de todo lo que habían hecho por mí, aunque no fueran a enterarse todavía. Verme en la situación de no poder mantener mis pagos me minaba mucho la moral, y tanto daba lo que dijera Jesús: aquel era un tema de honor que tenía yo para conmigo y mi padre, y nada me haría cambiar de opinión. Igual tardaba quince años, pero saldaría la cifra completa. Como que me llamaba Cayetana María Hernández.

—Mi intención inicial, creo que ya lo sabes, fue que incurriéramos en unos pagos igualitarios para el piso, hecho al que creo que deberías darle una vuelta. Por lo menos hasta que te recuperes. —Jesús cerró el portátil y se levantó—. Deja parado el tema del préstamo: igual compartir techo conmigo te mete algo de cordura en esa sesera.

—¿Pago menos alquiler y encima no te devuelvo lo que te debo? Me parece que aquí solo hay un loco, y no soy yo.

—Por enésima vez, tú no tienes ninguna deuda conmigo. Y me haces un favor viniendo a Madrid, ¿recuerdas? Por mi beca y mi mejora laboral.

—Ya... Los dos sabemos que eso no se sostiene. —Carraspeó—. La deuda es del quiosquero, Jesús. Tanto monta...

—Ya hablaré yo con él.

Me envaré tanto que se me levantó el culo de la silla. Al alzarme, mi cara quedó a la altura de la barbilla de Jesús. Me puse de puntillas y levanté la cabeza todo lo que pude por intentar igualar posiciones, aunque, por supuesto, no tuve éxito.

—Ni se te ocurra. Te lo prohíbo.

—Cayetana, conciliar no es prohibir, es llegar a acuerdos.

—Si le dices a mi padre que le perdonas la deuda, lo matas de vergüenza.

—¿Y cómo se sentirá al saber que te estás ahogando tú para intentar pagarla?

—Eso es... asunto mío.

Las manos de Jesús se posaron en el respaldo de la silla donde yo había estado sentada. Para que os hagáis una idea, mi posición en ese momento era una cárcel de testosterona de aproximadamente un metro ochenta que olía a *Invictus* y, además, se estaba quedando sin paciencia. Intenté volver a tragar, pero mi boca se había olvidado de cómo producir saliva.

—Dado que vamos a vivir juntos, también es asunto mío.

—Compartir piso. Vivir juntos tiene unas connotaciones más...

—¿Más...? —Enarcó una ceja. Yo cerré la boca otra vez—. Estamos metiendo muchas cosas bajo la alfombra, Cayetana, y, al final, la presión hará que todo reviente.

—Con suerte nos pillaré lejos de aquí... si dejas de distraerme para que pueda seguir buscándonos un techo.

—¿Te distraigo? Vaya, eso es nuevo.

En realidad, era más viejo que la tos, pero no sería yo quien inflara más su ya de por sí descomunal ego. Giré la cara, buscando cualquier posible punto de atención que no fuera Jesús Carvajal y su molesta capacidad para hacerme enmudecer y decir estupideces sin control al mismo tiempo. Mis ojos dieron con la alerta que parpadeaba en la pantalla de mi ordenador. Intrigada, me removí hasta que él captó mi indirecta y apartó los brazos.

—Algún día tendremos que tener esa conversación, Cayetana.

—Por suerte no será hoy. Espera un segundo, mira esto.

Pulsé la pestaña de una de las webs de alquiler y ante nosotros apareció EL PISO. Amueblado. Dos dormitorios, baño, salón comedor, cocina independiente con barra americana, aseo y un pequeño patio exterior. Un tercero con ascensor en un edificio de cuatro plantas. Pocos vecinos. Estaba en Vallehermoso, a unos dos kilómetros y medio del Gregorio Marañón a pie; y a cinco minutos en una única parada de metro. Era perfecto.

—Es perfecto. —Por lo visto, Jesús y yo coincidíamos por fin—. Con buen

espacio y hasta la posibilidad de que yo pueda mear en el aseo mientras tú te atrincheras en el baño principal.

—Pues, mira, no pensaba ser una inquilina tocapelotas, pero te lo estás ganando a pulso.

Con su sonrisilla petulante en todo lo alto, Suso se sacó la cartera del bolsillo trasero y dejó junto mí su tarjeta de crédito y el DNI.

—Espero que no seas mala inquilina, recuerda que eso nos afecta a los dos. — Me robó el ratón y se regaló el honor de dar clic al botón de «Me interesa»—. Si te referías a ser una compañera de piso difícil, te recuerdo que es un juego al que podemos jugar dos. Resérvalo ya, tengo que irme a trabajar.

—Espera, ¿no vamos a ver otras opciones, o a negociar o...?

—Cayetana, quiero ese piso. Y yo pondré el dinero para la fianza y el primer mes. —Se llevó el índice a la boca cuando me vio preparada para protestar—. Condición inamovible.

Luego me sonrió y señaló al ordenador. Yo apreté la mandíbula, cuadré los hombros e inicié el proceso usando los datos de su tarjeta. Por un segundo me planteé memorizar los dígitos para comprarme unas botas, pero desistí. Primero, porque eran un montón de números y ese tipo de memoria nunca se me había dado bien, y, segundo, porque, bueno, ya encontraría otras satisfacciones para salirme con la mía.

—Pues ya tenemos piso —informé a mi madre mientras las dos hacíamos malabares para doblar unas sábanas que, comparadas con nuestra estatura, parecían putas carpas de circo—. El dueño ha llamado a Jesús esta mañana para darle el OK definitivo. Entramos dentro de tres días.

—Me alegro, hija. Por lo menos no tendréis que quedaros bajo un puente, que ya me lo estaba temiendo.

—Y yo, no creas. Me sigue pareciendo un poquito caro. Pero, bueno, ahorraremos en transporte público y en gimnasio, porque pienso ir caminando a todas partes.

Incluyendo a casa de Nina, porque mi nuevo y flamante piso en Vallehermoso estaba a un kilómetro mal contado de Chamberí. Vamos, que iba a tardar yo menos en ver a mi mejor amiga que Jesús en llegar al trabajo.

Soltamos la sábana en el cesto de ropa limpia y fuimos a por la siguiente. Metódicas: agitar, extender, coger de las esquinas...

—Caye, tú estás segura, ¿no?

—Es un poquito tarde para replantearse todo eso, ¿no? —Ya me había comprado hasta un llaverito con la cabeza de Tyrion Lannister para las llaves nuevas—. Si después de lo que ha costado cancelo el servicio de mudanzas, Suso me arranca la cabellera y se la cuelga de la bata.

—Ya... Sé que está la cosa encima, pero... Suso y tú... viviendo juntos...

—Compartiendo piso. Es distinto. Cada uno en su habitación, que Dios está en todas partes.

Mi madre chascó la lengua. Juro que pensé que iba a dar un capón por blasfemar, pero por lo visto estaba ella más decidida a hacerme llegar su mensaje que a centrarse en terminar de pulir mis carencias educativas después de adulta. Vaya por delante que yo no quería tener aquella conversación. Pero ni con mi madre, ni con el quiosquero, ni con Suso, ni con Nina ni con nadie. ¿No cantaba Thalía que, si no se acordaba, la cosa no había pasado? Pues yo opinaba exactamente lo mismo. Si no se habla de un tema, ese tema se hace pequeño y termina por desaparecer. O, al menos, eso esperaba yo.

Igual Jesús no confiaba en nuestra alfombra de asuntos ocultos, pero yo le tenía más fe que a los horóscopos de Esperanza Gracia, y si habíamos sido capaces de mantener a la familia ciega ante nuestro... pequeño desliz hasta el momento, ¿por qué iba a ser diferente ahora? Además, estábamos a un paso de irnos, y ya sabéis lo que pienso al respecto: ojos que no ven...

—No sé, hija... Es que de alguna manera... A ver, seguro que es una tontería mía, ya sabes cómo soy, pero...

—Suéltalo, mami. Estamos en confianza.

—Pues eso, que siempre pensé... o esperé, más bien, que acabarais juntos, ya sabes. Suso y tú.

No se me cayó la sábana porque me aferré a ella como si fuera el último par de botas de mi número en rebajas. Pero estuve a puntito.

—Madre..., si esa es la senectud llamando a tu puerta, no le abras. Es una trampa.

—¡Hablo en serio, Caye!

—¿En serio? ¿Cómo puedes poner las palabras «en serio» y «Suso y yo» en la misma frase? ¡Es esperpéntico!

Empecé a agarrar cosas del cesto de ropa que venía de la secadora y a doblarlas como un robot adiestrado. Rollo bumerán humano sin efectos ni nada. Las madres..., ay, las madres... Os contaré un secreto, por si acaso queda alguien tan

perdido en la vida como para no darse cuenta; os podéis creer muy listos, o muy capacitados para poner la mejor cara de póquer, pero ante una madre jamás conseguiréis mentir. Ni siendo los mejores mentirosos del mundo. Ellas, de alguna manera, siempre van trescientos pasos por delante.

Every fucking time.

—Ya sé que habéis tenido vuestros roces, pero no sé... Los que se pelean...

—¿De verdad, mami? —Negué con la cabeza. Tan fuerte que me crujió el cuello—. Hay un paso muy grande entre discutir por insoportabilidad de caracteres y tener ganas de magreo. Un paso... inmenso. Como pasar de sevillista a bético.

—Bueno, si lo pintas así...

—Pues así lo pinto. Nada más y nada menos que así. —Dejé unos vaqueros doblados que ni Marie Kondo haciendo espacio en sus cajones—. Vamos, que no sé cómo se te ocurre.

—Pues, chica, ¿qué quieres que pensemos? Pasáis de lanzaros pullitas en cada reunión familiar a anunciar que os vais a vivir juntos...

—Compartir piso. No tiene las mismas connotaciones.

¿Era la única que veía la diferencia? Decidme que vosotros me entendéis.

—Lo que quieras. —Mi madre me arrancó la ropa de las manos. La abrió y sacudió. Hasta me miró un poquito mal—. No quiero planchar esto, Caye. El objetivo es doblarlo para que tenga menos arrugas, no más.

—Ya... Volviendo al tema, para zanjarlo, ¿cómo es eso de «qué quieres que pensemos»? ¿Es que esta es una idea general o qué?

Se encogió de hombros. Huy... Mirad, otra revelación de la vida, cuando las madres hacen como que no saben algo. Lo saben.

—A ver, no es que los Carvajal y nosotros hayamos hecho una porra ni nada, pero es cierto que el roce... —Sonrió un poquito—. Vamos, que pensamos que igual estando más cerca cambiáis un poco el chip.

—Ya, pues siento romper vuestra fantasía de unificación familiar, pero no encarguéis todavía que tiren ningún tabique para anexionar las dos casas, porque es mucho más probable que Jesús y yo acabemos matándonos a cualquier otra cosa.

—¡Pues eso no me deja más tranquila, hija!

Pero a mí me sirvió. Intenté con todas mis energías hacer oídos sordos. De hecho, cuando mi padre hizo un amago de sacar el tema, le dije que era un no, e incluso añadí «condición inamovible», como si él supiera de qué iba el tema y

asumiera al oírlo que la discusión moría ahí.

Lo último que quería, con los nervios del inminente traslado a flor de piel, era algo que pusiera la maquinaria de mi cabeza a funcionar. El cuerpo es sabio. A menudo más que la mente, y tiende a avisarnos del peligro o de cuando las cosas no están bien del todo. Yo sentía una especie de zumbidito, pero era una maestra ignorando señales que no me convenían. Metí los miedos, las dudas y las charlas a medias en la maleta y cerré la cremallera sin plantearme nada más.

Aprovechando mi regreso, Nina y Morrison habían sacado sus billetes para el mismo día, y yo experimenté un subidón de adrenalina sin precedentes cuando mi amiga me informó de que, aunque su futuro marido se iba en avión, ella se iba a Madrid en Ave, conmigo. Me lo dijo por teléfono mientras yo estaba en la cola para pagar la compra y bueno, bueno, ¡mis chillidos se oyeron en Almería!

Así pues, el día marcado y a la hora señalada, mientras los dos caballeros se marchaban al aeropuerto, servidora se puso su gorra y su abrigo de pelo sintético a lo Paula Echevarría y marchó a la estación de Santa Justa. Lo mío sí que era un *revival*, y no lo de *Sensación de vivir*. Tenía a Fran Pe en el reproductor, el localizador del camión de mudanza en el bolso, la lista con la numeración de las cajas que había hecho Suso en el móvil y unas ganas de pasar el trayecto con Nina que me moría.

—Por una vez, creo que has acertado en el atuendo —me dijo después de abrazarme—. La última vez que te vestiste así no era temporada.

—Noviembre asoma la patita y yo voy a volver a Madrid por todo lo alto.

—De momento... con un retraso de dieciséis minutos según el horario establecido por problemas en las vías. ¿Por qué sonríes, Caye?

—Porque vamos tarde. —Me froté las manos, ¡aquello era maravilloso!—. A tu hermano le va a dar un parraque.

—Por favor, no lo mates antes de mi boda, que me la desluces.

—No prometo nada. Se pone muy especialito, y ya sabes que no lo soporto.

Nos comimos un par de palmeras de chocolate con dos cafés con leche condensada, y sacarina, y por fin, subimos al tren. Cargamos las cosas y ocupamos nuestros asientos. Le agarré a Nina la mano y apreté, emitiendo un gritito contenido que la hizo reír.

—¡Volvemos a Madrid, tía, volvemos! ¿Qué haces mañana? ¿Tienes planes? ¿Sabes qué? Da igual, porque volvemos a Madrid. Yo estaré allí, tú estarás allí, y podremos hacer lo que queramos.

—Vale, Cayetana, pero respira, que te estás poniendo azul.

—Es que las cosas parece que por fin van bien. No sé, tengo un presentimiento.

Me quedé mirando mi reflejo en el cristal. Seguía tan sucio como siempre, pero, de alguna manera, me pareció una imagen borrosa de lo más prometedora. De hecho, le hice una foto, y en el proceso capté el gesto pensativo de Nina, devuelto del revés en la superficie transparente. La miré interrogante.

—Yo también tengo un presentimiento con todo esto.

—¿Ah, sí? —Recé para que nuestras familias no le hubieran comido la oreja con aquel absurdo de que Suso y yo... Ya sabéis. Porque Nina era la única que conocía los hechos completos, y con ella no podría hacerme la loca, aunque lo intentara—. ¿Y cuál es?

Me echó el brazo por encima, robándome uno de los auriculares para colocárselo en su propia oreja.

—Que vas a dejar mi historia en algo meramente anecdótico con la tuya, Caye.

Me llegó un aviso de correo electrónico entrante. Por fin, noticias frescas de Elena, a la que, por cierto, ¡también podría ver pronto en vivo y en directo! Después, Fran Perea empezó a cantar; y cuando sonrió al recordar nuestros sueños con volar, yo ya estaba demasiado perdida en sus acordes y en lo maravillosa que de repente me parecía mi vida como para pensar en nada más.

11

EL DIABLO CON BOTAS

SUSO

Aunque en un principio me mostré escéptico, viajar con mi cuñado no resultó tan incómodo como podía haber esperado; de hecho, el señor Lucas Buendía tomó asiento y tras un carraspeo ligero me hizo un gesto con la barbilla y comentó:

—Entonces... el Gregorio Marañón, ¿no? Dicen que es de los mejores.

—Desde luego, tienen una rama pediátrica puntera.

Y esa fue toda la conversación que compartimos. Un lujo.

Mientras él escuchaba música y se relajaba, yo saqué mi iPad y empecé a tomar anotaciones. También aproveché para revisar los pormenores de la beca y hacerme una idea, según el organigrama de mi nuevo puesto de trabajo, de aquellas personas con las que era más plausible que coincidiera en los primeros días. No quería llegar como un turista sueco a Triana, perdido y sin saber a quién dirigirme, porque eso demostraría una falta absoluta de iniciativa, y no era la imagen que quería dar de mis formadores en el Virgen del Rocío.

También... Bueno, supongo que no puedo engañaros: mantener la cabeza metida en cualquier hoja de cálculo o documento PDF me ayudaba a alejarla del pensamiento único: Cayetana.

Era muy posible que aquella convivencia se convirtiera en la peor decisión de mi vida. Por muchos motivos. Para empezar, verla me aceleraba el pulso y ponía en mi mente imágenes que no podía permitirme proyectar. Había ocultado deliberadamente a mi familia que, durante unos escasos minutos, pero en varias ocasiones, había cruzado todas esas líneas imaginarias, morales y decorosas que dictaban que Caye debía ser para mí una especie de Nina 2.0; prometiéndome que, si no volvía a ocurrir, no había razón para crear incomodidades en nuestro entorno. Como si dejar ir las cosas las borraría... Ni toda la fe del mundo podría ayudarme con eso.

Tras un vuelo sin sobresaltos, llegamos al aeropuerto de Barajas-Adolfo Suárez con unos minutos de antelación según la previsión de vuelo. Bien. Era una buena señal que sumar a la lista de cosas que, por el momento, salía como debían.

Luego tendría que meterme bajo el mismo techo con la única mujer a la que había deseado con consciencia de que jamás podría tener. Pero los dramas, de uno en uno.

—¿Todo bien?

—Sí, sí... Me había distraído. Vamos a bajar.

Lucas y yo salimos del avión y aguardamos en las cintas de equipaje. Él recogió su macuto, una especie de mochila llena de cremalleras que tenía pinta de llevar un largo tiempo en el servicio, y se lo echó al hombro mientras yo esperaba la maleta de mano y rezaba para que el resto de mis pertenencias llegara con bien a destino. En ese momento y según mis cálculos, el camión de mudanza debía de encontrarse a punto de entrar en Badajoz. Cuando estuvimos listos, consulté el reloj.

—Nos da tiempo de tomar algo. El Ave todavía tardará un rato.

—De hecho, vamos bastante sobrados. —Lucas se caló su gorra del revés y me señaló la salida con un brazo cuando yo hice amago de tomar otro camino—. Había una historia en las vías. Vienen con retraso.

Fruncí el ceño a toda mi capacidad y me paré en seco.

—«Una historia en las vías»? ¿Cómo que «una historia»? ¿De Tolstoi? ¿De Tolkien? ¿Qué historia? ¿Podrías ser más específico?

Por toda respuesta, Lucas giró la pantalla de su teléfono móvil hacia mí. Tenía abierta una conversación, según mis deducciones, con mi hermana, aunque la tenía guardada en sus contactos como «Rizos». En el último globo del chat se leía la frase: «Vamos con retraso. Hay una historia en las vías». Aquello era acojonante.

—¿Se puede ser menos detallista que eso? Joder.

—Te digo lo que me dicen. —Se guardó el móvil y volvió a estirar el brazo—. ¿Qué haces? Ese es el camino más largo, Jesús. Ven por aquí.

—Perdona, Lucas, pero creo que todos los carteles indican la salida a la derecha, no hacia ese punto inconexo que te empeñas en señalar.

—Ya, y todos los caminos llevan a salir, pero algunos están a doscientos metros y otros a cuatro kilómetros, en una T distinta a la nuestra. Hazme caso. He pisado más este aeropuerto en el último año que tú en toda tu vida.

—Insisto en seguir las instrucciones claramente marcadas por personas cuya

labor es identificar la salida de forma eficiente.

—Pues muy bien, tío. Lo que tú quieras. Nos vemos fuera.

Se largó. Con todo su pelo revuelto y aquella mochila *hippy* al hombro, y yo hice lo que debía. Continué siguiendo normas y cruzando pasarelas mecánicas, atravesando *duty frees* y una cantidad obscena de marcas comerciales y franquicias de comida hasta lograr encontrar la puerta que conectaba aquella pesadilla de equipajes, prisas y avisos por megafonía con la salida. Cuando la luz del día me impactó en la cara, unos veinticinco minutos después, Lucas estaba sentado en un banco, con el tobillo derecho doblado sobre la pierna izquierda y una sonrisita apenas notable bajo su poblada barba.

Joder. Tenía la impresión de que mi hermana iba a casarse con un tío vuelto a la vida por causa del deshielo de los polos.

—¿Qué tal el paseo, cuñado? Tu aplicación de contar los pasos debe de estar felicitándote.

—Ni una palabra. —Extendí la mano para parar un taxi. Él emitió un silbido —. ¿Algún otro consejo?

—En absoluto. Pero la carrera vas a pagarla tú.

Me soplaron treinta euros por llegar al centro. Y un pico más por quedarnos relativamente cerca de Atocha, donde recogeríamos a las chicas cuando su tren decidiera llegar. No voy a entrar en detalles, porque a pesar de haber aterrizado antes de la hora, el resto del viaje no estaba resultando ser, para nada, según yo había previsto, pero como hijo de taxista, y aunque sé que Nina ya os lo comentó en su momento, ratifico que mi padre jamás tarificó una cantidad semejante. Dios bendito, pero ¿quién se encarga de regular estas mierdas?

—¡Bienvenido a Madrid! Todo es caro, está lleno de gente y, según la zona, huele a pis. Es incomparable y no querrás volver al sur jamás.

—Permíteme dudarlo.

Nos acomodamos en una terraza. Después de dos cañas, acompañadas de sus torreznos y una buena tapa de bravas, me sosegué un poco. Contesté un par de correos, confirmé mi llegada tanto con los responsables del Gregorio Marañón como con el casero de Vallehermoso y recalculé la recogida de llaves teniendo en cuenta la «historia» que retrasaría la aparición de Cayetana.

—Tío, para ya.

Observé a Lucas tras mis gafas de sol. Tenía una gota de salsa de las patatas en la barba.

—Lo siento, ¿qué?

—Que dejes de trabajar cuando todavía no estás trabajando.

Sonreí un poco, porque no era la primera vez que oía esa sentencia.

—Yo siempre estoy trabajando. El hecho de que me hayan concedido la beca de especialización pediátrica con sueldo íntegro y dietas implica que no hay tiempo para hacer visitas a la Puerta de Alcalá ni pasar por los estadios de fútbol. Tengo que demostrar valía y capacidades porque aspiro mantener activo el puesto doce meses.

—Y eso es muy loable, tío. No quieres chupar de recursos y aprovecharte, ¡cojonudo! Un español digno. Pero puedes empezar mañana, dentro de tu horario, cuando te den la bata nueva y todo eso.

—Llegar en hora es ir tarde. Como el Ave, por ejemplo.

—Relájate... —Y para enfatizar sus palabras, se arrellanó en la silla y extendió las larguísimas piernas. Hasta dobló los brazos detrás de su cabeza—. Cuando lleguen las chicas no tendrás ni un puto momento de respiro. Las mujeres son la mejor creación de Dios, y también un castigo para todas las cosas que hagamos mal en vida.

—¿Así calificas a mi hermana? ¿Como un castigo?

—Sin duda me mantiene firme. —Sonrió. Y su gesto no me hizo especial gracia—. Aunque no manda en todas las superficies de nuestra casa, no sé si me entiendes.

—Preferiría no hacerlo. Y tienes salsa brava en la barba.

—Lo sé. —Se carcajeó en mi cara—. Me preguntaba cuánto tardaría en sacarte de quicio para decírmelo.

Desvié la mirada a la estación. Me pregunté por las veces que Cayetana habría cogido un Ave en otras ocasiones, cuando escapaba a la ciudad de sus amores sin decírselo a nadie, solo para encontrar consuelo en calles conocidas y líneas de metro que le permitían dejar volar su imaginación y capacidad creativa. Una de las pocas nociones de ella que había tenido durante el año pasado había sido precisamente esa, un dato fortuito que se le escapó a Nina en una conversación telefónica con mi madre. Cayetana había ido a Madrid de sorpresa durante un fin de semana, aunque no se había llevado la cámara, detalle hasta el momento sin precedentes.

Supongo que eso debió de ser indicativo de que lo estaba pasando mal, porque alguien como ella, cuyos ojos siempre veían más nítidamente cuando se camuflaban tras el objetivo, no podía mirar sin la Nikon. Mis más preciados recuerdos de Caye eran siempre con la cámara cubriéndole la cara, mientras

captaba instantes robados que para otros se convertían en pura magia.

Haría de los retratos de la boda de Nina algo espectacular, y quizá un día sería capaz de delegar lo suficiente como para que alguien hiciera lo propio por ella. Retratar el amor que compartiría con un hombre afortunado, que comprendería sus rarezas y la querría por todas y cada una de ellas. Era cuestión de tiempo, ¿no? Había vuelto a su hogar de adopción; pronto sus inquietudes laborales se calmarían, y entonces cualquier ilusión sería bienvenida.

De pronto perdí el apetito. Iba a tener que prepararme para ese momento.

—Te has quedado muy callado.

—Tenía la impresión de que eras un hombre parco. —Le sonreí. Lucas se encogió de hombros—. ¿Tanto te ha domesticado mi hermana?

—Abrirte de vez en cuando no es malo, tío. Y, además, he descubierto que si me expreso, las discusiones terminan antes.

—Ya, no hace falta que sigas. Me imagino que, tras un intercambio de opiniones ceremonial, acabáis en la cama.

—¿«Ceremonial»? —Se echó a reír. —Joder, no la conoces. Es un pitbull cuando discute. —Suspiró, y yo me sentí tentado de apartar la mirada, porque su expresión me dio un poco de corte—. Tengo mucha suerte de que vaya a casarse conmigo.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Nina no es una mujer que te permita guardarte tus propios pensamientos ñoños, ¿sabes? Ni ningún otro, en realidad. Sabe que la quiero, que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Y se lo reitero hasta cuando las cosas se ponen insoportables, porque es cuando más nos hace falta recordarlo.

Aquello me impresionó. No tenía a Lucas Buendía por un hombre abierto emocionalmente; claro, que no me había tomado el trabajo de conocerlo hasta ciertas profundidades, y, además, éramos tíos. La conversación ya estaba durando demasiado.

—Tenéis caracteres tan difíciles de amoldar que no descarto que vuestra boda pueda acabar rollo *Kill Bill*.

—A veces es deseable que las personas sean muy distintas para que se den un buen contrapunto. Como tú y Mononoke, por ejemplo.

Di un trago distraído de la cerveza y después negué con la cabeza.

—No sabes de lo que hablas. Y es más andaluza que yo, así que, si fuera tú, no la llamaría así.

—Es una broma entre nosotros. Yo le digo eso y ella me llama no sé qué de un

Lagarto Rey. —Hizo un gesto vago con la mano—. No te vayas por la tangente, cuñado. Yo no soy tu sangre, y mi posición en tu familia se va a centrar exclusivamente en estar encima o debajo de tu hermana, así que... escúpelo.

Me puse tenso en el acto. No estaba preparado para que el alcance de la información oculta me persiguiera. De hecho, estaba convencido de que todas las personas susceptibles de enterarse se habían quedado en Sevilla, pero, de repente, allí estaba el futuro marido de mi hermana, poniendo palabras al experimento social que estaba a punto de meterme en la situación más rocambolesca de mi vida adulta. Elegida por un servidor, no lo olvidemos.

Carraspeé y fingí estar muy interesado en quitar las pelusas de mis pantalones oscuros.

—No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando.

—¡Venga, Suso, no jodas! —Lucas se inclinó hacia adelante y me dio un par de toquecitos en el brazo. Parecía tener un problema evidente con el respeto al espacio personal ajeno—. ¿Cayetana y tú bajo el mismo techo y sin cordones policiales por medio? He convivido poco con los dos, pero me parece una imposibilidad que salga bien. Es como..., yo que sé, poner en la misma jaula al ciervo y el león. —Se le escapó una sonrisa—. Ella es el león, por supuesto.

—Hace un momento hemos dejado claro que la diferencia de puntos de vista no ha sido un problema para Nina y para ti. ¿Entonces? ¿Por qué tendría que serlo para nosotros?

—Pues, para empezar, porque a Rizos y a mí nos unen otros sentimientos. Estamos enamorados y sentimos mucha pasión el uno por el otro. Lo vuestro... —bufó, rascándose la barba—. No sé, no lo veo.

—Pues estás a unas dos horas de hacerlo. Si es que el Ave no se encuentra con más historias que impidan su avance.

—Sí, claro, vais a tirar adelante, pero ¿crees que irá bien? ¿Todo un año? No sé, Jesús, Cayetana es un ser asilvestrado. Un espíritu libre. El puto viento que te pone el pelo en los ojos y tú... A ver, yo te respeto mucho, eres el hermano mayor de mi novia, pero parece que tienes un palo muy grueso metido por orificios poco recomendados. Y que no tienes intención de sacártelo, la verdad.

—Pues estoy por arrancármelo y lanzártelo. A ver si vas a por él como un buen chico.

Las carcajadas de Lucas distendieron el ambiente. Yo también sonreí, claro, pero sus palabras me dieron qué pensar. No había que ser muy avisado para darse cuenta de que entre Cayetana y yo habían saltado chispas desde hacía

mucho tiempo. Por suerte, habíamos sabido enmascararlas en forma de pullas casi siempre inocentes cuando estábamos en público, sin nadie que nos sirviera de escudo; ¿qué iba a pasar en el primer intercambio fuerte de impresiones que tuviéramos Cayetana y yo? Porque la última vez que discutimos, se había saldado con mis manos en su culo mientras la subía a la mesa de la cocina y me abría espacio entre sus piernas. Nina nos había parado en seco apareciendo, pero en casa, en nuestra casa, no habría nadie más que nosotros.

Y, según las fotos, la mesa de la cocina parecía recia.

—Estoy convencido de que seremos capaces de encontrar un punto de equilibrio —dije, aunque no sé si para tranquilizar a Lucas, que parecía haberse olvidado del tema a base de torreznos, o para intentar creérmelo yo—. Voy a pasar tantas horas en el hospital que no creo que me queden ganas de confrontaciones cuando vuelva al piso.

—Puede ser. Nina me ha contado que vivir con Mononoke es muy divertido, y también un coñazo. Por lo visto, tiene el mismo instinto para el orden que yo, y, por si no lo sabes, no es mucho.

—Por suerte para los implicados, he ganado insignias de *boy scout* de organización.

El dato impresionó tanto a Lucas que se quitó la gorra de un tirón.

—¿En serio?

—¡Claro que no! —Había sido una asociación parecida por un tema de incompatibilidad de horarios, pero no vamos a entrar en eso—. ¿Y puede saberse por qué tengo la impresión de que intentas asustarme? Eres tú el que va a abandonar la soltería.

—Sí, pero tengo claros los beneficios. Tú vas a vivir con una mujer sin llevarte nada de la parte buena.

—La parte buena, Lucas, es haber aceptado la beca, mejorar en mi trabajo y que Cayetana pueda hacer el suyo en el lugar que quiere. No estaba en un buen momento y yo podía ayudarla. No hay más punta que sacarle.

Pretendí sonar tajante, porque no quería seguir ahondando en el tema. En serio. Mi cuñado me había dado una impresión errónea con su silencio sepulcral durante el vuelo, porque en ese momento no desistía de insistir y hablar. Qué cierto era eso de que los que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, porque todo aquel parloteo era muy Nina.

Consulté el reloj y luego, el móvil. No tenía un solo mensaje de Caye, claro, que tampoco lo esperaba. No era como si tuviera que avisarme de la situación

geográfica del Ave ni de ningún otro detalle. Ella no era de las que tenía esas cosas en cuenta, y a mí, que sí era de esos, me había costado un mundo no escribirle para informarla del aterrizaje tan pronto las ruedas del avión tocaron asfalto. ¿Para qué, me dije? No era como si nuestra relación estuviera a ese nivel. Ni yo lo pretendía, claro.

Pero la realidad era que había aceptado la beca, tras más de un mes de dudas, en cuanto fui consciente de que podría beneficiar la situación de Cayetana. Tan pronto la visualicé así, como en mis mejores recuerdos, sonriendo, feliz y con su Nikon al cuello, las grandes dudas y controversias que me ocasionaba mudarme, dejar a mis padres un poco más solos y hacerme a un espacio de trabajo completamente desconocido dejaron de importar. Prioricé a Caye sobre absolutamente todo lo demás, incluyendo mis temores, porque eso es lo que hacían los buenos amigos, ¿no?

—Mira, por ahí vienen.

Lucas dejó un billete sobre la mesa y se puso en pie de un salto. Yo me tomé mi tiempo, dejándole coger la delantera, un poco porque no sabía cómo encarar aquel momento. Cuando estuve a unos pocos metros, le vi inclinarse hasta que sus labios rozaron los de mi hermana. Le cogió la maleta y luego cubrió sus hombros con uno de aquellos brazos tan largos. Nina hablaba sin parar y hacía un montón de gestos con las manos, en tanto que Lucas sonreía y saludaba a Caye.

Estaba guapísima. Yo no la había visto salir de Santa Justa, de modo que su atuendo tan *chic* me noqueó. El abrigo largo, los vaqueros ceñidos y aquellas botas; si el diablo se calzara, seguro que llevaba unas botas como esas, no me cabía la menor duda.

—Suso, ¿te ha dado un aire? —Mi hermana me pasó la mano por la cara—. El clima de Madrid asusta un poco al principio, pero te tenía por un hombre fuerte.

—No creas, aquí el cromañón con el que vas a casarte no ha parado de hacer aflorar emociones y sentimientos dormidos. Me lo vendiste como un tío duro y no tiene más que la fachada.

—Pero no veas qué fachada. —Mi hermanita, pura inocencia pelirroja, le dio una torta en el culo a Lucas con tal ahínco que este saltó un poquito. Me tapé la cara con las manos.

—Por favor, canija...

—Eso, Nina, por favor. Mira que Jesús no está acostumbrado a esas muestras públicas de cariño. —Esa era Cayetana, claro. Ya había llegado a nuestra altura y

observaba mi turbación muy satisfecha.

—¿Eso es una indirecta porque no te he dicho nada? —Estiré la mano hacia la maleta, pero ella apartó la suya, con el ceño fruncido.

—¿Qué haces, loco?

—Intento aligerarte el peso. Ha llovido, por lo que la calzada está mojada y tú llevas tacón. Me ofrezco a cargar tu maleta porque soy un caballero.

—Pff..., ¿ya estás así? ¡Qué pereza! —Se giró hacia los demás, que nos miraban divertidos—. ¿Un año decís que tengo que aguantarlo? Me vuelvo a Sevilla.

—Vale, muy bien. Nada de gestos elegantes para la señorita. Me ha quedado claro.

Agarré mi propia maleta y los cuatro empezamos a caminar. Íbamos a vivir relativamente cerca, pero nuestros caminos se bifurcarían a la altura del Jardín Botánico porque los dueños del piso de Vallehermoso nos habían citado, a Cayetana y a mí, en una cafetería de El Prado para la entrega de llaves. De ahí, iríamos a ver el inmueble y dejar las cosas que llevábamos encima.

—Bueno, pues aquí es donde nos despedimos —informó Lucas tan pronto llegamos al cruce que nos separaba—. Subimos a Chamberí dando un paseo con más que probable parada para comer en un... ¿japo?

Nina asintió con entusiasmo.

—Que os vaya muy bien con el casero, chicos. Fingid todo lo posible que sois gente de fiar.

—Puedo darle al menos tres teléfonos de personas que avalarían con gusto que soy un inquilino ejemplar. —Di dos besos a mi hermana y un apretón de manos a Lucas—. Toda una vida de fianzas devueltas no puede ser casualidad.

—No, es más bien un caso crónico de aburrimiento, pero ya te lo quitaremos.

La manita de Cayetana me golpeó el omóplato y todos rieron su gracia. Reiteramos las despedidas y los futuros esposos se perdieron de vista. Un minuto de silencio nos cayó encima, como los chaparrones esos que te cogen a la intemperie y te calan. No supe muy bien qué decir ni qué temas tratar primero de todos aquellos que llevaba preparados y situarían la conversación en algo catalogado como «sin peligro».

Por supuesto, debí haber previsto que Cayetana se saldría de todos mis baremos.

—¿Son esos de ahí?

—¿Qué...?

—¡Eh! ¿Sois los de Vallehermoso? ¡De puta madre, vamos para allá!

Cogió la maleta con una mano y tiró de mi abrigo por la otra y echó a correr por en medio de la calzada. Con un paso de cebra a quinientos metros. La suela de sus botas repiqueteó en el asfalto húmedo casi al mismo ritmo de los cláxones de los coches que nos pitaban alterados al ver semejante abandono por las reglas de seguridad vial, pero nada de eso detuvo a la kamikaze con la que estaba a punto de firmar un contrato de arrendamiento, más bien al contrario. Aunque parecía imposible dada su menuda estatura, Caye apretó el paso y llegó a la acera donde se encontraba el Museo del Prado en tiempo récord. Allí, una pareja de mediana edad nos miraba atolondrada.

Ella empezó a estrechar manos, como si protagonizar escenas absurdas y de alto riesgo fuera común en su día a día.

—Jesús Carvajal. Hemos hablado por teléfono. —Me presenté tan pronto como me fue posible recuperar el aliento—. Y a pesar de las formas, les aseguro que somos ese tipo de inquilinos con los que no cabe esperar el más mínimo contratiempo.

—Bueno, habla por ti. —Cayetana sonrió ampliamente—. Desde ya les digo que, aunque el piso no va a sufrir daños, no esperamos la fianza de vuelta.

—Caye...

—Va en serio. —Enfatizó su sonrisa hasta enseñar los dientes—. Cojan ese dinero y cómprense algo bonito. Háganme caso.

Bueno, bien. Y solo era el día uno de trescientos sesenta y cinco. ¿Qué más podía esperar?

12

CORRER EN ZIGZAG

CAYETANA

El piso era perfecto. Y ya me fastidia decíroslo, ¿eh? No porque hubiera querido tirar de la maleta a otro sitio, sino para poder soltarle a Jesús un buen «te lo dije» en su petulante cara por no haberme dejado ni regatear ni buscar otras opciones.

Nada más entrar, respiré hondo y sentí... Lo sentí. Era el lugar. El hogar. La casa donde llegaría tras un día largo, soltaría la bolsa de la Nikon y trastearía para hacer alguna cena rápida y seguramente poco saludable antes de pasar las horas trabajando mientras la tele me arrullaba de fondo. No era muy grande, pero el espacio estaba muy bien repartido. Salón diáfano, cristaleras del patio exterior que arrojaban una luz natural increíble, barra americana de granito negro, cocina con una pequeña isla en el centro y paredes blancas que daban la sensación de amplitud y frescor.

El baño era de tamaño medio, con un armarito esquinero y un plato de ducha. El aseo estaba junto a la entrada, en el pasillo que daba a los dormitorios. Le cedí a Jesús el grande en el acto porque yo, que había revisado las fotos hasta memorizarlas, me había enamorado del otro. Cama de matrimonio con cabezal de hierro forjado en blanco, en un diseño enrejado que me había vuelto loca, y un ventanal con unas vistas increíbles de Vallehermoso. De hecho, al asomarme veía... Madrid. La vida avanzando tres pisos más abajo. Había una entrada de metro divisible, un Starbucks, un minimercado y, ¡milagro cuasinavidéno!, una tienda de elementos fotográficos.

Yo no era muy de creer en las señales, pero cuando te dan de bruces en la cara, tienes que hacer caso.

—¿Seguro que no quieres que nos juguemos la habitación grande a piedra, papel o tijera o alguna otra cosa intrincada que se te ocurra?

—¿Noche de chupitos? El que quede en pie gana y se libra de limpiar el baño.

Apoyado en el quicio de mi habitación, Jesús sonrió. Negó con la cabeza de

forma inmediata.

—Teniendo en cuenta que me incorporo mañana al Gregorio Marañón y que tenemos la cocina vacía, siento votar no a lo de los chupitos.

—Pero no has dicho nada en cuanto a la flexibilidad para limpiar el baño...

—Nos apañaremos. —Entró y pegó la nariz a mi cristal. La habitación se hizo de repente más pequeña con su imponente presencia—. Pero no vas a escaquearte de tus tareas: Nina me ha aleccionado.

—Niego todos los cargos.

Suso se dio la vuelta, apoyado en el pequeño banquito que hacía de tope bajo el cristal. Ya me lo imaginaba lleno de cojines... o de los vaqueros que me diera pereza guardar. Cualquiera de las dos opciones me parecía un planazo.

La cama estaba pegada a la pared, y separada del ventanal por una mesita de noche baja y una delgada lámpara de pie. Contaba con un armario empotrado de tres puertas y un mueble alto con siete cajones, todo en tonos arena. Colgaría mi espejo y llenaría con detalles los rincones que me quedarán libres. No necesitaba más espacio. De hecho, cuantas menos superficies para llenar de ropa, mejor.

—Si a ti te parece bien...

—Más que bien. —Le sonreí—. Hasta tiene un enchufe junto a la cama. Cuando me den las mil trabajando con las fotos, no te molestaré atrincherada en el salón.

—Los espacios comunes te pertenecen tanto como a mí; trabaja donde estés más cómoda.

—No dirás lo mismo cuando quieras ver la Champions y yo poner alguna peli moñas para trabajar.

Suso se apartó de la ventana y caminó hacia mí, despacio. Se le había arrugado la camisa a causa del trajín del vuelo y la posterior reunión con los caseros. Le favorecía, no sé. No me hagáis mucho caso, pero con él me pasaban cosas raras, en muchos sentidos. A pesar de que era uno de esos tíos chulitos y un poco sobrados para algunos aspectos de su vida, la verdad es que en otros era bastante clásico. Chapado a la antigua incluso. Todo lo que conllevaba su trabajo y su modo de vivir era serio y recto. Tenía sus deslices... y sus momentos, claro —sobre todo en el tema de las faldas, que le gustaban más que a un tonto un lápiz—, pero, en general, bueno, pues eso: sin arrugas, bien peinado, organizado y meticuloso.

Vamos, que pegaba conmigo tanto como ponerle a la imagen de un Cristo dos pistolas.

—Tengo una cosa para ti —le dije, por poner mi cabeza en algo que no fuera lo cuantísimo le beneficiaría ir en camiseta y pantalones cortos—. Es una tontería, pero, no sé, empezamos esta historia de la convivencia y me pareció apropiado.

—¿«Historia de la convivencia»? Había una «historia» en las vías del tren y ahora también la hay aquí... Vamos a tener que empezar a ser más específicos en el uso de las palabras.

—En todo hay historias, Suso. La vida es una historia, y una tómbola de luz y de color. —Abrí el bolso y saqué un paquetito—. Es una parida, no te vengas arriba.

Con el ceño fruncido, rasgó el papel de flores y, luego, el de burbujas y sacó un llavero cabezón de Jon Snow. Me reí cuando le vi levantarlo, sujeto entre los dedos, para mirarlo de frente.

—¿Es una manera sutil de decirme que no sé nada?

Negué con la cabeza. Le di un par de golpecitos a la pared que separaba nuestros dormitorios.

—Es porque estarás más allá del Muro. —Me encogí de hombros. Joder, qué difícil se me hacía aquello—. Y para... Ya sabes... No creo que te haya dado las gracias apropiadamente por esto.

—El favor es mutuo, Cayetana. Me viene muy bien la ubicación de este piso para ir a trabajar, y buscar algo solo habría sido un engorro.

—Venga, Jesús... En serio, bájate del puto pedestal de la superioridad moral y acepta el agradecimiento. Mola que no te regodees por haberme «salvado», pero los dos sabemos que la peor parada era yo. Lo de «parada» es literal. Me has empujado adelante, y no tenías por qué hacerlo.

—No digas eso. Eres tú, eres... familia.

—Ya lo sé, lo sé, pero, eso, que gracias.

Me escoció un poco. Y me sentí muy estúpida por ello. A ver, yo sabía de sobra el lugar que ocupaba en el seno de los Carvajal; ¿por qué oírle decirlo en voz alta me había revuelto las tripas? ¿No era eso lo que estábamos buscando? ¿Una calma después de toda aquella sarta de momentos inquietantes del pasado?

La cocina en el cumpleaños de Nina. Mi visita al hospital, borracha; y todas las peticiones de uniones carnales que había protagonizado, abandonada a un deseo primigenio que por lo visto solo salía a la luz cuando era Jesús a quien tenía delante. Me había acostado con una cantidad respetable de hombres, pero no recordaba haber tenido que beber para darme el empuje de dejarles claro lo que

quería. Ni tampoco haber anhelado tanto que me tocaran como me había ocurrido con él. Le había pedido que me follara sin contarnos la historia de nuestra vida, pero Suso había levantado sus muros, firmes e inexpugnables, a través de todo lo que se podía ir a la mierda por un rato de abandono y placer.

Jon Snow he dicho, ¿no? Esa sí que es una referencia acertada.

—Me encanta. —Movi6 el llavero con una sonrisilla. Se le marcaron los hoyuelos—. ¿De qué es el tuyo? Porque asumo que lo tienes a juego.

—Tyrion. Porque bebo y sé cosas.

—¿Ah, sí? —Entró al trapo, con aquella mirada azul socarrona que me ponía tan tonta—. ¿Y qué conocimiento tiene en su poder el famoso enano de Roca Casterly?

—Pues, primero, se asombra de que conozcas tan bien la serie, y, segundo — con tiento, extendí el brazo hacia la puerta abierta de la habitación—, sé que estás loco por sacar las cosas de tu maleta de mano. ¿No sientes ansiedad por empezar a colocarlo todo?

—«Todo» implicaría la llegada del camión de mudanzas, y no es el caso. De todas maneras, ¿me estás echando?

—Voy a descalzarme, tirarme en mi nueva cama y quitarme el sujetador. ¿Quieres ayudarme?

Me encantó verlo azorado. E igual no me creéis, aunque deberíais, porque soy la que cuenta la historia y no miento, pero me pareció que se sonrojaba un poco. Vaya con Jesús el devorador de bragas... ¡Y yo que lo tenía por un tío de vuelta de todo!

—Bajaré al súper para traer elementos de primera necesidad mientras tú te... acomodas. Mándame tus peticiones por WhatsApp.

—Sí, señor organizado.

—En esta casa se hará lista de la compra, Cayetana.

—Voy a desnudarme en 3, 2...

Funcionó. Se dio la vuelta y salió al tiempo que cerraba la puerta detrás de él con un pequeño gesto.

—Ay, pero qué pringadillo eres a veces...

Aunque lo que necesitaba era un rato a solas, no mentí en mis propósitos. Lancé el sujetador sobre la cajonera, me quité las botas y cerré los ojos cuando mi cuerpo tocó de pleno el colchón. Estiré los brazos, acariciando la suavidad del nórdico, y hasta pataleé un poco. Mi situación no iba a mejorar de la noche a la mañana. Iba a costarme mucho trabajo y esfuerzo... y privaciones. Para empezar,

había desinstalado todas las aplicaciones de compras *online* de mi móvil porque no quería distracciones ni tentaciones de ninguna clase. Iba a tomármelo completamente en serio. De hecho, puse el despertador temprano para el día siguiente porque no quería vagar. Me impondría una jornada de trabajo estoica durante un par de meses. El paro me serviría como apoyo y luego, si la cosa no marchaba...

—Pero marchará —me dije, cortando en seco cualquier posibilidad de pensamiento negativo—. Porque voy a darlo todo. Ya estoy aquí, esto es lo que quiero hacer y estoy dispuesta a sacrificarme para conseguirlo.

Con el azote del entusiasmo, hasta abrí la maleta y saqué algunas cosas. Cuando llené un par de cajones y colgué las lucecitas del enrejado del cabecero, agarré el móvil. La sonrisa lobuna se me puso antes de buscar el chat de Jesús. Que, por cierto, algún día os contaré cómo me hice con su número, porque fue... Vamos, un *show*.

¿Sigue en pie lo de traer viandas al campamento base?

«Suso está escribiendo...».

Claro. ¿Qué necesitas?

Tampones, compresas y una copa menstrual grande.

Dudo mucho que puedas usar todos esos artículos a la vez.

Bandas de cera. Un cortauñas para los pies. Crema para callos.

Soy enfermero, Cayetana. No me asustan los artículos de higiene.

Mierda. No había caído en eso.

Cereales de desayuno. Y leche condensada.

Voy a pillar una cafetera; ¿preferencias?

Que no la anuncie Clooney. Tengo prejuicios contra él como actor.

OK. *¿De filtro o de cápsulas?*

La más barata.

«Susó está escribiendo... Suso está escribiendo...».

¡Ay, por Dios!

El desayuno es la comida más importante del día. El café barato no es bueno.

Mato a los electrodomésticos de uso complicado.

Te la dejaré preparada yo. Seguramente saldré al trabajo antes.

No sé exactamente cómo me sentí al leer aquello. Parecía práctico. Y lógico. Jesús tendría unos horarios más complejos, y dado que tomaría café antes de irse, no le supondría problema dejar hecha una taza más para que yo no destrozara la cafetera en mis intentos, pero, de alguna manera, creí que era bueno dejar fijados los límites. Como si cogernos familiaridades nos hiciera ponernos demasiado cómodos y luego las cosas se salieran de madre, llevándome a mí a ofrecer mamadas de récord o presentarme borracha en puestos de trabajo ajenos.

Había patinado demasiado con él, y todo lo que había sacado en claro de esas ocasiones era que siempre acababa arrepentida y llena de vergüenza, sin llevarme siquiera el placer previo de un revolcón a todas luces prohibido.

Seguro que consigo desayunar por mi cuenta.

He pedido leche y cereales.

No me cuesta nada. En serio.

No necesito que me cuides.

Solo es tener un gesto.

Pues tampoco necesito gestos.

Vale.

*Papel de baño para mí.
¿Tú con esparto vas bien?*

Lo dejé en visto, pero el mensaje quedó claro para ambas partes.

Jesús volvió de la compra una media hora después. Por lo visto, se había tomado su tiempo. Entró en silencio, cargando unas bolsas repletas que apoyó en nuestra fabulosa barra americana antes de empezar a vaciarlas metódicamente. Sí, el apartamento era una chulada, eso estaba fuera de toda discusión.

Salí de la habitación como un ratoncillo al olor del queso. La verdad es que estaba desfallecida, porque, al contrario que ellos, que habían tenido su aperitivo, yo no había comido nada desde el tren. La boca se me hizo agua al ver la hogaza de pan, la mantequilla y todos aquellos alimentos propios de dioses que estaban llenando nuestra nevera hasta el momento vacía. Me acerqué despacito, como evaluando las aguas con los dedos del pie antes de la zambullida.

—¿Ya está enfriando? —pregunté, refiriéndome a la nevera, y pasando los deditos peligrosamente cerca de la bolsa que contenía yogures de arándanos.

—La he dejado enchufada antes de salir.

Hice un mohín. Por lo visto, el señor cafetera pija había vuelto rancio. Bueno, pues problema suyo. Si no quería entenderme, peor para él, pero desde luego que yo no pensaba incurrir en más deudas cuando no solo no había pagado la que ya tenía, sino que encima el alquiler y demás facturas del piso iban a estar en mi cabeza, como una espada de Damocles, hasta que mis cosas echaran a andar. Dinero... Cochino y vil invento humano para encadenar a la sociedad. ¡Ojalá volvieran los tiempos del trueque!

Agarré el tiquet de comprar mientras él unía con diligencia las piezas de un pedazo de máquina en tonos negros brillantes que me dejó flipada. Hasta eché

un vistacito a la caja. La madre que lo parió. Perdón, señora de Carvajal.

—¿Hace chocolate y *capuccino*? ¿En serio?

—Y *frapuccino*. Tiene un depósito para hielo picado.

Se me hizo la boca agua, pero intenté controlarme. Cogí los cereales y los puse en un rincón del estante, después volé a la habitación y, cuando volví, lo hice con la cartera en la mano.

—Bueno, según mis cálculos, esta es mi parte. Es una suerte que todo haya que dividirlo por dos: es una de las pocas tablas de multiplicar que conozco.

Jesús miró el dinero que había puesto en la encimera como si fuera una boñiga de vaca.

—Guarda eso. Ya arreglaremos.

—Está arreglado. —Empujé los billetes hacia él, que cogía en ese momento un paquetito de filtros de café con aroma a vainilla que provocó rugidos en mi estómago—. Y antes de entrar en una discusión sin sentido, ya está. Mitad pagada. Pásame un yogur.

—La cafetera no debería entrar en el desglose. —Me dio lo que le pedía, junto con una cuchara que, la verdad, no estaba en mi conocimiento que hubiera venido con la casa—. Has dejado claro que no vas ni a tocarla, ¿no?

—No quiero saber nada de ella. —Miré el chisme con un poco de desprecio... que escondía una curiosidad enorme—. Pero los gastos para la casa van todos juntos, independientemente de que los use o no.

—¿Ah, sí? ¿Entonces también vas a pagar la mitad de mis profilácticos, Cayetana? ¿Aunque los use con otras?

—Como sigas siendo tan redicho, me parece que se te van a caducar, Susito.

Me volví a la cueva con mi yogur de arándanos, aunque me giré a tiempo de ver cómo Jesús cogía mi dinero y lo metía en una especie de tarro de galletas metálico que dejaba luego sobre la encimera. Tampoco sabía de la existencia de ese artículo. Iba a tener que ponerme al día con el menaje de la casa.

Cansada de tantas emociones, me quedé dormida vestida y con el ordenador reproduciendo Netflix un rato después. Cuando abrí los ojos, descansada y más contenta de lo que recordaba haberme sentido nunca estando mi sueño delimitado por el sonido del despertador, ni me acordaba de la pseudobronca. A juzgar por los olores a canela y café recién hecho, Jesús tampoco.

—Al final es más blandito que un sándwich de Nocilla.

Salí de la cama estirándome, y hasta empecé a componer en mi cabeza un discurso motivacional muy chulo que enviar a Suso por su primer día en el

Gregorio Marañón. Incluso me dio un poquito de pena no haberme levantado antes para desearle suerte antes de que se fuera, pero, conociéndolo, habría llegado a su reunión tres horas antes, solo por si acaso. Pasé por el baño y canturreé un poco de camino a la cocina; mi buen humor era exultante.

—«Allá donde se cruzan los caminos, donde el mar no se puede concebir... — Dios, ¡qué bien olía ese café!—, donde regresa siempre el fugitivo, pongamos que hablo de...».

Se me atragantó la última palabra porque... ¡vaya pedazo de cabrito!

La encimera de granito negro, impoluta, me revelaba la desoladora imagen de la preciosa cafetera negra que Jesús había comprado... como si acabaran de traerla de Ikea. Vamos, que estaba por partes. Completamente desmontada. Junto al cable —que estaba enrollado con pulcritud— había una nota manuscrita:

«Espero que no te importe, ya que estabas muy segura de no querer usarla ni necesitar que yo lo hiciera por ti. El café estaba delicioso; una pena que, ya que no vas a tocar nada, no puedas comprobarlo. Buenos días, cabezota».

—Serás... —Jodido piscis. Ya me lo había advertido Esperanza Gracia: iba a ser un mes muy malo para relacionarme con signos de agua. En cuanto a él...—. No sabes lo que te espera, chaval.

Me tomé unos cereales con yogur, rumiando como las vacas que pastan en los prados, y después, me fui al baño, revolví en todos los estantes y, por fin, encontré lo que buscaba. Se me había quedado buen cuerpo para una ducha larga, así que no escatimé ni en uso de materias primas ni en agua caliente. Después, traje con cuidado uno de los taburetes de la barra americana de la cocina, me subí con tiento y tiré del enchufe del termo eléctrico hasta que cedió.

—Hay que ahorrar electricidad. —Sonreí con petulancia.

Cuando mi parte quedó hecha, me vestí, agarré la Nikon y emprendí camino para volver a enamorarme de Madrid, amante esquiva durante más de un año. Deciros que la cosa fluyó se habría quedado ridículamente corto, porque la verdad es que no pude soltar las manos del disparador.

Sombras de parejas jóvenes que se abrazaban en las paradas de autobús, esquinas de edificios de más de cien años que colindaban con la arquitectura más moderna, carteles con menús del día que incluían frases ingeniosas, toldos de cafeterías recortando un cielo ligeramente grisáceo. Olor a humedad, llovizna

ligera, un chubasquero que ondeaba cubriendo el cuerpo de una chica sin rostro que corría a guarecerse dentro de una tienda de ropa de segunda mano...

Detalles, pinceladas, rincones... Sacar de la nada un todo que yo era capaz de ver. Encontrar el potencial a un paso de cebra con falta de un buen repintado sobre el que se empapaba el resguardo de una entrada de cine casi ilegible. Pura magia. Nostalgia. Historias que contar por el placer mismo de inventar un cuento sobre algo que la gente ni siquiera se para a observar.

Me picaron la nuca y los dedos. La sonrisa se me hizo perenne. Fotografíe hasta las punteras de mis Adidas salpicadas de agua, justo en el borde de la acera, antes de cruzar a casa cuando el ocaso me robó la luz diurna. Había perdido la noción del tiempo trabajando mientras saltaba de un lugar a otro, capturando momentos que, más que buscarlos yo, me encontraban a mí.

Subí al piso calada y muerta de hambre, pero muy satisfecha con el trabajo realizado. Piqué algo y me apresuré a sacar el ordenador al salón. No sé cuánto tiempo estuve trabajando en las fotos que acababa de vaciar de la tarjeta de memoria, pero el cielo estaba ya completamente negro cuando Jesús entró. Llevaba pantalones vaqueros muy claros, camisa blanca y una chupa de piel bajo el brazo. Si no hubiera comido ya, habría dicho que estaba para darle un buen bocado. Nada más recorrer el pasillo, echó un vistazo a la cocina, donde el percal estaba tal como lo había dejado.

—Ni lo has intentado, ¿eh?

—Ya te dije que no pensaba tocarla. —Ni ahondaría más en el tema, por no fastidiar mi parte de la... bienvenida—. ¿Qué tal el primer día? ¿Se han reído mucho de ti los otros enfermeros?

—Pues la verdad es que no. —Se acomodó en el brazo del sofá, mirándome—. La coordinadora de las becas es una mujer muy cercana y simpática. Se llama Rosa, y bueno, después del *tour* y demás, me llevó a comer. He pasado la tarde conociendo al resto del equipo. Seguro que podremos encajar bien y hacer una buena piña de trabajo.

—No me cabe duda. —Era muy bueno en lo suyo: lo que tenía no podíamos quitárselo—. Así que todo el día de arriba para abajo, ¿no? Irás necesitando una ducha.

—¿Me estás intentando decir que huelo mal?

Con disimulo, acercó la cara a su axila. Yo sonreí. Disimula, Caye..., no destapes la sorpresa todavía.

—Es lo mejor tras un día duro. Yo prefiero hacerlo por la mañana. —Giré el

ordenador hacia él—. También me ha cundido, por cierto. Mira.

Se inclinó hasta contemplar con mucho interés —mucho más del que yo había esperado— la escena que estaba en mi pantalla de Photoshop. Había cogido la imagen de la chica corriendo cubierta con el chubasquero y le había dado unos tonos ocres a todo el fondo, acrecentado su sombra, y borrado las imperfecciones. La prenda brillaba con gotitas de lluvia sobre un fondo borroso que dotaba a la imagen de una falsa sensación de movimiento que quedaba muy chula.

—¡Vaya! Parece... la portada de una peli de Tarantino. El color, la prisa...

—Lo sé. —Y sonreí mucho. Quentin, ya sabes: hablamos de números cuando quieras—. He subido a mi web catorce. Y creo que podré sacar unas pocas más antes de que el sueño me venza.

—Es estupendo, Cayetana. Parece que solo necesitabas... ¿Cómo lo describió Lucas? Una ciudad llena de gente, donde todo es caro y, según la zona, huele a pis. Bienvenida.

—Gracias. —Le vi levantarse. Me temblaron las manos de anticipación. Jo, jo..., ya llegaba.

—Te dejo seguir. Voy a por ese baño caliente que has metido en mi cabeza.

Asentí y le vi levantarse. Intenté hacer caso omiso a cómo, al estirarse, los músculos de la espalda se le marcaron de una forma deliciosa. No. Eso no. Caca. Niña mala. Céntrate, Cayetana. Estamos en campaña, y una buena generala no siente compasión ni atracción por el soldado enemigo.

Vi a Jesús entrar en su dormitorio y luego salir con unas piezas de ropa limpia en la mano. Cruzó el salón. Entró en el cuarto de baño. Consulté el reloj de la pantalla del ordenador hasta oír caer el agua y entonces...

—¡La madre que te parió!

Tardó unos dos minutos en ser capaz de salir. De hecho, creo que oí algún golpe, pero no pude estar segura. Yo ya me estaba descojonando viva antes de verlo aparecer, con el pelo cubierto por una especie de pasta pegajosa que no era más que harina mojada. Su cara iracunda me pareció adorable; que se presentara con la toalla en la cintura ya me cortó un poco el buen humor, porque... Dios, ¡qué bueno estaba el muy maldito!

—¿Agua helada, Cayetana? ¿En serio? —Se apartó harina de la cara con un manotazo—. ¿Harina en el bote de champú? ¿De verdad?

—De la buena. —Me tomé mi buen par de segundos para dar a guardar y luego cerré la tapa del portátil con máxima suavidad—. Se te había olvidado

comprar, por cierto. Ahora ya sabes que tenemos.

—Y la has dejado en el baño, claro. Dentro de mi puto bote de champú.

Me encogí de hombros. Mi manita inocente apuntó directa a la cocina.

—Ahí hay una nota que me dice específicamente que no toque nada. No quise desobedecerte, así que... el baño me pareció un buen sitio. —Le sonreí maliciosamente—. Bienvenido tú también, compañero.

—Esto... esto es... es...

—No te metas en peleas que no puedes ganar, Susito. Ese es mi consejo.

Me levanté para irme a mi habitación, donde esperaba otra maravillosa noche de dormir a pierna suelta. Él, sin embargo, me sujetó la muñeca antes de que pudiera alejarme. El calor de su carne en la mía casi me hizo gemir.

—No olvides correr en zigzag, Cayetana. —Sacudió la cabeza. Un mar de harina me hizo estornudar. El resto le resbaló por el pecho desnudo. Tragué fuerte—. Esto no se acaba aquí. Ni mucho menos.

—Vale, enfermero, vamos a ver de qué estás hecho.

No podía esperar al siguiente *round*.

13

VALLEHERMOSO DE LAS PUTADAS

CAYETANA

—Total, que ahora vivimos sumidos en una expectativa perpetua, siempre alerta..., esperando la siguiente putada. ¡Es una gozada!

Le di un sorbito al *capuccino*, con la sonrisa boba pintada en la cara. Nina y Lucas intercambiaron una miradita de circunstancias, pero parecieron decidir que era mejor no indagar en el tema. O, por lo menos, esa fue su intención inicial, porque tan pronto mi mejor amiga dejó su taza en el platito que tenía delante, cambió de idea.

—Pero vamos a ver, Caye...

—Ya sé lo que vas a decir —le interrumpí—. Y no tienes nada de qué preocuparte.

—¿Que no? ¿Me estás diciendo que mi hermano y tú estáis inmersos en una especie de batalla campal perpetua y no debo preocuparme?

Me encogí de hombros. A ver, dicho así sonaba muchísimo más dramático —y menos divertido— de lo que era en realidad.

—Digamos que... hemos encontrado nuestra forma de comunicarnos.

—Sanísima, está claro.

—Es lo único que se nos ha ocurrido. ¿Tú qué opinas, Lucas?

Lucas carraspeó. Se atusó un poco el pelo y al hacerlo la pulsera que llevaba en la muñeca tintineó. Me di cuenta de que había añadido otro *charm* al del copo de nieve que representaba a su hermana.

—Yo es que preferiría tres horas interminables hablando de los preparativos de la boda. —Se encogió de hombros—. Por si digo algo inconveniente.

—¿Te refieres a algo peor que hacer ver que organizar nuestra boda es una tortura? —Pero Nina no fue capaz de terminar la frase sin partirse de risa—. Qué razón tienes, Morrison.

—No nos perdamos en conversaciones de prematrimonio y sigamos en lo que

nos ocupa. Tú —Señalé al futuro marido—. Desembucha. No seas cobarde.

—Puede que lo diga que no te guste...

—Traduzco: lo que diga no va a gustarte ni de puta coña —dijo mi amiga.

Les sonreí, y le di pie a Lucas con un gesto de la barbilla. Paladeé el *capuccino* mientras ellos volvían a mirarse en esa especie de código morse que, por lo visto, adquirirían las parejas cuando estaban a nada de cruzar al pasillo.

—A mí me parece que estáis en preliminares —soltó el greñas. Y se quedó tan ancho el tío—. Lo que para otros son besos en el cuello y roces, para vosotros son las movidas caseras esas que os hacéis. Es un prelude sexual de manual.

—Se te va la olla —sentencié.

—Pues... yo estoy de acuerdo.

Miré a Nina como si me hubiera traicionado en lo más profundo, aunque todo era fingido, claro. Ella era una de ESAS personas. Estaba aforada en mi vida para hablar con libertad y dar todas las opiniones que quisiera.

—Pero, a ver, ¿vosotros habéis oído algo de lo que he dicho? —Me solté un botón de la parka. De repente, noviembre me estaba pareciendo un poco caluroso—. Ayer Jesús escondió todas las cucharas y tuve que merendarme el yogur con un tenedor. El día anterior, yo metí sal en su bote de Stevia y esta misma mañana me ha despertado una alerta en el móvil informando de que mi suscripción a *Caza y pesca* había sido aprobada. —Alcé las manos al cielo.

—¿Y qué va a ser lo próximo? ¿Enviar a la tuna al Gregorio Marañón?

Negué con la cabeza con firmeza. Una cosa era tocar las narices de puertas para adentro, mantenernos alerta ante cualquier frasco sospechoso que hubiera en el baño o tirar con extremo cuidado de los cajones de la cocina, pero meter las manos en el trabajo del otro... era distinto. No íbamos a cruzar ese umbral.

—He pensado despertarlo mañana dedicándole un par de canciones de Justin Bieber. —Sonreí, socarrona—. Eso igualaría las tornas a lo de la peli porno.

—¿Os habéis grabado haciéndolo? —apostilló Nina, que, por lo visto, hacía caso omiso a mis explicaciones.

—No, Jesús la sacó del videoclub a mi nombre por un plazo de veinticuatro horas. No paran de llamarme para que devuelva *Eduardo Manospenes* bajo pena de multa.

—Joder, ¿se puede ser más antiguo? ¿Es que no había más títulos?

Me limpié una gota de café de la comisura de los labios con la punta de la lengua y luego aparté con cuidado la tacita. Miré a Lucas con sorna.

—No captas la esencia de la broma. Eduardo Manostijeras es una de mis pelis

favoritas. Los padres de Jesús y Nina me la regalaron una Navidad, cuando tenía yo... ¿ocho años? ¿Diez? No me acuerdo, da igual. El caso es que no la ha escogido por casualidad.

—Sigo diciendo que estáis pisando terreno pantanoso, Caye. Deberíais tener cuidado.

—Está todo controlado —insistí.

—Ya, porque ese tipo de frases siempre han tranquilizado mucho. —Mi amiga se cruzó de brazos—. Me cuesta imaginar a mi hermano metido en una historia tan infantil.

—No es tan rancio como parece. No siempre, por lo menos. Siempre hemos estado abiertos al pique y a la pulla, de verdad que no sé por qué os sorprende tanto. —Me vibró el móvil en el bolso y revolví el contenido con la mano para poder encontrarlo—. Solo hemos pasado de... verbalizar la puñeta que nos hacíamos a... hacerlo de forma literal.

Lucas tosió, pero fue algo que sonó a «preliminares»; pretendí mirarlo con el ceño fruncido, porque no sabía de lo que estaba hablando, ninguno de los dos lo sabía, por mucho que Nina estuviera al corriente de lo ocurrido en el pasado entre Jesús y yo.

—Ve con ojo, amiga. Solo te digo eso —insistió la pelirroja, que me miraba como si fuera a hacerme pedacitos de un momento a otro.

—Que sí, pesada. —¿Dónde narices estaba mi teléfono?—. Estamos... pavimentando una especie de camino hacia la amistad. O algo así.

Volvieron a mirarse como si solo ellos estuvieran en disposición de la verdad universal, pero como encontré el móvil, pasé de reprenderles. Había varias notificaciones en la pantalla y sentí un vuelco en la boca del estómago al ver que se trataba de Jesús. Al meter el patrón de desbloqueo, me temblaron los dedos de pura anticipación. ¿Qué habría hecho ahora?

Ya ha llegado el servicio de mudanzas.

No han perdido ninguna caja.

Fruncí un poco el ceño. Pues vaya decepción. Tecleé un «ok» simplón y volví a bloquear el teléfono, o esa fue la intención que tuve antes de ver que él se ponía a escribir de inmediato. Me quedé mirando el chat, esperando. Ante mí apareció una imagen que tuve que descargar, para revelárseme una sucesión de cajas vacías

y desmontadas preparadas para reciclar. Las reconocí como aquellas que yo había llenado, desganaada y sin miramientos, al dejar el piso de Barcelona. Tras la imagen, unas frases:

*He ordenado por mi cuenta todas tus cosas.
De nada.*

—¡Cabronazo!

Me puse en pie de un salto. Moví la mesa, volqué mi taza —que por suerte estaba vacía— y le di una patada a Lucas. Nina puso en mí sus ojos, abiertos como platos soperos. Les giré el teléfono para que vieran aquel despropósito, pero, por supuesto, esta vez tampoco captaron los matices.

—¿Te ha colocado las mierdas de la mudanza? —Morrison se rascó la coronilla—. ¿Y eso es una putada porque...?

Nina hizo un mohín. Sus labios estaban muy apretados.

—Jesús tiene una forma muy peculiar de organizar las cosas —dijo.

—Una forma imposiblemente insufrible —aclaré yo, porque aquello me parecía demasiado ambiguo—. ¡Ha cogido todas mis cosas y las ha ordenado según su criterio! ¡Y tiene el criterio de una persona con TOC! ¡No voy a encontrar nada!

Agarré el bolso y me lo colgué del hombro con malos modos; ya iba a salir disparada para Vallehermoso cuando me acordé de que estaba sentada en una cafetería con gente que me era querida, así que reculé, saqué un billete de cinco euros de un bolsillo, se lo entregué a Lucas y luego rodeé a Nina por el cuello y le estampé dos besos en cada mejilla.

—¿Adónde vas, Cayetana?

—A vengarme. Algo se me ocurrirá por el camino. Te quiero. —Señalé a Lucas—. Y tú me caes de lujo. ¡Adiós, tórtolos!

Me pasé todo el camino rumiando. Buscando el siguiente paso. El más difícil todavía, como si Jesús y yo compartiéramos carpa y él acabara de marcarse un mortal con caída libre en una piscina diminuta sin salpicar una sola gota de agua fuera. Qué cabrito... Y qué astuto. Iba a tardar el doble en deshacer su orden de lo que me hubiera llevado poner mis cosas por ahí según mi criterio. ¡Con lo fácil que era amontonar e ir moviendo dicho montón! Pues nada, el señorito me habría hasta doblado los sujetadores por colores.

El pensamiento provocó que me abriera otro botón de la parka. ¿Habría llegado Jesús a tocar mi ropa interior? Y, de ser así, ¿se habría mantenido estoico en su maldad o las manos, y la vista, le habrían jugado alguna mala pasada? Tenía un par de conjuntos muy dignos de ver, aunque no eran esas las circunstancias en que me habría gustado enseñárselos, la verdad.

—Focaliza, Cayetana. La *vendetta* espera, no hay tiempo para flaquear.

Entré en el piso, que, tal como esperaba, estaba vacío. Si mal no recordaba, el turno de Jesús para ese día era hasta las ocho y media, así que contaba con unas cuantas horas para armar mi lío con calma. Para empezar, decidí poner una lavadora, aprovechando que el camión había traído la ropa sucia envasada al vacío. Rompí el paquete y separé algunas prendas, y como soy un espíritu noble y generoso, cogí algunas de las camisas y camisetas blancas de Jesús y decidí que podrían servirme para llenar el tambor. Las metí junto con mis nuevos pantalones de algodón fucsias. Y con un suéter amarillo sin usar que en su momento me había parecido una buena compra pero que luego... mñe.

Imaginar la mezcla que saldría de ahí me hizo reír.

—Lo siento, pantalones. Hasta la vista, suéter. Seréis una carne de cañón muy digna. —Me tomé el trabajo de recopilar todos los calcetines claros de Jesús que pude encontrar, y cuando la lavadora estuvo cargada, puse el programa en marcha—. Bien, una cosa menos. Vamos a la siguiente.

Podríais pensar que aproveché el rato en organizar mi propio desastre, y lo pensé, que conste, pero fue acercarme a mi dormitorio y ver todo tan... tan... absolutamente organizado, que no pude ni traspasar la puerta. ¡Hasta mis manuales de fotografía estaban por tamaños, por Thor! ¿Qué clase de mente enferma se toma ese trabajo?

Así que lo dejé todo como estaba y, cúter en mano, atacué la parte de la mudanza que pertenecía a Suso. Abrí caja por caja, saqué el contenido —doblado meticulosamente— y, una vez todas estuvieron vacías, me tomé el tremendo esfuerzo de leer las etiquetas de contenido de cada caja y volver a guardarlo todo... en el lugar incorrecto.

Había ropa de invierno en la caja marcada como «Documentos», zapatos en la de «Ropa de cama» y artículos de primera necesidad en «Miscelánea. Guardar». Terminé empapada en sudor, pero muy satisfecha.

—Tú has ordenado todas mis cosas, pues yo he desordenado las tuyas. Ojo por ojo y caja por caja.

Iba a premiarme con un buen tazón de cereales con fruta picada y leche fría

que tendría que comerme con un tenedor —el muy maldito no había querido revelar la ubicación de las cucharas, pero ya daría con ellas, el piso no era tan grande— cuando mi teléfono empezó a sonar. Confusa, porque casi todo el mundo solía contactar conmigo a través de mensajes, lo cogí y miré el número de la pantalla con curiosidad. El caso es que me sonaba, pero, claro, después de cambiar el terminal, ya sabéis que pasa; recuperas aquellos contactos que antes contactan contigo, valga la redundancia.

—¿Hola? Soy Cayetana Hernández, ¿quién llama?

Ni en un millón de años habría adivinado quién me iba a responder.

—Señorita Cayetana, buenas tardes nos dé Dios. Soy Antonio Mendoza, ¿se va acordando usted? Mi mujer, Regencia, y yo contratamos su trabajo fotográfico para la boda de nuestra hija.

—¡María Paloma! —Dejé la caja de cereales a un lado y di un golpe en la encimera. ¡Que si me acordaba! No he visto tanta pasta junta, ni una boda tan fastuosa en mi vida—. Le aseguro que no me olvidaré de ustedes en la vida, señor Mendoza, ¿qué tal va todo? ¿Qué se cuenta?

—Pues le cuento, señorita, que la llamo para hacerle otro encargo de los suyos. —Hizo una pausa. Oí voces de fondo—. Mi señora dice que sin escatimar, ¡como si hubiera que aclararlo! Para nuestra princesa, lo que haga falta.

No os voy a engañar. Creo que los ojos se me deformaron hasta convertirse en símbolos de euros.

—¿Otra sesión para María Paloma? ¡No me diga que se ha divorciado! —Yo le auguraba poca duración a ese matrimonio, y recordaba haber hablado de ello con Nina, pero había sido con sorna, sin esperar realmente que los jóvenes contrayentes se separaran—. No me dé usted un disgusto, Antonio.

—¡Nada más lejos, señorita! Resulta ser el caso que mi Regencia y yo vamos a ser abuelos, y, claro, queremos que el momento de María Paloma se quede registrado para la vida eterna, me figuro que lo comprende.

—Perfectamente. —Crucé los dedos antes de preguntar—. Pero no estamos hablando de fotografiar el parto, ¿verdad?

Antonio Mendoza se echó a reír, pero me dijo que no. ¡Menos mal! Entonces, Regencia le quitó el teléfono y pasó a la ofensiva, probablemente molesta de tener que quedarse en la sombra, dictando instrucciones que su marido luego me hacía llegar a su manera. Esperaban de mí que captara lo que viene siendo una *baby shower* pero rollo gitano. Habría oro blanco, plata y un montón de sonajeros de Tiffany ridículamente caros. Las amigas de María Paloma querían obsequiarla

con una fiesta tremebunda donde, entre otras extravagancias, contarían con una cigüeña gigante hecha de chocolate y rellena de *cookies* en forma de patuco.

—Serán unas tres o cuatro horas, contando con la apertura de regalos y la merienda. ¿Puede pasarnos un presupuesto? —Se oyó de fondo a Antonio—. ¡Ya lo sé, ahora iba a decírselo! Mi marido quiere que sepa que María Paloma no quiere otra fotografía, así que tendremos que llegar a un acuerdo.

La cabeza me dio como doscientas vueltas. Se me vinieron a la mente un montón de preguntas, sugerencias y cifras, amén de la alegría inconmensurable que me provocaba tener un encargo de tal magnitud, habida cuenta de mi mala situación. Y encima, para personas a las que ya conocía y con las que había sido un gustazo trabajar.

—Regencia, no se preocupe, que yo soy la más interesada en hacer el trabajo. Me encanta María Paloma, me encantan ustedes, y yo a la cigüeña de chocolate tengo que darle un bocado. Mañana mismo les paso un presupuesto desglosado.

—¡Ay, pero qué alegría! La niña no se lo va a creer. —La mujer transmitió el mensaje. Oí la palmada recia de Antonio Mendoza, probablemente contra una mesa, o una pared de granito. Se ve que lo de celebrar las cosas a lo percusionista no se le había pasado al buen hombre—. La fiesta será en dos semanas, ¿le dará tiempo a organizar todo?

—Sin problema. ¿Necesitaré ayudante esta vez?

—Sería lo más conveniente, sí... ¿La chica pelirroja sigue disponible? Mi sobrino nieto Aurelio se quedó prendado de ella cuando bailaron, y está loco por verla. Mire que si de un festejo de nacimiento sale otra boda...

Sonreí. Ay, Nina... Rompiendo corazones *everywhere*.

—Es una historia larga, doña Regencia, pero mi amiga está a punto de salir del mercado. Se casa, sí, pero con un melenas. Ya le contaré.

Me planteé hablarle de Elena. Mira que si se liaba con el bailarín y mandaba a tomar por culo al amago de actor..., ¡luego se casarían y yo haría las fotos! Ay, soñar... Qué cosa más bonita. Regencia me trajo de vuelta a la cruda realidad.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! Ya seguiremos buscando. Entonces, mañana esperamos sus números. ¡Cuánto me alegro de haberla localizado, Cayetana! Cualquier cosa que necesite no dude en pedírmela.

Antonio Mendoza gritó desde la lejanía que me mandarían un coche, y con la sonrisa pintada, me despedí para colgar. ¡Trabajo, por fin! Y con la llamada y la tontería, la hora de llegada de Jesús estaba casi encima y la lavadora, por terminar. Qué gustazo cuando las cosas confluían para que todo fuera bien.

Me comí los cereales, con bien de plátano picado y un par de fresas, y abrí el ordenador. Con el ánimo en la estratosfera gracias a los Mendoza y el estado de buena esperanza de María Paloma, trabajé en un par de fotos que subí a mi web. Después, abrí mi página de Facebook, que llevaba muerta ni se sabía, y puse el enlace, amén de un texto más o menos atractivo y algunas instantáneas montadas. Metí *hashtags* y etiqueté a algunas editoriales que conocía, autores locales, miembros de bandas de grupos de rock que iban de más o menos buenos a totalmente casposos y los invité a todos a renovar su imagen contactando con mis servicios. Adjunté mi tarjeta de visita —previo lavado de cara, porque el diseño no podía estar más anticuado— y di a enviar. Me quedé mirando el post, mientras me bebía los restos de leche a sorbitos, esperando que la buena racha se mantuviera por el camino correcto.

Sabía que vivir de la fotografía 24/7 no iba a ser fácil. De hecho, pensaba ponerme, ese mismo fin de semana, a actualizar mis páginas de búsqueda activa de empleo y bajar el rasero a lo que fuera. En Barcelona me había puesto exquisita y solo había aceptado algo relacionado con las fotos, y la cosa no había podido ir peor.

—Podré ser camarera o secretaria, pero lo seré en la única ciudad que me apetece fotografiar cuando cumpla con mi horario, así que todo estará bien.

La *baby shower* de los Mendoza me daría un respirito, pero no me dormiría en los laureles, porque, para poder seguir en auge, tenía que ser innovadora, creativa y estar a la última. El equipo se renovaba cada pocos años, y eso suponía una inversión de capital que un empleo con salario fijo podría proporcionarme.

Jesús llegó cuando ya estaba acomodada en el sofá, con uno de los documentales *true crime* de Netflix puesto de fondo y la mantita por la barbilla. Dejó las llaves, echó un vistazo alrededor y siguió adentrándose en el salón, con el ceño fruncido. Yo comedí una sonrisa, porque sabía que no encontraría nada hasta que entrara a su habitación y decidiera ocuparse de sus cajas... o hasta que tendiera la colada que esperaba dentro del tambor de la lavadora y que yo, premeditadamente, había reservado para su llegada.

—¿Qué tal el día, Susito? Te contaré el mío. —Saqué un pie fuera de la manta. Llevaba unos calcetines maravillosos de *Sailor Moon*—. He tenido mucho tiempo para merendar y trabajar en las fotos porque alguien tuvo el detallazo de organizarme el equipaje. No sabes cuánto te lo agradezco, en serio. No lo sabes.

—Algo me dice que lo voy a averiguar pronto. —Sonrió. Se le marcaron unos hoyuelos deliciosos bajo sus también deliciosos ojos azules—. A ver si adivino:

¿tinte azul en mi bote de champú?

—No es mala idea, me lo apunto. —Me estiré, perezosa como un gato—. Te toca tender la colada. Ahí empieza mi venganza.

—Supongo que continúa obligándome a ver esos calcetines horribles.

Estiré el dedo corazón en su dirección y fingí pintarme los labios con él.

—Naoko Takeuchi te maldice por ese comentario.

—Pues me parece muy bien. —Se agarró los bajos de la camiseta y tiró hacia arriba, liberando el vientre plano, los abdominales, que, sin estar excesivamente marcados, se dejaban ver, y unos pectorales firmes. Suspiré para mis adentros. Bienaventurados los hombres de pelo en pecho, porque ellos heredarán... lo que les dé la gana—. ¿Blanca?

—Hombre... Identificar a una persona por la raza a la que pertenece no me parece adecuado dados los tiempos que corren, Jesús, aunque entiendo que mi pinta pueda llevar a confusión.

Me señalé los ojos rasgados. Él puso los suyos en blanco. Me flipaba sacarlo de quicio. Y también entretenerlo para seguir viendo ese pecho desnudo que, mira, estaba para hacerle un mural que cubriera el techo de mi habitación. A todo color.

—Digo la ropa de la lavadora, Cayetana. Que si has hecho el lavado de ropa blanca o de color.

—Ah, sí. Blanca. Blanquísima. Como las nubes sobre las que saltaba Heidi.

—Ya...

Eché a andar hasta la cocina. Me quedé a la espera. Hasta le quité el sonido al documental. Algo me pareció oír por lo bajo, hasta que volvió a aparecer, con el cesto de mimbre ese tan coqueto que yo había pillado en Ikea y era usado para transportar las prendas en su camino al tendedero. Cuando lo vi, tenía la mandíbula tan tensa que se habría podido rallar un queso en ella. Me lanzó una camiseta empapada que impactó directamente contra mi estómago.

—¡Oye! ¡Está frío!

Tiró otra. Esta vez, una camisa Emidio Tucci que ahora parecía recién salida de una orgía con todos los colores del arcoíris. Casi me dio pena.

—Te has pasado —sentenció—. Tú... has cruzado los límites, Cayetana.

—¿Yo los he cruzado? —Me envaré, poniéndome de pie sobre mis poderosos calcetines—. Fuiste tú quien hurgó en mis cosas primero.

—¡Coloqué tus cosas! ¡Te libré de una tarea tediosa que los dos sabíamos que ibas a dejar aparcada durante meses!

—¿Y cuál es el problema? Ya decidiré yo cuándo ocuparme de mis pertenencias, no es cosa tuya.

—Lo es, porque vivimos en una caja de zapatos y no podemos permitirnos hacerlo rodeados de cajas.

—¿Y por eso has organizado todo como si tuvieras un síndrome de Diógenes a la inversa?

Soltó el cesto. Se puso las manos en la cintura. Me dieron ganas de treparle encima como un mono, lo juro. A ver, sé que estábamos discutiendo, pero no llevaba camisa, joder, ¡y venía de currar sanando a niños!

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo que no lo tiene es que siendo el rey de las tablas organizadas te metieras con mis cajas antes que con las tuyas. —Me crucé de brazos—. Admítelo, te morías de ganas de meter mano a mis cosas y no pudiste resistir la tentación.

Jesús subió una ceja.

—¿Eso es lo que piensas?

—Dímelo tú. —Envalentonada, di un pasito al frente—. ¿Disfrutaste mucho doblándome las braguitas?

—¿Es lo primero que has comprobado? ¿Si toqué o no tu ropa interior?

—Estoy convencida. —No había entrado a la habitación, ni había abierto los cajones, pero siempre se me había dado bien farolear—. Seguro que ahora te preguntarás, cada día al verme, cuáles llevo puestas. Y conocerás su tacto porque ya las has tocado.

—Mucho estás dejando volar tu imaginación.

Sonreí. Él también.

—Pero, claro, cómo se sentirán en tus dedos al separarlas de mi piel es algo que solo podrás imaginar.

—Así que por eso has jodido mis camisas. Porque yo toqué tus bragas. Desproporcionado, ¿no te parece?

Me acerqué otro paso, y él hizo lo propio.

—Joder. Tocar bragas... ¿Me has tirado eso encima porque dejarme húmeda venía a colación con tu interesante elección de palabras?

El intercambio murió ahí. En el acto, porque Jesús extendió su enorme manaza y sujetó con ella la parte posterior de mi cabeza en el momento exacto en que yo acercaba el cuerpo y lo entregaba. Subí la pierna a su cadera y él me apuntaló con su brazo libre, pegándome a ese enorme torso cálido y cubierto de un vello que sentí suave aun a través de la tela del pijama. Abrí la boca al instante.

Invitándolo. Sumisa y dominante a la vez. Nuestras lenguas se encontraron y se saludaron como viejas amigas, añorantes la una de la otra tras mucho tiempo echándose de menos.

El salón se llenó de los sonidos de la saliva y los labios saliéndose al encuentro una y otra vez. Jesús me movió hasta que mis brazos rodearon su cuello y noté, clara como el día, su erección golpeándome el hueso de la cadera. Sus dedos se enredaron en mi melena y me tiraron de la cabeza hasta curvámela en un ángulo que permitió que la invasión a mi boca fuera todavía más profunda. Moví la cara a un lado y luego a otro, buscando, encontrando, anhelando..., porque ninguna cercanía era suficiente. Aquel hombre me intoxicaba. Me ponía perra. Débil. Fuerte. Cachonda. Electrizada y... llena de temor.

Dejé de abrazarlo y las palmas de mis manos recayeron sobre la parte superior de sus pectorales. Empecé a empujar. Lo aparté con toda la fuerza que pude, y, cuando lo conseguí, seguí forcejeando hasta que mis piernas tocaron suelo. No necesitaba verme en un espejo para saber la imagen de mí que devolvería el cristal; labios hinchados, ojos brillantes, muy abiertos, rostro desencajado.

Me pasé el dorso de la mano por la boca, como si así pudiera eliminar los restos de otro resbalón que añadir a mi creciente lista. Confundido, Jesús intentó acercarse a mí, pero lo paré en seco interponiendo distancia entre nosotros. Me miró interrogante. Dolido, incluso, pero a mí en ese momento solo me importaba mi propio dolor. El vivido en la cocina de los Carvajal, un año atrás. Y, después, en los *boxes* de urgencias del hospital Virgen del Rocío. No quería añadir otro escenario a mi vergüenza. Ya había tenido suficiente.

—No podemos hacer esto —dije con una voz que no parecía pertenecerme—. Otra vez no. Nunca más. No... no voy a volver a pasarlo y a disculparme de nuevo por lo mismo.

—Caye...

—No, Jesús. No. —Reuní entereza para recoger la manta. Me abracé a ella como si fuera un asidero en medio del mar—. No volverá a pasar.

Bajé el mentón y me perdí por el pasillo. Cerré la puerta de la habitación a mi espalda. Había jugado con fuego. Ahora me tocaba esconderme en las ascuas.

14

LA CHICA DE LA HABITACIÓN DE AL LADO

SUSO

No reaccioné bien a la huida de Cayetana.

No monté en cólera, ni pataleé ni levanté la voz; de hecho, me quedé callado, estático donde ella me había dejado, con la libido tan alta que se me calentaba la sangre en las venas y mi sistema nervioso daba la orden de abortar misión. Porque no habría más endorfinas, besos ni caricias por esa noche.

Reaccioné mal porque, al irme a mi habitación y cerrar la puerta, cuando me dejé caer a los pies de la cama y me tiré del pelo con las manos, sabía que ella, caos y tormenta, había sido la encargada de poner cordura a algo que se nos estaba escapando peligrosamente de las manos. A mí, que me había prometido que no habría nada que temer en aquel experimento porque las líneas de prohibido estaban pintadas en colores fluorescentes. El ego masculino es un pésimo consejero, pero el resquemor inicial por el rechazo enseguida quedó en segundo plano. Ahora, el enfado era conmigo mismo. Por haber vuelto a cagarla por enésima vez, por haber puesto a Caye en la penosa situación de tener que dar un paso atrás... y porque si ella no lo hubiera hecho, tal vez yo ya no habría sido capaz de recular.

Lo que ella no sabía, tras sentenciar que no podía volver a pasar por un «no» dictado de mi parte, era que no me quedaban fuerzas para seguir siendo estoico en mis convicciones, porque había dejado de creer en ellas en el transcurso de aquellos días de convivencia. Si Cayetana no hubiera dado un paso atrás, nos habríamos hecho una maraña de brazos y piernas aferrados, de sudor, saliva y fluidos compartidos..., ¿y después qué? No había dos personas más opuestas en el universo. No había dos seres con menos posibilidades de echar a andar algo que nosotros.

Y, sin embargo, la voluntad me había abandonado, como el desodorante después de una jornada maratoniana de doce horas.

Convivir con ella había matado todas mis esperanzas de superación. Me había acostumbrado a Cayetana como algo mío. Aquellas bromas pesadas que habíamos empezado a compartir, el tocarle al otro las narices, más que mantener un perfil bajo de peligro hacia otras cuestiones, me había enganchado. Yo, que me vanagloriaba de ser de los que no pierden el tiempo con más de tres citas si estas no llevan a un sexo satisfactorio, me veía abriendo los ojos a un nuevo día con el estómago encogido de emoción, como un crío en la mañana de Navidad, esperando su próximo movimiento. Anhelándolo como el aire que me llenaba los pulmones.

Caye les dedicaba mucho tiempo a sus planes, y durante toda la maquinación era yo, y solo yo, el objeto de sus pensamientos, y aquello había empezado a tener para mí un valor mucho más incalculable que la penetración y el orgasmo, porque eso podía conseguirlo con cualquiera, pero la intimidad real, lo que ocurría tras las puertas de nuestra caja de zapatos en Vallehermoso, donde no cabía nadie más, era solo nuestra.

Durante aquellos días había vivido tranquilo pensando que con eso tendría suficiente, sin importar lo que durase. Una parte de la atención de Cayetana ya era mía, y gozándola no rompía ningún juramento inquebrantable, ni ponía en entredicho mis convicciones. Hasta que entré al trapo de aquel intercambio léxico y volví a tenerla en mis brazos. Y mi lengua se llenó de su sabor, mis manos de su tacto y mi cabeza de imágenes de ella conmigo para siempre.

Por supuesto, resistí la tentación. El cansancio que había visto en los ojos de Cayetana al retirarse así me lo indicó. Tras aquel cumpleaños de Nina y aquella visita a la sala de urgencias, entendía bien que no se sintiera inclinada a hacer más intentos. Y que hubiera sido ella la que llegara a esa conclusión me arañó el orgullo, porque se suponía que era yo quien había tomado esa resolución. ¿Dónde estaba mi voluntad? ¿Dónde mis convencionalismos morales? Ah, sí. Muriendo ante la puerta de la habitación de al lado, donde permanecía la chica que me había obsesionado durante años.

—Es lo mejor, Jesús, tienes que aceptarlo.

Me puse en pie, aunque no sé de dónde saqué el estímulo. Empecé a abrir cajas. Igual como método de distracción no servía para mucho, pero la mudanza había que hacerla. No obstante, y aunque empecé con la mente en otras cuestiones, pronto hube de ponerla en la tarea, porque algo no andaba bien. Leí las tarjetas y miré con ojo crítico el contenido de cada paquete, y, al final, asumí lo evidente: o bien el servicio de mudanzas se había puesto creativo, cosa que me extrañaba, o

Cayetana había dado el do de pecho aquella tarde.

—Pues sí que te ha cundido el día, cabezota.

A mi pesar, sonreí, mientras sacaba un montón de calzoncillos y cinturones — anclados entre sí— de la caja señalada como «Artículos de aseo»; aquello demandaba una respuesta por mi parte, y algo se me ocurriría, cuando fuera capaz de dejar organizado el tremendo destrozo que había hecho Cayetana con mis pertenencias. Sin saberlo, me había dado motivos para permanecer levantado hasta tarde, cosa que le agradecí cuando, exhausto, puse la cabeza en la almohada.

Me quedé mirando al techo, absorto en pensamientos que no quería tener. Me pregunté qué habría pasado de seguir adelante con aquello que habíamos empezado en el salón. ¿Estaría yo entonces mirando el techo del otro dormitorio, con Caye enroscada a mi lado, saciada y satisfecha después de un buen sexo agotador?

—¿Por qué no me has dejado descubrirlo? ¿Por qué, joder?

Y así, vuelta a empezar. A dormirme enfadado por unas ganas que no me iban a abandonar nunca, por sentir en mis carnes el rechazo que antes yo había provocado en ella. Enfadado por lo que no había hecho, por lo que había estado a punto de hacer; porque me hubiera parado ella y por no haber parado a tiempo yo. Una mezcla de emociones que ya no me dejaban saber si la resistencia era lo correcto, o si ese cántaro, de tanto ir a la fuente, demandaba que lo rompiera de una puñetera vez. Todo eso me privó de descanso y cuando salí de la cama, con el cielo de Madrid todavía plomizo, las ojeras fueron lo primero en darme los buenos días.

Con pereza, monté la cafetera y preparé el filtro. Esa mañana no había ganas de bromas, e intuía que Cayetana tampoco se sentiría muy inclinada a entrar al trapo, así que la dejé preparada, por si acaso quisiera salirse de su ritual de yogur con cereales y entregarse a la cafeína, como no lo había hecho conmigo la noche anterior.

—Coño, Jesús, ya vale, hostias.

Durante la ducha, pasé por distintos estados de clarividencia. Y también me lie más la cabeza sin ninguna necesidad. Empecé a distorsionar la realidad de tanto como estaba intentando estudiarla, y al final no recordaba si Cayetana se había apartado de mí con esfuerzo o con suprema facilidad; si me había dejado a medias por gusto o porque no creía que aquello estuviera bien. Me planteé que quizá la atracción que yo sentía no era bien correspondida, y hasta me permití el cinismo de caer en la cuenta de que ella solía optar por un tipo de hombres un

poco más... básicos e inapropiados que yo.

Luego, resbalé con mi propia estupidez, y con el agua que había salpicado el suelo tras ducharme, y aterricé de golpe con la realidad: no importaba cuáles hubieran sido las razones de Caye para parar, había que respetarlas. Por mi parte, había sido el último intento, y esta vez pensaba actuar en consecuencia.

—A otra cosa, Jesús. Pero esta vez poniéndole empeño.

Llegué al Gregorio Marañón un poco justo, y me recriminé por ello. Fui al vestuario a cambiarme, cogí la plantilla de ese día y dediqué la mañana a dar mi mejor cara y lo más apto de mi funcionalidad como enfermero a todos los niños ingresados en el ala de pediatría. Como había venido de Sevilla con buenas referencias, pese a estar de prácticas me estaban dejando participar en algunos casos muy interesantes, y en ellos volqué todos mis pensamientos e inquietudes. Puse los cinco sentidos conocidos y otros que solo se me despertaban en el trabajo, flirteé con inocencia con algunas compañeras y contesté a las sonrisas de las madres con gestos similares que, en algunos casos, hicieron que cogieran los ascensores entre risitas y cuchicheos.

La única faceta de mi vida no regida por un código inalterable había sido la sexual. Yo siempre había tenido muy claro lo que quería y cómo tenía que conseguirlo, y había pasado ratos muy gratos con mujeres maravillosas que se habían quedado en un sano intercambio de tiempo y placer que ambos disfrutamos y, luego, olvidamos. Hasta Amanda, con la que repetir había demostrado ser un error manifiesto.

Las madres de pacientes estaban, por lo general, vetadas. Amanda me había cogido en un momento de ánimos bajos, y yo había cedido a unos encantos más que evidentes. La rememoré un segundo, mientras me tocaba el descanso para comer y hacía cola en la cafetería del hospital: menuda, de pelo oscuro muy liso, cara redondeada y unos ojos que se entrecerraban al sonreír. Imagino que ya habéis averiguado la libre asociación de mis pensamientos. No me siento orgulloso. Lo que hice, por muchas razones que puedo enumerar, estuvo mal; la primera de ellas, usarla como sustitutivo de la verdadera mujer a la que deseaba; la segunda, que fuera la madre de un paciente, y la tercera, que ella, evidentemente, quería algo más de mí.

No podía permitirme volver a caer en esa equivocación. Justo cuando estaba pensando que quizá buscar compañía íntima en el entorno del trabajo debía ser el primero de una gran lista de cambios, Rosa, la coordinadora de la beca pediátrica, me saludó desde el otro lado de la cafetería. Yo, que estaba sentado a

la mesa, montando una suerte de ensalada dentro de un burrito de maíz, saludé con un gesto de la cabeza y la invité a sentarse, cosa que no hizo falta porque, tal como comprobé, esa había sido su intención desde que mi cara había entrado en su campo de visión.

—Jesús, buenas tardes. ¿Qué tal todo? ¿Cómo te estás adaptando? —Señaló mi bandeja de comida y sofocó una sonrisita—. Cuántas preguntas, perdóname. Buen provecho.

Mastiqué, tragué y me limpié los dedos con una servilleta, todo eso en unos escasos segundos, mientras la mirada de Rosa seguía puesta en mí, a la expectativa.

—Es el trabajo de mis sueños. En serio, no es peloteo ni nada.

—No tendría sentido que lo fuera, ¡ya te hemos escogido! Puedo, ¿verdad?

Apartó la silla situada frente a mí y tomó asiento. La miré. Unos cuarenta años, pelo rubio peinado en ondas, maquillaje muy bien aplicado y un olor... Había mujeres que olían a peligro. Y a placeres prohibidos que uno solo podía desear. Rosa era una de ellas. Sofisticadísima de la cabeza a las puntas de sus pies, que en ese momento iban enfundados en unos zapatos de tacón en color crudo que noté de repente muy cerca, rozándome la parte trasera de la rodilla. Volví a tragar.

—Es de bien nacidos ser agradecidos. Sé que tardé mucho en presentar la solicitud y que luego todo se precipitó...

—Bueno, bueno, Jesús... Ahora estás aquí. Nosotros nos sentimos afortunados. ¿Te sientes afortunado tú?

—Infinitamente. —Y sonreí, porque era verdad—. Quería agradecértelo a título personal. Sé que algo tuviste que ver con que me tomaran en consideración.

—Tus méritos laborales hablaban por sí solos, aunque si realmente quieres agradecérmelo, supongo que encontraremos una manera.

Su mano derecha pasó a la ofensiva y me rozó el muslo. Si cualquiera lo hubiera visto, habría achacado el contacto a la inclinación natural del cuerpo de Rosa, que en ese momento se había echado hacia adelante en la silla para hacer de nuestra charla algo totalmente íntimo, pero no colaba.

—Rosa..., eres la coordinadora de mi beca, y pretendo mantenerla durante los doce meses.

—Yo valoro a los candidatos y superviso las elecciones, pero del desempeño, durabilidad y prestaciones posteriores según el rendimiento, Jesús, se encarga el comité del hospital. —Me enseñó su sonrisa más devoradora. Los cojones se me

pusieron de corbata—. ¿Te he mencionado que no pertenezco a dicho comité?

—Algo sospechaba...

Me lanzó una caída de ojos avasalladora y luego se levantó con la elegancia de un cisne. Antes de alejarse, hizo resbalar por la mesa una tarjeta rectangular, donde además de sus datos profesionales de contacto, que yo ya tenía, estaba también su teléfono personal. Supongo que la cosa solo habría podido quedar más clara si se hubiera quitado las bragas para después meterlas en mi bolsillo.

—Si usas bien ese teléfono, Jesús, de lo demás me encargará yo.

—Entonces... ¿vas a citarte con la devoradora de hombres?

Me reí, acodado en la columna que colindaba los probadores de la planta de señores donde en ese momento me encontraba, acompañando a mi futuro cuñado en la engorrosa tarea de escoger traje para su boda con mi hermana.

—No lo sé. —Me rasqué la nuca, con la vista perdida en algún lugar de aquella habitación rectangular llena de cubículos cerrados con cortinajes de terciopelo—. Por una parte, me reconocerás que el morbo es innegable.

—¿Por su edad?

—Me gustan las mujeres —aclaré, como si hiciera falta—. No me importa que tengan más años que yo. ¿Te falta mucho, tío? Es un traje de dos piezas, no le veo tanta complicación.

—Un segundo, hostia. No estoy habituado a ponerme estas mierdas, ¿vale?

Suspiré, echando un ojo a mi reloj de pulsera. Aquella había sido mi primera tarde libre desde que me incorporé al puesto nuevo y Nina no había tenido reparos en usarla para concertar aquella cita, con el cuento de que, ya que yo me encontraba en la ciudad, era tontería que Lucas pasara solo por el trago de buscarse un atuendo apropiado para la ceremonia, que, aunque iba a ser en el juzgado, merecía algo más que sus vaqueros y la gorra de la que apenas se separaba.

Por supuesto, y habida cuenta de que mi única hermana me lo había pedido, yo había accedido encantado a colaborar, porque todo el mundo sabía que, en una boda, los detalles reservados para el novio son nimios y sencillos. Un traje simple, que dejara que ella se llevara toda la atención, bastaría.

Pero, claro, no había contado con que el hombre al que iba a aconsejar era un cero a la izquierda para ciertas cuestiones, como, por lo visto, vestirse con propiedad.

—Creo que ya estoy. —Lucas salió y yo... me descojoné vivo—. No me jodas, Jesús.

—Tío, pareces Disco Stu, el de los Simpson.

Gruñó, girando para mirarse en el espejo de cuerpo entero. Yo me doblé de la risa porque... ¡qué espanto de traje! El corte le iba mal a Lucas, que era demasiado alto para llevar unos pantalones tan acampanados. El tono claro y el pelo largo, más que un futuro novio, le daban pinta de Bee Gee. Le tararé el *Staying alive* y me hizo una peineta para después arrancarse la chaqueta como si le quemara.

—Que te den, cuñado.

—A ti sí que no te van a dar nada como te presentes así en la boda.

Corrió la cortina y supe, por los ruidos, quejas y exclamaciones, que había pasado al segundo de los posibles trajes. Como me había retrasado un poco, no tenía claro qué mierdas tenía dentro del probador, y habida cuenta de lo que acababa de ver, tampoco me atrevía a mirar. Mientras él se cambiaba, aproveché para sacar el móvil y componer la que sería mi venganza a Cayetana por el tema de las cajas. Con una sonrisilla, y a pesar de que el poco raciocinio que me quedaba me impelía a dejarlo estar, busqué un par de sitios hasta dar con lo que quería, y luego, seguí buscando hasta quedar satisfecho.

Aquella era una broma encubierta. No sé si ella le encontraría la gracia, pero yo me había sentido bien al hacerlo.

—No entiendo por qué tenemos que hacer esto ya, coño. ¡Quedan tres meses!
—se quejó Lucas, cuyo brazo larguísimo sobresalió por encima del mostrador cuando, vaya usted a saber para qué, alzó la mano.

—Parece que no conocieras a mi hermana... Los Carvajal venimos de una amplia estirpe de organizadores y planificadores profesionales.

—Pues me toca los huevos... —Volvió a salir—. De hecho, no me los toca, pero... Como que se me ajusta mucho, ¿no crees?

—Coño, Lucas. —Giré la cabeza—. No tengo interés en conocerte tanto. Píllate dos tallas más, haz el favor.

La cortina crujió otra vez. Vi caer al suelo, a través del bajo, el segundo traje descartado. Madre mía, ¿es que no había cogido nada clásico? Un traje de novio para una boda de tarde, en un juzgado, en primavera; ¿no había que empezar pidiéndolo así? ¿Qué especificaciones chapuceras había dado este hombre?

—Todavía no me has dicho si vas a salir con la devoradora.

—No la llares así, hombre. Un respeto. —Sonreí—. Y no lo tengo claro. Es la

coordinadora del proyecto de becas, dice, y he corroborado que es cierto, que no tiene nada que ver con los resultados ni las evaluaciones finales, pero...

—Ya, donde tengas la olla...

—Algo así, sí... —«Aunque ese barco ha zarpado para mí hace tiempo, pensé»—. Es un tropezón que genera mucho morbo, por las implicaciones de peligro, pero que a la larga trae problemas.

—Liarte con una compañera de curro a veces acaba como el culo —decretó Lucas, que en ese momento volvió a asomarse—. Mírame a mí, que me voy a casar con ella.

Lo miré, sí, pero apreciativamente. Llevaba un pantalón gris y una camisa blanca bien abotonada. De la percha interior del probador colgaba un chaleco del mismo tono. Lucas se había recogido el pelo en una especie de moño, y en conjunto casi parecía doméstico. Levanté el puño.

—Ni te muevas, creo que lo tenemos. —Saqué el móvil y le hice una foto—. Por cierto, con ese recogido te das un aire a...

—Ya, el tipo de las telenovelas turcas. Me tienen frito. —Cruzó los brazos y levantó la barbilla, interrogante—. ¿La foto es para Rizos?

—Que tú no puedas ver su vestido no implica que ella no vaya a darle el visto bueno al tuyo.

—Pues espera, coño. No le mandes esa, que tenía cara de empanado. Deja que...

Se puso a hacer el *monguer*. Pero a un nivel que me dio un poco de vergüenza ajena. De hecho, se marcó un bailecillo cutre que no dudé en grabar para enviárselo a mi hermana. Ella, que en ese momento estaba en la televisión autonómica para la que trabajaba como guionista, en un programa de tertulias muy interesante, tardó un poquito en contestar, pero, cuando lo hizo, no nos defraudó.

—Ha mandado un audio. Tengo la intuición de que es mejor que lo oigas solo.

Lucas se puso mi teléfono en la oreja, y por la sonrisilla que se le quedó supe que había acertado en mi pronóstico. Pensaba borrarlo sin volver a reproducirlo.

—Sí, ha sido un éxito. Nos lo quedamos. Cuñado —me dio una palmadita en el hombro—. Gracias por la ayuda.

Tras cambiarse y pagar el traje, Lucas agarró la funda y se la echó al hombro. El noventa por ciento de sus obligaciones para la ceremonia estaba cubierto, y su única preocupación, amén de aguantar los nervios de la futura novia y el entrometimiento masivo de mi madre —no paraba de enviar fotos de la catedral

al grupo de WhatsApp de la familia, del que, al ser administradora, no nos dejaba salir—, era no perder ni ganar peso para evitar los arreglos de costura.

Me ofreció tomarnos una caña, pero yo quería aprovechar el resto del día para terminar con el tema de las cajas, y, aunque no lo admitiera en voz alta, para volver al piso, para con suerte embebecerme de la imagen de Caye los tres segundos que ella tardara en irse del salón al verme aparecer. Tal como habíamos dejado las cosas la noche anterior, no esperaba menos.

—Ya me contarás qué tal tu cita con la encargada de becas-guion-
comeenfermeros.

Fruncí el ceño.

—Creí que había quedado prácticamente claro que no iba a aceptar.

—Ya... Pero en ningún momento, pese a todas las vueltas que le has dado, has dicho que no, y eso me lleva a pensar, Suso, que necesitas desesperadamente un cambio de escenario. Esa mujer te lo ha puesto en bandeja.

—¿Cambio de escenario? ¿De qué escenario me estás hablando?

Lucas sonrió.

—De Mononoke. —Se encogió de hombros—. Y respeto todas las razones por las que quieres desterrar esa página, no hace ni falta que me las cuentes. Inténtalo si crees que es lo correcto, con la de las becas o con cualquier otra, pero, no sé, tío... Pregúntate: si todos los caminos te llevan a un sitio, ¿es lógico seguirte desviando?

—¿Te has comprado un traje de boda y ya crees que sabes de relaciones? — Pretendí ofenderle para que se cortara en seco, pero fracasé miserablemente. Como en casi todo en aquellos días.

—Estoy leyendo un libro, ¿sabes? Se llama *Acepta lo que sientes, capullo de mierda*. Si no me doblas las esquinas de las páginas, te lo presto.

—Que te follen, Morrison.

—¡Eh!, solo Nina me puede llamar así, por lo menos en la cara. —Me dio otra palmadita. En serio, ¿desde cuándo se había vuelto aquel cromañón tan sociable? —. Lo de follar me parece una idea cojonuda. Me voy derecho a casa. Tú deberías hacer lo mismo.

Pegó un silbido y cogió un taxi. Yo negué con la cabeza y rumié por lo bajo, porque, claro, ¿qué puta idea iba a tener ese tío de nada? Además yo lo tenía jodido a otro nivel: el quiosquero y su mujer eran familia, y con Ignacio ya tenía una situación peliaguda entre manos con el tema del dichoso préstamo que se empeñaba en devolverme; si encima le ponía a Cayetana las manos encima —otra

vez— y la cosa terminaba como el rosario de la aurora, nuestras mutuas familias, irremediablemente, opinarían y tomarían partido. Quién había dejado a quién y de quién había sido la culpa; se buscaría una cabeza de turco y sus progenitores montarían en cólera, ¿y luego? No habría más reuniones, ni cenas, ni pasarlo bien.

Dos núcleos, que habían sido como uno, destrozados por no ser capaz de mantener la bragueta cerrada. No podía permitírmelo. No iba a jugarme la tranquilidad de mi familia, ni iba a obligarlos a vivir situaciones inquietantes con los Hernández. Y, por supuesto, no iba a privar a Cayetana de sentir que las cuatro paredes de los Carvajal, en Montequinto, eran también su casa.

Por eso abrí el WhatsApp y escribí a Rosa, preguntándole en un tono entusiasta que estaba muy lejos de adecuarse a la realidad, si le iba bien que organizáramos la agenda para tomar unas copas. Por eso, respondí con un *emoji* aséptico y de sonrisa cutre cuando, tras aceptar encantada, fijó la fecha para una noche de esa misma semana y tanteó si querría enseñarle mi piso; y, por eso, me di una vuelta por el mercado de San Miguel para hacer tiempo y para que, al volver a casa, con la noche sobre una cabeza gacha por vergüenza, todo lo que quedara de Cayetana a mi alrededor fuera una puerta cerrada y un tabique inquebrantable.

La chica de la casa de al lado. La de la habitación de al lado.

La que siempre me sería ajena.

15

OLOR A CHAMUSQUINA

CAYETANA

Entramos en una especie de *slow motion*. Fue como flotar en el mar Muerto. Todo estaba en calma, de esas calmas que preceden a una gran tormenta, claro, pero yo eso lo supe mucho más tarde. No adelantemos acontecimientos.

La mañana posterior a mi retirada por honor, me encontré la cafetera lista y el lavaplatos vacío, pese a que me tocaba a mí hacerlo. Me cabreé. De forma completamente infantil e irracional, aunque me tomé el *macchiato* con caramelo y se me pusieron los ojos bizcos de gusto. Reaccioné tan mal, supongo, por lo estoico de la actitud de Jesús, que parecía haberse evaporado del piso en las horas que yo moraba por el salón; y, que conste, hice mis esfuerzos por hacerme la encontradiza, —masoquista me llaman mis amigos—, hasta me dio por cambiar de sitio un par de cuadros y pasar el plumero por la balda de los DVD, pero ni así compartimos el mismo espacio-tiempo. O bien aquellos días sus horarios eran dignos de un esclavo o bien estaba evitándome, cosa que, por otro lado, veía lógica.

Así soy yo, supongo. Estaba en parte enfadada y en parte agradecida de que después de haber dado un paso atrás él me facilitara la papeleta haciéndose a un lado hasta que el ambiente dejara de oler a rancio; como si eso fuera posible.

Al segundo día, el mosqueo ganó por goleada a cualquier otra sensación, y empecé a plantearme cómo era posible que Suso hubiera encajado mi rechazo tan bien. Porque, a ver, yo había tragado en el pasado con el suyo tan «malamente» (tra-tra) que había terminado en Barcelona compartiendo piso con un amago de monja que ahora mismo debía de estar aprendiendo posturas que ni el Circo del Sol.

Jesús no podía ser tan deportivo. No podía ser tan correcto, dejarme espacio, conseguir que me hiciera dueña y señora de la casa, frenar las putadas y encima ocuparse de las tareas que a mí me correspondían. Yo no funcionaba así. Una

cosa era que hubiera asumido que había límites que uno no podía cruzar y otra muy distinta, que fuera condescendiente.

Porque de la comprensión a la pena, señores, hay un paso muy corto, y yo no tenía la menor intención de que nadie lo recorriera por mí.

Jesús y yo no éramos aptos para tener una relación romántica, porque sería como si una vela se liara con una hoja de papel. Uno terminaría consumido y el otro, agonizante de culpa. El tema de las familias también pesaba lo suyo. Y yo podía con eso. Podía ser firme y dejar de jugar en terreno pantanoso, pero no consentiría compartir techo con un fantasma.

Almorcé sola en casa el tercer día. De él, ni rastro. Mi mala leche, en aumento. Y las oportunidades, fluyendo en medio de mi propia diatriba mental. Llevaba unos días vendiendo un buen número de fotos. De hecho, la cosa con la web iba tan bien que ni me lo creía. Cliqué un par de veces para refrescar la página y casi se me caen los macarrones sobre el teclado al ver los mensajes que me llegaban avisándome de los movimientos. O había dado con el formato definitivo o mis instantáneas se habían puesto de moda. Con ese subidón, agarré la Nikon y empecé a callejear.

Me fui al Rastro, pequé con una colcha de *patchwork* en tonos naranjas y bermellones para mi cama y un farolillo antiguo que pensaba repintar para mi mesita de noche. La lámpara de Ikea era muy práctica, pero donde estuviera algo con personalidad...

Hice fotos de manos intercambiando dinero por especias, de sacos de frutos secos, telas dobladas en un sinfín de colores, puestos ambulantes, personas de todos los acentos y estilos. Respiré hondo y me empapé de todo aquel conjunto de culturas y olores. Hasta me compré un *hummus* de aguacate y unos palitos de pan tostado para cenar. Cuando volví a casa, cargada con una colcha enorme y la Nikon sin batería, lo hice satisfecha por el trabajo realizado. Recorrer Madrid era reconciliarme con la Cayetana de antaño.

Una vez terminé con el tema de las fotos, revisé el correo electrónico. Regencia Mendoza me había respondido a mi *email* con el desglose del presupuesto con un escueto «Perfecto. Contamos contigo» que me hizo sonreír. Uno de esos trabajos gratos, fotografiar el embarazo de María Paloma cuando su vida de casada había empezado, también, delante de mi objetivo, me llenaba de sensaciones muy chulas. Respondí enseguida, confirmando la fecha para dentro de una semana, y le pedí a Regencia que localizara algunas fotos antiguas suyas embarazada o al poco de dar a luz. Mi cabeza confabulaba ya una escaleta, y había ciertos

elementos que pensaba emular y tomar prestados de cara a provocar emociones en la familia.

Cuando releí mi presupuesto, me levanté de la silla y compuse un bailecito. Una suerte de perreo con tango de mi invención que algún día lo petará fuerte en todas las discos, ya veréis.

—¡Por fin las cosas marchan!

Y mi entusiasmo no era fingido. Aquel dinero vendría genial para temas de alquiler y pagos pendientes, y si la venta de fotos en la página seguía como iba, pronto retomaría mi deuda con Jesús y, con un poco de suerte, el préstamo de mi padre se saldaría sin que él perdiera el sueño.

—Hablando de deudas...

Abrí la aplicación de Pinterest donde estaba componiendo ideas de cara a la fiesta de Nina. Colores, estilos, montaje y todo eso. Querían una ceremonia sencilla, pero nos íbamos a pegar un fiestón padre. Además, no estaba segura del todo de qué tipo de sesión iba a querer mi amiga para su momento; la conocía, y aunque su pasado estaba salpicado de rollos muy rocambolescos, Nina no era una mujer a la que le gustara destacar o ser el centro de atención. Lo iba a tener jodido, claro, siendo la novia y con ese pelo rojo que llevaba; desapercibida no iba a pasar. Yo quería regalarle unas fotos de compromiso poco convencionales. Nada demasiado llamativo ni estereotipado. No iba a salir en los periódicos, aunque contábamos con que alguna revistilla rosa se hiciera eco del enlace; porque no todos los días la exprotagonista de un *reality* y un cámara buenorro que ha compartido portada con Chris Hemsworth se casan.

—Le va a dar un parraque. —Agarré el móvil—. Pero más vale que se vaya haciendo a la idea.

Como yo de hablar con ella después de haber intentado absorber toda la saliva de Jesús con mi propia boca. Mi mejor amiga contestó al segundo tono.

—Dame veneno, que quiero morir —fue su saludo.

—¿Prefieres la muerte que vivir conmigo? —Crucé las piernas sobre la mesa y eché la espalda hacia atrás. Me palpitó algo en la sien, pero lo ignoré. Me estaba volviendo una experta en hacer caso omiso a las reacciones psicósomáticas de mi cuerpo—. ¿Qué ha hecho el melenas ahora? ¿Tapa levantada? ¿Bote de pasta estrujado? ¿Pelos en el lavabo? ¿Pelos en cualquier sitio?

—Qué va. No es eso. Morrison es un sol, o, bueno, ya sabes, todo lo que puede serlo con su carácter. Se está encargando hasta de la comida.

—Bueno, el sexo oral siempre ayuda, no importa cuál sea el problema.

Hacía tanto que mi pobre entrepierna no recibía visita que ya estaba volviéndose territorio hostil. La carcajada de Nina me reconfortó.

—Mi madre me está volviendo loca —explicó—. Ha sugerido venirse unos días...

—Uf, eso nunca es bueno.

—Y nunca son «unos días», tía. La conozco. Se quiere meter aquí dos meses antes de la boda para que, a fuerza de desgaste, acabe casándose en El Escorial.

—Tu madre es un amor. —Carraspeé—. Dicho lo cual, te lo confirmo: sí, te quiere hacer terapia de desgaste.

—Pues yo no estoy para aguantar paridas, Caye, en serio te lo digo. Estoy muy metida con el tema del trabajo, centrada en eso, y Lucas también. Queremos casarnos, pero a nuestra manera. Pasamos totalmente de que la ceremonia se convierta en algo que ni nos represente ni nos haga sentir cómodos.

—Y no deberíais pasar por el aro. Dios sabe que adoro a tu madre como a la mía, pero tiene que asumir que es tu boda y no la suya.

—Eso se empeña en decirle Jesús, que me consta que capea el temporal cada vez que mi madre intenta embarcarlo en algo.

—Sí, es muy de capear tu hermano.

Aunque, por lo visto, no todas las cosas por igual... Estaba presente en las movidas con su madre y Nina, pero en nuestra movida se esfumaba como el gran Houdini de los rechazos. ¿Tanto le costaba decirme que iba a intentar actuar como si nada? Porque yo di la cara. Vale..., un año después y tras haberme mudado a otra ciudad, ¡pero, venga, se supone que el ordenado y maduro era él!

—... total, que, entre la amenaza de visita inminente de mi madre y mis intentos por abandonar el puto vicio de la nicotina, no paro de tirarme de los pelos. Y a Lucas también.

—Espero que eso sea algo metafórico y no sexual, soy una señorita. —Sonreí. Le había cogido el hilo a la charla por pura fuerza de conocer a Nina de toda la vida, porque la verdad era que me había desconectado mucho durante unos minutos—. ¿Y cómo es eso de que dejas de fumar?

—Fui a la primera prueba del vestido y cuando entré al probador y empecé a quitarme mi ropa, me di cuenta de lo mucho que me olía todo a humo. Los dedos, el cuello, hasta el reloj de pulsera. Y, no sé, me dio mal rollo.

—No puedo decirte que no me alegre. —Cambié el cruce de las piernas—. Dejar eso siempre es una buena noticia.

—Ya... El problema es que la ansiedad me está matando, y entre unas cosas y

otras, me voy a casar con cara de torrezno, tía.

Sonreí. Ay, las novias presumidas... Nina era preciosa. Lo sería hasta con treinta kilos más, pero como en ese momento, con el subidón nupcial en lo alto, ella parecía no verlo, entendí que necesitaba que yo, la dama de deshonor, la reforzara.

—Si se diera el caso de que hubiera algo que arreglar, tranquila que tengo a la caballería en marcación rápida. —No iba a desvelar mi regalo por entero, pero al menos podía darle a la pobre Nina un poco de paz mental—. Elena es un hacha con la puntada y el dedal, y también controla de *contouring*. Te afilaremos el perfil todo lo que quieras.

—¿Elena es la de la agencia de estilo? ¿La que lleva las redes de esa gurú de la moda? Cómo se llamaba...

—Ella la ha bautizado como «Belcebú», pero puede no ser su nombre de pila. —Nos reímos—. Quédate tranquila y concéntrate en no caer en la tentación.

Nina bufó al otro lado de la línea.

—Igual tenía que haberlo hecho después de casarme. En serio, no sé cómo voy a gestionarlo si mi señora madre se presenta aquí. La quiero horrores, pero es un puto infierno cuando se empeña en algo.

—Seguramente se siente sola en Sevilla, con sus dos hijos biológicos y la adoptada aquí. Es normal.

—Ya, pues podría irse con vosotros, que estáis cerca. —Silencio por ambos lados. Una mata de rastrojos corriendo a través de la línea telefónica—Tía..., ¿te parecería una cerdada si se lo sugiero a Jesús?

—¿Que se venga tu madre? ¿Por qué iba a parecérmelo? —Así, con suerte, yo estaría acompañada de alguien que no desapareciera—. Esta también es su casa.

—Pero meterte en esa movida sin comerlo ni beberlo...

—¿Cómo que sin comerlo? ¿No soy tu mejor amiga? Eso está comido, digerido y cagado, Nina. No me seas simple.

Risas al otro lado. Ay, hacer sentir bien a una persona querida cuando está necesitado es la mejor sensación del mundo.

—Lo intentaré, pero, estando aquí los contrayentes, no creo que mi madre se deje engañar. —Se apartó del auricular. La oí removerse—. ¿Qué tal todo con Suso, por cierto? ¿Seguís metidos en el rollo de haceros la vida imposible o ya habéis follado?

—Estás para que te ingresen.

—Desde hace mucho, además, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Son

ciertos los rumores que he oído desde adolescente? ¿Calza mi hermano a la...?

—No nos hemos acostado. Ni hay intención alguna al respecto.

Y soné tan tajante que juro que me reverberó el eco de mis propias palabras en los oídos, amén de un amargor que se me extendió por el estómago.

—¿Y eso es porque el acuerdo previo sigue vigente o porque ha pasado algo nuevo?

—Eso es porque... —el sonido metálico de unas llaves entrando en la cerradura me distrajo. Se me puso el corazón en la boca— lo he decidido yo. Nina, tengo que irme; prometo volver a llamarte. Ayudaré con lo de tu madre. Sé fuerte en tu lucha contra el tabaco. Te quiero.

Le colgué sin dejarle replicar.

Bajé los pies de la mesa en el mismo momento en que entró él. Maletín al hombro, tupé revuelto, sombras bajo los ojos y la camisa remangada. Estar tan guapo después de una jornada dura de trabajo debería estar prohibido. Y lo que se me despertó a mí en las entrañas, también.

Jesús dejó las llaves y empezó a sacarse cosas de los bolsillos —móvil, cartera, una funda de gafas— cuando levantó la vista y se topó de frente conmigo. «Sí, señor—quise soltarle—. Aquí está la menda lerenda, mismo metro y medio, pelo oscuro, ojos rasgados y mucha mala leche concentrada, porque te has dedicado a actuar como si estuvieras implantado con Photoshop en nuestro piso». Se le puso la mandíbula tensa. Se rascó una de sus patillas cubiertas de canas.

—No esperaba que estuvieras aquí.

Coño, con dos cojones.

—Vivo aquí. Mi presencia es algo que puedes esperar.

—Sueles estar fuera a esta hora, con tus fotos y eso...

Ignoré por completo su frase porque, vamos a ver, yo tenía un discurso compuesto en mi cabeza y no iba a dejar que me lo chafara. ¿No os fastidia cuando la gente hace eso? ¡Ceñíos al guion mental del otro, hombre!

—Vivo aquí, como te decía, cosa que no puedo asegurar de ti, porque, hasta donde sé, llevas tres días desaparecido.

—Eso es una tontería.

Dejó el maletín junto a la puerta de su dormitorio y luego entró en la cocina. Se puso a trastear con algo y la angustia se me mezcló con la curiosidad y el enfado creciente. Un mal potaje, garantizado. Le fui a la zaga, pisando fuerte, como la canción de Alejandro Sanz, y me lo encontré quitando pinzas del tendedero y doblando prendas con pulcritud. Hizo un amago de mirarme, y

luego siguió a lo suyo.

La indignación se me salió por los poros.

—Para de una vez con esa mierda.

—No sé a qué te refieres, Cayetana.

—¡A eso, a esto, a todo, a la mierda, Jesús! —Me golpeé los muslos con las manos al dejarlas caer con brusquedad—. Sé que vives aquí porque duermes aquí y porque no paras de hacer tareas, las que te corresponden y la que no, por cierto. Como si pagaras algún tipo de promesa, y estoy harta.

—¿Estás harta? —Descolgó una camisa y la soltó en el cesto. Sin doblar. Bueno, ¡parece que por fin se le despertaba la horchata de las venas!—. ¿De qué, exactamente? ¿De que te deje espacio para tus cosas? ¿De que me ocupe de lo que hay que hacer sin andar detrás de ti con mi organización y trastorno por el orden? ¿Te molesta que no te moleste?

—Me molesta que no estés siendo tú, conmigo. —Se quedó callado. Yo ya no podía hacerlo—. Recoger esa ropa me tocaba a mí, pero lo haces y no replicas, igual que el café y todo lo demás, porque es tu manera de ser compasivo. Como acariciar al cachorro que se mea fuera del tiesto solo porque te da pena estar enfadado.

—Yo no tengo motivos para estar enfadado contigo, Cayetana. Y, desde luego, no me das pena.

—¿No? ¿Entonces cuál es la opción correcta?

Jesús se pasó las manos por la cara. Parecía desesperado, porque, claro, él no esperaba encontrarme ahí, y la confrontación le había explotado a la cara sin previo aviso.

—No sé de qué narices me estás hablando, Caye. Y tengo prisa.

—Pues lo siento mucho. —Le arranqué el cesto de la ropa limpia y me agarré a él—. Porque si tú puedes vivir conmigo como si no me vieras en absoluto, yo no soy capaz. Nos besamos, Jesús. Los dos. Y la situación ya era incómoda antes como para que encima nos pongamos a comportarnos como idiotas que no son capaces de hablar las cosas.

—Se habló. Particularmente —me señaló, dando un paso al frente— lo hablaste tú. Dijiste «no». Dijiste «nunca más». Te apartaste y no me dejaste abrir la boca. Entiendo la necesidad de poner tus límites. Y entiendo que hacerme comprender lo que se siente cuando uno cierra la puerta sin dejarte opinar era algo que me merecía, entonces, ¿qué más quieres hablar? ¿Qué se te ha podido quedar por decir?

—Me estaba protegiendo. Tú habías dejado muy clara tu postura en el pasado. Varias veces, además. ¿Cómo iba a reaccionar yo? Me coges en tus brazos, me besas y me acaricias y luego... luego frenas y me haces sentir...

—Lo sé. —Cerró los ojos. Le costó un mundo volver a mirarme—. Y parte de mi enfado está en haberte obligado a tener que ser tú la que cortara esta vez. Yo en mi defensa solo puedo decir que en todas las anteriores ocasiones hice lo que creí que era mejor.

—Pues yo hice lo que creí que tú querías, antes de que tuvieras que decirlo. — Porque no habría sido capaz de volver a soportar cómo me rechazaba, pero eso me lo guardé.

—Entonces todo claro. —Sin esfuerzo, Jesús me volvió a arrebatarse la cesta de la ropa—. Sigamos comportándonos como suponemos que el otro necesita y ya está.

—¿Y eso qué implica? ¿Distancia absoluta?

Le perseguí hasta el salón, donde se apresuró a montar la tabla y enchufar la plancha. Esa tarea también me correspondía, más que nada porque era la que más ropa lavaba, pero el espíritu de Mister Proper parecía haberse apoderado de él.

—Yo no... —pasó la yema del dedo por la superficie brillante para comprobar el calor. Lo retiró enseguida. Después, puso una de las camisas sobre la tabla— no sé qué implica, Cayetana. No tengo la menor idea. Lo único que sé es que no puedo más con este puto bucle de intentar hacer las cosas diferentes y acabar siempre en la misma jodida encrucijada. De que uno de los dos tenga que sentirse mal y recular y prometamos tirar adelante y no lo hagamos en realidad.

—Y entonces desapareces. Te haces invisible y te dedicas a... limpiar, barrer y tender la ropa cuando sabes que no estoy. —Me crucé de brazos.

—Solo intento gestionarlo lo mejor que puedo. Dentro de tres meses se casa mi hermana, tu mejor amiga. —Me miró un segundo—. Esta vez pienso poner de mi parte.

—Tu idea de gestionarlo es hacer todas mis tareas para que yo no me sienta peor. Ya veo.

Jesús resopló. Roció la camisa pulsando un botón de la plancha de cuya existencia juro que yo no sabía nada. Empezó a darle pasadas sin mirarme.

—No te tengo pena, Cayetana. Hiciste lo que debías. Solo siento no haberlo hecho yo antes.

—Claro, porque eres el capitán del equipo de los rechazos y no soportas que

otro lo haga por ti.

—Piensa lo que quieras. Ya te he dicho que solo intento gestionarlo de la manera que mejor puedo.

Me vine arriba. No sé si fue por rabia, por frustración, por un anhelo que no se me quitaba o por una mezcla insana de todo ello, pero no me pude contener. Le di un empujón que solo lo movió del sitio por haberlo cogido desprevenido, y agarré la plancha.

—Pues gestiónalo como te salga del culo, pero deja de hacer las cosas que me tocan.

—Suelta eso, Cayetana. Te vas a quemar.

—Pues me jodo. Ya ves..., así es como gestiono yo las cosas.

Pasó de mí. Tal como suena. Se fue a su dormitorio y allí se quedó por lo menos veinte minutos, todos los cuales los pasé yo deslizado la plancha sobre su camisa. Cuello, mangas, espalda, cada minúsculo retazo de tela quedó cuidadosamente planchado, y cuando ya estaba, rociaba y volvía a empezar; enfermizamente, sin control ni sentido algunos, rememorando el intercambio de palabras sin que este me arrojara luz alguna.

—Que no me tiene pena dice, el muy cabrito... Pero si no puede ni estar en la misma habitación que yo...

Salió hecho un pincel. Vaqueros claros ceñidos, suéter negro con cuello de pico, zapatos relucientes y bien peinado. Me lo quedé mirando como si se me hubiera aparecido Dios en el fondo de un bote de Pringles; él me pasó de largo para recoger la cartera y demás enseres que, al entrar, se había dejado en la encimera.

—¿Planes? —Me di un puntapié mental por haber preguntado.

—Ya te he dicho que esta vez pondría de mi parte.

—Eso no contesta a mi pregunta. —Y dale.

Nuestros ojos conectaron un segundo. Luego él apartó la mirada.

—Voy a salir con Rosa. Tenemos... una cita.

—¿Rosa? ¿La de tus prácticas? —Asintió. Yo abrí la boca para soltar sapos y culebras. Para hacerle sentir mal, para decirle... ¡Qué sé yo!—. Trabajo y placer... no suele salir bien.

—Mejor que placer y familia, en todo caso.

Una bofetada me habría dolido menos.

—Ya... Pues muchas ganas no tendrás cuando pensabas entretenerme planchando antes de verla.

—En realidad solo pensaba estirar esa camisa, pero no importa. Estoy seguro de que le gustaré con lo que llevo también.

Agarré el mango de la plancha con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

—No te preocupes. Te la dejaré perfecta para que puedas ponértela para la segunda cita.

—Con suerte, para esa lo que lleve puesto acabará en el suelo.

Me tragué la bilis para no decir más de lo que podía permitirme. Eso sí, le mantuve los ojos encima hasta que cerró la puerta a su espalda. Y seguí sin moverme hasta que el eco de sus pasos dejó de ser audible. La cabeza me dio una vuelta de ciento ochenta grados y esta vez, en esa reproducción malsana que hacemos de las conversaciones dolorosas, para afianzar la pena dentro, me quedé solo con sus últimas sentencias: «mejor que placer y familia» y «ya te dije que esta vez pondría de mi parte».

Yo conocía muy bien a Jesús. Si se había propuesto, de verdad, que lo nuestro no fuera ni siquiera un manchón a pie de página, llegaría a cualquier extremo por conseguirlo. La mente se me llenó con imágenes de él casándose con la tal Rosa, en El Escorial, con un coro de afroamericanos cantando *soul* mientras yo llenaba el lavaplatos de forma enfermiza repitiendo a todo el mundo que estaba bien, cuando no era así. Siempre había sido que no, pero nunca, hasta ese momento, se había verbalizado, por alguna de las dos partes, la intención firme de seguir adelante y poner una piedra que no se pudiera sortear.

Suso era muy capaz de hacerlo, y yo ardí de rabia solo con pensarlo. De hecho, ardí tanto que empecé a oler a quemado...

—¡Mierda, coño!

Levanté la plancha enseguida, pero era tarde. El olor a chamusquina impregnó el salón, y el surco oscuro se extendió sobre la tela de la camisa, dejando una forma parecida a la planta de un barco. Uno que, seguro, estaba destinado a hundirse. Recogí todo el estropicio, oculté la camisa en el fondo del cesto y, después, me metí en mi habitación.

El estómago me rugía, pero no tenía nada que ver con el hambre. Me sentía molesta, inquieta, enfadada y... celosa, también. Era la primera vez que había otras personas implicadas desde que vivíamos juntos. Desde nuestro... acercamiento definitivo. Por supuesto, por mi vida y mi cama habían pasado otros en el último año, Pau, por ejemplo; y Jesús se había visto con la tal Amanda y quién sabía cuántas más, pero ahora... esto... era diferente. Nunca hasta el

momento había sentido sus conquistas como escupitajos en mi cara. La sensación era tan desagradable que sentí una náusea subirme por la garganta.

Imaginé a la tal Rosa sonriendo, acariciando con sus manos de uñas largas de bruja la piel de Jesús. Tentándolo, seduciéndolo... En mi cabeza abotargada, él no ponía resistencia porque, tal como había dicho, mejor ella que yo. Sin complicaciones. Sin implicaciones. Sin explicaciones. Una mujer cualquiera que podría darle lo que nosotros no podíamos tener.

El vacío se abrió tanto que me atravesó entera.

16

EL CONDÓN DE TROYA

CAYETANA

Caí en un agujero negro de comida. Vamos, que me zampé un paquete de regañás bañadas en queso Camembert de untar, echada en el sofá cual fardo inútil, enganchada a la tercera temporada de *Paquita Salas*, oyendo sin oír los maravillosos diálogos de Brays Efe y perdida en mis propias ideas e interpretaciones de algo que solo tenía una lectura, por más vueltas absurdas que yo eligiera darle.

Y encima acabé con un antojo brutal de torreznos.

Estaba cansada. La medianoche se dejaba sentir ya en las agujas del reloj, pero yo seguía con una oreja puesta en el rellano de la escalera y la cerradura. Esperando oír voces. Pasos. Unas señales de vida que no llegaron cuando me levanté y decidí sacudirme las migajas del pijama y estirar la espalda, que hasta me crujió por todas las horas que había estado tirada de cualquier manera sobre los cojines. En mi cabeza, resonaba la portentosa voz de Rocío Jurado entonando su punto de partida; y puede que fuera eso... o que ya había quemado todos los cartuchos, pero asumí que era mejor volver a mi habitación y dejar que el día terminara.

Si Jesús y Rosa volvían a casa para rematar su faena, no quería que me pillara despierta y con el canal auditivo todavía espabilado. No había *snacks* suficientes en el mundo como para soportar eso.

Me cepillé los dientes y me recogí el pelo en una coleta alta, y luego deambulé un poco, apagué la tele y, al final, arrastré los pies hasta la habitación. Toqueteé la pantalla del ordenador hasta que su luz brillante me impactó en la cara y abrí mi pestaña de Spotify. En mis peores noches de insomnio y tribulaciones, solo Fran Perea lograba calmarme. Necesitaba oír la vida al revés, pero no con un cariz romántico, ¿eh?, sino por asumir. Y porque la canción me encantaba, para qué nos vamos a engañar.

—Dichoso Suso de los...

En lugar de mis *playlists*, Spotify me daba la bienvenida pidiéndome usuario y contraseña de acceso. Lo intenté un par de veces, hasta bloquear la página por exceso de datos erróneos. Hice memoria. Agarré el móvil y consulté las notas. Miré hasta dentro de la cartera. Nada. Se había esfumado.

—La madre que lo parió, que es una santa, ¡pero la madre que lo parió!

Con todo el tema del presupuesto para las fotos de María Paloma y nuestro resbalón posterior —con lo que eso conllevó después—, llevaba días sin escuchar música en el ordenador. No había comprobado la viabilidad de mis listas de reproducción, pero tampoco consideré que hiciera falta porque ¿acaso no la dejaba siempre abierta y lista para momentos de crisis como ese? Mi memoria era muy limitada y se centraba en cosas vitales; el tema contraseñas de uso... no solía trabajarlo bien.

Por eso no cerraba nunca nada. Y por eso, pensé, mi portátil siempre estaba encendido.

Vamos, que le había puesto la excusa en bandeja.

—Pues te vas a cagar en aspersion, campeón.

Que su cita me echara a perder el humor, los intentos por cenar ligero y hasta las conversaciones de Paquita y Magüi podía tener un pase; ahora, ¿hacerme pasar una noche de bajón existencial sin mi música? Por ahí no. Había líneas que una persona no podía cruzar, y a Fran Perea no me lo tocaba nadie. Tiré del nórdico y salté de la cama. El periodo de putadas había quedado cerrado por beso incómodo, pero como que me llamaba Cayetana Hernández que acababa de volver a abrirse para un *revival*.

Mi primera parada fue la cocina. Metí el dedo índice en la tarrina con los restos del Camembert y lo paladeé con entusiasmo; después levanté las manos y las cubrí con los guantes de goma de fregar. Eran de un rosa chillón que jamás favorecería a nadie, pero cumplirían bien con su objetivo de no dejar pistas incriminatorias..., aunque en ese piso solo viviéramos dos personas.

—Tú me has dejado sin la vida al revés, Susito... Pues yo voy a volverte del revés la noche en venganza.

Crucé el pasillo y tiré del pomo de la puerta de su dormitorio. El orden extremo; la absoluta pulcritud de cada superficie casi me echó para atrás. ¿Cómo podía vivir alguien entre tanta perfección? Ni una arruga en el edredón. Ni un cajón a medio cerrar. Ninguna prenda de ropa asomando por el armario. Los libros sobre el escritorio colocados por tamaños. Sentí un escalofrío.

Entré. Empecé a revisar los sitios más habituales donde una persona escondería aquello que estaba buscando. Teniendo en cuenta el trastorno obsesivo de Jesús, la búsqueda se limitaba, porque, evidentemente, no iba a meter eso con las camisas del trabajo. Su religión propugnaba que cada cosa tenía su sitio, de modo que tiré a la mesilla de noche, que venía siendo lo más habitual y lógico.

Me figuro que estáis pensando muy mal de mí. En plan «pero, Caye, ¿qué haces allanando dormitorios?». Para empezar, no finjáis que no os entretiene, y para continuar... ¡Jesús había tocado mi ordenador y cerrado la sesión de mi Spotify! ¡Me había privado de Fran Perea! ¡A mí, que hasta me había hecho una cuenta en un foro hacía años para escribir *fanfics* donde Marcos Serrano se casaba conmigo en vez de con el personaje de Verónica Sánchez! No podéis pedirme racionalidad. Aquella guerra no la había iniciado yo, pero, de seguro, iba a terminarla.

—¡Bingo! Pero mira que eres clásico, Susito.

Ahí estaba, muy bien colocada en la esquina inferior izquierda del cajón, alineada con la curva natural de la madera, formando un ángulo recto perfecto, la caja de condones Durex de Jesús. El santo grail de las putadas. Lo que convertiría su noche de pasión en un infierno. La cogí con una sonrisa, tiré de la solapa y evalué el contenido. Parecía que alguien no había tenido mucha acción últimamente...

—Nada de sexo seguro para ti esta noche, ladrón de contraseñas.

Coloqué la caja vacía justo donde estaba —bueno, más o menos— y estrujé el contenido entre mis manos. La goma de los guantes hizo un sonido muy curioso al entrar en contacto con el envoltorio brillante de los condones, algo que sabía a «Cayetana, uno; Jesús, menos doscientos». Despacito, salí del dormitorio con mi tesoro entre los dedos, preguntándome cuál sería el siguiente paso. ¿Pincharlos con un cuchillo? ¿Llenarlos de azúcar y colocarlos de forma estratégica sobre el dintel para que al abrir la puerta...? ¿Pintura? ¿Café?

La verdad es que sería una pena desperdiciarlos... Eran de una marca cojonuda, y yo andaba bajo mínimos en cuanto a profilácticos... Al final decidí que una mezcla de todas las ideas podría ir bien. Destrocé unos cuantos condones, que acabaron en la basura, y llené otros de agua, los cuales coloqué de forma estratégica sobre la cama y el escritorio de la habitación de Jesús, lo que le dio a su espacio pulcro una imagen de cumpleaños pornográfico que me pareció muy maja. Al echar un vistazo a la sucesión de condones inflados y llenos de agua, me planteé hasta hacer fotos y enviarlas a Hugh Hefner, por si la temática

podiera interesarle para alguna de sus fiestas.

En mi mano enguantada solo quedó uno. Me miró. Yo lo miré. Era el único superviviente, y su papel debía ser absolutamente apoteósico, según mi cabeza de adolescente vengativa, claro.

Pensé en algo épico. Algo que me hubiera llamado mucho la atención. Que pudiera emular. Y que no me llevara mucho tiempo, porque con la tontería eran casi las dos de la mañana y me dormía de pie. Agarré celo, papel y boli. Pensé en Brad Pitt, que, a ver, igual no servía de mucho en esas circunstancias, pero daño no iba a hacer. Luego, centré, y focalicé la mente en su peli *Troya*, y entonces la inspiración me brotó de entre los dedos: yo no iba a construir un caballo de madera que dejar ante la puerta, pero sí que podía ponerle, ante sus narices, un tributo parecido. Una vez decidida, pegué el preservativo superviviente a buena altura y, debajo, la hoja de papel, donde garabateé un par de frases con una caligrafía pésima. Aprovecho para informar, por si quisierais emularme en casa —insensatos—, de que escribir llevando guantes de goma es lo puto peor.

«Pónselo, por Dios. Las ETS están a la orden del día, y, aunque sea enfermero, yo le he visto rascarse los huevos hasta dejárselos escalfados».

Después, dibujé un caballo. Y un dedo corazón bien levantado. Arte abstracto. —Maravilloso —determiné, tapando el boli y quitándome los guantes como si viniera de operar a corazón abierto.

Satisfecha, me volví a mi habitación, cerré la puerta y me tumbé en la cama. Miré el techo unos momentos preguntándome si aquello le fastidiaría el resto de la noche o si ver el condón así, expuesto, los pondría todavía más cachondos.

—No pienses en eso, Caye. Jesús es un no.

Y cerré los ojos, con la tripa revuelta y una náusea creciente subiéndome por la garganta. Me dije que la culpa había sido del queso, y como estaba muy cansada, casi logré creérmelo.

Me desperté sobre las nueve. Sin despertador ni nada. Aterrillé de las nubes del sueño y agucé el oído. El olfato se me actualizó solo cuando el aroma a café con caramelo lo inundó todo. Esa puta cafetera..., qué maravilla de la ingeniería. Puse los pies en el suelo, me deshice la coleta y, con tiento, abrí la puerta y asomé la nariz al pasillo. Todo estaba en silencio y exactamente igual a como yo lo había

dejado la noche anterior. La puerta de Suso estaba abierta, pero no había nada decorando su puerta, y el interior volvía a ser digno de foto de catálogo de orden.

Fruncí el ceño. ¿Cuándo había vuelto a casa? Y lo más apremiante: ¿lo había hecho solo? ¿Qué había pasado una vez caí roque? Supuse que la única manera de averiguarlo era enfrentarme al dragón en su hábitat, así que me encaminé a la cocina e intuí su presencia, sentado a la mesa y ante el desayuno, antes incluso de verlo. Hice un intento muy *heavy* por ignorarlo, cogí una taza limpia, la llené de leche y eché seis cucharadas de Cola Cao. Empecé a remover. La tensión era tan densa que casi pude coger un poco entre los dedos y mojarla en el cacao.

—Hay café preparado —dijo Jesús, pasando la página del periódico, sin levantar la vista—. Solo tienes que poner la taza debajo y darle al botón.

—Soy fiel a mi Cola Cao, gracias.

—Ya veo... Es importante que uno se apegue a sus cosas. —Tomó un sorbo de su café. Tenía una pierna cruzada sobre la otra y su pelo rebelde sin peinar. Estaba guapísimo, el muy maldito. Estudié su cara. No parecía lucir una expresión particularmente relajada—. Hablando de lo cual, no consigo encontrar mi camisa, esa que tanto te empeñaste en planchar.

Tragué Cola Cao. Despacio. Tosí un poquito porque..., en fin, los grumos eran difíciles de disolver.

—Pues ya me extraña, oye. Con lo enfermo que estás por ordenar y todo eso.

—No tanto, ¿eh?, no creas.

Jesús se levantó, apabullándome con su altura. Dejó su taza vacía en el fregadero, para lo cual tuvo que estirar el brazo a mi espalda e inclinarse un poquito. Su olor de las mañanas era puro veneno. Casi podía sentir la calidez de sus sábanas, el placer de su sueño, todavía impregnado en sus ojitos azules. Volví a beber, aunque me costó.

—Resulta —siguió diciendo, sin respetar para nada mi espacio personal— que no soy tan ordenado como yo mismo pensaba.

—Me dejas de piedra.

Sonrió. Pero ya os aviso: no fue un gesto simpaticón.

—Al llegar anoche, me encontré con una fiesta porno en mi dormitorio. Tú no sabrás nada, ¿verdad?

—Que no deberías haberte liado con la señora de las prácticas, pero, oye, ese consejo ya te lo di, de muy buena fe, y decidiste seguir adelante. —Me encogí de hombros—. Si le van las cosas raras, pues, mira, lo mismo te abre un mundo

nuevo de posibilidades hasta el momento desconocidas.

—Pero qué morro tienes, Cayetana.

Le sonreí. Luego recordé que estaba tomando Cola Cao en polvo y cerré la boca. Me pasé la lengua por los dientes, por si acaso. Mientras yo creía que había ganado y paladeaba mi venganza con la misma fruición que el cacao, Jesús volvió a la mesa, cogió algo y me lo puso delante de los ojos. Reconocí la nota, que ahora tenía adherida el condón que yo había pegoteado con celo a su puerta.

—Me imagino que de esto tampoco sabrás nada.

—Chico, estoy por pedirme un abogado... —Jesús arrancó un trozo de celo y me lo mostró. Estaba lleno de restos de pintura—. Pues ya no cuentes con la fianza de vuelta, ¿eh? Eso son daños a las superficies. Lo pone en el contrato.

—Te has pasado, Cayetana. En serio. Esto es mucho hasta para ti. ¿Qué tienes, cinco años?

—¿Crees que una niña de cinco años escribiría algo como eso?

—Puede. Esta letra es una mierda.

—Oye, ¡llevaba puestos unos guantes de goma! —Cerré el pico. Él levantó una ceja. Mierda—. Presuntamente.

—En serio, qué... qué narices... —Jesús dejó el papel sobre la mesa y estampó su manaza encima. No pretendió sonar amenazador, de hecho, no lo habría conseguido, pero tenía una mano muy grande, y esa manera de dar un manotazo... Si aquello hubiera sido una nalga... La mía. Pff... Enfoca, Cayetana —. ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué?

Bueno, pues habría que poner las cartas boca arriba. Además, la cara de póquer nunca había sido mi fuerte. Me había pillado hacía rato.

—Tocaste mi ordenador. Y mi Spotify.

—¿Y por eso me dejas globos de agua en la cama y me pegas a la puerta el condón de *Troya*?

—¡Has pillado la referencia! —Me miró mal—. Podías no haberla captado. No eres un gran fan de Brad Pitt.

—Se te ha ido la puta olla, Cayetana. ¡Se te ha ido mucho, joder!

—¿A mí? ¿Y qué decimos de ti? El señor correcto. El señor que todo lo hace bien. Me restriegas lo de tu plan y encima, después de largarte, con toda esa mierda de «en la siguiente cita la ropa estará por el suelo», tocas mis cosas.

Se cruzó de brazos. Putos bíceps de enfermero...

—¿De verdad vas a acusarme de haber tocado tus pertenencias cuando has revuelto premeditadamente en mis cajones hasta encontrar la caja de

preservativos?

—No te vengas tan arriba, Susito, solo tuve que ir a la mesilla; eres clásico hasta para eso.

Salí de la cocina. Por supuesto, me siguió. No estaba segura de qué esperar de aquello, pero no imaginé que quisiera seguir la bronca. Por suerte para él, yo estaba versada en mantener peleas hasta las últimas consecuencias: si quería echar el día escupiendo bilis, me venía bien.

—Revolviste mis cosas —insistió.

—Me puse guantes.

—¿Y eso de qué mierda me sirve?

—Pues para que sepas que estás tocándole las narices a una profesional. —Le di en el pecho con el índice—. Cerraste mi sesión de Spotify, Jesús. Esa es una marca que nunca debiste atravesar.

—¿De verdad es tan grave? ¡Solo tienes que volver a meter tus datos de usuario!

—¡No me acuerdo de la contraseña! —Se quedó callado. Me miró como si le hubiera dicho que dormía con chupete. Anonadado total—. Tengo un problema de memoria para esas cosas, ¿vale?

—¿Y no se te ha ocurrido apuntarlo en algún sitio?

—Pues claro que sí. —Me miré los pies. Recordé que tenía que arreglarme la pedicura—. Pero luego se me olvida dónde.

—Cayetana...

Levanté la mano al verle las intenciones. Ahora se acercaría y actuaría como siempre; como el jodido hermano mayor que yo no había pedido, ni quería. Como si tuviera que protegerme de todo mal, como si cuidarme fuera el motivo por el que moraba este valle de sombras y sufrimientos. Jesús lo llevaba arraigado, pero él ya tenía una hermana, y yo estaba cansada de ver en sus ojos esa expresión. Me podía comportar bien, mal, de manera infantil, absurda o completamente racional, que él siempre me miraría así, como a un ser indefenso.

—Te lo tomaste demasiado bien —le dije, agotada del tiovivo emocional—. Nos besamos y yo, por orgullo, me anticipé a tu posible rechazo. Di un paso atrás, y tú... lo aceptaste.

—Porque era lo correcto, Caye. Lo que tú querías.

—¡No, Jesús! Por Dios, ¿es que todavía estás con eso? Parar no era lo que yo quería. Que actuaras con deportividad no era lo que yo quería. Ni lo que necesitaba. Ni lo que esperaba. —Me aparté el pelo de la cara—. Ninguna de las

jodidas veces.

—Dijiste que no podías volver a hacer esto. Que no lo harías, y yo... yo entendí...

—No entendiste nada. —Lo miré. Con pena. Con anhelo. Con una pasión que se me había despertado con quince años y ahí seguía, fuera de control—. Lo que no podía tolerar era que volvieras a dejarte llevar por la cabeza cuando yo, otra vez, ponía todo el corazón. Te he deseado, Jesús, más de la mitad de mi vida, pero todas las veces que he intentado sacarme la espinita contigo, me he dado de bruces contra un no. Esta vez solo quería protegerme del golpe.

Pero no esperé que lo asumiera, por supuesto. Ni que se diera la vuelta y levantara una pared de hormigón armado en forma de tener citas con otras personas. Esperé que me tomara en sus brazos y leyera en mi cara lo que yo estaba gritando sin palabras. Que no quería parar, pero que necesitaba que verbalizara que él tampoco.

—Me has atraído desde hace tanto, Cayetana... Todas las veces que he pensado en ti, que he fantaseado contigo, conmigo..., me ha costado la mitad de mi cordura volver a centrarme. Lo que pasó entre nosotros, en mi casa, en el hospital y luego aquí, ha puesto a prueba mi autocontrol, y ya no sé qué más hacer. No sé qué esperas de mí. No lo entiendo.

—Sí lo haces. Lo haces, Jesús, pero tienes miedo. Y lo respeto, porque sé que hay muchas cosas que considerar. —Me acerqué un paso, y luego recordé adónde nos llevaba siempre, así que reculé—. Pero una y otra vez volvemos al mismo sitio.

—Te apartaste y eso me salvó la vida, Cayetana, porque no podía soportarlo más. —Di un respingo al sentir cómo me cogía las manos. Él se había aproximado, pero no me había dado apenas cuenta—. Lo único que deseaba era cogerte en mis brazos y dejar en pausa todo lo demás. Pero, por suerte, fuiste racional, y aunque te odié por poder hacerlo, entendí...

—¿Que era lo mejor? —Sonreí, sin gracia—. Ay, Suso... Si fuera lo mejor, no habrías vuelto de tu cita con esa cara de acelga mustia, ni yo me habría pasado la noche sin dormir, mendigando música que me hiciera dejar de imaginarte con otra mujer. Si fuera lo mejor, no buscaríamos cualquier excusa para discutir, solo porque es la única manera que tenemos de crear un espacio para los dos. Si fuera lo mejor, ahora no estarías deseando besarme casi tanto como yo quiero que me beses.

—La cita fue bien. —Enarcó una ceja. Sus dedos, ligeramente ásperos,

acariciaron el dorso de mi mano.

—¿Entonces por qué no siguió la noche como cabía esperar?

—Porque yo hoy madrugaba para irme a Sevilla a ver a mis padres. —Puse los ojos en blanco. Él carraspeó—. O... eso le dije para evadirla.

—Ya... Un éxito.

Guardamos silencio un momento. Pensé que iba a ser eterno, que nunca más oiríamos nuestras voces y que viviríamos en silencio por los siglos de los siglos —amén—, pero, de repente, Jesús tiró de mí hasta que la cara me impactó contra su pecho. Aspiré su aroma como haría una toxicómana con una barra de pegamento. Hasta curvé los dedos en su espalda para agarrarla bien. Llevaba una camiseta fina, y el calor de su cuerpo me llegó nítido, como una mañana soleada. Abrí un poco la boca y toqué con la punta de la lengua la línea donde el pectoral, muy bien formado, sobresalía. Él resopló. Su mano derecha ahuecando mi nuca, la izquierda franqueando el borde de mi cadera.

Me sentí tan húmeda con tan poco que casi me dio vergüenza.

—No podemos estar juntos, Cayetana.

—Pues claro que no —confirmé—. Somos muy distintos. Sería un desastre y echaríamos a perder la amistad de dos familias.

—¿Entonces por qué no puedo pensar más que en separarte las piernas y hundirme en ti?

Levanté la vista. Nos miramos a los ojos. No había hermandad allí, solo un montón de frustración contenida, almacenada durante años. Escondida detrás de excusas, razones y motivos que empezaban a ponerse mohosos.

—Porque eso es justamente lo que deberíamos hacer. —Fue a interrumpirme, pero mis dedos le callaron la boca rozándole los labios—. No podemos estar juntos, Jesús. Tienes razón. Yo no soy la mujer que quieres y tú no eres el hombre que quiero yo, pero esto, esta química... tenemos que dejarla ser, o nos va a terminar explotando en las manos.

—No sé si entiendo lo que quieres sugerir.

—Sí lo haces.

Me separé de su abrazo, de su tibieza y de su mirada azul. Me costó un triunfo, pero aquella era mi última mano, y, como he dicho antes, no soy buena con los faroles de póquer. Si lo rechazaba, no me quedaría nada. No había más jugarretas ni ideas de bombero; iba con todo a ese momento porque era eso o morir por combustión espontánea.

Le di la espalda y eché a andar, despacio. Conforme mis pasos se acercaban al

dormitorio, no sé si el mío o el suyo, la verdad, mis manos encontraron el bajo de la camiseta de dormir que todavía no me había cambiado y la subieron hasta liberarme el torso. Cayó al suelo. El aire fresco de la mañana me estremeció la piel y me endureció los pezones, pero apenas tuve un momento para contemplarlos porque las manos de Jesús me cubrieron los pechos. Cerré los ojos y gemí. La fuerza de su abrazo, a mi espalda, casi me hizo rogar un orgasmo que solo de presuponerlo cerca ya me estaba dando placer.

Mis pies dejaron de tocar el suelo. Literal y metafóricamente. Mi boca se enganchó a la suya y sus dedos, ásperos, hábiles, cansados de esperar, hicieron el resto.

MES DE PRUEBA GRATUITO

SUSO

Fui incapaz de resistirlo. No me avergüenza reconocerlo. En retrospectiva sé que evadir a Cayetana habría sido una proeza digna de un hombre mucho más fuerte que yo. Agarré el ofrecimiento como el hambriento un mendrugo de pan, abrazándome a su cuerpo y a aquella locura en ciernes como si fuera el último lugar a salvo de la Tierra.

Imagino que se nos acabaron las excusas. Que el desgaste, el cansancio y la cercanía habían hecho piña en nuestra contra. Por eso la tumbé de espaldas en mi cama, contemplándola como un ciego que ve por primera vez. Por eso recorrí con mis manos indignas su suavidad hasta verla ronronear de placer. Por eso entendí que aquella noche marcaría un antes y un después que traería mucho de bueno... y una condena segura.

Iría al patíbulo con gusto, pero antes... antes cometería todos los crímenes que se me ocurrieran.

—No me digas que te estás arrepintiendo.

Le sonreí, sacándome la camiseta por la cabeza y abriéndome los vaqueros, aunque me los dejé puestos. No pensaba apresurar el momento después de todo cuanto había esperado.

—Ya es tarde para eso, niña.

Pellizqué con suavidad la cima rosada de sus pechos, bajé hasta besar su ombligo y recorrerle las caderas con las manos. Levanté los ojos un segundo, mirándola sin parpadear mientras le bajaba, de un solo tirón, la ropa interior y los pantalones de pijama. Cayetana enarcó una ceja y siguió con sus preciosos ojos rasgados el movimiento que hizo la ropa al caer al suelo.

—Vale que esto no ha sido premeditado, pero las bragas que llevaba puestas se merecían una segunda miradita, Suso.

—¿Bragas? —Lamí el interior de su muslo. A ella se le cayó la cabeza hacia

atrás—. ¿Qué bragas?

Continué el recorrido descendente hasta hundir la boca en su sexo. Sé que Caye gimió, pude oírla. Levantó la espalda del colchón y me sujetó del pelo. Todo eso lo sentí, lo experimenté, pero os aseguro que fue como si, al entrar en contacto con su cuerpo, al empezar a prodigarle placer con todas las de la ley, me saliera de mi propio cuerpo y observara la escena desde fuera.

No voy a dárme las de mártir. Ni de buen chico a estas alturas; tendré, como todos, mis momentos de luces, pero en lo que se refiere a las mujeres, siempre me he movido mejor entre las sombras. Lo que quiero decir es que, con sinceridad, he perdido la cuenta de los coños que me he comido. Tal vez no suene elegante, pero aquí estamos para decir la verdad, no para quedar bien. Lo he hecho muchas veces, de muchas maneras diferentes. Algunas con más gusto, otras solo para conseguir un medio que me llevara al fin de la penetración. He puesto más entusiasmo que técnica o he seguido patrones que nunca han fallado. Vamos, que sé cómo funciona. No tiene misterio para mí... O no tenía, mejor dicho.

El sabor de Cayetana. Su tacto. Su olor. La forma en que sus muslos aprisionaron mi cabeza y sus pies se presionaron contra mi espalda. Los deliciosos sonidos que hizo su boca, y los compases de la mía, bañada de una humedad creciente que me alimentaba y me calmaba una sed que no sabía que tenía. Yo solo soy un enfermero, no tengo dones de poeta. No sé decirlo de forma más bonita y asertiva que aquel *cunnilingus* nos estaba llevando a la gloria bendita. Fue algo... místico. Cósmico. Diferente. La hostia consagrada, con perdón de la blasfemia.

Resistí incluso la tentación de tocarme, aunque la erección me empujaba la tela de los vaqueros con desasosiego. Abrí los ojos y le re Coloqué a Cayetana las piernas porque no podía ni quería perderme una sola de sus expresiones. Se estaba lamiendo los labios y, despacio, se acariciaba los pechos y la base del cuello mientras yo torturaba su clítoris. Estaba cerca, podía sentirlo. Sus músculos se estaban contrayendo, la respiración se le volvía errática y de sus labios, carnosos y suaves, salía mi nombre con una cadencia que quise grabarme a fuego en la memoria. Explotó, tensada como el arco de un violín, y el cuerpo desmadejado tocó colchón mientras ella luchaba por respirar. Pero yo seguí. Continué lamiendo, chupando, succionando. Era como si no pudiera parar. Como si no tuviera suficiente. Quizá, porque una parte muy recóndita de mí temía que aquella fuera mi única oportunidad, y quería aprovecharla. O tal vez... porque saberme el dueño de los orgasmos de Cayetana era un título demasiado

embriagador como para ofrecer una actuación mediocre.

Me tiró del pelo mientras yo tragaba las réplicas del pico de su primer éxtasis. Usé tímidamente un dedo y acaricié los pliegues y labios, empapados de deseo. Acrecenté el ritmo de mi lengua aprovechando su vulnerabilidad y... premio. La sentí volver a correrse entre espasmos. Satisfecho por el momento, levanté la cabeza para besarle las rodillas. Le sonreí, aunque Caye tenía la vista perdida en algún lugar de la habitación. Cuando me miró, se llevó la mano al corazón, que probablemente le galopaba furioso.

—¿Contra quién estás compitiendo? —preguntó, con la voz áspera.

—No importa. —Acrecenté la sonrisa, reptando por entre sus piernas, hasta poder mordisquearle la barbilla y los pechos a placer—. Cuando acabe la noche, habré ganado. No importa quién ostentara el récord antes que yo.

Me miró con el ceño fruncido. Se preparó para contraatacar, claro. No sería Cayetana en caso contrario. Ay, mi respondona preciosa... Cruzar aquellas líneas iba a poner a prueba toda mi capacidad de adaptación.

La besé en la boca. Como nunca. Con paciencia. Quiero creer que con pericia. Me entregué del todo, y mientras nuestras lenguas bailaban, mis dedos encontraron el vértice entre sus piernas una vez más. Fui un tanto brusco. La llené con tres dedos y sentí cómo su cuerpo se tensaba antes de abrazar la intrusión y moverse al compás. Los labios y las manos encontraron un ritmo cadencioso, y pronto ella tuvo que romper nuestro contacto para jadear. Le mantuve las piernas separadas con mi rodilla, el peso de mi cuerpo inmovilizó el suyo mientras no paraba de estimularla, de tocarla y observarla. Busqué su oído. Lamí el pequeño pendiente brillante que colgaba graciosamente del lóbulo y suspiré para que ella pudiera oírme.

—Todavía no hemos terminado, Caye —le dije con un jadeo, doblándome al sentir cómo mi polla emitía un grito de disgusto ante la poca atención recibida—. Quiero que te corras para mí.

Asintió despacio y yo concentré mis esfuerzos en hacerla sentir llena. Imité con mis dedos el movimiento que sabía que ella deseaba y disfruté al verla mover las caderas para mí. Se removió bajo mi cuerpo, estirándose como una gata bellísima que goza de ser tratada como una diosa. La miré, embebeciéndome de todas y cada una de sus expresiones, hasta que el clímax la volvió a sacudir. Luego, la dejé vacía, y saqué con mi boca sus jugos.

—Dios, Jesús...

—Te ha faltado mentar al Espíritu Santo.

Cayetana extendió una mano y me cubrió la cara con ella, empujándome lejos y haciéndome reír.

—Borra esa sonrisilla de satisfacción de tu cara de engreído.

—Me parece que no.

Me tumbé boca arriba y cogí un poco de aire. Mentalmente, envié ráfagas de paciencia a las zonas del sur de mi cuerpo. Aquello no iba sobre mí. No esa vez, por lo menos. Necesitaba grabar a fuego todas las maneras en que Cayetana reaccionaba al placer, para conservarlas y atesorarlas. Por si acaso. Gruñí. Por lo visto, ella tenía sus propios planes, pues estaba buscando dentro de mis vaqueros hasta dar con mi dolorida erección, que reaccionó a la palma de su mano como si hubieran nacido para encajar.

—Ya me llevas mucha ventaja... —oí que me susurraba—. Ahora es mi turno, ¿no?

Con mucha suavidad, se dispuso a horcajadas sobre mí. De haber sido ateo, en ese mismo momento me habría convertido en creyente, lo juro. ¿Cuántas veces fantaseé con Caye cabalgándome? No podía dar ni siquiera una cifra aproximada. Continuó masturbándome, llevándome a un abismo que yo estaba empeñado en no transitar todavía. Tentándome con su olor, con ese almizcle de los dos que ya empezaba a inundarme las fosas nasales. Cerré los ojos y me permití un segundo..., solo uno...

—Eres un hombre afortunado, Jesús Carvajal.

—Ya te digo. —Estiré los brazos, sujeté su pelo entre mis dedos, inclinándola hacia adelante—. Nadie te lo discutiría.

Cayetana sonrió. Su puño presionó la punta de mi pene, y creo que morí durante unos segundos. No estoy seguro.

—Me refiero a que, a pesar del pequeño incidente con tus condones...

—Dirás que a pesar del allanamiento de morada perpetrado por tu persona contra mis pertenencias.

—¿De verdad quieres discutir ahora? Te tengo cogido, literalmente, por los...

—Lo dices como si fuera una novedad.

Con una fuerza de voluntad que haría enrojecer a cualquier superhéroe, tomé su mano y la aparté. Le dediqué un guiño al ver su expresión inquieta. No quería que pensara que no estaba disfrutándolo, porque era más bien al contrario, pero, como he dicho, aquello, esa noche, no iba sobre mí. Me había fijado un objetivo, y no pensaba parar hasta cumplirlo.

—Los condones no van a hacernos falta. —Y para evitar que me

interrumpiera, me removí debajo de su cuerpo y creé el espacio suficiente para poder introducir mis dedos en su sexo—. Hoy el gusto y el placer van a ser solo y exclusivamente para la señorita.

—Pe... pero... ¿y tú? ¿No vas a...? ¿No quieres que...?

—Considéralo... como un mes de prueba gratuito. Si el producto te convence, mañana lo compras.

Afiancé el agarre de su pelo y tiré hasta hacerle inclinar el cuello hacia mí. Chupé su garganta y empecé las penetraciones rítmicas, usando mis dedos y sin ningún tipo de suavidad. Cayetana comenzó a moverse al punto, subiendo y bajando de mi regazo y otorgándome una vista maravillosa de sus tetas. Tragué saliva y pasé por momentos de tribulación. Estaba loco por metérsela. Me moría de ganas de estar dentro de ella y embestir como si el mañana nunca fuera a llegar en el horizonte, pero me aguanté.

—Cuando lo haga por completo... —le dije, con la voz ronca de una necesidad tan grande que me dolía—. Así es como te voy a follar, Cayetana. Así. En esta misma postura.

—Hazlo. Hazlo. —Gimió fuerte. Sus manos agarraron el colchón a los lados de mi cabeza—. Quiero tenerte dentro... Lo necesito.

Negué con la cabeza despacio. Le mordí el labio y solté un poco su pelo; cuando recolocó la cabeza, volví a sujetarla muy cerca de mi cara. Presioné más con los dedos. Su coño estaba empapado y sus fluidos, deliciosamente extendidos... Joder, entraría tan bien...

—Hoy es solo para ti, niña. —Levanté las rodillas para hundirme más en ella—. Disfrútalo.

Gritó con la voz que le quedaba. Me sentí como un campeón. Desde aquella postura, observar el orgasmo de Cayetana fue una auténtica delicia. Tenía el cuerpo perlado de sudor y la garganta seca, pero ella, su sexo, era un manantial. La dejé derrumbarse a mi lado en la cama. Se tapó la cara con una mano y bufó; yo solté una risita y apoyé la cabeza en mi brazo, mirándola. Balbució algo, pero no logré entenderla. Abrió un ojo y me miró de soslayo. Estaba enrojecida y absolutamente preciosa.

—Has ganado —musitó, estirando la mano para darme unos golpecitos en el bíceps—. Si me dejas recuperar el aliento, te tiraré del trono en un momento...

Me reí. Tuve la tentación de preguntarle por el número máximo de veces que se había corrido con el imbécil del aspirante a fotógrafo, pero no lo hice. Primero, porque mentar a otro hombre cuando estábamos en la cama era de mal gusto, y

segundo, porque la verdad, no quería saberlo.

—Te daré un minuto exacto. —Le besé el hombro y empecé a acariciarle el esternón—. Pero no te seques, morena... Todavía no he terminado contigo.

—¿Estás de coña? No me jodas, Jesús.

—¿Cómo que no? —Me eché encima de ella, en toda mi extensión. Sus piernas enseguida me abrieron espacio, y sus brazos rodearon mi espalda—. Creí que esa era la idea.

—Eres un presumido.

—Las quejas, mañana.

Coloqué la rodilla junto a su sexo, la moví despacio, lento, esparciendo la humedad hasta que volviera a estar lista. Y después..., vuelta a empezar.

Cayetana y yo atracamos la cocina a eso de las cinco. Le serví un vaso de agua y yo bebí de la botella a morro. Sedientos, nos la acabamos tan deprisa que luego incurrimos en toses. A ella le dio la risa, y tuvo que limpiarse la boca con el dorso de la mano. Luego, abrió la nevera y atacó con ímpetu un yogur griego que paladeó con placer. Se subió de un saltito a la encimera y yo me dejé caer en el taburete que tenía más cerca, observándola. Llevaba puesta mi camiseta, y su pelo era poco más que un nido de pájaros, aunque su melena lisa acabaría cayéndole por ciencia infusa sobre los hombros. Me quedé parado en esa imagen, analizando los detalles hasta que la intensidad de mi escrutinio le incomodó.

—¿Quieres? —Me ofreció yogur. O al menos los restos que quedaban. Negué con la cabeza con una sonrisita socarrona.

—No, gracias; he comido suficiente. —Se le tiñeron las mejillas un poquito. Me anoté eso como un punto.

—Vamos a tener que hacernos mirar ese alarde de generosidad, Jesús. —Dejó la cuchara en el fregadero y se lamió la yema de un dedo. La polla me saltó en los pantalones.

—No me pareció que te quejaras.

—No podía. —Se bajó de un salto—. Estaba demasiado ocupada intentando no morirme.

—Lo tomaré como un piropo.

—Eres un engreído. —Se me acercó. Las palmas de sus manos rozaron mis muslos, y, pese a los vaqueros, el calor de sus manos me llegó hasta la piel—. Pero, por suerte para ti, soy muy competitiva.

—Caye, ya te he dicho...

Pero ella negó con la cabeza. Para cuando hincó las rodillas en el suelo y sus dedos hábiles me abrieron la bragueta, se me olvidó cómo responder.

—Ahora eres tú el que se calla, Susito. —Se humedeció los labios con la lengua, concienzudamente. Tragué en seco—. Esto no va a equilibrar las tornas, pero te dará algo en qué pensar.

Me engulló entero. De una vez. La espalda se me despegó de la silla, y creo que hasta floté, no puedo asegurarlo. Cerré los ojos y, contra todos mis impulsos, presioné con las manos la pared más cercana. Ni el frío de los azulejos fue capaz de distraerme del hecho concreto de que tenía a Cayetana, mi preciosidad de ojos de huracán, haciéndome una felación justo en ese momento. Tuve que mirarla, y hacerlo me provocó una descarga eléctrica por toda la espina dorsal. Los dedos se me enredaron en su pelo, juro que no sé cómo. Empecé a mover las caderas, a llevar un ritmo rápido. Llevaba asomado al acantilado horas, ya no me quedaba equilibrio.

—Así, sí... Así... Joder, Caye... Joder, niña...

Su lengua era mágica. Su boca, pequeña y melosa, tenía la medida justa. El arco de circunferencia de sus labios dominaría el mundo si quisiera. Y aquellos ojos de guerrera oriental, de mujer fatal, de amiga prohibida, de chica de la habitación de al lado. Torturadora profesional que ahora me daba una tregua que no sabía yo si me salvaría la vida o me la iba a quitar de un plumazo. Se ensañó conmigo, puede que en venganza por mi extrema entrega en horas previas, pero aun cuando intenté detenerla, cuando quise poner mi escasa cordura en no reventar entre sus labios, no paró.

Caye me succionó las reservas y se las tragó con un gesto de triunfo que por poco me llevó a volver a correrme. Cuando me dejó, con la frente perlada de sudor y una sensación de abandono en el estómago, lo hizo guiñándome un ojo. Yo apenas podía moverme, los oídos me pitaban y los músculos del cuerpo entero se me habían agarrotado, rendidos. La vi levantarse. Oí correr el agua del fregadero cuando se enjuagó y luego, con el dedo índice, rebañó los restos de yogur griego y se lo terminó. La escena provocó que se me volviera a poner a media asta. Y todavía no se la había metido.

Joder.

—Si hubiera sabido que se te daba así de bien, lo habría aceptado hace dos años, en el cumpleaños de Nina.

Por un momento me pregunté si la elección de aquel recuerdo, en particular, y

la mención del nombre de mi hermana, rompería la burbuja donde nos habíamos escondido, pero Cayetana, como siempre, me sorprendió. Se echó el pelo hacia atrás y sonrió.

—Al final te habrías quedado tú debiéndome a mí y no al contrario.

—Doy fe. —Me recompuse. Lo guardé todo en su sitio y me cerré los pantalones. Me eché el flequillo hacia atrás. Carraspeé. Vale..., bien, los orgasmos habían pasado, ¿ahora qué?—. Creo que... igual es buen momento para establecer alguna clase de... ¿normas?

Frunció el ceño. Las ganas de besarla se me triplicaron.

—Eres el único tío que conozco que quiere hacer una lista después de correrse.

—Soy un hombre organizado. Y los dos sabemos que la situación es... peculiar.

—Vale. —Caminó hacia mí y se me sentó en el regazo. Las manos se me fueron a su culo directas—. Te diré lo que creo que encabeza las prioridades.

—Te escucho.

Cayetana me recorrió la mandíbula con el dedo índice, después se inclinó y me comió la boca como si hiciera años que no nos besábamos. Nos separamos con ruido, como dos ventosas húmedas, como dos críos que lo dan todo en el morreo porque es lo único que tienen.

—Primera hora es dentro de un rato, según mi reloj interno. —Me dio un toquecito en la nariz—. Compra condones.

—¿Es tu única petición?

—Esa, y que no le des vueltas a la cabeza.

—Difícil... —Recorrí con mis manos la tela de sus braguitas. Cerré los ojos e inspiré hondo. La camiseta que llevaba puesta olía a mí, aunque ahora mezclada con el olor de su cuerpo. No pensaba volver a lavarla jamás—. Navidad es en unas pocas semanas. Los dos tendremos que ir a Sevilla, y en febrero se casa Nina.

—Jesús. Eh. Mírame. —Abrí los ojos. Me encontré con su cara y ya no quise ver nada más—. No tenemos una relación. Nosotros no somos pareja. No estamos saliendo. No estamos enamorados ni vamos a estarlo.

Esta vez, fue mi turno de arrugar el ceño. Sabía todo eso, estaba de acuerdo con ello. De hecho, la familiaridad de tener a Caye entre mis brazos, de haber roto los diques de las reservas y de sentir todo aquello como... normal enfatizaba mucho mi opinión; estábamos hechos a estar cerca porque éramos casi

familia. Tentar a la suerte yendo a más sería un suicidio. Un imposible. Un no absoluto. Yo no era lo que ella quería. Ella no era lo que quería yo, ¿verdad? Y, aun así, oírsele fue desagradable.

—Tienes mucha fe si esperas que nadie se dé cuenta.

—Seremos discretos y actuaremos con toda normalidad.

—Lo normal sería discutir y mirarnos mal, y ahora mismo lo único que pienso es en lo bien que quedarías inclinada de espaldas sobre la mesa de cocina de casa de mis padres.

Me sonrió, lasciva. Y esta vez sí, sin ninguna duda, se me levantó por completo.

—Vaya... ¿Alguna fantasía más, Jesús?

—¿No me dices siempre que tengo un trastorno obsesivo con el orden y la organización? —Le di una palmada en el culo que la hizo rebotar sobre mi regazo. Gruñí. No fue mi idea más brillante—. ¿Qué te hace pensar que no he anotado, punto por punto, todo lo que quiero hacerte?

—Por fin una lista que me muero de ganas de ver...

La agarré por la parte posterior del cuello, manteniéndola muy pegada a mí.

—Voy a follarte en todos los rincones de esta casa, Cayetana.

—Bueno, la fianza ya la hemos perdido, así que...

—Veremos si te ríes tanto cuando se te acabe el mes de prueba.

Me rodeó con sus brazos, manteniéndolos muy apretados a los lados de mi cabeza. La silla crujió cuando se apoyó sobre las rodillas, manteniendo cerrados los muslos alrededor de una de mis piernas. Sentí el calor húmedo de su sexo sobre la tela de los vaqueros.

—Susito, no me provoques. —Se levantó de un brinco, dejándome el regazo vacío y una erección llamativa—. Cuando te deje seco, se te borrará esa sonrisa de petulancia de la cara.

—¿Petulancia? ¿Cuántas veces dices que te has corrido? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Me hizo una peineta. Yo me eché a reír. El reloj del horno dio las seis de la mañana. Mi turno empezaba en cuarenta y cinco minutos.

—Condomes, Jesús. Prioridad uno.

—Teniendo en cuenta que tengo que irme a trabajar, podrías comprarlos tú.

Pero Cayetana ya salía de la cocina entre bostezos. Me levanté a tiempo de verla cruzar el umbral de su habitación. Me quedé donde estaba, oyéndola trastear, hasta que se asomó con el portátil entre los brazos. Lo giró hacia mí. La pantalla era verde, y lucía, en el centro, el logotipo de Spotify. Debajo, dos líneas blancas de texto, en blanco.

—Estaré muy ocupada intentando recordar cómo volver a iniciar sesión para escuchar a Fran Perea —me informó—. Lo cual puede llevarme mucho tiempo y ponerme de muy mal humor.

Me mordí una sonrisa. Crucé los brazos.

—Condomes para la señorita. No faltaba más.

—Y lubricante efecto agua. —Cerró el ordenador. A mí la risa se me hizo ganas—. Más te vale que comas fuerte en pediatría, Jesús.

Me tiró un beso y, después, la perdí de vista. Me quedé donde estaba, planteándome si meter la cabeza en la cafetera o en la ducha. Al final, opté por refrescarme y empezar el día, por ver si conseguía que también acabara pronto. Todavía no me había ido del piso y ya echaba de menos los brazos de Cayetana.

—Pero no eres el hombre que quiere, Jesús. Ni ella la mujer para ti. Esto es... una explosión de química. No busques más allá.

Ahora me tocaba decidir si trabajar en creérmelo, para hacerlo funcionar, o si aquella pequeña lucecita de esperanza que albergaba en mi interior, y de cuya existencia todavía renegaba, se mantenía encendida.

SÍNDROME DE ESTO(ES EL)COLMO

CAYETANA

—Le he visto el pene a Jesús. Por fin. —Levanté las manos al cielo. La gente de la terraza se me quedó mirando durante un segundito, antes de volver a enfrascarse en sus conversaciones—. Logro desbloqueado. Me ha costado, ¿eh? Pero la espera ha valido la pena. Tiene un pene precioso. Perfecto. Erecto se yergue con mucha dignidad, sin escorar a un lado o a otro. Firme. Tenso. En su justa medida de venas y delicioso. Todavía no me lo ha metido *per se*, pero me hago una idea clara de cómo... Hostias, lo siento.

Esa mañana de sábado, había quedado con Elena en la calle Fuencarral para tomar el aperitivo. Me constaba que se había alegrado del plan, aunque ahora miraba sus patatas bañadas en mahonesa especiada como si estuviera a punto de potar.

—No pasa nada. —Me sonrió, pero dejó de comer—. Entiendo que es un gran paso. ¿Cómo lo lleva Nina?

Arrugué el morro, y como era mucho menos escrupulosa que ella, rebañé bien la salta blancuzca con una patata. Soplé. Volví a soplar y luego, mordí pedacitos pequeños antes de llenarme la boca con ella. Habría hecho lo imposible por retrasar la respuesta; hasta fingir interés en Héctor el actorucho; y analizar por qué mi amiga no lo dejaba de una vez, a pesar de que tenía claras dos cosas; que ella no quería tocar el tema y que tampoco se planteaba romper. Para mi desgracia, Elena, acostumbrada como estaba por su trabajo a las esperas interminables y a que siempre intentaran sacársela de encima —algunas marcas comerciales a las que tenía que pedir género eran lo puto peor—, mantuvo los ojillos verdes puestos en mí, expectantes. Como radiografiando aquello que más me reconcomía.

Joder con las amigas que te conocen...

—¿Cómo te sentirías tú si supieras que me estoy beneficiando a tu hermano

con alevosía?

—Pues confundida, cuanto menos. —Cruzó los brazos—. Por eso de ser hija única y tal.

—Venga, Elena. En serio. Esto es un gabinete de crisis. Un código magenta, colabórame.

Se mordió el labio inferior y luego le dio un sorbito coqueto a su vermú, usando la pajita para no poner los labios directamente en el borde del vaso.

—Creo que tienes una relación lo bastante cercana y profunda con ella como para no ser capaz de esconderle algo tan gordo como esto.

—Gordo es, está claro. —Se me escapó una risilla. Ella puso los ojos en blanco detrás de su flequillo rubio—. Lo siento. Continúa, *sensei*.

—Por mi trabajo, estoy habituada a ir siempre con pies de plomo y a asumir que, por más tiento que les ponga a las palabras y las acciones, siempre voy a herir alguna susceptibilidad. Por supuesto, no creo que Nina sea tan intransigente como mi jefa o los responsables de los *shoots*, pero te une a ella un cariño que no deberías jugarle ocultándole cosas. —Estiró la mano hacia su bolso. Su carita de medalla de la primera comunión perdió varios tonos al ver la pantalla del teléfono—. Perdón, estamos esperando una entrada de Yves Saint Laurent para esta tarde.

—No te preocupes, contaba con que no tendríamos mucho tiempo.

Elena invitó a las patatas y las bebidas y luego caminamos juntas hasta la boca de metro más cercana, punto de encuentro y despedida designado. Yo aproveché la tesitura para darle mi currículum, porque, a ver, estaba encantada con volver a mi rollo *freelance*, pero era muy realista al respecto, y no contaba con que esos ingresos se mantuvieran estables en el tiempo. María Paloma no iba a procrear un hijo por año para que yo tuviera una entrada jugosa que contar como segura, así que más me valía tener opciones abiertas, y el campo donde se movía Elena, aunque pretencioso, falseado y lleno de hipocresía, era un medio donde mis habilidades podían ser útiles.

Mi amiga paró un taxi con un gesto que ni Carrie Bradshaw. Le silbé a modo apreciativo. Esa tía sí que tenía clase... Lástima que pareciera tan soberanamente infeliz.

La despedí con la mano cuando subió al vehículo y la vi alejarse. Taché de mi lista de tareas el tener que recordarle el asunto de Nina. Elena no era como yo ni por asomo, ella vivía con una agenda metida en el cerebro, así que, por ese lado, me quedé tranquila.

Aproveché el resto de la mañana para hacer fotos y seguir estudiando el mercado laboral. Había actualizado el currículum antes de mudarme y, embebecida como estaba con tener derecho a prestación por desempleo y volver al Madrid de mi inspiración, me había olvidado de tantear en pos de la estabilidad. La idea de estar cuarenta horas semanales aposentada a las órdenes de algún cacique como Mamón no me seducía en absoluto, pero trabajar, había que trabajar, así que intenté hacer fortaleza de mis debilidades y buscar empleos relacionados con la fotografía que no me supusieran un infierno. Descarté, en la primera búsqueda, los estudios, porque no me veía haciendo fotos repetidas durante todo un día. Eso enviaría mi toque otra vez de vuelta a la caja de los horrores, y me había costado mucho sacarlo como para verlo empaquetarse otra vez.

Probé en agencias de publicidad y de modelos, en periódicos y revistas de tirada nacional y *online*, en blogs de moda y tendencias, y básicamente, en toda la mierda moderna que se me ocurrió y mis amigas del chat de seminarios de fotografía me fueron ofreciendo a través de sus mensajes. Ese era más el mundo de Elena, y yo me había quedado harta con un par de pinceladas tiempo atrás, pero, como he dicho, trabajar no es opcional cuando vives fuera de tu ciudad y quieres ser un miembro activo de tu familia.

—Piensa en el quiosquero. En liquidar la deuda, en poder seguir desgranando Madrid a golpe de Nikon. En el precioso piso de Vallehermoso. En comprar sin remordimientos...

Y pensando, pensando, envié solicitudes mientras engullía un *kebab* de pollo de procedencia dudosa y una bolsa de patatas de un bazar chino que olía igual que la comida para tortugas, pero que, asombrosamente, estaban muy buenas. Le di un toque a Nina, pero me saltó el buzón. Elena seguía teniéndome en «visto», *porca miseria*, así que escribí a mi madre para que me contara novedades, y en su diatriba en forma de audios kilométricos sobre los planes para Navidades, me perdí, paseando y oyendo su voz, como una nana que me meció desde la lejanía.

Volví al piso casi de noche, justo cuando el móvil me avisó a través de un correo electrónico de que había vendido dos fotos más de mi web. Levanté el puño a todo lo alto, como los concursantes de *Operación Triunfo*, y entré a casa arrastrando las botas como Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*, pero sin agua y con un suelo ciertamente menos resbaladizo. Qué asco de falta de infraestructura, así no hay quien posturee.

—¡Caye, que estropeas la madera! —Jesús se asomó en ese momento desde la

cocina. Llevaba puesto... ¿Qué narices llevaba puesto?

—Que te olvides de la fianza ya, Suso. Está perdida. —Dejé las llaves y me acerqué con tiento—. ¿Qué leches es eso?

Se señaló la pechera, confundido. Yo me habría recreado en cómo los ojos azules se le marcaban con arruguitas deliciosas de expresión, pero un aroma que provenía de la cocina me cortó en seco. Dios bendito... ¿Los olores se podían saborear? Porque aquello se sentía en la napa como capaz de levantar a un muerto.

—¿Te refieres al delantal? Es una prenda muy curiosa, en realidad. Sirve para evitar que te manches la ropa cuando cocinas. —Sonrió, volviendo dentro y sujetando una especie de espátula que tenía toda la pinta de ser nueva—. ¿Sabes lo que es cocinar?

—Mis sándwiches mixtos son leyenda, chaval.

—Eso habría que verlo...

Le seguí. O más bien, seguí aquel aroma delicioso. Como si flotara detrás de un humo gris cargado de condimentos bien mezclados entre sí. Asomé la nariz y me sorprendió ver el horno encendido. Para cuando Jesús abrió la portezuela y el calor me impactó en la cara, ya estaba salivando. Usó la espátula para remover el contenido de la bandeja y una cuchara sopera para verter el jugo que reposaba en el fondo sobre las lustrosas piezas de pollo que estaban dorándose. Las tripas me rugieron.

—Pero qué... ¿Qué «gloriosidad» es esta?

Jesús rio.

—Dudo que esa palabra exista, pero respondiendo a tu pregunta, no es más que pollo en salsa de laurel con patatas panaderas. Un clásico Carvajal.

—¿Y dices «no es más»? ¡Sacrílego!

Le arranqué la cuchara de las manos y, después de un par de soplidos ansiosos, le di una probadita al mejunje. Estaba delicioso. En serio. El enfermero, además de un pene digno de ser usado como molde para dotar de atributos a cualquier escultura castrada, tenía mano para la cocina. Se me disparó la libido. Y el hambre. Y... puede que un poquito la preocupación. Le eché una miradita cargada de intención, de esas que decían a voces «¿y esto a qué narices se debe?», sin pronunciar una sola sílaba. Él solo se encogió de hombros, bajó el fuego al horno y cerró la puerta.

—Cenar, hay que cenar —dijo, como si tal cosa—. Y pensé que sería agradable hacerlo con algo que no saliera de un bote o viniera envuelto en plástico.

—Porque te ha dado un subidón medioambiental.

—Los documentales de mi cuñado son muy convincentes. ¿Pones la mesa?

Agarré un par de tenedores, servilletas y vasos altos. Los dejé sobre la barra americana sin más orden del que habían tenido en el cajón al que pertenecían.

—A ver, Jesús. Creo que los dos dejamos más o menos claras ciertas cuestiones de este... acuerdo. —Frunció el ceño. Yo señalé hacia el horno—. No tienes que cocinar para mí ni tener... gestos. En serio. Voy a quitarme las bragas igual. Palabra. De hecho, estoy loca por hacerlo.

—Qué romántico. —Se desanudó el delantal—. ¿Quieres que te mire a la cara o te va bien si te la tapo con una bolsa del Burger King?

—Hablo en serio, Suso.

—Vamos a ver, Caye, ¿qué es lo que te preocupa exactamente? ¿Que cocine? Pues no comas si no quieres. —Se encogió de hombros y, como era superior a él, empezó a organizar los cubiertos y servilletas en dos servicios pulcros—. A mí me gusta cenar bien porque como mierdas en el hospital. No es ningún gesto épico ni pretendo impresionarte. —Los labios se le curvaron en una sonrisita socarrona—. De eso creo que ya me encargué anoche.

—¿Y te va a durar mucho el presumir por los cuatro orgasmos?

—Hasta que lleguemos a cinco. —Abrió un cajón lateral a la vitrocerámica y sacó una cajita de Durex. Me la tendió—. El pollo fue solo porque me pillaba de paso. Esta fue la compra principal. ¿Son del gusto de la señora?

—La señora espera llevarse el gusto a la mayor brevedad. ¿Cuánto le queda a la cena?

El delantal cayó al suelo. Su camiseta también. Lo siguiente que supe fue que sus manos estaban en mi culo y yo, a horcajadas sobre él, como si no pesara más que un cojín relleno de plumas.

—Lo suficiente.

Me cargó hasta la primera superficie con capacidad de abarcarnos a nosotros dos y a todas nuestras ganas. El sofá. Haciendo alarde de unas dotes malabares hasta el momento desconocidas, Jesús se vació los bolsillos y dejó el móvil y la cartera sobre la mesita de centro. Después cedió a mis empujones, y cayó sentado mientras yo remontaba posiciones. Abrí la caja de preservativos, extraje uno y solté los demás por ahí. Él alargó la mano para hacer un intento por... qué sé yo, ¿ordenarlos? No le di tiempo ni a pensarlo. Me arranqué la camiseta, me desabroché el sujetador, agarré sus manos, y él solito asumió hacia dónde tirar a partir de ahí.

—Hoy no pienso contentarme con preliminares, por muy jugosos que hayan sido.

—Estoy de acuerdo. —Me comió. Literalmente. Su boca pasó por toda la superficie expuesta de mi piel y en cuanto usé las rodillas como impulso para incorporarme, se abrió los pantalones—. Nos quedó un asunto pendiente, y no me gusta dejar las cosas a medias.

—Aquí nadie se va a quedar sin tocar la campana de la meta, Suso. Te lo garantizo.

Me bajé los vaqueros. Iba a hacer lo propio con las braguitas, pero él llevó mis manos a su *baxers* y me lo impidió.

—No te las quites —fue su petición. Me pareció perfecto obedecerle.

Le masturbé a conciencia, sintiendo cómo la humedad crecía en mi sexo a medida que él frotaba sus dedos expertos contra la tela suave de mi ropa interior. Empecé a mecarme, abierta, expuesta, ansiosa. Lo quería, y lo quería ya. No había tiempo que perder, ni necesidad de allanar un terreno que nos era ya completamente favorable. De un tirón, rasgó el papel del condón y se lo colocó sobre aquella polla perfecta que rivalizaría en alzada con una torre bien izada. La boca se me llenó de saliva. De ganas de saborearlo hasta el fondo mismo de mi garganta.

—Después... —le susurré, con voz ronca. Me agarré a su cuello, sujetándolo del pelo mientras me levantaba, en una súplica muda a la que no tardé en dar voz —. Ven dentro de mí, Jesús. Ahora. Ya.

Apartó la tela de las bragas con un dedo y, tras recorrerme entera con la yema, me penetró. La sensación de saberme completamente invadida, llena, ensanchada, me dejó sin aliento. Creo que hasta se me pusieron los ojos del revés. Los dedos se me curvaron dentro de las botas, y por un segundo recordé a Cande y su cambio radical. Joder, podía entenderla perfectamente. Un buen sexo era comparable a pocas cosas en la vida. Después, todo lo que no fuera facilitar las embestidas se me borró de la cabeza. Me sujeté a Jesús como un koala y empecé a subir y bajar de su regazo. Él mordió mi hombro, me apretó los pechos y aferró mis caderas con una fuerza descomunal. Estaba segura de que me dejaría marca en la piel, pero me dio exactamente igual. Estaba tan duro, me sentía tan bien...

—Eres tan prieta, tan pequeña... Joder, niña... ¡Joder, Cayetana!

Oírle blasfemar mi nombre me empapó. Se me nubló el juicio y me lancé a por su boca. A besar y morder. A chupar y succionar. A sentir. A entregar y recibir. Cuando ya apenas podía llevar el ritmo, él presionó mis hombros para hundirse

más en mi carne. Sentí pinchazos en la espalda, la nuca y una zona secreta situada muy hondo. A punto de explotar, el orgasmo asomaba la patita y me avisaba del final inminente. Me froté contra su pecho, todavía cubierto por aquel polo de niño bien, endureciéndome los pezones con la tela mimada por el suavizante. El roce de las braguitas, amén de su erección, que entraba y salía como un tren de mercancías, me hizo echar la cabeza hacia atrás. Reventé con un grito gutural, llevándome su nombre y tragándolo.

Él me aferró la espalda, siguió moviéndose. Presioné mis músculos internos hasta ahogarlo y entonces... llegó y se paró. El salón se llenó de un par de respiraciones entrecortadas y después, solo silencio.

Nos concedí unos minutos, hasta que se nos apaciguó la cabalgadura del corazón, entonces empecé a removerme, y Jesús captó la indirecta facilitándome la maniobra. Se levantó y ocupó de las cuestiones más apremiantes, como anudar el contenido del preservativo para evitar daños mayores. Yo me re Coloqué la ropa interior y recuperé la camiseta del pasillo para cubrirme los pechos. El post-sexo era algo que, por lo visto, íbamos a tener que trabajar, porque ¿qué reacción se supone que debíamos tener? Si lo nuestro era solo aquello, la química que explotaba, el momento de pasión, ¿luego debíamos hacer o decir algo o...? Menudo puto lío. Menos mal que, por suerte, yo era un hacha rompiendo momentos tensos.

—Deberías revisar el pollo, mira que si después de tanto esfuerzo se queda seco...

—Creí que no estabas interesada en mis dotes culinarias. —Susó se inclinó hacia mí. Me metió el pelo detrás de la oreja con un gesto de sus dedos, y aunque acababa, literalmente, de sacarlo de mí, aquello me estremeció entera.

—Pensaba que harías un chiste evidente con el tema de la sequedad y la lubricación.

—Lo he tenido en la punta de la lengua, pero he querido ser más maduro que eso. —Me guiñó un ojo—. Le faltarán unos pocos minutos, voy a terminar de poner la mesa.

—No quiera Dios que comamos con los tenedores desalineados con el trazado original de las patas de los taburetes.

Se rio entre dientes antes de volver a la cocina. Yo me regalé un par de minutos más. Para coger aire y ver si los dedos me dejaban de temblar. ¡Ni que fuera mi primer polvo, joder! Molesta con aquella debilidad, me levanté y fui al dormitorio. Iba a pillarme un pijama de Mi pequeño Pony, pero al final, opté por

sacar del armario un vestido lencero negro monísimo que no me había puesto todavía y que lo mismo me serviría para un *look* informal, con unas Converse y chaqueta *denim* que para quedar como una amante sofisticada, capaz de comerse el pollo ataviada con un amago de camión sexy, por si había segundo asalto. Aunque, eso sí, pensaba usar las manos para morder los muslos, por supuesto — me refiero al pollo, ¿eh? Mentas sucias...—, que una cosa no quita la otra.

Valoré el escote que me hacía la prenda y luego cogí el portátil. Estaba de humor para intentar por enésima vez la recuperación de la contraseña de mi cuenta de Spotify —Fran Pe, ¡te echo de menos, mi vida sí que está al revés sin poder oírte en bucle!—; me aposenté en el sofá con las piernas cruzadas, abrí la tapa del ordenador, inicié sesión y empecé a trastear.

—Tocarme las contraseñas... ¡Menudo golpe bajo, Susito!

—Convertirme el dormitorio en la mansión Playboy tampoco fue muy sutil de tu parte —respondió desde la cocina.

—Bueno, así te libré de pasar la noche con Rosa, la Mata Hari de las becas pediátricas. ¿Cómo se lo tomó, por cierto?

—Me está haciendo una guerra fría. —Oí abrirse la puerta del horno. Le adiviné poniéndose las manoplas para sacar la bandeja caliente. Pfff..., delantal y manoplas. Qué morbazo—. Se limita a saludarme de pasada con la barbilla muy alta.

—Mira que si le da una tortícolis... —Mierda, necesitaba algo donde apuntar la contraseña nueva antes de tener que teclearla por duplicado o volvería a olvidarme de ella. Dichosos formularios. ¡Pues claro que no era un robot! ¡No, no puedo marcar todos los escaparates de esa imagen distorsionada porque no los distingo!—. Por cierto: deberíamos hablar de Nina.

—¿Qué le pasa?

Fruncí el ceño. ¿No había siempre un boli en esa mesa?

—Nada. Bueno, aparte de que está intentando dejar de fumar, que ha de mentalizarse para casarse y que tiene que lidiar con la más que evidente visita de tu madre, claro.

—Estoy intentando torear esa situación lo mejor que puedo. La he convencido, de momento, para que espere a después de Navidad. La cena tradicional en Montequinto no sería tradicional si ella no estuviera allí.

Giré la vista al oír el sonido de la fuente de cristal posarse sobre la barra americana. Por lo visto, entre sus cualidades de cocinillas se encontraba también la de dotar a los platos de una buena presentación. Volvió a la cocina y siguió

hablando, pero yo... me distraje. La pantalla de su teléfono móvil, abandonado
rato antes sobre la mesita de centro, se iluminó...

19

¿ES UN PÁJARO? ¿ES UN AVIÓN? NO, ¡ES SUSOMAN!

CAYETANA

Analicemos la situación con cuidado y al detalle, ¿vale? Porque seguro que alguna vez —o dos, o siete— te has visto en mi misma situación. Un tío como Jesús, con el que has empezado a acostarte en un régimen del que todavía no tienes muchos datos y que tiene un historial amoroso tan largo que habría que enviarlo por WeTransfer; ¿nos situamos? Bien. Le llega un mensaje que destaca en una pantalla bloqueada y que, casualidades del destino, tienes justo delante de ti. ¿No miras? ¿De verdad? No me lo creo. Nadie podría resistirse a echar un ojo inocente, porque ¿y si fuera una emergencia?

Total, que miré, y levanté el teléfono de la mesa para verlo todavía mejor. Era un *mail* cuyo emisor me era muy conocido, porque, a diferencia de las contraseñas, mis direcciones de correo electrónico eran algo que recordaba muy bien, dado que solo tenía dos; la mía personal y la de la web. Y era de esta última, precisamente, de la que provenía el mensaje para Jesús. Un mensaje automático que llegaba a todos los usuarios de la página durante las doce horas posteriores a la compra de alguna de mis fotos. Un mensaje que había redactado yo, y que agradecía, de forma afectuosa, la confianza y elección de mi producto.

Pulsé sobre el texto, y aunque el teléfono pidió patrón de desbloqueo y no abrió la aplicación de correo del todo, sí pude atisbar que aquel no era el primer mensaje recibido. Lo que quería decir que Jesús había hecho más de una compra en mi web. Coincidió justo con mi auge de ventas, y, no sé vosotros, pero yo no creía en las casualidades. Pero sí en los cabreos incipientes y descontrolados como el que me estaba subiendo por la boca del estómago en ese momento.

—He abierto una botella de tinto; he pensado que podía irle bien al... ¿Qué pasa?

Pasé por delante de él y luego le estampé el móvil en el pecho. Cuando puse los ojos en él, tenía la mirada inyectada en sangre y lágrimas que no pensaba

derramar ante él.

—No te cansas, ¿verdad?

—Caye, ¿de qué va esto? ¿Qué haces?

—Te acaba de llegar un *mail*, pero no te preocupes, que te resumo el texto: «Muchas gracias por adquirir una imagen libre de derechos de Cayetana Hernández; espero que sea lo que buscaba y que vuelva a confiar en nosotros». Cosa que, por cierto, parece que has hecho.

Jesús echó un vistazo al teléfono. No le hizo falta más. Tuvo la decencia de mudar un poco el rostro, pero eso no me sirvió de nada.

—¿Me has mirado el móvil?

—Que te den por culo, Jesús.

—Vale... Vale, Caye, lo entiendo, yo...

—Eso no es cosa tuya. Yo, mi vida, no somos cosa tuya.

—No me vengas con eso. No es verdad.

—Eres incapaz de dejar las cosas estar, de permitir que los demás salgan adelante por sí mismos, tú, el gran Jesús Carvajal, el salvador de todos, el eterno hermano mayor... ¿De verdad tenías que hacerlo? ¿En serio has podido llegar hasta ahí?

—No es lo que parece.

Me reí. En serio, tuve los ovarios de soltarle una carcajada en la cara.

—Eso no se lo ha creído nadie nunca.

—Venga, Caye, escúchame, yo... yo... —Se mesó el pelo. Parecía que su locuacidad le había abandonado—. Estábamos molestando al otro, de eso iba, ¿no? Tú hiciste lo de las cajas, yo pensé...

—Pensaste que sería una forma fácil de hacerme llegar dinero sin dar la cara. Aun cuando sabías lo mal que lo estaba pasando por no poder seguir pagándote el préstamo. Esto no es una broma. Es ofensivo, porque te empeñas en seguir cuidándome cuando me he aburrido de decirte que no necesito que te ocupes de mí. Me has hecho daño, Jesús. Del de verdad. —Bajé el tono, porque aquello astillaba por dentro—. El tema de las fotos es muy importante para mí. Lo más importante. Es mi profesión. Mi vida.

—Lo sé..., ya lo sé.

Hizo por acercarse. Se lo impedí.

—No tenías derecho a hacerme creer que las ventas iban bien. A inflar mis posibilidades de esa manera cuando no eran reales.

—Cayetana, me arrepiento de haberlo hecho a tus espaldas; fue estúpido, eso lo

admito. Pero como te conozco e intuyo adónde va esto, déjame decirte que en ningún momento compré esas fotos por pena.

—No, claro. —Sonreí—. Fue tu manera de demostrar caridad.

—¿Qué? ¡No digas chorradas!

—Jesús, para ya. En serio. —Me pasé la mano por la cara. Solo quería irme a mi cama a rumiar mi desesperanza. Tampoco era pedir tanto, ¿no?—. En medio de toda la zozobra de mi vida creí que el aspecto laboral remontaba. Me pareció que estaba haciendo las cosas lo bastante bien como para tener compradores interesados, lo cual me daría empuje y sería una de esas mierdas de inyecciones de autoestima para seguir currando en esa dirección.

—¡Es que lo es! ¡Lo sigue siendo, Cayetana! Justo eso, ¿por qué ibas a verlo de otra forma?

—Porque eres tú quien las compraba, no una persona objetiva que realmente tuviera interés en algo fotografiado por mí. Tú, porque así hacías una buena obra y te quedabas tranquilo ayudándome sin dar la cara. —Agarré mi ordenador y lo abracé con fuerza—. Susoman, el puto héroe enmascarado, siempre al rescate de la damisela en apuros.

Caminé a mi habitación, entré y solté el portátil sobre el pequeño escritorio, después fui a cerrar la puerta, pero me encontré con Jesús acodado allí, exactamente igual que el día que nos habíamos trasladado, solo que ahora no había sonrisas cómplices, ni intentos por convencerme de no escoger la habitación más pequeña. Me miraba con atención, serio, meditabundo, metido quizá en alguna clase de conclusiones que, a mí, perdonadme por lo vago de los datos, en ese momento se me escapó.

—Te catalogaría de muchas cosas, Cayetana. Pero «damisela en apuros» sería lo último de la lista.

—Pues qué curioso, teniendo en cuenta que no paras de...

—¿De qué? ¿De preocuparme por ti?

—No intentes centrarlo todo en esta noche, Jesús. Ese ha sido tu comportamiento toda mi vida; siempre estás... por ahí. Metiendo las narices donde nadie te llama.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —Se indignó. Esta vez en serio—. ¿Cómo puedes usar las palabras «toda mi vida» y luego decir que nadie me llama? Tú me llamas, joder. La vida me llama, Cayetana. Los años. Las fiestas. Las vacaciones. Las comidas de domingo. El crecimiento. El corazón. —Resopló. Cuando se apartó el flequillo de la cara me dieron ganas de lamerle, pero por

suerte, pude controlarme—. Has sido una constante, y aunque seas incapaz de entenderlo, me importas lo bastante como para a veces ser un completo gilipollas que, obviamente, no ha entendido que hay una serie de límites que debe respetar.

—Pues sí, sí que los hay. Mis fotos, por ejemplo. Eso es un límite, y no debiste..., no tenías derecho a cruzarlo y hacerme creer que estaba vendiéndolas porque eran buenas. Eso fue... es...

—Una mentira como un piano. Ven aquí, porque no tienes ni idea.

Me agarró la mano y tiró. Yo me dejé arrastrar porque en ese momento mi cabeza resonaba más que las maracas de Machín. ¿Jesús había mentado al corazón en toda su lista de razones por las cuales se preocupaba por mí? De hecho, ¿había dicho que yo le importaba? Y no sonaba como a esas veces en que me pareció que me metía en el mismo saco que a Nina, ¿verdad? Os doy un momento para comprobarlo. ¿Ya? Estaba yo en lo cierto, ¿a que sí? Ay, madre... Sus palabras me daban susto y al mismo tiempo se habían convertido en esa llama que ni el enfado más acuciante me había despertado. Ahora sí que había entrado en calor, de la frente a la punta de los pies. Qué movida. Yo no quería que él tuviera la llave para hacerme sentir bien. Nadie debería ostentar tanto poder.

Me metió en su habitación. Me sentó en la cama sin esfuerzo. Lo miré mal.

—Qué sutil, Susito...

—Cállate un segundo. Espera.

Buscó en su aparador. Todo orden. Todo estilo. Sacó una carpeta que debía de medir, aproximadamente, lo que tres folios regulares juntos. La dejó en mi regazo, instándome a abrirla con un gesto impaciente. Los dedos tardaron en responderme, pero al final se portaron. Desaté los lacitos que cerraban la estructura y me encontré de frente con una imagen de un puentecito que separaba una carretera en dos mitades. A ambos lados, casitas de piedra, arbustos y un cielo azulón recortado sobre los tejados a dos aguas. Lo reconocí al instante.

—Es Montequinto.

Jesús asintió, aunque no hacía falta.

—El casco antiguo. Esa del fondo fue la casa de mi abuela durante sesenta y dos años. —Señaló la imagen con un dedo—. Puede que la comprara para seguir con las estúpidas bromas que estábamos haciéndonos, Caye, pero la escogí delicadamente y con toda intención de lucirla, porque me recuerda al lugar donde crecí y que ahora echo de menos.

—La has sacado en formato póster. ¿Vas a colgarla?

—Sobre el cabezal de la cama, sí. —Indicó el sitio levantando la barbilla—. La llevaré a enmarcar y luego cogeré el taladro, tacos y alcayatas y la colgaré encima de donde duermo. Haciendo putos agujeros en una casa que no es mía.

—Ya no iban a devolverte la fianza tampoco, así que...

Me ignoró.

—No me tomaría tantas molestias si no creyera que es una fotografía que las merece, Cayetana. —Se acuclilló hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura—. Los motivos de comprarla pudieron no ser los mejores, y escondértelo no estuvo bien.

—Estoy de acuerdo. —Me sonrió. Yo también lo hice un poquito.

—Bien, pero quiero que sepas que la considero una de tus mejores fotos. Es muy buena, y siento que mis acciones te hayan llevado a dudarlo.

Cogí aire. Hondo, observando la imagen de Montequinto con renovado entusiasmo. Otra vez, las palabras de Jesús habían hecho diana, confortándome como un chocolate caliente y un buen masaje de pies. Por lo visto, mi don era hacer peinetas con las manos heladas; pero el suyo, mucho más útil y peligroso, era la capacidad de arreglar con mimo y cariño las meteduras de pata que cometía. Eso me situaba en una posición inquieta, porque su actitud me atraía y repelía a la vez. Me sentía como una polilla esquizofrénica que al tiempo teme y desea estrellarse contra una bombilla, sin acabar de decidirse.

—Supongo que esto explica la primera compra. ¿Qué hay del resto? He podido ver que tenías más correos.

—Ayer por la mañana compré una más, sí. Para un regalo.

Apartó la fotografía de Montequinto y dejó al descubierto otra, en blanco y negro. Era un poco más pequeña, y estaba dominada por la imagen de una montaña rusa ligeramente emborronada. Las sombras de las personas que la miraban desde abajo se superponían con los toldos y puestos de comida rápida y juegos que adornaban el resto de la feria, aunque no eran más que meros espectadores de la impresionante atracción, cuyas luces y movimiento quedaban atrapadas en ráfagas y haces de luz descoloridos. Al mirarla detenidamente, parecía girar ante nuestros ojos. De hecho, si me concentraba bien, podía oler el algodón de azúcar, oír los gritos y sentir la adrenalina subiendo y bajando por mi cuerpo.

—La feria... —susurré—. De Almería, creo. No recuerdo el sitio exacto, pero esta foto tendrá... tres o cuatro años.

—Voy a regalársela a Nina el día de su boda. —Levanté la cabeza. Él solo se

encogió de hombros—. Siempre describe lo suyo con Lucas como una locura, un vaivén, una...

—Montaña rusa.

—Eso es. Me pareció apropiado. Una imagen de tu autoría le gustará seguro, y será algo simbólico y sentimental. —Me acarició la rodilla. Sus ojos azules dejaban en mí una de sus miradas más limpias—. No habrías dado un duro por que al final tuviera corazón, ¿eh?

—Estaba casi segura de que lo que te bombeaba el pecho era un libro de Marie Kondo, la verdad.

Compartimos una risa cómplice. Después, Jesús guardó las fotos y tomó asiento a mi lado. Entendí muchas cosas: primero, que su cariño por Nina alcanzaba cotas que yo nunca sería capaz de asimilar del todo; que, ante cualquier otro defecto, Jesús era una buena persona que intentaba hacer las cosas bien, y segundo y sobre todo, que, al errar, no perdía el tiempo para disculparse. Me había dado explicaciones y había admitido su culpa, y, en el proceso, había despertado rincones de mí que no estaba segura de saber gestionar. Dejé todo eso pendiente de revisión, dado que en ese momento solo podía ocuparme del presente; lidiar con un buen tipo, por quien sentía una atracción que se me desbordaba.

—Entonces... ¿está todo bien?

—Todo normal. —Salvo el pequeño detalle de aquel galope cardíaco que no lograba controlar, claro—. Estoy muerta de hambre. Enfadarme y perdonarte me ha impedido probar ese maravilloso pollo con patatas panaderas.

—Al final tenías razón. —Con la mano derecha apagó la lamparita. La izquierda se apoyó en el colchón cuando se inclinó sobre mí—. Me ha quedado seco.

—Vaya... Son dos errores reconocidos en una sola noche. ¿Podemos confirmar que estamos ante un nuevo Jesús Carvajal?

—Al que pones tan cachondo como al antiguo.

El beso fue embriagador. Muy húmedo. Con las bocas abiertas y las lenguas dispuestas. El vestido lencero cumplió su función, aunque con cierto retraso, y terminó pasando la noche tirado en el suelo, que era lo que yo esperaba. Jesús me recorrió entera con las manos, y fue desnudándome de preocupaciones y pensamientos al mismo tiempo que lo hacía con su propia ropa.

Nos llenamos los labios de gemidos, demasiado intensos para quedársenos guardados, y al mirarnos en la penumbra, cuando la transpiración y el deseo ya

habían llamado a la puerta y entrado hasta la cocina, tuvimos un momento de clarividencia, pero no nos vimos preparados para asumirla.

—Si solo compraste dos fotos... —Hundió la boca en mi garganta. Gemí—. ¿Quién tiene el resto?

—Cualquiera, Caye. Compradores. Entusiastas. Coleccionistas. Músicos. Editoriales. —Su manaza me sobó el culo. Los dedos se colaron dentro de mí. San Judas Tadeo, patrón de los imposibles, me ofreció su puño, y yo se lo choqué—. Eres una gran fotógrafa. Lo haces realmente bien.

Con una sonrisa radiante, estiré la mano hasta agarrar sus joyas de la corona. Me entregué a tope hasta dejarlo al borde del abismo, al que le empujé poco después, cabalgando sobre su cuerpo como una jodida amazona mística. Jesús gritó mi nombre como en una plegaria; porque hacer fotos, no era, ni de lejos, mi único talento.

20

¿HAY ALGÚN ENFERMERO EN ESTA *BABY SHOWER*?

SUSO

—Nina, por favor... ¡Nina, me amparo en el código de mejores amigas, en todos los secretos que te he guardado y en que no me lie con Saúl Quintanilla en quinto teniéndolo a huevo porque te gustaba a ti!

Dejé el dedo a medio camino entre la máquina de café y el botón de encendido para impedir que el sonido chirriante del motorcillo interno me distrajera. Fuera, en el salón, Cayetana intentaba convencer a mi hermana para que se uniera a ella en uno de sus trabajos esporádicos de fotografía, que, por lo visto, y según lo que llevaba unos diez minutos escuchando, tenía que ver con una sesión de premamá para una joven cuya boda Caye había fotografiado el año anterior. Me habían llegado retazos más o menos inconexos, y, por supuesto, yo solo oía una parte de la conversación, pero las palabras «finca», «sierra de Guadarrama», «Antonio Mendoza», «regalo de Desigual» y «tronos flotantes» me dijeron casi todo lo que necesitaba saber.

Oí un ruido sordo, algo que se parecía sospechosamente al teléfono de Cayetana espachurrado contra la mesa del comedor. Luego bufó y soltó un taco. Murmuró algo de unos granos que brotaran en la víspera de la boda y, luego, empezó a renegar, arrepentida. Sonreí.

—Ay, Cayetana... Tienes la maldad de un paquete de Donettes.

Abrí la mermelada de uva y unté un par de rebanadas de pan. Aquella mañana en particular me encontraba lleno de energía. Con un día libre por delante que, por lo visto, iba a pasar solo —bueno, no había nada perfecto—, mantendría la casa al día y me ocuparía de actualizar algunos historiales mientras mi compañera-guion-amante hacía su trabajo. Di un bocado; quizá la mermelada estaba muy dulce o tal vez las connotaciones de aquella palabra, nunca pronunciada en voz alta, se me seguían atragantando. Por más que me repetía que el acuerdo que lo sostenía había tenido lugar de mutuo acuerdo, me seguía

pareciendo mal meter a Cayetana en aquella casilla. Era consciente de que ella merecía más. El mundo entero, si encontrara alguien de quien quisiera recibirlo.

Alguien que, por supuesto, no era yo. Eso lo había dejado muy claro.

—¿Elena? —Por lo visto, había decidido seguir intentándolo—. Tía, tengo un planazo para ti; borra tu agenda de esta tarde porque nos vamos de *baby shower* gitano, que, mira, yo no sé cómo de diferente será de los otros, pero si se parece un poco a las bodas... —Silencio tenso. Caye balbució algo, pero fue la voz más allá de la línea telefónica la que pareció llevarse el gato al agua en el tira y afloja. Le di otro mordisco a la tostada y la acción se reactivó—. ¿Intentar que Rosalía lleve el qué? ¿Louis Vuitton? ¡Pero si siempre va en chándal! ¿Qué...? Ah, ¿es que hay más marcas deportivas que no sean Nike o...? Pues me dejas loca, pero, vamos, que no te vienes, ¿verdad?

A mi pesar, solté una risilla. Por suerte, logré enmascararla poniendo la cafetera en marcha. Por fin. Ya estaba removiendo el contenido con un poquito de leche condensada y azúcar morena —un caballero también tiene que mimarse de vez en cuando— cuando Caye se dejó caer, cual saco de patatas, en uno de los taburetes de la cocina. Hundió la cabeza entre los brazos y estos los dobló sobre la barra americana.

—Alguien se ha levantado de mal humor...

—Para eso alguien tendría que haberse acostado.

Lamí la cucharilla y, ejerciendo del buen samaritano que estaba hecho, dejé la taza recién preparada delante de ella. Los ojillos le brillaron un segundo, hasta que divisó los restos de mi tostada con mermelada de uva. Resoplé.

—Ahora te preparo una. —Y para evitar entregarle hasta lo que necesitaba para empezar yo el día, me acabé la mía de un mordisco—. ¿Qué pasó anoche? Cuando me desperté ya no estabas.

—Sí, bueno... —Bebió como maniobra de distracción. Fue tan evidente que me hizo gracia—. No soy muy de pasar la noche fuera.

—Estabas en tu piso.

—Fuera de mi cama, quiero decir. —Se pasó la lengua por las comisuras de los labios. Caye era seductora hasta sin pretenderlo—. Además, tenía que ponerme al día con algunas cosas para conseguir que la jornada de trabajo de hoy pase de infierno a placer.

—¿Y cómo va? —Le dejé delante la tostada. Ella hizo una pedorreta en respuesta a mi pregunta—. Así de mal, ¿eh?

—No tengo soporte humano para cargar el equipo. Me gusta usar distintos

enfoques y añadir iluminación externa, pero si me llevo todo eso, el bolso, el trípode y el ordenador, no me dará la vida.

—¿Y no se te ocurrió buscar apoyo logístico con un poquito más de antelación?

Me miró como si quisiera escupirme el extracto de uva en un ojo. Probablemente lo consideró.

—Si tu única aportación es decir obviedades, Suso, límitate a cocinar.

—Cocinar y darte orgasmos... A mí me suena como que aporto bastante, ¿no te parece? —Me hizo una peineta, le agarré el dedo y la hice sonreír a base de mordiscos—. A ver, ¿cuánto dura la chuminada esa?

—Primero, es una *baby shower*. Una fiesta prenatal para el futuro bebé de María Paloma, que es una chica fantástica y tiene una familia maravillosa.

Enarqué una ceja mientras me ponía el trapo de cocina en el hombro.

—Vamos, que tienen pasta.

—Más que una *trattoria*. Y quiero quedar bien. Es imperativo que quede bien. —Se terminó el café y atacó la tostada con ansias—. Serán unas... cinco o seis horas, contando con la llegada de los invitados, los previsibles cambios de escenario, vestuario, los cócteles, la comida, la entrega de regalos...

—Joder, ¿se espera que dé a luz en directo?

—Me daría mucho asco fotografiar su parto, pero, si lo considera, espero que me llame.

Me puse a fregar los cacharros del desayuno mientras la escuchaba y pensaba. Con las claves del Gregorio Marañón que me habían dado en administración de personal podía ponerme con lo de los historiales; de hecho, había traído impresos un par de ellos, de pacientes a los que iba a tratar en días sucesivos para ir poniéndome al día. Tenía colada y había una bombilla fundida en el espejo del baño, llevaba un par de días sin hablar con mi padre y tenía como cuarenta mensajes sin leer en el grupo de WhatsApp de la familia, todo lo cual eran tareas de las que podía encargarme, aunque ninguna de ellas me produjera tanta felicidad como estar cerca de Cayetana.

¿Veis? La mermelada estaba demasiado dulce.

—Vale, Cayetana. Este es el trato.

La sentí asomarse por un lateral de mi hombro. Miró lo que estaba haciendo como si la actividad le resultara incomprensible.

—¿Por qué friegas a mano si tenemos lavaplatos?

—Porque no hay suficientes platos sucios que justifiquen ponerlo.

—Pues los dejas dentro y, cuando esté lleno, le das caña.

Negué con la cabeza, enjuagando los cubiertos y las tazas.

—Es más rápido y eficiente dejar esto lavado que esperar una eternidad de tiempo. Solo somos dos y no cocinamos grandes festines. Tardaremos en tener para un lavado completo.

—Rápido y eficiente. —Chascó la lengua—. Menos mal que no eres así para todo, Susito.

Le arreé en el culo con el trapo.

—¿Quieres escucharme? —Me sequé las manos y, luego, me giré, tomando la pila como apoyo para mirarla de frente—. Te decía que el trato es el siguiente: yo te sirvo de «pinche» fotográfico para la *baby party* de Andrea Cristina...

—*Baby shower*. Y es María Paloma.

Hice un gesto vago con la mano. Algo que venía a decir «tanto monta...».

—Lo que quieras; yo te sirvo de segundo de a bordo si tú, a cambio, consientes en que me encargue de la parte práctica, como el transporte.

—Antonio Mendoza siempre nos manda un coche. —Algo en su sonrisilla me hizo dudar de que aquello fuera cierto, pero, de todos modos, no pensaba transigir—. Y dado que soy la fotógrafa oficial, lo «práctico» es cosa mía.

—Voy a alquilar un coche porque en dos días necesito moverme hasta Getafe y no quiero hacerlo en metro: llevarte y traerte será parte de mi cometido, a ti y a tu equipo. —Agarré el bote de mermelada y lo cerré a conciencia. Luego lo alineé en el estante—. Así el señor Mendieta podrá ahorrarse un gasto.

—Mendoza. Y el dinero no es un problema para él. Lleva al cuello el busto de un Cristo que es casi a tamaño real.

—No creo que le importe que tengas tu propio vehículo, aunque sea yo quien conduzca y, en este caso, lo hayamos alquilado. En cuanto al tema de la logística...

—Jesús, para. No quiero una ayuda plagada de obligaciones y letra pequeña, ¡Dios! Aceptarte un favor es como pedir un jodido crédito. No me hagas hablar del tema de deudas y préstamos.

—Esas son mis condiciones, niña. —Me encogí de hombros—. No soy yo quien tiene el horario pegado a esa monada de culito. Tú sabrás si puedes permitirme rechazarme.

No lo hizo. Pero renegó cada segundo.

—Admite que el coche te encanta.

Cayetana levantó la barbilla. Detrás de aquellas enormes gafas de sol parecía una estrella de cine con mucha mala leche. Sonreí, acariciando el volante con reverencia. Ella podía negarse a disfrutar del paseo si quería, pero yo estaba maravillado con aquel modelo deportivo de Mazda; de hecho, no era improbable que me pasara por el concesionario para hacer números con mi utilitario, en Sevilla, en manos de mi padre —el viejo taxi estaba ya dando estertores, por más que él se aferrara a seguirlo reparando en su mecánico de confianza—, tal vez no sería mala idea invertir si la cosa con la beca iba bien...

—Es que no entiendo para qué narices te has empeñado en alquilar nada —rezongó mi copiloto por fin—. Ya te dije que Antonio Mendoza siempre manda un coche.

—Y yo te respondí que en un par de días me mandan a Getafe. ¿Miranda va a hacer extensible el préstamo hasta entonces?

—¡Mendoza! —Caye se removió. Tiró del cinturón. Recolocó los pies. Se echó un poquitín hacia atrás. Yo me tragué una sonrisa ladina. Podía decir misa en arameo, pero el Mazda le gustaba, vaya que sí—. ¿Y para qué te mandan a Getafe?

Cambié a una marcha más larga y giré. Ya estábamos en plena Sierra de Guadarrama. Bajé un poco la ventanilla, y aunque teníamos la calefacción puesta, un fresco agradable revoloteó a nuestro alrededor.

—La beca incluye participación pediátrica activa —expliqué, echando un vistazo al GPS para asegurarme de no pifiarla en alguna subida. Por más que me gustara, el coche tenía que devolverlo sin abolladuras, y entregarlo metido en una zanja no era una opción—. Se nos permite opinar y ser parte de algunos casos tratados por otros especialistas, en su mayor parte, de pacientes cuyos tutores legales han firmado un consentimiento para que la enfermedad padecida sea objeto de, digamos, «diálogo» entre varios residentes, estudiantes y, en mi caso, becados.

—¿Al participar en el proyecto y abrir al público lo que les pase a sus hijos se los ayuda con los gastos médicos?

—Bueno, yo no diría que se abre al público; solo estaremos presentes tres o cuatro de pediatría, pero, sí, es una manera de resumirlo. —La miré de reojo. No me impresionaba su sagacidad, Cayetana siempre había sido una mujer muy avispada—. Es una forma de colaborar con aquellos que no cuentan con recursos abultados para hacer frente a algunos tratamientos.

La carretera, de tierra, sin fronteras ni marcas, por la que circulábamos se abrió. A ambos lados, abedules y otras especies arbóreas colindaron una especie de calzada bien asentada, que, aunque no estaba asfaltada, sí distinguía dos carriles y hasta un par de buenos arcenes. De frente, unos trescientos metros después del abrupto cambio de escenario, unas verjas imponentes, en tonos negros con ribetes dorados y unas intrincadas letras que se juntaban como en forma de candado, en el centro, nos dieron la bienvenida. Me bajé las gafas de sol, y admito que se me abrió la boca de impresión. Cayetana se dio cuenta de mi turbación y, mientras bajaba la ventanilla de su lado para acceder al interfono, me sonrió un poquito.

—Hay quienes no tienen ni idea de lo que significa carecer de recursos.

—Ya te digo...

Cayetana llamó al timbre que tenía más cerca y, al punto, las cámaras de seguridad enfocaron hacia nosotros. La vi saludar y lanzar besos. Las enormes rejas cedieron para darnos paso.

—Esta gente me adora —informó sonriendo.

La finca *Dios es mi luz* era... ¿Cómo describirla para hacerle justicia? Como una mezcla ecléctica entre las páginas centrales del *¡Hola!* y un culebrón venezolano. Había hombres con botas, tejanos y sombreros arriando caballos, pero también encargados de librea sacando brillo a unos coches que yo solo había visto en miniatura, en mi colección de Micro Machines. No había sido capaz de cerrar la boca, y cuando nos bajamos ante la gran casa, que tenía unos cuatro pisos de alto y era, en ancho, como un par de trasatlánticos puestos en horizontal, creo que hasta babeé.

—Pero qué... absurda cantidad de dinero.

—Y no has visto nada —me susurró Caye, antes de echar a andar y fundirse en un abrazo con una mujer que nos salió al paso—. ¡Regencia, estás bárbara!

—¡La ocasión lo manda, señorita Hernández! Y... ¿quién te acompaña?

—Este es Jesús. —Me señaló con el brazo. Yo me re Coloqué la funda del portátil y sonreí—. Es nuevo. No sé si pasará el periodo de pruebas, la verdad, pero le aseguro que hoy lo dará todo.

—Pues si no estuviera felizmente anillada como una tórtola... —su mano derecha refulgió con tantos quilates que no pude ni contarlos—, le pediría que ese «todo» me lo hiciera llegar a mí.

La mujer le hizo un guiño a Caye y ella le devolvió el gesto. Yo... A ver, quiero

pensar que fui capaz de mantener el tipo, pero estoy seguro de que me ruboricé como un quinceañero mientras fantaseaba con la idea de que una señora de tan buen ver me hubiera echado el ojo.

—Ni se te ocurra pensarlo —me advirtió ella cuando Regencia Mendoza nos indicó dónde podíamos instalar el equipo—. Su marido tiene pinta de saber partir cuellos con las manos desnudas.

—¿Celosa?

Me repitió la pedorreta de la cocina, pero yo había visto la arruguita preocupada de su ceño y decidí presionar. Solo por diversión.

—Es una mujer muy atractiva. Y ese olor...

—El olor de los ricos. Todos por aquí lo tienen.

—Hace a uno pensarse si correr el riesgo.

—Corre lo que quieras, pero cuando terminemos el trabajo. —Caye abrió el trípode. El golpe que le dio con él al suelo quizá fue un poquito más intenso de lo debido—. Me tomo muy en serio mis compromisos, y ya te he dicho que no quiero quedar mal con los Mendoza.

Solté el bolso del portátil y monté la Nikon con uno de los objetivos. Le quité la tapa, preparé el obturador y añadí el disparador manual. Cayetana me fulminó con un gesto.

—¿Tampoco vas a dejar que tu ayudante te ayude?

—Mientras tu ayuda no sea meterle mano a la madre de la homenajeadá...

Ocupamos posiciones en el centro mismo del meollo, que era algo así como un salón comedor pero situado al aire libre. Una enorme extensión de verdor y zonas de terraza, con piscina, barbacoa y una zona para entrega de regalos, en cuyo cénit se encontraba una mujer rubia, tumbada en una especie de futón violeta cuajado de cojines. Habían montado a su espalda una suerte de abanico gigante formado por dieciocho hojas de palma atadas con un lazo de satén. A sus pies, ocho baldosas doradas emulaban las patas de un león. Multitud de jovencitas se arremolinaban a su alrededor, como adorándola, y a los lados, contaba con cuatro mesas repletas de tentempiés y jarras de bebidas de colores.

La reconocí como María Paloma por pura suerte, la verdad, porque aquella mujer, evidentemente embarazada, poco tenía que ver con la grácil criatura de cintura de avispa embutida en lino y seda blanca que Cayetana me había mostrado esa mañana. En su lugar, la hija de los Mendoza parecía haber sido... devorada por una especie de réplica rechoncha de sí misma. No soy muy bueno calculando edades, esa es la verdad. Los meses de embarazo de las mujeres según

su curva abdominal se me dan bastante mejor. Deformación profesional. A juzgar por el estado de la tripa, María Paloma debía de estar de unos cinco meses, lo cual me parecía muy nimio para su... contorno.

—La tienen entre algodones. —Caye disparaba a un lado y a otro. Extendía la mano y yo iba poniéndole distintos chismes en la palma, elementos todos que ella encajaba, enroscaba y luego volvía a quitar—. Literal y metafóricamente, como ves. Es de esas mujeres que se pasan el embarazo de reposo.

—¿Por qué? ¿Es que está enferma?

—No, pero es hija única. —Extendió el brazo y saludó con énfasis—. Y ese señor de melena negra y anillos que ni el Papa es su padre. Si pudiera, completaría por ella el proceso digestivo para que su princesa no tuviera que hacer caca.

Cayetana saludó con afecto a Antonio Mendoza, que fingió estar azorado mientras ella le hacía un par de fotos, aunque no dudó en posar con bastante gracia. Durante las siguientes tres horas, vi desfilar ante mí bandejas con cócteles de gambas, ensaladas de frutos secos, bandejas con fruta troceada en forma de cola de pavo real, embutidos ibéricos y postres dulces. Estuve pendiente de María Paloma, que hacía mohines de disgusto cada vez que sus restricciones de embarazada le impedían entregarse a la gula tanto como hubiera querido, y aunque sin duda no se privó, al menos fue consecuente con su estado y se portó bien.

Sus amistades y familiares agasajaron al bebé que estaba por venir con un sinfín de regalos de lo más estrambótico, de entre los cuales se llevaron la palma unas botas artesanales del Sevilla Fútbol Club que hicieron humedecerse los ojos del futuro abuelo y un sonajero de plata de ley que, temí, provocaría un traumatismo al niño o niña si le caía sobre la cabeza al jugar con él.

—¿A nadie se le ha ocurrido traer un sacaleches o pañales desechables?

—No seas cutre, Jesús. —Caye me acercó un bocadito de cangrejo—. Todas esas cosas se las darán en privado. Aquí el tema va de aparentar. Ya verás cuando saquen el cubo.

—¿Cubo? ¿Qué cubo?

Me enteré poco después. Entre aplausos y vítores, los parientes y demás invitados empezaron a lanzar billetes dentro de una cubo, al grito de «Para que no le falte de nada». En serio. Yo no había flipado más en mi vida, y eso que había crecido con las anécdotas del taxi de mi padre.

Conforme cayó la noche, y después del tercer cambio de ropa de María Paloma

—era lo único para lo que se levantaba de su trono de almohadas—, se sirvieron bebidas alcohólicas y platos más consistentes para todos los que no tuviéramos que seguir una dieta prenatal. Cayetana se frotó las manos y me dijo no sé qué de unos sol y sombras, pero yo me había quedado congelado en la estampa del futuro padre de la criatura, arrancándose por bailes ante su esposa, mientras Antonio Mendoza y sus hermanos tocaban la caja y otros instrumentos varios.

—Anda, tómate uno. —Caye me acercó un vaso—. Esto resucita a un muerto. Es parte del motivo por el que he aceptado el curro. Los Mendoza sí que saben hacer combinados.

—Parte de la logística de la que voy a encargarme conlleva devolvarte sana y salva a casa. El que conduce no bebe.

Me sonrió. No estaba borracha, pero puede que un poco desinhibida, sí.

—Te pones tan rico cuando eres serio y responsable...

—Al contrario que tú, que estás riquísima siempre.

—¿Te ponen tonto las *baby shower*, Jesús? —Me acarició el brazo con una mano—. Estoy trabajando, pero si no lo estuviera...

—Si no lo estuvieras, ya te estaría trabajando yo.

Tuve toda la intención de adornar mis palabras con un poco de sobeteo, pero como ya me había anunciado, Cayetana era muy celosa de su trabajo y no permitió que la distrajera. Teniendo en cuenta lo que pasó después, supongo que fue una suerte.

Me paseé un poco entre las mesas, cargando parte del equipo mientras ella se mezclaba con el gentío y casi compartía futón con María Paloma para sacarle primeros planos y fotos detalle. Sus manos sobre la tripa, el baile pasional del marido, cuyo sudor empapaba una camisa a la que ya le habían arrancado todos los botones... De hecho, hubo un momento en que esperé ver desfilar caballos engalanados por plumas o elefantes cargando un montón de camellos de oro, como los de Aladdin cuando se presenta ante la princesa de Agrabah. Faltaron los animales, pero los festejos no decepcionaron. Y la cena fue de órdago.

—Me parece que acabo de ver a Sergio Ramos —me dijo Caye de repente, prácticamente tirándose en una silla vacía a mi lado mientras yo devoraba la tarta de tres chocolates y dulce de leche que una amable camarera me había ofrecido—. Me alegra comprobar que no estás pasándolo mal.

—No parecías necesitarme. —Le ofrecí la cucharilla de la paz—. Y me sorprende que seas capaz de reconocer a un futbolista por su nombre.

—¿Lo dices por Sergio? —De un bocado, la muy truhana se acabó la mitad de

la tarta—. Es de Camas, Jesús. Y canterano del Sevilla, ¿cómo no iba a conocerlo?

—Mira que sé de sobra lo castiza que eres, pero siempre me sorprenden...

No voy a presumir, aunque entiendo que la forma en que cuente lo que ocurrió a continuación será determinante para la opinión que tengáis después de mí. A ver cómo lo hago. Cuando te dedicas a la rama sanitaria, de alguna manera siempre estás de servicio. No hablo de juramentos hipocráticos ni nada de eso, aunque, también, sino de algo más... de dentro. Una especie de sexto sentido que tienes siempre alerta, como si llevaras un busca que no se apagara nunca. Quizá te haces más sensible a la necesidad de asistencia porque es a lo que dedicas tu vida, lo que haces en tu trabajo, y, al ser algo tan... profundo, tan de vida o muerte a veces, desconectarlo resulta imposible. Estoy seguro de que los maestros y profesores pecan cuando ven alguna falta de ortografía a sus hijos o conocidos; pues a los enfermeros se nos ponen las orejas puntiagudas ante la necesidad de auxilio, incluso bajo condiciones como las de aquella fiesta, con una música descomunal de fondo y un gentío que quitaba el aliento.

Por eso dejé de comer en el acto y me puse en pie, oteando el horizonte, esperando encontrar... algo.

—¿Jesús? ¿Qué pasa?

Y el algo, por supuesto, me encontró a mí. Primero en forma de sonidos dispersos y luego..., luego en modo de gritos atronadores.

—¡Se ahoga! ¡Dios mío, se está ahogando! ¡Que alguien nos ayude por favor! ¡Ayuda, por el Cristo bendito!

Eché a correr, temeroso de alguna caída contra los cristales que poblaban el suelo, fruto de las botellas que caían y se hacían añicos; temí por la embarazada, que no paraba de comer y proseguía de reposo cuando lo que necesitaba era empezar a moverse para no perder movilidad. De todo pasó por mi mente, menos lo que encontré al llegar a la mesa principal. Y es que allí, sentada en el suelo, ante un corrillo de personas que no sabían si abanicarla, ofrecerle agua o persignarse, estaba Regencia Mendoza echándose las manos al cuello, donde un grueso collar de tres vueltas de perlas parecía estarla constriñendo. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos y la boca abierta. Se revolvía, dándose golpes en tanto hacía señas que nadie parecía entender.

—Apártense. Por favor, háganse a un lado, déjenle aire.

Empujé a gente que no conocía hasta que, por fin, llegué hasta ella. La tomé de las manos. Le sudaban. Intenté levantarla, pero la mujer no cedía. Alguien a mi espalda me ofreció una botella de whisky. Negué con la cabeza con firmeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa a mi mujer? ¡Regencia, por el Señor del Cielo! ¿Por qué no hablas? ¿Qué tienes?

—Se está ahogando —gruñí entre dientes, intentando mantener la cabeza donde debía estar en vez de responder preguntas que solo nos harían perder un tiempo precioso. Indiqué a Antonio que me ayudara a tirar de ella—. Tenemos que ponerla en pie y liberarle las vías respiratorias.

—Enseguida, enseguida... Vamos, reina mía, ¡arriba, mujer!

Los cuchicheos no se hicieron esperar, pero yo hice caso omiso. Me coloqué a la espalda de Regencia y cerré el puño sobre su diafragma. Me cubrí una mano con la otra, cogí aire y tomé impulso, golpeando hacia arriba y levantándole los pies del suelo. Lo repetí dos, tres veces y a la cuarta, por fin, una enorme gamba salió disparada por su boca y cayó al suelo, a un par de metros de nosotros. Regencia rompió en toses. Algunos de los presentes, en aplausos. Yo me concentré en desabrocharle el grueso collar y dejarlo sobre una mesa. Masajeé su espalda, escuché el sonido de su respiración hasta que este se volvió regular. Llorosa, aliviada al ver recuperada su capacidad de habla, la madre de María Paloma me cogió la mano.

—Gracias... ¡Gracias, muchacho, mil gracias!

—¡Un brindis y una salve rociera por el médico, maldita sea! —Antonio Mendoza me agarró de los hombros, llevándome al centro de la muchedumbre, que no se contuvo de jalearme—. ¡El médico fotógrafo ha salvado la vida de Regencia de una muerte segura! ¡Dios es grande y ha puesto en su mano el poder sanador!

Hostia...

—En... en realidad... yo...

—La verdad es que de fotografía no sabe mucho. —Cayetana se abrió paso. Cuando la miré, su expresión fue lo único en el mundo que quise seguir contemplando—. Pero es un enfermero cojonudo.

—¡Por el enfermero entonces! —bramó Antonio Mendoza.

—¡Por el enfermero! —aullaron los demás.

Aturullado, acepté la manzanilla que me pusieron en las manos. Me mojé los labios y sonreí. Asentí a los golpes en la espalda y, para cuando logré escabullirme, me pitaban hasta los oídos por causa del griterío.

—Así que salvando vidas, ¿eh? —Cayetana negó con la cabeza—. No eres capaz de pasar desapercibido.

—Dijiste que aquí te adoraban. Supongo que me dio envidia.

—Antonio Mendoza te va a levantar una estatua de platino en el centro del jardín.

—Dios... —Me tapé la cara con las manos. Caye rompió en carcajadas—. Debes de haber disfrutado de lo lindo de mi cara de empanado.

—He disfrutado de lo lindo, sí, pero de lo resuelto y capaz que eres. No has dudado ni un segundo, Jesús; sabías qué hacer y lo has hecho. —Me sonrió, escueta, escondiéndome algo tras el velo de una mirada que yo creía conocer a la perfección—. Nunca te había visto ejerciendo. Ha sido increíble.

—Lo pintas como más de lo que es, de verdad.

—Puede, pero esta anécdota... —señaló los múltiples grupitos de personas que charlaban entre sí. Y a Regencia Mendoza, que no cesaba de hacer señas hacia donde me encontraba yo mientras gesticulaba todo lo que le daban de sí sus brazos— no se va a olvidar fácilmente.

Quizá Caye llevara razón y aquella pasara a ser la maniobra de Heimlich efectuada en una *baby shower* más famosa hasta la fecha, pero a mí lo único que me importaba era la forma en que ella me observaba, como si viera algo nuevo donde antes todo era conocido y común. Su mirada me calentó el cuerpo más que cualquier sol y sombra, y la certeza de saber que la embargaba el orgullo hizo perdurar ese calor en mí durante mucho, mucho tiempo.

21

VIVO RÁPIDO Y NO TENGO CURA

CAYETANA

Intenté relativizar lo máximo posible la marcha de Jesús. Primero, porque se iba durante un solo día a Getafe, y no a la guerra como Mambrú, y segundo y más importante, porque ya me había subido mucho a la parra con su actuación médica en la *baby shower* de María Paloma y era momento de volver a posar los piecitos en la tierra.

Sé, porque fui consciente de ello casi en el acto, que lo que había visto tampoco había sido una cosa tremebunda. A ver, Jesús no había sacado desfibriladores de la nada ni había empezado a hacerle compresiones en el pecho a Regencia Mendoza al grito de «¡Cargad a cuatrocientos, joder, se nos va!». No había operado a vísceras abiertas ni sustituido ninguna válvula aórtica utilizando como cánula la pajita de un *gin-tonic*. La cosa había sido mucho más de andar por casa: unos golpecitos certeros en la escápula, un par de tirones y una gamba a medio masticar que salía despedida.

Pero aun así... Bueno, bueno. Como tenemos confianza, os lo cuento tal cual: se me hizo Coca-Cola. Pero ni Zero, ni Light ni hostias. Coca-Cola de la de toda la vida.

¿Cómo acabó aquello? Pues aparte de conmigo soñando con ver a Jesús mientras corría hacia un edificio en llamas portando solo su maletín y un taparrabos, con una sesión maratoniana de sexo nada más pisar nuestro piso de Vallehermoso. Lo hicimos contra la pared con los pantalones a la altura de los tobillos. Muy elegante todo. Uff..., me dio un gustazo importante.

Repetimos en la cama, donde en ese momento nos encontrábamos, jugando lascivamente con un gel efecto calor que a mí estaba a punto de provocarme un infarto. Pese a que diciembre se encontraba a un suspiro, el ambiente no podía estar más caldeado. Besos y sonidos húmedos llenaron el dormitorio y Jesús, haciendo gala de una paciencia que yo le desconocía, parecía haberse empeñado

en torturarme psicológica y mentalmente; porque no cesaba de acariciarme y estimularme con aquellos dedos prodigiosos.

A la quincuagésima pasada de su lengua desde mi pubis hasta el esternón, le agarré la cabeza con un gruñido que le hizo sonreír. Le mordí el labio y me abrí bien de piernas, vamos, que solo le faltó un controlador aéreo, cargando un par de conos luminosos, ataviado con chaleco reflectante y cascos, guiándole el camino.

—Me parece que quieres decirme algo —Me rozó con la punta de su erección, y juro que levanté medio cuerpo del colchón—. Mmm, sí, yo diría que sí.

—¿Quieres hacer el favor de penetrarme ya?

Se echó a reír. Yo creo que lo miré mal..., o todo lo mal que se puede mirar al hombre que te tiene rota de deseo. Se lamió los dedos y me penetró con dos, el corazón y el anular. Dejó el índice para hacer el gamberro en los labios externos... y para llevar su castigo a cotas insospechadas.

—Pretendo redimirme del mete-saca del salón. ¿Es que no vas a valorármelo?

—Ahora te saco una cartulina con un diez, Susito. Palabra. Pero métemela, por tu padre.

—No metas al taxista en esto. —Me separó más las rodillas, con brío. Di palmas con las orejas—. Ya no tiene edad.

—No es algo que vayamos a discutir ahora.

En eso, para variar, estuvimos de acuerdo. Jesús se puso serio y le dio al tema todo el bombo que merecía. Acrecentó el movimiento de los dedos hasta volverme tarumba. Para mi vergüenza, al correrme jadeé su nombre, me fue imposible tragármelo como había hecho otras veces, porque estaba tan excitada, tan extasiada... que se me escapó. En los últimos tiempos estábamos compartiendo muchas cosas, nada trascendental como una enfermedad grave de alguno de nuestros parientes o dramas semejantes —toquemos madera—, pero sí vivencias del día a día que se estaban anquilosando en rincones muy difíciles de limpiar.

No me dio mucho tiempo a analizar el tema, porque tan pronto coroné cima, las habilidosas manos de salvavidas de Suso me hicieron girar sobre mí misma. Boca abajo sobre el colchón, noté cómo se recreaba en mis formas hasta detenerse en la curva de las nalgas; las acarició al detalle, llegando a la unión entre ellas y haciendo una ligerísima presión en la parte posterior de mis muslos. Noté que me tensaba un poquito, y a juzgar por la risa que le salió, él también.

—Relájate. —Me dio un cachete—. Apóyate en las rodillas.

Hice lo que me pedía, esperando que el cachete fuera algo que estuviera inclinado a repetir... quizá con un poquito más de brío. Mientras le cabalgaba. Mierda... ¿por qué me ponía tanto?

Me mordió la cadera y acarició la entrada a mi sexo con su miembro, que, por lo visto, seguía en pie de guerra.

—Inclínate un poco hacia adelante. No tanto... Así, sí. Caye, qué imagen.

—Desde esta postura veo muy bien el reloj de la mesilla. Lamento informarte de que vas a conducir a Getafe en modo zombi.

—Pero lo haré habiendo follado como un dios. Me compensa.

Su mano se cerró en torno a uno de mis pechos. Pellizcó el pezón y yo gemí. Agarré las mantas, anclé bien las rodillas a la cama, él entró de una estocada y la posición favoreció tanto la embestida que me llenó entera.

El golpe rítmico de sus caderas contra mi trasero, los sonidos jadeantes, el vaivén de mi cuerpo a su entera merced... No duré más que un asalto, y cuando me corrí, otra vez, lo hice hasta extenuarme. Solo mantuve la postura lo suficiente para que él llegara al orgasmo, y después me dejé caer sobre el colchón. Se me cerraron los ojos, pero su beso en mi mejilla me hizo abrirlos por completo.

—Tengo que meterme en la ducha, inyectarme mucho café en vena y... salir ya.

—Claro, no te preocupes. —Hice acopio de todas mis fuerzas, que eran nulas, y me incorporé—. Ve a quitarte el olor a polvo, yo pondré en marcha la máquina de las maravillas.

—Puedes quedarte durmiendo si quieres.

Pero estaba erguida antes de que pudiera terminar la frase, porque, a ver, lo del buen sexo era la caña, pero, aunque parezca que yo solo me había dejado llevar felizmente hacia estas largas sesiones no era todo tal que así: me interesaba estar agotada y entretenida en el momento en que tuviera que irse, porque no podía ni quería enfrentarme a una despedida intensa que conllevara palabras profundas o miradas de cordero.

Por eso, más que satisfecha, me puse una camiseta, cogí las bragas y enfilé a la cocina, donde metí los filtros, llené el agua y elegí las cápsulas del café en tanto oía correr el agua de la ducha; feliz y a salvo de implicaciones. Huyendo como una cobarde, sí, pero saliéndome con la mía, también.

—Que solo es un día, joder. No hay que darle tanta importancia.

Para cuando Jesús llegó a la cocina, oliendo a limpio, bien vestido y con la

maleta de mano asida a su brazo derecho —debía de haberla preparado antes de todo el tema de la *baby shower*, el muy obsesivo-compulsivo—, yo ya estaba a puntito de terminarme mi *capuccino* con extracto de vainilla. Una mierda muy dulce, pero que me reactivaba neuronas que había matado desde la facultad. No hagáis preguntas.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —Sonrió, colocando su taza sobre la base y apretando el botón de inicio—. La próxima vez yo tampoco te esperaré.

—¿Me estás amenazando con correrte antes que yo por haberme bebido el *capuccino* antes de que llegaras?

Olisqueó el contenido de su taza con suspicacia antes de dar un sorbo. Su mohín me pareció tan adorable que me sentí tentada de darme un cabezazo contra la puerta de la nevera. Cada uno recobra la compostura como quiere.

—¿*Capuccino*? ¿Eso es esto? Joder. Parece regaliz mezclado con algodón de azúcar.

—Nos hemos levantado gruñones...

—Eso implicaría haberme acostado, aunque técnicamente... —Vertió los restos por el sumidero y luego enjuagó la taza. Se me acercó y enredó los dedos en mi pelo—. Pero no me arrepiento.

—Ya... ¿No vas a comer nada? Tienes que conducir un rato y luego trabajar, sé que son poco más de veinte kilómetros, pero...

—¿Lo has buscado en el «Cómo llegar» de Google Maps? Eres monísima.

—No seas mamerto. Eso es cultura general.

El perrito piloto de los mentirosos me lo enviáis a domicilio, porfa.

—¿Qué me has llamado?

—¿Tú no tenías prisa? —Agarré la maleta que él había soltado en la cocina y salí al recibidor. Jesús me siguió, sí, pero con esa sonrisilla petulante que me ponía tan nerviosa. —Mira que si coges caravana y no puedes llegar tus tres horitas y media antes de rigor, luego te saldrá una erupción de los nervios, y presentarte en el hospital de Getafe con una hinchazón te dejará fatal.

—Tú sí que me provocas hinchazón... ¿Quieres saber dónde, morena?

—Déjate. —Pero la que se dejó fui yo. Cuando me cogió de la cintura y me dio un par de sobeteos casi me derretí. Casi—. Aquí el que sabe algo de medicina eres tú.

Su reloj de pulsera emitió un pitidito molesto. Jesús lo miró con enojo y luego lo paró. Cuando devolvió hacia mí su atención, estaba ligeramente más serio que minutos antes. Intuí que el adiós se aproximaba, ¡pero, joder, que solo era un día!

¿Por qué me sentía tan agobiada? Ni que tuviéramos algo en ese sentido, coño.

—En eso tienes razón, y también en que debo salir ya. No quiero coger las retenciones de la hora punta en la M30.

—Eso es muy responsable de tu parte.

Cogió la maleta, abrió la puerta, se detuvo. Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Qué planes tienes hoy?

—Ah, pues... —Me balanceé sobre los pies descalzos. De fuera del piso entraba un frío flipante, porque, claro, no eran ni las seis de la mañana todavía—. Esto y aquello, ya sabes. Retocaré las fotos de la *baby shower* e intentaré tener acabado el grueso antes de la tarde.

Sobre todo, porque al día siguiente tenía una movida que no me apetecía nada hacer, pero a la que igualmente me pensaba presentar, y no iba a poder adelantar nada el tema de los Mendoza. Jesús asintió. Se quedó allí parado y luego, con una torpeza extrema, me besó. Juro que se puso rojo al separarse de mí. Y yo... espero de todo corazón haber podido mantener la cara de «me resbala todo».

—Vale, pues... que tengas un buen día.

—Nos vemos mañana. O no. ¿Quién sabe? —Sujeté la puerta. Dios... No saber gestionar las situaciones me volvía imbécil—. Atiende mucho en Getafe y no... robes estetoscopios a tus compis.

—Intentaré recordarlo. Adiós, Caye.

Sonreí y, por fin, me quedé sola. Cuando oí sus pasos perderse escaleras abajo, me sacudí el nerviosismo, el estrés y la pena como hace un perro con el exceso de agua.

—Venga, ¿a qué viene todo este drama? Vamos a por otro café.

Me lo tomé, sí. En la taza que él había usado y enjuagado. Porque sí.

No. Acepto. Que. Me. Juzguen.

Mantuve controlados mis impulsos —y el mando de la tele lejos de Netflix y de las pelis de Noah Centineo— y, después del segundo café azucarado, me senté ante el ordenador para trabajar. Aislada del mundo, con las piernas cruzadas sobre el sofá y Fran Perea atronándome en los oídos, metí mano a las fotos de María Paloma con todas las ganas que podía tener una persona que acababa de dejar ir algo a lo que no se podía aferrar. *Too many feelings*.

Hice un barrido principal, eliminando instantáneas repetidas, movidas, mal enfocadas o que en su momento me habían parecido potenciales y ahora eran

caquita. Me quedé con unas trescientas, de las cuales pensaba dejar niqueladas la mitad. Primeros planos, detalles de la futura madre, su embeleso y sonrisa al abrir los regalos, los pétalos de flor que cayeron sobre su cabeza cuando el pastel de seis pisos hizo su entrada, el marido bailando, los padres a punto de convertirse en abuelos mirándola con adoración, sus vestidos y poses, las joyas...

Me llegó el aviso de transferencia por parte de los Mendoza y me dio una inyección de adrenalina importante. Vencí todas las tentaciones e ignoré mis *apps* de compra *online* y seguí a lo mío. Música, *snacks* muy poco recomendables y retocado de fotos. Anocheció y estiré la espalda, que me crujió en protesta. No obstante, al final había arreglado más imágenes de las esperadas, y tan pronto las tuve comprimidas en un archivo, se las envié a Regencia y Antonio a su *email*.

Si trabajábamos igual que la última vez, las revisarían, me darían sus impresiones y luego se las haría llegar por correo postal a su casa. Una vez guardadas las fotografías que ya había tocado, dejé el ordenador sobre la mesita de centro y me di una ducha a conciencia. Me parece que gemí casi más cuando el agua tibia tocó mis cervicales hechas papilla que cuando lo hacían las manos de Jesús.

—Y vuelta la burra al trigo con el Susito de los cojones...

Me piqué un par de piezas de fruta en un bol y las rocié bien con leche condensada —manjar de los dioses—, me lo comí de pie, revisando los *whatsapps* que me había enviado Elena con los datos para el curro del día siguiente. Era poca cosa: cubrir un *showroom* en Serrano porque su fotógrafa de costumbre estaba en la otra punta de la ciudad, en la semana de la moda de me-da-absolutamente-igual, pero pagaban obscenamente bien y, además, en el día, cosa que me venía fenomenal para autoconvencerme de que el suplicio tendría recompensa inmediata.

Entre lo que había entrado por la *baby shower* y lo del día siguiente, hice cálculos rápidos y el resultado me dio para un bailecito con *Moonwalker* incluido en la cocina que fue una pena que no viera nadie. Tenía grandes planes para ese dinero, y pese a lo que podáis estar pensando, no tenía nada que ver con caprichos materiales —no todo, al menos—, sino más bien con... paz espiritual. Para mí y otros implicados. Y hasta aquí puedo leer.

Me fui a la cama pronto y me levanté una hora antes de lo debido para ponerme una ampolla *flash*, rímel y sombra de ojos. En su parco mensaje, Elena me había dicho, además de las señas del local y más o menos lo que cabría esperar del trabajo, que valoraban mucho la imagen. Vamos, que más me valía

tirar de atuendo *cool* si no quería que me confundieran con una vendedora ambulante, así que me lo curré... a mi estilo. Me puse pitillos negros, lavados, con rotos en las rodillas; botines altos con hebillas metalizadas; un suéter de pico desbocado en color mostaza con un pañuelo a juego atado en un par de vueltas; coleta alta muy tirante; *eyeliner* que me hacía los ojos el doble de rasgados y, quiero pensar, exóticos; labial coral y la joya de la corona: una levita gris oscuro con botones que me llegaba a la parte trasera de las rodillas y que podía, o no, ser clavadita a la que llevaba Chenoa en las giras de OT1. Me crucé un bolso de rafia negro por el hombro derecho para meter dos o tres cosas de primera necesidad —y un par de chocolatinas, que para mí estaban en esa categoría— y luego cogí la Nikon.

Pillé el metro en Islas Filipinas y en algo más de veinte minutos estaba en Serrano. Llegué al edificio y me quedé mirando la fachada con suspicacia. Era un rollo entre *underground* y entrada al Ministerio del Tiempo, pero que se veía que era lo que se usaba y estaba de moda. Llamé. Mantuve abierta la imagen descargada que me había enviado Elena, que por lo visto era algo así como el pase de prensa de aquellas historias. En no menos de cinco minutazos —de reloj, jurado— un tipo que parecía venir del futuro para traernos la lejía definitiva me abrió la puerta. Me miró de arriba abajo y consultó una planilla que llevaba en la mano, yo sonreí y le dije quién era, pero, claro, en su cúspide de «molonabilidad», no me hizo ni caso.

—La fotógrafa, ¿no? —Hablaba para sí mismo. Así que yo levanté el maletín de la Nikon en plan «No, es que soy cargadora de cámaras *amateur*»—. Llegas justita, pero, bueno, es lo que tienen los nuevos. Pasa.

Me esforzaré por describir el sitio intentando usar adjetivos mejores que «puta mierda», ¿vale? A ver si me sale... Imaginaos un garaje, pero con las baldosas que la Preysler pondría en su baño. Burros de ropa por todos lados y mogollón de mesas y sillas de Ikea, de las más incómodas y feas posibles, desperdigadas por ahí sin mucho orden. Gente que se viste a oscuras. Que se deja peinar por las zarpas de sus gatos y que se maquilla con la escopeta de Homer Simpson. Luego, una especie de *photocall* blanco níveo, rodeado de focos de una potencia descomunal, donde se alineaban muchachas a las que el señor de la lejía no paraba de hacer señas y mirar mal, como si no estuvieran haciendo la fila en ángulo recto o algo así.

Las pocas puertas que había eran todas de cristal, con rótulos que desde lejos no pude leer. Una escalera metálica, muy parecida a las de los incendios, separaba

el local en dos plantas. Arriba, por lo que se atisbaba, más de lo mismo. Telefonistas de lo más *in*, ropa en todas partes y gente muy agobiada que parecía superinfeliz.

Más o menos, ese era el rollo.

—A ver, Carmen.

—Cayetana. —Y lo enfatiqué clarito, para que no hubiera más dudas—. Me envía Elena Sínquez.

Don Lejía me echó otro vistazo. Luego asintió, volviendo a su dichosa planilla. ¿Es que ya no era moderno el contacto visual para un curro? Y lo decía yo, que me dedicaba a estar detrás de una lente.

—Ah, sí, Helen... Está con lo de Rosalía para Louis Vuitton. Ponte ahí; te encargarás del *shoot* de Zara. Una novata para otra.

—No soy nueva en esto. —Le seguí, pisando duro con mis botas—. Llevo haciendo fotos desde que tengo la capacidad motora para sostener una cámara.

—Estupendo, cielo. —Sonrisa paternal. Joder, qué dientes más blancos—. Mucha suerte. ¡Zara! ¡Zara a *photocall!* *Winter is here.* ¡YA!

Originales los *newages*, ¿eh? Decorado blanco, nombre supercreativo... En fin. Mientras esperaba por la susodicha, respiré hondo, roté los hombros y me colgué la Nikon del cuello. Pensé en Elena un segundo y sin querer se me escapó la sonrisa al imaginármela corriendo por todo Madrid cargada de horrendos chándales de marca para la estrella musical del momento, que, por cierto, empezó a sonar de fondo en ese instante.

—Pues sí que quieren ficharla, sí.

Lancé un par de ráfagas para valorar el efecto de los focos en las fotos. Ajusté algunas luces, pero la mitad las apagué directamente. Para cuando llegó la tal Zara, una chica pelirroja, de piel mantequillosa y aproximadamente dos metros, ya estaba preparada para empezar. Le sonreí, y, en su defensa, diré que ella lo intentó..., pero la cosa no le salió muy bien. Llevaba un top fucsia a juego con unos pitillos del mismo color, pero que estaban surcados de huecos redondos respuntados con argollas muy finas y brillantes. Encima, una especie de chubasquero totalmente transparente, muy *Blade Runner 2049*, con las solapas amarillas. Las botas, de tacón invisible, eran de ante. También rosa.

—¿Vienes a traernos paz? ¿Tienes superpoderes?

—¿Qué? —La pobre se puso una mano en la cintura. Se atusó el pelo. Trastabilló un poco al intentar doblar una pierna por delante de la otra—. ¿Está bien así?

—A ver, mal no está, pero irás perdiendo rigidez conforme más gilipollas me ponga yo. Así funciona.

Le hice unas cuantas fotos, de esas que estaba segura de que no valdrían para nada. El señor de la lejía —al que por alguna parte estaban llamando «Dante», en serio— no me quitaba ojo de encima. En el hilo musical estaba sonando *Con altura*, la última de Rosalía con J. Balvin. La había escuchado lo suficiente en todas partes como para saber más o menos de qué iba.

—Qué mal augurio, ¿no? —ajusté el obturador. Me acerqué un poco—. Lo de «Y de joven *pa* la sepultura» suena un poquito a club de los 27.

—Es una alegoría sobre vivir deprisa y no perder el tiempo. —Dante me vino por detrás. De la puta nada—. Es como la moda. Efímera. En constante cambio y evolución. Nunca seremos más jóvenes y bellos que ahora, y por eso debemos darlo todo y no reservarnos nada.

—Ya... Algo así dice Brad Pitt en *Troya*, no voy a discutirlo. —Le sonreí a Zara, que, mira, en serio, yo no juzgo a personas que se ganan la vida poniéndose ropa, porque olé sus coños, pero esa muchacha parecía estar a nada de echarse a llorar, a reír y a tirarse del pelo todo al mismo tiempo—. Soltadle eso a Rosalía, la engatusáis seguro.

—Aquí no engatusamos, Cayetana. Aquí ofrecemos... ¡arte! —Míster Lejía me dejó de lado para aproximarse al decorador *Winter is here*; dio un par de palmadas y, de un tirón, le arrancó a Zara el chubasquero transparente de los hombros—. ¿Qué es esta postura? ¿Qué? ¿Eres una secretaria? ¿Un ama de casa gris y sin gracia? ¿Dónde está tu espíritu? ¿Dónde tu alma de modelo? ¡Posa, perra! ¡Posa como si lo que llevaras puesto valiera más que toda tu persona, porque, por si no lo sabes, bonita, ES ASÍ!

Después se largó, haciendo aspavientos y lanzando pullas verbales al pinganillo que se acababa de poner en la oreja. Zara tembló entera, como una hojilla de otoño a punto de caer del árbol, y a mí... a mí la congoja se me mezcló con la rabia y a punto estuve de estrellar la cámara contra el suelo. Por suerte, recordé que era mía y que no podía permitírmelo y me sosegué. Aunque, eso sí, la pataleta no me la quitó nadie.

—¿Será cabrón? No puede hablarte así.

—Es el director del *showroom*. La mano derecha de...

—Sí, sí, conozco a Belcebú. Mi amiga trabaja aquí, y, ¿sabes?, tiene la misma cara mustia que se te está empezando a poner a ti.

Me acerqué a ella, mirando fatal a la espalda de aquel flipado, que, en ese

momento, la estaba emprendiendo con una chavala que tenía la mesa de Ikea repleta de cajas de zapatos de marca. Eso me obnubiló un poco, pero enseguida me centré.

—No tienes por qué aguantar esta mierda, seguro que la campaña ni siquiera es tan importante.

Zara arrugó la nariz. Parecía una niña de párvulos a la que habían pillado mordiendo a otro crío y, en consecuencia, se había quedado sin galleta.

—Es para una fusión entre Chi Chi London y Miu Miu.

Jo... dó. Sabía lo bastante de ropa como para reconocer esas marcas.

—Vale... Puede que sí sea importante, pero ese tío se ha pasado de la raya. — Le di un apretón en el hombro—. Estás muy bien para la faena que te han hecho eligiendo el atuendo. ¿Quieres una chocolatina?

—Qué va. Ya estoy por encima del peso adecuado para este *shoot*.

—¿Estás de coña? —La miré bien. Y he ahí por qué yo la ropa la compraba y no la posaba. Vamos, es que ni el intento—. Bueno, vamos a hacer una cosa... Yo quiero cobrar por este curro, y tú como mínimo te mereces lo mismo. Y una disculpa, pero eso va a estar jodido.

—Jodidísimo. —Se rio. Se rio de forma natural y yo le lancé una fotografía en plena cara—. ¡Oye, avisa para ponerme en postura!

—Como mejor estás es sin avisar. —Recuperé mi sitio, con la Nikon a punto—. No te van a decir un «Lo siento, Zara», pero puedes imaginarte al Señor Lejía tropezando con un chirimbolo de esos de feria y cascándose los huevos. Hostias, ¿te lo imaginas en *Humor Amarillo*? Daría para una semana entera de programa.

Se descojonó viva, y con eso y el efecto de las luces y el ventilador, salió preciosa. Natural. Fotogénica y en posiciones naturales que hicieron lucir la ropa no porque ella fuera extremadamente delgada ni profesional, sino porque en ese momento disfrutó en su piel. Se divirtió y me dejó capturarlo. Solo por eso, la sesión fue estupenda.

Dante descargó las imágenes y las miró con ojo clínico, tras unas gafas de pasta color terracota que le hacían parecer un pez de mirada saltona. Se negó a aceptar que eran maravillosas, y solo dijo:

—No están mal. Nos sacarán del paso.

A mí me dieron un cheque en el momento, por lo que solo tuve una cosa que responder:

—Pues hasta más ver.

Le metí a Zara una chocolatina en el bolso, de tapadillo, y, por fin, me piré.

Tenía la tarde encima, porque, a lo tonto, allí metida y oyendo a Rosalía en bucle, había echado el día. Ya en la calle, con un antojo brutal de churros, saqué el teléfono para enviarle un mensaje a Elena.

Curro realizado con éxito.

Trabajas en un sitio de mierda con gente de mierda.

Y si es mentira, que me maten (con altura).

Pulsé «Enviar» y a los dos minutos salieron los dos tics azules, aunque, como casi siempre, Elena la multitarea me dejó en «Visto». Un par de horas después me mandaría un audio conciso, pero por el momento, en su búsqueda de la nueva musa para Louis Vuitton, eso era todo lo que iba a obtener de ella.

—En menuda jaula de grillos te ganas la vida, maja... Con lo salada que tú eres...

Iba en el metro, de vuelta a Vallehermoso, intentando decidirme si pedir cena o ceder a la tentación de los churros, cuando me sonó el móvil. El nombre de Jesús iluminó la pantalla. Descolgué. No me dio tiempo ni a saludar.

—Estoy a unas dos horas de casa. ¿Hago reserva y cenamos en un sitio bonito?

Fruncí el ceño. Creo que tanto que hasta debí de transmitirlo vía telefónica.

—¿Reservar para cenar? Jesús..., los términos y condiciones.

—Déjate de listas y normas, pareces yo. —La voz le sonaba metálica, seguramente por el manos libres—. Cenar hay que cenar.

—Esa excusa no va a valerte siempre.

—¡Porque tú lo digas! —Se echó a reír—. Lo de Getafe ha ido muy bien. Hay todo un mercado de posibilidades. No tenía planteado salirme del Virgen del Rocío, pero la cosa ha dado para mucho.

—Mi día tampoco ha estado mal. —Me di una palmadita en el bolsillo interior del bolso, donde llevaba el cheque—. A lo tonto, este par de días me he agenciado una cifra muy respetable.

Lo cual me llevó de vuelta a mis planes inmediatos para ese dinero...

—Entonces tenemos mucho que celebrar. Reservó y nos tomamos una copa cenando en unos platos para los que no habrá que jugarse a piedra, papel o tijera quién los mete en el lavaplatos, ¿vale? —Silencio por ambos lados—. No será una cita, solo... una cena previamente concertada por dos personas en un sitio ligeramente más de postín de lo acostumbrado. Pero casual.

—Tú no haces nada casual. —Pero, por suerte para él, tenía el humor de transigir—. Recógeme en casa, así no tengo que esperarte en ningún sitio.

—Perfecto. Me muero de ganas.

Y yo también, porque esa noche iba a dar un gran paso para terminar de enfocarme en la dirección correcta. Con suerte, focalizaría y dejaría claros ciertos límites. Mataría dos pájaros de un tiro.

—Pues cena con espectáculo entonces —sentencié, pero, ¡ay!, qué poco me iba a durar el contento...

Estaba de camino a meter la pata en un hoyo muy gordo. Por lo visto, como la canción de Rosalía, yo tampoco tenía cura. Pero ya llegaremos a eso.

22

LA MADRE DE TODAS LAS LÍNEAS

CAYETANA

Al final terminamos en Tetuán, en un asador. Por lo visto, Jesús no se había cansado de conducir, y aunque le supuso otros buenos veinte minutos, dijo que venía de estar todo el día comiendo sándwiches envasados y que le apetecía algo más jugoso, consistente y todavía con un puntito de vida.

Lo vi aceptable, así que allá que nos fuimos. Durante el trayecto tocamos solo temas triviales, le hablé del *showroom* y las idas de cabeza de esa gente para quienes las marcas y las modas del momento lo eran todo, y me apasioné tanto en echar pestes de Dante y compañía que monopolicé la charla hasta casi la entrada del restaurante.

—Pero esa chica...

—Zara. —Tomé asiento. Él hizo lo propio.

—La chica... ¿no puede denunciar al sindicato de modelos o algo? ¿Que te llamen «perra» está recogido en el convenio?

—Y, por lo visto, que te maten de hambre, también. Estoy por hacer una foto a esta carta para enviarla por WhatsApp en cadena, ¡dulce placer de los dioses!

No era para menos, desde luego. Nos decidimos enseguida: un par de filetes de doscientos gramos al punto con patatas asadas en salsa de mantequilla y judías de verde. Para beber, Jesús un agua con gas, con hielo y limón, y yo una copita de vino tinto, que podía casar mucho con la carne o nada en absoluto, pero al primer sorbo recuperé la fe en la humanidad. Si unas manos habían podido convertir en ese manjar una simple uva, es que quedaba esperanza.

—Alguien está de buen humor...

—Más de un alguien, diría yo. —Dejé la copa y atendí a su sonrisa, porque, a ver, una no era de piedra—. ¿Tan bien ha ido en Getafe?

—He asistido al cirujano ortopédico en la reimplantación de una rótula.

Mi mohín le hizo reír más. Pues muy bien, oye.

—Un tema escogido con mucho tiento teniendo en cuenta que nuestros filetes todavía sangran.

—Ha sido muy guay. En serio. —Y por su carita de ilusión, realmente lo parecía—. En teoría podrían habernos dejado ocupándonos de papeles y mierda por el estilo, pero la verdad es que se han portado. He atendido varios casos, he hecho pruebas de rutina y otras menos generales y, bueno, la asistencia en el quirófano ha sido la joya de la corona.

—Es curioso que elijas esa expresión, porque así es como describo yo la levita que me acabo de quitar, aunque el resto de atuendo no desmerece, ¿a que no?

—Cayetana Hernández, si no te conociera bien, diría que estás buscando halagos.

—Pues no te cortes.

Sobre todo, porque cuantos más detalles me daba de su labor médica, más calores se me despertaban a mí por el cuerpo. Bebí más vino, aunque no fue mi decisión más lógica. Bajo aquella luz mortecina, con las voces bajas acunándonos y en un restaurante tan íntimo y cálido, los ojos de Jesús parecían más azules, su pelo más suave, y hasta la proliferación de canas que le subía por las patillas me resultaba atrayente. La ropa le sentaba como un guante, su postura era deliciosamente desenfadada y... En fin, que tuve que cambiar de tema, que llevar la conversación hacia algo completamente banal porque, si no, acabaría la noche sentada en su regazo, balanceando las piernas y susurrándole al oído que me contara más. De él. De la vida. De sus planes. Del futuro.

Y era un no. Menos mal que me quedaba un as bajo la manga para romper el embrujo.

—Estás preciosa, pero eso en ti no es ninguna novedad. —Extendió la servilleta sobre su regazo cuando el camarero nos sirvió los platos—. Podrías llevar, literalmente, cualquier cosa y lucir mil veces mejor que esas modelos.

—Sobre todo porque no privo a mi cuerpo ni de chocolate ni de maravillas como esta. —Acerqué la cara al plato. Aspiré el aroma de la carne y se me pusieron los ojos vueltos—. Quiero casarme con la vaca a la que pertenece este filete. Y puede que tener hijos lechosos que luego me comeré.

—Pues cuando Saturno lo hizo, Goya le pintó un cuadro. Lo mismo acabas en una galería.

Sonreí. Sí, bueno..., tal como iba el tema, esa era mi opción más plausible para ver algo mío expuesto, pero no entremos en eso ahora.

Dimos buena cuenta de la cena saboreando no solo la comida, sino también el

silencio reinante. De fondo, una delicada musiquilla que, por suerte para mis oídos cansados, no formaba parte de la lista de *Los 40 principales*. Bebimos, y cuando las copas se vaciaron, seguimos bebiendo. Poco a poco las miradas se hicieron más distendidas y las pocas palabras intercambiadas entre bocados se fueron aproximando al tema en cuestión. Yo estaba preparada para lanzarlo sobre la mesa y ver qué pasaba, pero, antes, me apremiaba la curiosidad.

—Por teléfono dijiste algo... —Usé la servilleta para limpiarme las comisuras de los labios—. Algo sobre que no tenías intención de dejar el Virgen del Rocío, pero... que veías posibilidades.

—El jefe de ortopedistas me ha ofrecido, más o menos, un trabajo.

Abrí mucho los ojos.

—¿«Más o menos»? Demasiado vago para un hombre que se expresa como tú, Jesús. Sé más explícito, por favor.

Se acercó a mí por encima de la mantelería y los platos. Me hizo una seña con el índice. Incliné la cabeza hacia él.

—Me muero por ver de qué color llevas las bragas.

—Negras, como el pantalón. —Le tiré un trozo de pan del cesto que tenía al lado—. Me refería a «explícito» con lo del trabajo.

Sonrió, muy truhan... y muy señor.

—En realidad no hay mucho más que decir. El tipo sabe que estoy becado en el Marañón y habló sobre la posibilidad de que acabara el año de prácticas allí.

—Donde tendrías carta blanca para entrar a quirófano.

Movió la mano en el aire con un gesto indeterminado.

—No existe algo como la «carta blanca» en ese sentido, pero... digamos que sí. Algo así. Tendría que someterme a un par de pruebas y, por supuesto, contar con que todo el tema burocrático de mis actuales empleadores, que me concedieron la beca en primer lugar, no fuera un impedimento. Es complicado. Aún no he decidido nada. ¿Podemos volver al tema de tus bragas?

—Jesús, probablemente intentas quitarle importancia al asunto porque es una decisión gorda. —Y porque había estado a nada de liarse con Rosa, la que le había aprobado para venir desde Sevilla, a la que no se había tirado y a la que ahora, por si fuera poco, se planteaba plantar laboralmente. Peliaguda situación, sin duda—. Pero ¿tú eres consciente de todas las oportunidades que se te están presentando?

—¿Entra en ese nicho de oportunidades la posibilidad de no solo conocer el color sino, de hecho, ver, *in situ*, tus bragas?

No me quedaba pan, así que le arrojé un guisante. De la mesa de al lado nos miraron mal.

—Eres insoportable.

—Solo cauteloso. —Me agarró la mano sobre el mantel. Me cogió desprevenida y el contacto fue... tóxico—. No quiero ponerme a pensar en cosas profundas ahora. Mejor cuéntame tú. Esa alegría chispeante, la facilidad con la que pude convencerte para salir... ¿Hay algo que quiera compartir con la clase, señorita Hernández?

—Pues la verdad es que sí.

Y la tesitura me vino de perlas para soltar la calidez de la palma de su mano, no os voy a engañar. Dejé la servilleta sobre la mesa y trasteé en mi bolso. Justo antes de que Jesús llegara a Vallehermoso a buscarme, yo había pasado por una sucursal bancaria para extraer una cantidad que, junto con el cheque que me había dado el señor de la lejería, reposaban ahora, bien dobladitos, en un sobre. Coloqué dicho sobre en la mesa y, en un gesto totalmente ensayado, lo hice resbalar hasta que estuvo al alcance de sus manos. Sonreí como una cría. Él lo miró con suspicacia antes incluso de tocarlo.

—¿Es una prueba de impresión de las fotos esas previas a la boda de Nina o algo así?

—Qué va, de eso todavía queda un montón por decidir. Es algo casi mejor. —Di palmitas, instándole con un gesto a que rompiera el suspense por fin—. Algo que me permite estar en posición de decirte que a la cena invito yo.

—Ya, claro, en tus sueños a lo mejor.

—No me seas troglodita, Susito.

—Yo he sugerido el plan, yo he hecho la reserva y he constatado las opiniones del sitio...

—¿Va en serio? ¿Eres de esos pardillos que mira las valoraciones de un restaurante?

—No seremos tan pardillos cuando tiene una media de nueve de diez tenedores en más de cuatrocientas votaciones. —Levantó la barbilla. En serio, era como el pichichi de los pringados cuando decía esas cosas.

—Sabes que eso es un montaje, ¿verdad? Es un solo usuario que se registra una vez y mete veinte comentarios distintos para subir la popularidad del sitio.

—No sabes lo que dices. Y paso de discutir con una descreída. —Por fin, cogió el sobre, lo abrió y, con ojos curiosos, miró su contenido. Fue a vaciarlo, pero, al darse cuenta de lo que era, no lo hizo. En su lugar, lo cerró y volvió a dejarlo en

la mesa. Al hablar hasta bajó la voz—. ¿Qué haces con toda esta pasta encima? ¿Estás chalada?

—También hay un cheque a mi nombre. ¿Has leído la cifra? Léela. Espero.

—¡Cayetana! ¿Es que has traído esto en el metro?

—El cheque sí. —Me terminé el vino y perseguí al camarero con la mirada. Solo necesitaba un segundo de contacto visual, una media sonrisa y levantar la copa vacía para que se obrara la magia—. Lo otro lo he sacado debajo de casa. Tenemos un cajero al lado, no me había ni enterado, esto de ir siempre pelada...

—Nada de eso explica... por qué.

—Ya te he dicho que pensaba pagar yo.

—¿Y esperas que consumamos, entre los dos, trece chuletones y un... número indeterminado de botellas de vino? —Cruzó los brazos, un gesto de muy mal gusto en un restaurante, pero del que, por lo visto, con un enfado *in crescendo*, Jesús no se percató—. La verdad, Caye.

—El montante total, muchísimas gracias —¡bingo! Volvía a tener la copa a rebosar. Como en misa, pero sin canibalismo—, equivale a la mitad del préstamo del quiosquero. De la cifra pendiente, quiero decir. —Sonreí, más contenta que unas castañuelas.

—El dinero del préstamo de tu padre.

—Eso te acabo de decir.

—El dinero que YO le presté a ÉL.

Huy... Algo estaba calentándose, y no era mi vino.

—A ver, Jesús...

—Cayetana, te pedí específicamente que dejaras estar lo del dichoso préstamo. ¡Te lo he dicho cientos de veces! ¡Miles! Y estabas de acuerdo.

—No. —Solté la copa con tanta fuerza que el líquido me salpicó el dorso de la mano—. Asumí que debía parar de hacerte los pagos porque mi situación económica no era digna. Ahora lo es.

—Y lo primero que se te ha ocurrido es traerme un puto sobre a la cena para restregármelo.

—¿Restregártelo? ¿Quién te está restregando nada? Intento liquidar una deuda.

—Que no es contigo. Una deuda que me he aburrido de repetirte que ignores, ¡joder!

Lanzó su servilleta sobre el plato. La sangre de su filete, mezclada con el aceite, empapó la tela, manchándola sin remedio. De pronto, las voces parecieron más

pulsantes y la música se tornó bastante más desagradable. La luz me parecía ahora demasiado opaca y los olores, a carne casi cruda o muy hecha, me picaron en la nariz. Ya no estaba cómoda. No me sentía a gusto. Y, desde luego, había perdido el apetito.

—Es mi padre, Jesús. —No levantó la cabeza para mirarme, a pesar de que le di margen a su temperamento para que se enfriara antes de contestar—. Puedes repetirme hasta el final de tus días que no tiene nada que ver conmigo, pero somos familia, y las familias actúan así. ¿Por qué, si no, le hiciste el préstamo en un principio? No era cosa tuya.

—No es lo mismo.

—Claro que sí, pero no soportas ceder el control, aunque este no te pertenezca. —Acabé la copa de un solo trago. Ya iba a desperdiciar el resto de la cena, no pensaba hacer lo mismo con la bebida—. No digo que lo ayudaras por motivos egoístas, pero desde luego te encanta ser el que encuentra las soluciones, no para hacerte el héroe, desde luego, sino porque crees que es tu rol.

—¿Y cuál se supone que es el tuyo? ¿El de insistir? ¿El de entrometerte en las cosas hasta la saciedad a pesar de que se te pide que no lo hagas?

—Mi rol es ser una buena hija y ayudar a mi padre.

—Si tu padre quisiera tu ayuda, te habría pedido a ti el dinero, Cayetana. No lo hizo. Pregúntate por qué.

A veces, las personas que apreciamos cruzan una línea invisible y acceden a la zona de hacer daño. No suele ser a propósito, en la mayoría de los casos. En medio de una discusión, o soltando verdades de esas que la otra parte tiene que oír, aunque no vayan a ser plato de gusto, se puede tocar parte blanda. Cuando se trata de un amigo íntimo o un ser querido de clase vip, esa línea es más gruesa y está más alejada. Se mide con un rasero diferente y es mucho más difícil rebasarla. Por eso, si el momento llega, la zona afectada pasa de ser un trozo de cuerpo cualquiera a convertirse en un punto vital, y el arañazo se vuelve hemorragia.

Jesús había agarrado su línea y la había despedazado a manos desnudas ante mis ojos impávidos. Él, con el que había discutido casi desde que empecé a hablar, con el que rara vez estaba de acuerdo y contra quien había vomitado sapos y culebras, había dicho lo único que estaba en su poder para desarmarme, dando palabras al hecho que más me dolía y más profundamente llevaba escondido. Escupirme de esa manera que mi padre no había recurrido a mí, que no me había hecho partícipe siquiera de sus problemas en detrimento de él, era ir

demasiado lejos. Tan, tan lejos que su figura era solo una sombra en ese momento.

Había cruzado la madre de todas las líneas.

—Ese dinero es tuyo. Cógelo ahora o no lo cojas, me da igual, pero, si lo rechazas, te lo ingresaré en tu cuenta, y, si me lo devuelves, volveré a ingresarlo. —Me levanté despacio, con un aplomo sorprendente teniendo en cuenta que había bebido y, encima, estaba con el corazón *partío*—. Si me vetas el acceso a tu cuenta bancaria, se lo haré llegar a tus padres, o, ya puestos, a los míos. Igual así nos enteramos todos de todo de una jodida vez. —Saqué el monedero y puse dos billetes junto al sobre—. Esto es por la cena, a la que ya he dicho que invitaba. Una idea estupenda la tuya, por cierto. Ha sido una puta velada encantadora.

Salí de allí sin ver. Un señor muy elegante me abrió la puerta: recordé tarde que me había dejado la levita «chenoísta» colgando de la silla y maldije por su posible pérdida hasta a David Bisbal, que había roto su relación a través de una rueda de prensa, desde otro país, sin decirle nada a Chenoa a la cara. Igualito que mi padre a mí con la deuda del quiosco. O, bueno, igualito no, pero... ¡Qué sé yo! Mi cabeza era un carrusel de desastres en ese momento.

Estaba tan mal enfocada que cogí un taxi de vuelta a Vallehermoso, yo, que solo derrochaba con la ropa, lanzando dinero a lo loco. Menudo papelón en el restaurante. Menudo derecho certero el de Jesús, y menudas verdades soltaba el muy cabrón. ¿Por qué, quiosquero? ¿Por qué no gritar auxilio hacia tu hija, que habría vendido hasta óvulos por ti? En medio de la indignación creciente, viendo pasar las luces de Madrid a través de la ventanilla, no fui capaz de discernir qué me dolía más, que Jesús hubiera sido el elegido para solventar el problema, porque siempre estábamos sumidos en ese eterno pulso por ver quien era más fuerte, o que se me hubiera dejado totalmente ciega al respecto, como si yo careciera de las competencias necesarias para coger un desaguisado y ponerlo en orden.

—Pues he reunido la mitad del dinero en un solo día, a ver quién más puede hacer eso.

El taxista me miró por el retrovisor, pero se dio cuenta enseguida de que aquel monólogo era interno y se centró en lo suyo. Me dio un palo cuando paró el taxímetro, pero lo pagué con gusto. ¡Un hombre que aceptaba mi dinero sin ponerse imbécil! Le dejé hasta propina.

Entré en el piso después de una visita rápida al chino de la esquina. Volví cargada con comida basura, chocolate y refrescos gaseosos para volver diabético

a un país pequeño. En el salón, colgando de la silla, estaba mi levita y, a su lado, el condenado sobre. Jesús salió de la cocina nada más oír la puerta y me miró con desagrado. Mi móvil no había parado de vibrar, y ese gesto mosqueado podía estar relacionado.

—Vale, estás viva. —Agarró la taza que había puesto en la encimera y pasó de largo por delante sin volver a poner los ojos en mí—. Lo de ser tonta vas a tener que gestionártelo tú solita.

—¿Seguro que no quieres hacerlo por mí? Es lo tuyo, ¿no? ¡Arreglar el mundo y las vidas de los demás!

El portazo que dio fue toda la respuesta que recibí. Y el silencio que me cayó encima se convirtió en mi leal compañía durante cinco días.

«Acostumbrarse» es una palabra muy corta para todo lo que implica. Uno llega y se acomoda con mucha facilidad a algo, lo que sea, y es cuando le falta cuando se da cuenta de lo enganchado que está.

Jesús me hizo la guerra fría casi una semana. Todo el final de noviembre lo pasó callado, prácticamente fuera de casa y sin compartir conmigo más que los enseres de menaje que habíamos comprado para el piso. Yo terminé de arreglar las fotos de la *baby shower* de María Paloma y, fiel a mi cabezonería innata, ingresé el dinero del sobre y el total del cheque del *showroom* en su cuenta bancaria. Me llegó una transferencia devuelta menos de doce horas después. Volví a intentarlo hasta tres veces, con el mismo resultado.

—Niñato caprichoso, egocéntrico...

Recibí diciembre dispuesta a no dejarle salirse con la suya. Si no entendía lo importante que era aquello para mí, era Jesús quien tenía el problema y no yo. En medio del enfado, preparé las maletas para Sevilla, porque, aunque la Navidad estaba casi a un mes de distancia, Nina, Lucas y yo pensábamos viajar antes para ultimar los temas de las fotos nupciales previas, visitar tiendas de vestidos con la señora de Carvajal y, en general, dejar que a mi pobre amiga se le llenaran los rizos de canas al tener que aguantar a su madre con tanto tiempo de anticipación.

—¿Estás segura de que no podemos posponerlo todo para Nochebuena? —Me había rogado por teléfono en esos días, tras enviarle yo un pantallazo de la confirmación de Renfe para mi pasaje—. Vamos a la cena ,y ya de paso...

—Y ya de paso me das una noche para componer un *book* de novia en escenarios sin luz y te probamos el vestido en un festivo. Claro que sí, Nina. —

Me bufó al otro lado la de la línea—. Chica, tú lo vales... pero no tanto.

Así que cuadramos en viajar a Sevilla el 6 de diciembre y ya pasar allí el resto de las fiestas. En mi mejor escenario posible, tendría el trabajo hecho para cuando llegara Jesús, que tardaría un poquito más en tener disponibilidad de días en su trabajo; y una vez nos encontráramos ambos en Montequinto, empezaríamos por la fantasía de inclinarme sobre la mesa de la cocina de los Carvajal y ya luego... iríamos improvisando en otras habitaciones. Con tiento, eso sí. Y de forma muy discreta.

Sin embargo, el episodio de las líneas cruzadas en el asador había tirado por tierra todos los escenarios buenos, y ahora quedaba pues... solo el peor: estar en Sevilla sin saber si Jesús volvería a hablarme, mirarme o reparar en mi persona.

No era un estado muy halagüeño para viajar.

—Puto frío de la hostia, joder.

Menos mal que siempre contaba con el humor sin nicotina de Nina. A su lado, yo parecía unos cascabeles.

—Te preguntaría cómo llevas la abstinencia, pero Lucas se ha ido en avión, así que es tontería.

Cargamos con los maletones —porque eran más de veinte días y nosotras, muy de por si acaso— y una vez en las rejillas de equipajes, nos dejamos caer en los asientos. La calefacción a tope tardó dos nanosegundos en hacer que empezáramos a arrancarnos la ropa de abrigo a toda velocidad. Sudar en diciembre, en Madrid, es posible. Podéis decir que lo habéis visto todo. Estiré las piernas, un poquito por amedrentar a quien intentara ocupar nuestra parte de intimidad, y me quedé mirando a Nina, que se estaba pegando un parche en el antebrazo con inquina.

—¿Cuántos de esos puedes ponerte?

—Todos los que aguante. Porque es eso o volverme loca.

—Ese barco ya ha zarpado. —Le sonreí. Ella me sacó el dedo. Pues sí que empezábamos bien—. ¿Compartimos auriculares y a Fran Pe hasta Santa Justa?

—No estoy de humor para Perea.

—Eh, eh, alto ahí, amiga. —Me abracé al móvil, como si tapar la pantalla y, con ello, el Spotify, evitara que semejante sacrilegio llegara a las divinas orejas de mi Fran—. Eres mi mejor amiga y estás casi aforada en mi vida, pero no tenses la cuerda.

Me lo tomé con serenidad, porque, a ver, era Nina y la quería una *jartá*, pero, vamos, no me jodas con los hermanitos Carvajal, que se pasaban de la raya a lo

indiscriminado, como quien se salta un paso de cebra y va dando tumbos, aunque todos los semáforos estén en rojo; y, oye, eso en una carretera de doble sentido entraña peligro, pero ¿en los sentimientos ajenos? Es una guarrada del nivel de chupar Nocilla con una cuchara y luego volver a meterla en el bote.

—Pensé que te traería Jesús... —El traqueteo comenzó. Y el del tren, también.

—¿Por qué iba a hacerlo? Él tiene su vida y yo tengo la mía, y que compartamos piso por circunstancias adversas no quiere decir que tengamos los horarios establecidos en común ni que se nos haya sincronizado la regla.

Ni que charlemos. Ni que nos besemos. Ni que follemos...

—Vale, vale... Solo pensaba que sería lo más lógico. Ya sabes cómo es Jesús. — Nina extendió las piernas, imitando mi postura. Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos—. Le gusta controlarlo todo al milímetro. Me asombra que no se haya ofrecido para comprobar que salías con tiempo suficiente y todas esas mierdas tan tuyas.

—Ya, bueno..., no me tiene tan en cuenta como para eso.

Nina se encogió de hombros, no sé si por indiferencia o porque no se lo creyó.

—Si tú lo dices...

Lucas no había acercado a Nina hasta Atocha, pero porque su vuelo había salido antes. De hecho, por incompatibilidad de horarios, ni siquiera habíamos compartido taxi. Él se había ido directamente a Barajas ese mediodía, en modo espíritu libre, como yo. Pero, con todo..., de alguna manera, también esperé que Jesús se ofreciera. Que su máxima necesidad de estar metido en todos los caldos le hiciera romper el silencio.

Pero no fue así.

Bueno, tanto mejor. Yo no pensaba bajarme del burro con el tema del dinero, y si el precio que debía pagar era un distanciamiento total, pues tanto mejor. Bastante apegados nos habíamos vuelto ya. Eso no podía traer nada bueno.

—Aunque esta situación tampoco me parece un ideal, la verdad... — murmuré, creyendo que hablaba solo para mí.

—¿Mmm? ¿Me decías algo, Caye?

Le sonreí, negando con la cabeza. Me puse los auriculares y le di al *play*. Cerré los ojos antes de que empezara la música. A pesar de que tenía el volumen a tope, los bajos me sonaron opacados por el eco de mis propias palabras, esas que había soltado para salirme por la tangente pero que al final, como otras muchas cosas no dichas a viva voz, me quemaban por esconder verdades cuya fea cara yo tenía mucho, mucho miedo a mirar.

No me tenía tan en cuenta como para eso.
¿Sería cierto? Vaya, pues qué alivio... ¿No?

23

¡HOLA! MIRA QUÉ MAL ME VA SOLO...

SUSO

No voy a intentar excusarme, porque no se me ocurre cómo podría siquiera empezar a hacerlo sin quedar —más— como un capullo.

Los primeros días después de que Caye se marchara a Sevilla fui consciente del absoluto silencio que reinaba en la casa. Aun cuando en los días posteriores a la cena en el asador el mutismo había sido soberano, la sensación de completa soledad se me antojaba ahora agónica. Su olor se fue diluyendo a fuerza de ser mi esencia la única que recorría los pasillos; no había ruido de botas en el parqué ni enseres femeninos llenando la balda del baño. La ropa del tendedero era únicamente mía, y todo atisbo de compañía se esfumó hasta dejarme con la desagradable sensación de aislamiento como única referencia.

Admití, en la intimidad de mis pensamientos, que probablemente había sobreactuado. ¿Qué queréis que os diga? Soy un tipo temperamental, y aunque normalmente reconocía mis fallos, tendía a hacerlo demasiado tarde. Por ejemplo, cuando romper una lanza en favor de aquella frágil relación mantenida entre Cayetana y yo ya no sería una opción. Ella estaba en Montequinto, a kilómetros de mí, y yo... me sentía como un despojo, yendo del sofá a la cama y de la cocina al trabajo con el piloto automático, sin encontrar motivos para hablar, socializar o sonreír más que lo justo para ser un buen profesional; porque luego, de vuelta al piso sin ruidos y las habitaciones vacías, no reconocía mi propia voz, así que dejé de usarla.

Melodramático, ¿verdad? Podéis añadir otro defecto a la lista.

Analicé la pelea con detalle. Frase a frase, como si estuviera escrita en un libro y pudiera dar la vuelta a las hojas siempre que quisiera. Quizá Caye tenía razón. A lo mejor yo no hacía las cosas por tener complejo de héroe, pero sí porque me movía un incansable sentimiento de ser la persona a la que todos recurrían. Siempre había sido así. Ya desde niño.

Me había metido en más peleas de patio de colegio que cualquier otro alumno de mi clase, y no porque hubiera sido un chaval problemático en primaria, sino porque allá que veía una injusticia —o lo que yo consideraba como tal—, iba con los puños por delante. A patadas, mordiscos y puntapiés. Todo valía si se restablecía el orden y la sangre que manaba de mi nariz había sido derramada por una buena causa.

Luego crecí, y me convertí, más o menos y con todo el respeto hacia mi padre, en el sostén de la familia. Era el tipo que colgaba cuadros, cambiaba las bombillas regulares por las de bajo consumo, le hacía la puesta a punto al taxi y cargaba el carro de la compra cuesta arriba mientras mi madre me hablaba de sus encuentros en el mercado. Le ofrecía a mi hermana un hombro sobre el que llorar, y para los culpables de sus lágrimas... Bueno, todavía guardaba un poquito de las raciones que servía en el colegio.

Cuando llegó Cayetana, la uní a mi selecto club de corazones que proteger; y el día en que ella y Nina se fueron a Madrid, monté más drama que nuestros padres. ¿Quién iba a cuidar de ellas? ¿Y si el casero las estafaba? ¿Y si los horarios de la facultad les hacían imposible encontrar un trabajo? ¿Y si no podían con la morriña de saberse lejos de todo aquello que habían llamado hogar?

—Pues aprenderán a sacarse las castañas del fuego, Suso. Es ley de vida.

Nunca una lección paterna me supo tan amarga como esa, pero, por suerte, tenía mi profesión para consolarme. Un trabajo donde, literalmente, arreglaba a las personas. Cogía puntos, vendaba huesos, hacía pruebas, sacaba dientes, detenía sangrados, calmaba dolores y secaba lágrimas. Ser enfermero era una de las cosas más maravillosas que había hecho jamás. Disfruté estudiando la especialización casi tanto como había disfrutado ejerciendo, y aunque al principio mi elección no estuvo exenta de controversia —había algunos neandertales en mi grupo de amigos que seguían pensando que una buena enfermera tenía que ser, por narices, mujer—, el tiempo terminó dándome la razón. Era empático, sociable y diría que hasta noble. Porque ayudar se me daba bien. Solucionar problemas era mi superpoder mutante. En lo que destacaba. Para lo que valía.

Jesús el arreglador... El mote no triunfó nunca, pero yo a veces me lo susurraba a mí mismo después de una guardia especialmente dura.

Con todo eso como atenuante, ¿cómo no correr detrás de los problemas ajenos? ¿Cómo no dar lo que tenía y hasta lo que no, por arreglarlos? Claro que la vida adulta era muy distinta del patio del colegio, y las cosas en las que metía las narices, bastante más complejas que llevarle a mi madre la compra. Prestarle el

dinero a Ignacio Hernández fue una decisión que no medité, pero de la que no me arrepentía: hice lo que consideré correcto en el momento y creo que no estuvo mal por mi parte. Pero quizá el problema había estado en la forma de manejarlo después. Me había faltado mano izquierda para tratar un tema tan delicado, tanto con el implicado principal como con Cayetana, que era su hija y, además, una persona muy allegada y querida para mí.

Limpiar una herida es mecánico y no conlleva demasiadas explicaciones, pero en un tema de dinero entre familiares siempre hay matices que considerar. Yo no me planteé lo que supondría para Caye saberse al margen de algo que, por parentesco en primera línea, le pertenecía. No calculé los daños morales que supondría para Ignacio estar en deuda conmigo, por más que el agobio del banco hubiera pasado; y, desde luego, no medí mis palabras cuando se las solté a Cayetana durante la cena, con una mordacidad que no solo había sido completamente injustificada, sino que, además, había estado fuera de lugar.

Fui el peor de los gilipollas, porque tiré a hacer daño solo porque no me gustaba lo que estaba oyendo. La sabía a punto de llevarse el gato al agua, y como además de desprendido y generoso también soy el tío con peor perder del puto mundo, tuve que dar la dentellada. Justo a la persona a la que menos quería herir.

Escupir a bocajarro que Ignacio no había querido la ayuda de Caye había estado fuera de lugar; sobre todo porque yo conocía el motivo exacto por el cual el quiosquero no había acudido a su hija en primera instancia, pero dado que ese no era un secreto mío para desvelar, usarlo como arma arrojadiza debería haber estado prohibido. De eso sí me arrepentía. Y también de la mirada triste que borró la sonrisa de Cayetana. Dios... Estaba tan contenta esa noche, tan realizada, tan... autosuficiente.

¿Qué me había pasado en realidad? Pues que, al verla tan absolutamente capaz, me acojoné. Esa es la verdad. Sin trampa ni cartón. A Cayetana le iban bien las cosas, y no por azares del destino o por compras de fotos de tapadillo, no. La vida le sonreía porque no paraba de trabajar. Me había quedado flipado al verla desempeñarse en la *baby shower*, y después había aceptado el trabajo del *showroom*, todo ello sin descuidar la renovación constante de su propia galería *online* de fotos puestas a la venta, y, con todo, había conseguido amasar una cantidad de dinero que, ciertamente, cubría la mitad del préstamo. Se la veía orgullosa. Muy satisfecha de sí misma, y yo, pobre tonto enamorado desde los dieciséis años, vi que lo único que tenía como excusa para mantenerla cerca de mí se esfumaba.

Cayetana era adulta, una superviviente que salía adelante y recogía los frutos de

su esfuerzo. Que encontraba trabajo y vendía su arte sin que yo me metiera de por medio. Que podría haber sufragado la deuda de su padre si él hubiera llamado a su número antes que al mío. Era toda una mujer adulta.

—Una que ya no me necesita... Que tal vez nunca lo hizo.

Y esa era la combinación ganadora que nos llevaba a mi enfado. Gestionar las cosas nunca se me había dado bien. Me imagino que por eso acepté lo de hacernos la puñeta al empezar a convivir y, después, incluir el sexo en una amistad frágil. Jesús Carvajal estaba completamente loco por Cayetana Hernández y claudicaba en lo que fuera si eso le daba la mínima posibilidad de albergar esperanzas. «Pobre tonto. Ingenuo charlatán». Montar la bronca fue el penúltimo movimiento erróneo que cometí; el último, hacerle el vacío por miedo a perderla, como si esquivando su presencia cuando todavía podía tenerla no me llevara exactamente al mismo resultado.

Mientras pensaba en eso... y en nada, me serví un café de máquina y miré mi reflejo en los amplios ventanales del Gregorio Marañón, que estaban empañados a causa del frío que reinaba fuera. Los celadores habían montado ya los árboles de Navidad en los pasillos, había espumillones de colores chillones colgando de los corchos que pedían donantes de sangre, rogaban silencio e informaban sobre la importancia de una correcta cartilla de vacunación. Las fiestas se abrían paso inexorablemente en las calles, los escaparates de los comercios, las fachadas de las casas y hasta los sitios más inesperados, como un hospital de ingresos permanentes donde muchos enfermos no se sentirían consolados por más que sirvieran pudín navideño o gelatina roja de postre.

Yo, que llevaba puesto mi uniforme de enfermero desde las diez de la mañana, ahogué un bostezo detrás del café y lo apuré. Estaba tan cansado que me molestaba hasta el calzado ergonómico, y aunque no me correspondía estar allí con la noche ya entrada, acepté la ampliación de turno porque cualquier murmullo de pasillo era mejor que la callada sorda que me esperaba en casa. Esa que, además, había provocado yo.

—Menuda cara... Tranquilo, que el calendario corre, Jesús. ¿Tienes planes para vacaciones?

Giré medio cuerpo para dejar que otro de los enfermeros de guardia usara la máquina expendedora. Se trataba de Tony, un mulato de treinta años y ojos verdes que bailoteaba en medio de las camillas y contaba anécdotas inapropiadas a los niños cuando las curas eran especialmente dolorosas. Un buen tío. También estaba allí por la beca pediátrica, solo que él venía desde Barcelona.

Rosa nos había apodado, antes de iniciar su guerra fría contra mí por haber truncado nuestro amago de cita, los «anatomía de Grey de la enfermería». En otros tiempos, me habría imprimido la cita en una pegatina para el estetoscopio, pero ahora...

—Voy a Sevilla. A la casa familiar.

—¿Pueblo? —Asentí. Tony suspiró, removiendo el café—. Son lo mejor del mundo. Yo Soy de Sant Andreu, en Barcelona, pero como solo estamos mi madre y yo, este año haremos un cambio de escenario. Vamos a tomarnos las uvas en la Puerta del Sol.

—Los clásicos lo son por algo. —Tiré el vaso vacío. Contemplé mi cara un segundo más en el cristal y, luego, me di la espalda—. ¿Tenemos algo inmediato?

—Un crío que se ha abierto la cabeza de un resbalón. Está en el *box* dos, o deberá de estarlo cuando terminen de rellenar los formularios. ¿Te apetece coser?

—Siempre.

El paciente en cuestión se llamaba Daniel, tenía diez años, las rodillas peladas, una paleta astillada y los dedos índice y corazón de la mano izquierda unidos con un par de vueltas de esparadrapo. Esperaba sentado en la camilla, con la mitad de la cara cubierta de sangre seca, probablemente porque se había escurrido de la herida al intentar lavarla. Una mujer cuya expresión se debatía entre el enfado y la preocupación le presionaba unas gasas contra la frente. Sonreí al cruzar la cortina, le estreché la mano al niño con toda la formalidad del mundo y después tiré del taburete situado a un lado para sentarme frente a él.

—Soy Jesús —le dije, poniéndome los guantes esterilizados—. Y, por lo que veo, tú tienes pinta de no perdonar un entrenamiento ni cuando hiela durante la noche.

La madre puso los ojos en blanco.

—El dichoso fútbol... Ni el invierno le quita las ganas de darle patadas a ese balón.

—Bueno, ¿cómo va a llegar uno al Madrid entonces? —Le guiñé un ojo a Daniel, que me sonrió con su boca mellada y asintió con fervor. De hecho, pareció sentirse cómodo en medio de una charla que controlaba, porque empujó la mano de su madre para que las gasas no le impidieran verme.

—¿Cómo sabes que soy del Real Madrid?

—Intuición.

Eso y sus deportivas. Y el balón que descansaba en el suelo. Y el suéter que asomaba del bolso de la madre. Todo iba debidamente marcado con el escudo

merengue. La observación era básica en la profesión, y no solo para tratar fracturas, sino para granjearte la simpatía del paciente y que no se pusiera reacio al tratamiento.

—¿A ti te gusta el fútbol?

—¡Daniel! ¡Es un profesional y mayor que tú!

Sonreí. Apliqué una buena cantidad de desinfectante en un apósito limpio y me aproximé a la frente. La brecha era descomunal en comparación con el tamaño general de la cabeza del chiquillo, pero más aparatosa que grave. Eso sí, se iba a llevar a casa un buen costurón.

—Se le quitarán las ganas de llamarme de usted dentro de un rato. —Le hice a la madre un gesto evidente que implicaba los puntos—. Y para responderte, sí. Me gusta el fútbol.

—¿De qué equipo eres?

—Del Sevilla.

Dani hizo una pedorreta.

—Pues menudos sufridores...

—Pero no tanto como los del Atlético de Madrid.

—¡Buah, esos son los más pringados del mundo mundial!

—¡Daniel Sebastián Pérez Requena! ¿Es esa la palabra que querías decir?

El chaval compuso la mayor caída de orejas nunca antes vista en un *box* de urgencias.

—No, mamá. Perdón.

—Estas cosas pasan... —Acabé la limpieza y preparé el instrumental para empezar a coser—. Los tíos duros como nosotros nos acaloramos con nuestros colores, aunque tu equipo tenga ausencia de ellos.

—El blanco es el color universal, tío.

—¡Daniel Sebastián!

—Bueno... Esto tiene mejor pinta. —Intenté dirigirme a ambos a la vez. A la madre, para cercenarle un poco aquel nerviosismo, y al crío, para ver si sentirse integrado en la conversación le hacía estarse quieto, porque no había parado de mover las rodillas durante toda la limpieza—. La buena noticia, Dani, es que no vamos a tener que afeitarte la cabeza. Tu novia se alegrará de saberlo.

—Yo no tengo de eso. —Su cara de asco me hizo reír—. Son gruñonas.

—Qué razón tienes. —Sonrió, desconfiado, cuando vio que me cambiaba de guantes y cogía unas pinzas de las que prendía un pedazo de hilo tenso—. Pero como cambiarás de idea con los años, te informo de que es posible que, una vez

se cure la herida, quede un poquito de cicatriz.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—¿Estás de coña? —Mojé otro apósito. Ajusté la luz. Me acerqué más—. A las mujeres les encantan las marcas de guerra. Vas a arrasar.

—¿Aunque la tenga por resbalar en la calle?

—El secreto de una buena historia está en cómo decidas contarla. —Le eché anestesia local en *spray*. Lancé una miradita intencionada a la madre, que se acercó y lo cogió por los hombros, con la presión justa para que el consuelo fuera más que la inmovilización—. Pero ahora... estate muy quieto: no queremos que la cicatriz quede exagerada, ¿verdad? El punto justo entre ser Frankenstein y un rompecorazones.

—¡A mí me gusta Frankenstein!

—¡Daniel, que te calles!

Por suerte para mí, la palabra de una madre siempre tiene el poder absoluto. El crío cerró la boca y aguantó estoicamente todas las puntadas. Yo silbé, tonteeé con la alineación del Sevilla e intenté distraerle del dolor que sabía que estaba sintiendo y que, a pesar del cuidado con que cosía, no iba a poderle evitar. Fui eficiente, aunque eso me hiciera ir más lento: después de todo, estábamos hablando de la carita inocente de un crío. Había que dejarle crecer tan guapo como se merecía.

—Perfecto, Dani. —Corté el hilo sobrante, pegué un apósito sobre los puntos y lancé los guantes a la basura—. Has quedado mejor que antes. Ahora tendrás que tenerla tapada un día y, luego, lavarla bien. Como parte del tratamiento, descansa del fútbol durante las fiestas, deja que se cierren los puntos y que la piel de esas rodillas vuelva a crecer. ¿Estamos?

—Vale. —Me tendió la mano. Le ofrecí la mía. Un par de caballeros cerrando un trato—. Pero me has prometido muchas novias...

—Si no queda satisfecho, vuelva con su siguiente corte.

—¡Dios, espero que no! —dijo la madre.

—Felices fiestas a los dos.

Le ofrecí a Daniel un bastón de caramelo de los que llevaba en el bolsillo —el área de pediatría es así: palos para la garganta, tiritas de dinosaurios y chuches trucadas..., todo tiene buena pinta, pero nada de azúcar—, y después iba a marcharme, pero, por lo visto, a mi paciente parlanchín se le había quedado una pregunta en el tintero.

—¿Ya has hecho tu carta a los Reyes? —Sonrió con una malicia que me dio a

entender que no necesitaría cicatrices para ser un prenda de mayor—. Y no vale un mejor mercado de invierno para el Sevilla.

Me crucé de brazos, mirándolo desde el borde de la cortina con mi perfeccionado gesto socarrón.

—¿Qué vas a pedir tú? ¿Los calzoncillos de Vinicius?

—Pues debe de ser lo único que le falta... —musitó la madre, que tecleaba a toda velocidad en su móvil, probablemente informando a la familia de que la sangre, pese a ser abundante, no había llegado al río—. La carta es más larga que la lista de la compra.

—Pero lo más importante son las zapatillas, las nuevas Mercurial. —Al chaval se le puso cara de adoración—. Y el abono para la Liga.

—Parecen regalos ambiciosos... Mejor disfrutarlos sin puntos ni vendas, ¿vale? Nos hemos estrechado la mano, tienes que aferrarte a esa promesa.

—Sí, sí, pero ¿qué vas a pedir tú?

Ay, joder, qué complicado era responder a eso. Más que nada porque tenía claro lo que rubricaría en todas las cartas del mundo... Lo único que no encontraría jamás dentro de una caja atada con un lazo de celofán.

—Creo que voy a copiarte lo del abono para la Liga. A mi padre le encantará entrar al Sánchez-Pizjuán por la puerta de los socios de honor.

Daniel se quedó en observación un par de horas y luego se marchó a casa. Yo todavía andaba por allí, así que me dio tiempo de volver a despedirme. Cuando cruzó la puerta ya tenía el balón bajo el pie, y para cuando lo perdí de vista hacía cabriolas con él, entre el muslo y la rodilla, bajo el atento reproche de su madre, que se llevaba las manos a la cabeza y lo amenazaba con tirar a la basura el esférico y no volver a comprarle otro en la vida.

—Vaya *crack* el madridista... Cómo controla.

—¿Te vas ya?

Tony, que venía cambiado de la sala de personal, se echó la mochila al hombro. Consulté mi reloj de pulsera y tuve que entornar los ojos. Mierda, ¿esas horas eran ya?

—Pues creo que sí. Me doy una vuelta final por la sala de urgencias y salgo.

—Tío, ¿cuántas horas llevas aquí? —Los largos brazos de mi compañero abarcaron el espacio donde nos encontrábamos—. Estás en la sala de urgencias. No quedan más que las plantas. Y a no ser que quieras regalarlas...

—Pues alguien tendría que ir pensando en hacerlo.

—¡Venga, Suso, que la noche es joven!

—Y entraña misterios, o terrores nocturnos... ¡Yo qué sé, Tony! Que me voy a casa.

Encima no recordaba si a esas horas pasaban búhos, así que iba a tener que llamar a un taxi, porque del metro ya ni hablábamos.

—¿Va en serio? ¿Pero tú no librabas mañana?

—Pues si no confundo el día en que el vivo, que todo puede pasar. Sí, libro mañana.

Mi último día suelto antes de las vacaciones. Veinticuatro horas de infierno en Vallehermoso, ordenando obsesivamente, poniendo lavadoras y pasando el tiempo dándole vueltas a la cabeza en busca de algo que, a todas luces, concluiría exactamente igual que las otras veces, con un profundo «Eres imbécil y la has cagado» que me tendría que comer con patatas, hasta que llegara a Montequinto y pudiera comprobar si me quedaban huecos para admitírselo a Cayetana a la cara.

—¿Y vas a desperdiciar una noche previa a un día libre yéndote a casa? ¡Vente de copas! Miguel y Chesco se han apuntado. Hay un local por aquí cerca que pone temazos.

—¿Te refieres a la música del momento? —Asintió con fervor. Pfff..., qué pereza—. Paso.

—A la tercera copa y el segundo *twerking* ni les prestas atención a las letras.

—¿Segundo qué? Yo no bailo eso, tío.

—¡Ni falta que hace! —Tony me dio una palmadita en el hombro con su enorme manaza. —. Pero estás lo suficiente de buen ver como para que te lo bailen a ti. ¡Venga, no seas aburrido! Me vendrá bien un poquito de competencia de calidad.

—Todas para ti: mis días de caza están paralizados.

Porque decir «fulminados» me parecía demasiado determinante. Había sentencias para las que un hombre tenía que prepararse.

—¿La que se casaba no era tu hermana? Coño, parece que te hayan echado el lazo a ti, ¡no jodas!

—Dado que me voy a casa solo... —sonreí, porque la cara de pena que veía en Tony, dirigida hacia mi persona, me hundió la moral. A ver, gracia no me hacía que se le hubiera puesto una expresión que gritaba a los cuatro vientos «Pobre cabrón», pero tampoco iba a dejarme compadecer—, no creo que joda, no. Pero con suerte tú coronarás. Así que feliz *twerking* y todo eso.

—¿Quién es ella, Suso? Tiene que valerlo para sacarte del mercado. —Se recolocó la mochila—. No te conozco de toda la vida, pero esas cosas se notan, y

tú en tus tiempos...

—Ya, allá por la guerra de Vietnam, no te fastidia. Ya me has llamado aburrido y viejo, ¿te quieres pirar?

—Las tías... ¡nos castran hermano, esa es la pura verdad! Les ofrecemos el corazón ¿y qué hacen ellas? ¡Nos cortan los cojones!

—Y se hacen pulseras tobilleras, estoy de acuerdo. Anda, ¡a pasarlo bien!

Una vez a solas —o todo lo que se podía estar en un hospital de las magnitudes del Marañón—, me entretuve. Sonaba patético, pero la verdad era que mi prisa por volver a casa era nula, así que me duché y me cambié de ropa en la sala de personal y hasta maté algo más de tiempo tomando algo en la cafetería. Revisé el móvil y descubrí un par de cientos de WhatsApp sin leer en el grupo de los Carvajal que incluían fotografías de Nina y Cayetana de vuelta a casa. Mi padre llevaba puesto un delantal y hacía una paella mientras ellas dos le flanqueaban, en posturas a lo Ángeles de Charlie. El pobre viejo sonreía como podía, con la espumadera en alto y cara de «Señor, ¿qué he hecho yo para cargar con esta fauna?». Amplié la imagen hasta embriagarme de Caye, que estaba guapísima con unos *leggings* oscuros y un suéter verde muy amplio y grueso. Parecía muy feliz y sonriente. Parecía completa. Valiente. Autosuficiente.

—¿Podrías estar más pillado, Jesús? La respuesta es no, no podrías.

Me lamenté de mi suerte, y de todos los muros levantados que nos habían llevado a aceptar de forma tácita que cualquier relación sería imposible y nos había conducido a un sexo que siempre era poco, porque tocar a Cayetana solo implicaba desear tocarla más, mejor y para siempre. Menuda idea de bombero la de dejarlo solo en algo físico...

Continuando con la revisión, escuché con paciencia infinita y el móvil en la oreja un audio de mi madre, mayoritariamente quejas sobre el comportamiento poco entregado, ilusionado o abierto a diálogo que tenía mi hermana ante su vida y las ideas maternas de cómo debía ser. Fui testigo ausente, durante cuatro minutos y treinta y dos segundos, de la indecisión de Nina para elegir vestido y lo paupérrimo de sus planes para celebrar un día tan especial. Mi madre pronunciaba las palabras «sencillo» y «pequeño» como si mi hermana la estuviera insultando gravemente, y a mí, que cualquier distracción me parecía bienvenida, terminó por hacerme gracia la guerra abierta entre esas dos mujeres, que se querían mucho pero lo hacían mejor a la distancia.

Pulsé el micrófono del chat y, luego, el candadito. Suspiré.

—Vamos a ver, madre... —Regulé el tono de voz, dejando de lado el bocadillo

frío que no me había terminado—. Nina y Lucas están empezando su vida juntos, es normal que prefieran incurrir en gastos futuros en vez de pulirse el dinero en una ceremonia; sí, estoy de acuerdo en que es más importante que el término «fiesta» que usa ella, pero piensa que esto va de anotarse pequeñas victorias. ¿Tú no la querías casada con todas las de la ley? Pues así es como lo va a hacer. En cuanto a lo del vestido, ahí ya no sé qué decirte, pero seguro que está más guapa y feliz si lleva algo que le guste, por más bonito y recatado que haya sido el vestido de la abuela..., que debes dejar en el baúl de los recuerdos. Eres la madre de la novia: debería preocuparte que te vistan bien a ti, y deberías dejar todo el agobio para los novios. —Sonreí, porque aquello no iba a colar ni de coña—. Bastante vas a tener con no eclipsar a Nina. Os echo de menos, nos vemos en una semana, ¿vale? Cuidaos mucho. Y perdona por contestar a estas horas, acabo de salir de una guardia. Besos para todos.

Por supuesto, ese «todos», incluía a los Hernández, pero pensé que especificar sería levantar la liebre, y bastante complicado iba a ser refrenarme en cuanto a miradas y gestos teniendo a Cayetana cerca como para encima ir dejándole a mi madre, que era más certera que Ojo de Halcón con su arco, pistas de que allí había algo que rascar.

Al final, entre unas cosas y otras, cuando salí del hospital ya clareaba el día y pude ir hasta casa dando un paseo. Compré un par de cruasanes, una botella de leche y pasta precocinada de la que le gustaba a Caye. Me preparé un almuerzo calórico y heterogéneo, de esos que siempre le criticaba a ella, y lo degusté viendo en Netflix el capítulo de una serie que se había dejado a medias, pero que a mí me era completamente desconocida.

—Ay, Jesús el rompebragas... —murmuré, echándome hacia atrás y subiendo los pies a la mesita de centro—. Para lo que has quedado...

24

OH, SINCERA NAVIDAD

CAYETANA

—Por favor, Nina... No nos quedan más opciones, criatura. Esto es Montequinto, el número de tiendas de novia es limitado.

Deambulábamos por una calle adoquinada como pobres almas en desgracia. Yo a rebufo, dando a mi mejor amiga y a su madre unos minutos de calidad, a pesar de que Nina no paraba de echar el brazo hacia atrás y tantear para tirar de mí, probablemente para hacerme cumplir con parte de mis tareas como dama de deshonor, que en este momento se centraban en actuar como el jamón de un sándwich que tenía muy mala pinta.

—Pues por eso tendría que haberlo comprado en Madrid.

—¡Huy, sí, Madrid, en estas fechas! ¿Querías hacer tres horas de cola? Porque aquí tu indecisión nos hace ir de calle en calle, pero allí te hubiera llevado días.

—O minutos, estando sola.

La señora de Carvajal se puso la mano en el pecho, pero tranquilos, que no le estaba dando nada, es que ella es así, muy esperpéntica y dramática. Igualita que Nina, aunque ella lo niegue.

—¡Pero mira que eres seca, hija! Yo no sé a quién has salido, porque tu padre y yo... ¡Huy, huy, mira ese, con pedrería bordada en el cuerpo y la cola!

Nos adelantó y cruzó la puerta de la tienda como Fernando Alonso en sus tiempos mozos las líneas de meta. Nina se quedó rezagada, esperando a que yo me pusiera a su vera. Fingí interesarme por la fauna autóctona; vamos, que me quedé mirando un árbol por no tener ni idea de qué se le dice a una novia al borde de un ataque de nervios. ¿Alguien me pasa el contacto de Almodóvar?

—Mi vida por un Chester.

—Ni de coña, ya has pasado el mono.

—Mi mono es un orangután del tamaño del padre de Tarzán —renegó mi amiga, que revolvió en el bolso y se pegó otro parche de nicotina—. No puedo

con la vida.

—Piensa en Lucas...

—Que está en casa tomándose una caña con mi padre, ajeno a todo mi padecimiento. Jodido Morrison...

—Pero lo quieres, y pronto todo ese pelazo va a ser legalmente tuyo. —Le di un empujoncito. La muy cabrona clavó los tacones al asfalto, y me costó Dios y ayuda meterla en la tienda, donde la señora de Carvajal ya tenía apartados un buen grupo de vestidos que nada más echarles un ojo estaba claro que no eran para nada del gusto de Nina—. Venga, tía, imagínate esto como una secuencia de una peli, ¿vale? Saldrás con unos cuantos puestos, horripilantes todos, y yo negaré con la cabeza. De fondo, una banda sonora chula. La canción que más te guste. Y por fin... el definitivo. Sonreirás, tu madre se emocionará hasta quedarse sin palabras y yo asentiré a cámara lenta mientras me ajusto las gafas.

Giró la cabeza tan fuerte para mirarme que me dio un azote de pelo pelirrojo.

—Tú no tienes gafas, Cayetana.

—¡Que entres ya, coño!

Fue más o menos como yo había descrito..., sobre todo, el menos.

Para empezar, los vestidos eran horripilantes; yo no sé cómo los había escogido mi buena madre putativa, pero aquello no había por dónde cogerlo. Demasiadas perlas. Demasiadas mangas. Demasiados lazos colocados sobre las caderas. Espumillón. Colas que podrían cubrir un estadio de fútbol. Cuellos altos, pero altos a nivel de que tapaban parte de la cara de Nina. Antiguos. Muy pomposos. Exagerados. Se me vino a la cabeza la imagen de Lady Di, y mira, para que os hagáis una idea, ella iba moderna y sencilla en comparación con lo que estábamos viendo.

Al octavo intento, Nina salió del probador con una expresión que estuve tentada de fotografiar solo para utilizar como advertencia contra ladrones. Ni un pitbull daba tanto canguelo. Desde luego, la tienda tenía monaditas, porque en el escaparate había algunas expuestas, pero nada de eso estaba llegando a nuestras manos.

—¡Pues no sé qué le encuentras de mal a este, por Dios bendito! Si es la cosa más bonita que he visto.

—Mamá, que tiene al mismo tiempo manga corta y larga. —Nina extendió los brazos. Parecía lista para echar a volar—. ¿Es que no te das cuenta?

La señora de Carvajal chascó la lengua.

—Es una capita, Nina. Desde luego..., ¡qué poco mundo, hija!

—¿Capa? ¡No me quiero casar pareciendo Ramón García dando las campanadas, joder!

—Vale, vale... Vamos a calmarnos, a respirar hondo y a pensar con frialdad. — Sonreí, levantándome del sofá donde había estado observando aquella caída al purgatorio textil—. Nina, quítate eso. Ya he hablado con la chica que nos está atendiendo.

—¿Hablado? ¿Y hablado para qué?

—Señora taxista, ¿usted me quiere y me aprecia? —Asintió sin dudarle. Yo también—. Pues entonces confíe un poquito en mí.

La dependienta de la tienda se nos acercó tirando de un burro. Me recordó, por un segundo, a mi nefasta experiencia en el *showroom* para el que curraba Elena, pero enseguida se me pasó. Para empezar, vi que todos rompían con el blanco clásico: largos ajustados, escotes más pronunciados y cinturas marcadas. Eso era otra cosa. Le acerqué el primero a Nina, y, aunque no iba a ser el ganador, la vimos salir del probador con otro talante. Preparé el móvil, porque cuando llegáramos al elegido... lo sabría. Y necesitaba documentarlo.

—Si te quedan dudas, siempre puedo escribir al *reality* de Divinity —Le dije a través de la cortina.

—¡Nada de *realities*, gracias!

—Venga, seguro que te hacen un especial de dos episodios por ser una vieja gloria de la tele.

Me sacó el dedo a través de la cortina. Yo me eché a reír. Que estuviera relajada para bromear implicaba que la cosa iba mejor..., para mí, por lo menos. ¡Ay, siento el arranque egocéntrico, es que las bodas me ponen muy nerviosa!

Nina desfiló con un palabra de honor en corte sirena, uno con manga francesa y caída recta, otro de cuello *halter* que se abría en la cintura, un cuarto con cuello barco y, por fin..., con su vestido de novia. Lo supimos sin verlo, solo al oír su suspiro. El modelo, en color champán, estaba compuesto por un cuerpo ajustado con los tirantes gruesos bordados en organza sobre una seda muy fina que se unía a un escote corazón. En la cintura, una cinta de raso del mismo color separaba la estructura principal de una falda de tul hasta la rodilla, capeada también con organza del mismo tono que los tirantes y tul en blancos rotos y ocres. Al moverse, el efecto bailarina creaba una superposición de tonos dorados opacados que hacían refulgir el pelo de Nina, su silueta y el tono de su piel.

Al verla emerger del probador y situarse ante el espejo de triple hoja que teníamos delante, me tapé la boca con las manos y contuve un gemido de

excitación. Estaba soberbia con aquel diseño, que no solo era cómodo y divertido, sino, además, completamente de su estilo.

—Este es —declaró sin que hiciera ninguna falta, girando sobre sí misma como la delicada muñequita de una caja de música—. Es el vestido de mi boda.

—Ay, por Dios... ¡Creo que voy a llorar! —Aunque en lugar de eso, lancé fotos, que una es sensiblera, sí, pero, ante todo, profesional—. Cógete un moño Winehouse para hacernos a la idea de cómo te quedaría con el cuello despejado... ¡Guau, tía, es ideal de la muerte!

—¿Verdad? ¿No crees que es perfecto?

Ya os aseguro yo que sí. Nina estaba tan resplandeciente que ni su madre pudo encontrar defectos a la prenda, y eso que la señora de Carvajal abogaba por algo completamente tradicional —e inapropiado para una boda civil, ya que estamos rajando en confianza—. Se acercó y cogió a su hija de las manos. Le hizo dar unas vueltecitas y, después, las dos lloraron juntas, dándome una estampa maravillosa que no dudé en retratar. ¿Eh? ¿No había dicho yo que llegaríamos a ese momento? Si es que... ¡qué faltos de fe estamos en esta vida!

Me mezclé en la escena captando detalles del vestido y le conté a Nina el cuento de que necesitaba todos los detalles para que Elena compusiera una paleta de colores apropiada para el maquillaje, lo cual no era una mentira del todo. Ese iba a ser parte de mi regalo nupcial, pero aún faltaba un detallito que me escondía en la manga.

—¡Jo, me gusta tanto que no quiero quitármelo!

—Podemos echar a correr si quieres. Yo te cubro.

Me abrazó entre risas, y al final hicimos las cosas por lo legal. Le desabotonamos la ristra de diminutos corchetes, pagó una fianza por la prenda y dejó algunas instrucciones precisas antes de recogerlo, como, por ejemplo, un reajuste de los tirantes y un puntito menos de rigidez en la cintura. Por suerte eran arreglos lo bastante simples como para que no dieran problemas, así que nos marchamos las tres, felices como perdices, a tomarnos una *pringá*, que ya estábamos en hora del aperitivo.

—Cuidadito con esas fotos, mamá, que ya sabes que no pueden llegar a ojos de Morrison.

—Que sí, pesada, que son para tu padre.

Nina me miró con cierto reproche y yo me metí casi una ración entera de tomates aliñados en la boca por tenerla ocupada con algo. A ver, la señora de Carvajal me había pedido un par de imágenes, ¿qué iba a decirle, que no? Vamos,

solo faltaría.

—Como las vea Lucas... —insistió Nina, que, escondida detrás de sus gafas de sol de Loewe tamaño extragrande y con aquel moño todavía en lo alto, parecía una extraña mezcla entre turista piscinera y cantante trasnochada.

—Ya se lo he avisado a papá. —La señora taxista, que llevaba unas gafas de vista de esas tan guays que se separan por el puente, nos miró por encima de los cristales. Rollo escrutador, pero en adorable—. Le he puesto un emoticono de boca tapada.

—Eso es infalible —confirmé yo, rebañando el aliño de los tomates con un trozo de pan más grande que mi cabeza—, lo entiende todo el mundo, Nina. Tú, *relax*.

—Me relajaré cuando esté casada, de vuelta a casa y con la vida rutinaria de vuelta.

—¡Claro que sí, hija de mis entrañas! ¡Derrochando ilusión!

—No hacemos carrera de ella, ¿eh, señora taxista? Con la de estudios que le hemos pagado...

La mujer me dio unas palmaditas en la rodilla a modo de asentimiento y yo chasqué la lengua. Nina se subió las gafas para mirarnos mal y luego atacó su tapa, decidiendo sabiamente que era mejor rendirse.

Volvimos a Montequinto con los deberes hechos y las barrigas a medio llenar. La feliz pareja cogió carretera y manta y se fue por ahí a dar una vuelta, y yo, para variar, me fui directa a la morada de los Hernández. La cosa era mucho mejor que en mi última visita, porque, para empezar, mi madre, que era una santa, me había hecho un poco de espacio en el rebautizado dormitorio de los trastos, y aunque la tele de culo Kardashian y la bici estática seguían allí, me habían colocado una mesita de noche —ojo, con lámpara y todo, a ver qué os vais a pensar— y un escritorio pequeño que me venía de lujo para amontonar cosas.

Allí mismo solté el bolso y el abrigo que había llevado puesto y me guie del olfato para encontrar a mi progenitora, que, como siempre, estaba liada entre fogones. Le di un beso en la mejilla y ella me recompensó con esa sonrisa maternal que debería ser eterna por ley.

—Madre no hay más que una, y como la mía, ninguna.

—Pues ya me va a saber mal decirte que eres adoptada... —Se sonrió, removiendo con un brío que ya lo quisieran las folclóricas—. Solomillo al whisky, ¿qué te parece?

—Un lujo para los sentidos y un regalo al paladar. —Me subí a la encimera y

balanceé las piernas—. El trabajo me va genial, mami. Y cuando digo genial, quiero decir súper de la hostia.

—Me figuro que si no metías un taco la cosa quedaba deslucida.

—Es que va bien de verdad. Por fin hago lo que me gusta, curro todos los días contenta y encima gano dinero. —Le eché una mirada—. Ahora tengo dinero, mami.

—Pues espero que venga acompañado de cabeza. Y de un buen regalo de Navidad.

—Por descontado, pero lo que quiero decir... —Me bajé de un salto y me agarré a su cintura, igual que de cría para convencerla de que me dejara hacer algo que ya me habían prohibido—. Es que si hiciera falta algo...

—Ahora que lo dices...

Los sentidos se me pusieron alerta. Creo que hasta se me erizó la piel. Venga, madre, ¡suéltalo! ¡Déjame ser parte activa de la solución, después de haber sido tantas veces el problema!

—¿Sí...?

—Me vendría genial un poco de queso rallado para la lasaña de esta noche. Le he prometido un trozo a Nina y creo que voy justa.

—Sabes a qué me refería, lady quiosquera. Te has ido por las ramas a propósito.

—¿Adónde me he ido, hija? Huy, yo fuera de Pekín no conozco nada, tesoro.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo no iba a heredar yo mi escapismo verbal? ¡Había mamado de su teta! A mi madre no la pillabas en un renuncio: es más lista que el hambre, y más avispada...

—¡Buenas, familia!

—Hola, padre. —Me crucé de brazos, pero agaché la cabeza para recibir su beso—. A ver si tú me ayudas a meter en vereda a tu mujer.

—Ahora le doy unos azotes, que esta mañana se me ha escaqueado. ¿Qué problema hay?

El quiosquero colgó la gorra y las llaves del quiosco del mismo perchero del que llevaba haciéndolo toda la vida, se sentó en su silla y unió los dedos de ambas manos. Me sentí tentada de darle las notas.

—Le decía a mamá que el trabajo ahora me va muy bien.

—Yo le respondía que me alegro mucho —dijo mi madre.

—¡Pues claro que sí! —Mi señor padre alzó el puño en mi dirección—. No dudamos ni un segundo de que levantarías cabeza el doble de alto, hija.

—Los Hernández siempre caemos de pie —apostilló mi madre, endosándome los cubiertos y los platos para que pusiera la mesa—. Y, si no, fingimos que el tropiezo era parte del baile.

—Escucha a tu madre. Da consejos muy sabios.

—No, si aquí a la única a la que nadie escucha es a mí...

El solomillo al whisky estaba para ponerle un piso, pero eso no era una sorpresa. Mi madre es una cocinera sobresaliente. Comimos hablando de todo y de nada: la boda, las ventas del quiosco, lo de mis fotos...

—¿Y dices que el representante ese insultó a la modelo? Jesús...

—Ya no hay principios en el trabajo. —Mi padre negó con la cabeza con firmeza, rebañando el plato con pan, exactamente igual que hacía yo—. ¿Y dices que tu amiga trabaja así?

—Sí, mi pobre Helen... —Recordé a Don Lejía Supremo, siempre en busca de algo más *in*—. La cara de pocha que me lleva...

—Tráetela en vacaciones. El que no se cura en Sevilla es porque en realidad no está enfermo.

Estuve de acuerdo con la predicción de mi padre, aunque no veía yo a Elenita paseando por Triana, libre de preocupaciones, agendas y móvil. De hecho, no estaba segura de que su contrato recogiera vacaciones, pero, bueno, eso no viene al caso. Aproveché la sobremesa y que mi madre se fue a su dormitorio para ponerse al día con la peli de las 15.00 —*Secuestrada en la ciudad* o *Enterrados en el jardín*, ya sabéis cómo van esos títulos— para caerle encima a mi padre con todo el peso de mi cabezonería.

—Quiosquero..., tenemos que hablar.

—Ay, puñeta... Si suena mal cuando te lo dice la parienta, que te lo suelte tu única hija y heredera...

—No te hagas el loco. Espera, ¿me vas a dejar el quiosco?

Se rio.

—Me lo pienso llevar a la tumba, que, si no, te comes todos los chicles.

Qué hachas mis progenitores para salirse por los cerros de Úbeda... Menos mal que me habían criado ellos. A mí no se me daba esquinazo con facilidad. Las moscas cojoneras miraban por el retrovisor para esquivarme, no digo más.

—Preguntaba por la herencia... —Me senté en el butacón del salón, frente a mi padre—. Porque lo mismo ahora somos más a repartir.

—¿Has descubierto lo de mis trillizos en Cuba?

—Papá... —Endurecí el tono—. Sé lo de la deuda del banco. Y lo del

préstamo de Jesús.

Esperé que bajara un poquito la mirada, hasta que se le aguaran los ojos. Que se hiciera el loco, que lo negara. Cualquier cosa. De verdad. Me había preparado para cientos de escenarios posibles..., excepto para verle cruzarse de brazos, subir una ceja y mantener el gesto orgulloso. Eso me descolocó por completo.

—Y yo sé lo de los ingresos que no paras de hacerle y él de devolvarte. Como dos memos que no tienen más oficio ni beneficio que jugar con el dinero.

—¿Qué? ¿Lo sabías?

El quiosquero suspiró.

—Cayetana, nunca fuiste capaz de esconder que te comías el chocolate del calendario de Adviento antes de tiempo: a mayor mentira, peor eres escondiendo las evidencias. Lo hemos sabido desde el principio, mamá y yo.

Me levanté como un resorte. El sillón era lava.

—¿Y por qué no habías dicho nada?

—¿Por qué no lo habías dicho tú?

—Pues... Pues porque... —Porque quería ahorrarle la vergüenza de saber que su hija estaba metiendo mano a sus finanzas, por temor a que deber esa cantidad fuera demasiado para él, por eso—. ¿Por qué te has callado que lo sabías, papá?

—En primer lugar, nunca quise que lo supieras tú. De lo contrario, habría hablado contigo cuando surgió el problema, ¿no?

—Ya... He llegado recientemente a esa conclusión. —Gracias a la inestimable ayuda de Jesús—. Y me siento muy dolida por que no recurrieras a mí. Soy tu hija.

—Precisamente. Se supone que los padres ayudan a los hijos, no al revés.

—¡Pero yo habría hecho cualquier cosa!

Mi padre sonrió. Me hizo un gesto para que me acercara a él, y cuando me tuvo al alcance, me cogió la mano.

—Pero, Caye, yo no quería que hicieras cualquier cosa. Ni lo que fuera. Ni todo lo que estuviera en tu poder, cariño. —Me sonrió. Cansado, pero firme. La sonrisa de mi padre, otra para que fuera eterna—. Un padre sueña con que sus hijos hagan lo que quieran, no lo que deben.

—Ayudarte era lo que quería. Lo que aún quiero, por eso...

—Ya, por eso no has dejado de meter las narices. —Me dio un toqucito con el dedo—. Son tan bonitas como las de tu madre, pero tengo que pedirte, por favor, que pares.

—Jesús ha hablado contigo, ¿verdad? Pues no tiene derecho. Esto es un tema

familiar. ¿Por qué tuviste que recurrir a él?

—Porque le quiero y es allegado, Cayetana, pero no es mi hijo. Tú sí. —La mirada del quiosquero se endureció un poco, pero no para mal, sino... con un halo de seguridad que, igual que me había pasado de niña, me dejó sin palabras —. Deber dinero es algo que me quita el sueño y me deja mal cuerpo, es verdad, pero antes de tener que pagarle al banco, prefiero hacerlo con alguien de mi confianza, con quien puedo hablar las cosas a la cara, poner los términos sobre la mesa y arreglar la situación como mejor convenga. De hombre a hombre, sin papeleos, firmas ni letras pequeñas de por medio.

—¿De hombre a hombre? ¿Por eso fue él y no yo?

—No fuiste tú porque, por más que aprecie a ese muchacho, mi hija eres tú. — Su brazo fuerte, de sostener a una familia toda la vida, me rodeó—. No me importa verme como un hombre con problemas financieros y desazones delante de Jesús, ni me importó pedirle ayuda ni asegurarle por mi honor que le entregaría hasta el último euro por más que me costara; pero no podría haberlo hecho ante ti, Caye. Tú eres mi niña y yo, tu padre. —La nostalgia le tiñó la voz, y a la que se le aguaron los ojos fue a mí—. Yo te arreglaba las cabezas de las muñecas cuando misteriosamente se caían; yo te ajustaba los ruedines de los patines. Soy el hombre que financió tu primera cámara, el que le puso un marco al título de tu carrera y el que siempre, siempre, ha cuidado de ti y de nuestra familia. Era impensable que me vieras de otro modo. Por eso no fuiste tú.

Nunca tragar saliva me costó tanto.

—¿Jesús sabe todo eso? —pregunté, aunque no hacía ninguna falta—. ¿Sabe tus motivos, tus razones para pedir su ayuda antes que la mía?

—Desde el primer momento. Sí.

Por supuesto. Cogí aire, y lo primero que sentí, no voy a enmascararlo, fue enfado. ¡Vivía con él! ¡Me estaba acostando con él! ¿Cómo podía no haberme dicho nada? Pero, claro, era muy evidente. Mi padre se lo había pedido y él solo había cumplido con sus deseos. Al contrario que yo.

—Ay, papá... Para mí siempre vas a ser el mejor hombre del mundo. El más fuerte y el más guapo, no pasa nada si me pides ayuda, porque será un honor dártela.

—Ya lo sé, guapa. Lo sé. —Me besó la mejilla—. Pero tengo que pedirte, por favor, que me dejes encargarme a mí. Puedo hacer frente al préstamo que pedí, y soy lo bastante mayor para enfrentarme a lo que es deber dinero a un conocido.

—Si ese Carvajal te pone problemas, te pide intereses o se pone borrico...

Se rio con fuerza, tanto que la barriga le bamboleó.

—Los dos sabemos que ese muchacho sería incapaz de una cosa así; de hecho, si no hubiera sabido que yo lo iba a considerar una falta de respeto, ni habría aceptado que fraccionara los pagos. Habría dejado la cosa correr para que yo fuera devolviendo el dinero cuando pudiera, pero así no son las cosas, y no es así como voy a hacerlas. —Me acarició la barbilla, dándome luego un empujoncito para que me levantara—. Soy casi un viejo, y puede que piense como la antigualla en la que me voy a convertir, pero, aunque sea consciente de que eres una mujer adulta y capaz, en lo que a ti respecta, quiero seguir dando una imagen de cabeza de familia. Cayetana, por favor, déjame encargarme a mí.

A veces, prometer algo nos rompe un poquito el corazón, pero de todos modos lo hacemos, porque entendemos que es importante para el receptor de esa promesa. Encabezada, tuve toda la intención de rebatirle a mi padre punto por punto sus palabras, pero al final comprendí que no tendría sentido hacerlo. Mi única intención al iniciar los pagos de aquel préstamo había sido liberarle de un peso que creía demasiada carga para él, y resultaba que dejarle hacer a su manera era, en realidad, la mejor forma que tenía de ayudar.

Papá quería ser papá para mí. El hombre todopoderoso al que su niña pequeña consideraba capaz hasta de hacer salir a los trenes a su hora. No era tan orgullosa como para quitarle eso. ¡Qué demonios!, pensé, sentándome otra vez a su lado después de asentir con firmeza: no era capaz de negarle nada al hombre al que más quería en el universo.

—Entonces, todo bien. Anda, coge el mando y sintoniza el culebrón turco... ¡Estoy enganchado al dichoso pájaro madrugador ese!

Hice lo que me pedía, y, una vez puesto, estiré la mano para agarrar la suya. Desde el quicio del dormitorio, mamá se asomó y me guiñó un ojo. Ahora tenía la verdad, sin edulcorantes ni medias tintas. Sabía por qué había sido tan importante para mi quiosquero mantenerme al margen de todo aquello... y lo importante que había sido la figura de Jesús para que él pudiera conservar esa dignidad de cara a su mujer y su hija.

Puede que sus formas me hubieran sacado de quicio, pero había guardado el secreto a mi padre aun cuando yo me empeñaba e insistía. No quería mi dinero porque el quiosquero así lo había determinado, y con todo y mis intentos, Jesús había mantenido la voluntad de mi padre en privado.

Me parecía que alguien debía una disculpa, y contrariamente a lo que pensé al subirme al tren en Atocha, ese alguien era yo.

25

NOCHE DE PAZ, NOCHE DE AMOR

CAYETANA

Al final Nina se había quedado sin lasaña porque el dichoso Jason Momoa turco me había obnubilado a mí también. Eché la tarde y parte de la noche con mi padre y, claro, cuando nos entró el hambre en medio del culebrón, pues atacamos la ración que había preparado mi madre como si fuera a ser nuestra última comida en el mundo. Qué se le va a hacer... La historia era muy jugosa y el queso fundido estaba en su punto.

De todos modos, y como soy una amiga diez —casi siempre—, me presenté a la mañana siguiente, bien temprano y descansada, con un bol de arroz con leche para hacer las paces. El día había amanecido fresco, pero el pronóstico nos daba cielos despejados y máximas asumibles, así que aquel día los futuros novios y yo liquidaríamos por fin el tema pendiente del *booké* prenupcial.

—Buenos días, florecilla. —Traspasé la puerta en cuanto una Nina con muy mala cara me la abrió. Tenía pegada una especie de tiritita muy ancha en la nariz y su pelo caía en dos trenzas sobre cada hombro; parecía haber sido presa de un ataque de cigüeñas durante la noche—. Te traigo desayuno.

—Café. Solo. Palabras no.

Levantó el índice y echó a caminar sin más ceremonia. Supongo que es lo suyo tras toda una vida de amistad: el «Bienvenida, pasa, estás en tu casa, ponte cómoda» se sobreentiende.

Esperé con paciencia a que desayunara, calladita como una muerta. Saludé a la señora de Carvajal, que iba ya peripuesta rumbo al mercado y, de lejos, oí un respirar profundo, como de bicho en hibernación. Enarqué una ceja.

—Dime que Lucas está despierto y presentable para las fotos.

—Lo haría. —Nina abrazó la taza de café como Gollum al anillo único—. Pero sería mentira.

—¡Pero, tía, que ese era vuestro único cometido!

—Pues hemos fracasado. Somos una vergüenza de novios. Deberías cancelarlo todo y marcharte a tu casa ofendida.

—Buen intento..., pero no cuela. —Metí el arroz con leche en la nevera y me crucé de brazos. Empecé a dar golpecitos con el pie en el suelo, por sacar a mi amiga un poquito de quicio, más que nada. Funcionó.

—Para.

—Termínate eso. Levanta a tu futuro marido. Ropa decente y nos vamos.

El puchero que hizo Nina dio mucha pena. De la ajena, que es la peor de todas.

—¡Es que no entiendo por qué tenemos que hacerlo! Ya hemos enviado las invitaciones.

—Vale, escúchame bien... —Le arranqué la taza de las manos. Me acabé yo el culín que quedaba—. Alguien cercano, no te diré quién, tiene como misión hacer un vídeo con imágenes vuestras para el banquete de celebración de la boda.

—No... No, por Dios, Caye, dime que no.

—Lo haría, pero sería mentira. —*Karma is here*—. El tema es el siguiente: dado que ese vídeo va a existir y no hay nada que puedas hacer para impedirlo, ¿quieres que escojan fotos al azar, fotos cedidas por tu madre o las que haga yo, supervisadas por ti? Es tu decisión.

No tardó ni un segundo.

—Estamos en la puerta en diez minutos.

—Ya sabía yo.

Fue algo más de media hora en realidad, pero Nina cumplió con su palabra. Se puso un conjunto de invierno conformado por una falda lápiz con medias finas y un suéter de cuello barco, botas altas y una favorecedora capa de maquillaje en tonos tierra que la hacía lucir superestilosa. Llevaba la melena suelta y recién lavada, con un poco de espuma para remarcar el rizo natural. Como joyas, únicamente un par de pendientes brillantes y su anillo de compromiso.

El prometido... Bueno, tenía los ojos abiertos y las vergüenzas escondidas. No pidamos peras al olmo.

Escogimos el parque de María Luisa. No iba a confeccionar un álbum de exagerada complejidad, para empezar, porque no era del estilo de mi amiga, que debía verse representada en cada una de las instantáneas, y para continuar, porque no queríamos darle al tema un aire demasiado artificioso. Con suerte, si el tiempo y los ánimos acompañaban —y si Lucas sonreía sin parecer que le estaban mordiendo un testículo—, podría regalarles unas estampas de pareja preciosas que conservar a modo de recuerdo para el momento que estaban viviendo.

Saqué algunas tópicas, como siempre digo, de esas que todos sabemos que nunca van a servir. Cogidos de la cintura. Manos entrelazadas, mirándose, de espaldas caminando... Un poco de batiburrillo genérico. Luego nos acercamos a la glorieta de Bécquer y el Monte Gurugú. Ahí la calidad de las fotos empezó a subir, pero no fue hasta estar justo ante la isleta de los Pájaros cuando la magia se sucedió.

Mientras yo cambiaba la lente, distraída a mis cosas, maldiciendo muy fuertecito, pero para mí sola, la falta de material que todavía no había podido comprarme, Nina y Lucas se metieron en su propia burbuja. Empezaron a hablar y a hacerse burla el uno al otro sobre sus capacidades para posar ante la cámara, y en un momento dado el sol se coló por las hojas del forraje que nos rodeaba de la forma correcta y su luz reverberó en el agua que tenían detrás. Justo en ese preciso instante, Lucas tenía uno de sus brazos apoyado en la cintura de Nina, mientras los dedos de la otra mano se entrelazaban con la de ella. Mi amiga, con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás en un arco precioso, reía con la boca abierta y la cara vuelta a la luz de la mañana. Su pelo brilló. Su semblante fue espléndido, y él... él curvó la boca en un gesto de amor tan genuino, tan impresionante, que fue evidente que no habría podido poner los ojos en ninguna otra cosa ni habiendo querido.

Levanté la Nikon y disparé una ráfaga sin moverme del sitio, estremecida de emoción. No me hizo falta comprobar la imagen en la pantalla después. Sabía que era perfecta.

—La tenemos —declaré, sorprendiendo a la pareja, que, perdida en su propio universo, ni se había dado cuenta de mi intrusión—. Vais a quererme mucho, mucho.

—¿Hemos terminado? —inquirió Lucas, que hasta se marcó un bailecito cuando le dije que sí—. ¡De puta madre!

Le arreó un besazo a Nina en la mejilla y luego se sacó el móvil del bolsillo. Por lo visto, los temas que grababa para su cadena de documentales sin fronteras no esperaban por festivales o matrimonios.

—¿Me dejas ver a la ganadora? —Preparé la foto para Nina. Me descolgué la Nikon del cuello y se la pasé—. ¡Caramba! ¿Esos somos nosotros?

—Cuando nadie os ve, como la canción de Alejandro Sanz.

—Me encanta, Caye. —Y me abrazó, aunque no hacía ninguna falta—. Eres la mejor amiga del mundo.

—¡Pues menuda novedad!

Guardé el equipo mientras Nina se entretenía disparando aquí y allá y me rezagué a propósito para dejarla despedirse de Lucas cuando este nos informó de que si ya no lo necesitábamos más, se volvía a encerrar con el ordenador a trabajar. Yo, que también vivía pegada a un soporte informático, entendí su prisa por dejar los encargos listos antes de las fechas gordas de diciembre, y, además, le envié un agradecimiento mudo por marcharse, porque desde hacía un par de días llevaba con un runrún metido en el cuerpo que no se me iba a pasar hasta que tuviera con mi mejor amiga una charla larga y sincera.

Se veía que aquella Navidad en Montequinto lo de esconder cosas había pasado de moda.

—¿Nos tomamos un chocolate con churros en la plaza y hablamos? —sugerí cuando salimos juntas del parque.

—A comer siempre le digo que sí.

Mientras tomábamos el chocolate con churros, solté un par de carcajadas revisando el material megacutre que había añadido Nina a mi tarjeta de memoria mientras yo me liaba con otras cosas. Había sacado hasta a un crío meando entre los árboles.

—Menos mal que el periodismo engloba muchas cosas.

—Es Morrison el que queda bien detrás de la cámara.

—Ya... Lo tuyo es más prensa escrita. —Sonreí. Mojé un churro. Lo paladeé. Pensé en Jesús. Me sonrojé... porque era muy buen cocinero, ¿vale?

—¿De qué querías hablarme, Caye?

—Vale...

Me vino a la cabeza la charla con Elena. Todo ese momento de «Tienes una relación con Nina lo bastante profunda como para no ocultarle información». Me había calado. Puede que me hubiera tomado mi tiempo, pero era mi mejor amiga. Mi hermana de otros padres. Yo sería su dama de deshonor, y no podía trabajar en sus fotos preboda sin soltar aquello que tenía dentro.

—¿Cayetana? —Su mano cogió la mía a través de la mesa—. Me estás acojonando a tope, tía. ¿Estás bien?

—Me encantaría que el rollo fuera que estoy enferma o cualquier movida así, te lo juro... Sería más fácil.

Me arreó con la carta grasienta en plena cara. Así mismo como os lo cuento.

—Coño, Nina, a ver si vamos controlando esos arranques de ira completamente injustificados.

—¿Te encantaría estar enferma? ¿En serio? Eres lo puto peor, Cayetana. Casi

me da un infarto.

—Pues espérate..., porque aún te puede dar.

Aparté un poco las tazas, no fuera a ser que lo próximo que me viniera encima fuera un montón de chocolate hirviendo. Mujer precavida, en mi caso, vale de nada, porque anda que no me metía en fregados yo solita. Menudo máster en cagadas llevaba. *Cum laude* era ya.

—Cayetana...

—Voy, voy... Joder. Estoy buscando el tono. —Y esperando un meteorito o algo, pero nada—. A ver, antes que cualquier otra cosa quiero que sepas que te quiero, que te respeto y que me importas mucho, tú y los trances vitales por los que estás pasando en tu vida. —Levanté la mano, porque ya iba embalada a interrumpirme—. Y sé que lo parece, porque tengo antecedentes de tus dos últimos cumpleaños, pero mi intención no es, ni ha sido nunca, eclipsar tus momentos o... echar a perder fechas señaladas.

—¿Mis dos últimos...? —Las cejas pelirrojas se le unieron. Juro que en su frente pareció moverse todo un engranaje mecánico. Hasta creo que leí la palabra «recalculando» bajo su flequillo—. ¿Esto tiene que ver con Suso?

Asentí.

—Lo último que sabes es que estábamos protagonizando nuestra propia versión del desembarco de Normandía en nuestro piso, con toda esa historia de hacernos la vida imposible y tal.

—Y que él había decretado que entre vosotros no podía haber nada y tú habías decidido lo propio.

—Sí, bueno. —Cogí aire. Dios, qué difícil era, porque Nina era... Nina, pero es que Jesús había tenido razón desde el principio en aquel punto. Joder el núcleo familiar, cualquiera de los dos, era impensable—. Lo que dijo tu churri sobre los preliminares y todo eso puede que no fuera tan desencaminado; la cosa se nos fue de madre y...

—Os estáis acostando.

Ella siempre había sido la mejor de las dos haciendo resúmenes. Había cosas que no se perdían.

—Lo siento mucho, Nina. Lo siento de verdad. Muchísimo.

—¿Por? ¿Tan mal lo hace? —Cogió un churro, lo mojó bien en chocolate, abrió la boca cual boa constrictor y se lo zampó entero. Joder... Enhorabuena, Morrison: vas a ser muy feliz—. En ese caso lo sentiría yo; ya sabes, por dejar mal el apellido Carvajal.

—Espera un segundo... Y para de hacer esa mierda con los churros. —Sacudí la cabeza—. ¿No estás mosqueada?

—¿Yo? Para nada. —Se limpió las manos con una de esas servilletas que todos sabemos que son completamente inútiles—. En realidad estoy más sorprendida, porque no pensé que tardaríais tanto. ¿Cuándo pasó por primera vez? Doy por hecho que ha habido varias.

Aunque Jesús era su hermano y todo aquello la hostia de raro, se lo conté con más o menos detalle. Cómo nos habíamos liado, lo que nos había llevado hasta ese punto y... la tierra de nadie donde estábamos ahora.

—Han sido unos meses muy extraños de discutir y encontrar un camino a una falsa reconciliación.

—Que, en este caso, es la cama.

—O el sofá, donde nos pille. —Sonreí un poco, aliviada por fin de poder compartirlo—. El caso es que ahora, después de lo que he descubierto hablando con el quiosquero, creo que le debo una disculpa. Jesús actuaba siguiendo los deseos de mi padre en todo momento, y yo te aseguro que lo puse entre las cuerdas lo bastante para que soltármelo fuera la salida más fácil, pero él...

—Cuando mi hermano se compromete con algo o alguien, lo lleva hasta el final. —Nina asintió con gravedad—. Lo conozco: podrías haberte puesto insoportable que habría guardado el secreto de igual modo.

—Pues lo hice, créeme. —Recordé la discusión en el asador, cómo me había sentido, lo... altiva que me había comportado—. Entiendo que dijo las cosas de esa manera para sacármeme de encima, aunque me hizo daño oírlo. —Resoplé—. Pero es que no le di más alternativa que esa.

—Háblale como lo estás haciendo conmigo. Jesús nunca ha sido rencoroso. Lo olvidará.

—Nunca me había preocupado tanto haberlo llevado demasiado al límite. Le he sacado de quicio antes, pero eran chiquilladas, esto...

—Esto —Nina me sonrió, apretándome la mano— pasará en cuanto se lo digas. No recuerdo la ocasión en la que Suso no haya podido perdonarte. Esta no va a ser la excepción.

Le devolví a Nina el gesto cómplice, porque realmente hablar con ella y sacarme aquella espina de dentro me había ayudado. En secreto, miré al cielo plomizo y pedí que tuviera razón. Dejar mal a Jesús se me antojaba tan insoportable como fallarle a mi propio padre. Era algo que no me dejaría estar tranquila, y ahora que por fin me había sincerado con el quiosquero y le había

abierto a Nina las puertas a lo que estaba ocurriendo, solucionar las cosas con él era todo lo que me restaba.

Deseaba volver a Madrid, en Año Nuevo, con la conciencia limpia y un compañero de piso cuyas sonrisas, bromas y palabras volvieran a ser íntegramente mías. Lo echaba de menos. Mucho. Su ausencia, aun teniéndolo cerca, había sido demasiado amarga como para querer seguir viviéndola, así que tan pronto llegara a Montequinto, aquello se tenía que arreglar.

—Caye, solo una cosa... —Nina se colgó el bolso después de que pagáramos. Echamos a caminar juntas—. ¿Los dos sabéis en qué punto están las cosas?

—Pues en uno muerto, ¿no te acabo de decir que no nos hablamos?

Pero ella negó con la cabeza con gravedad.

—Habéis cruzado la línea del sexo, y eso no se puede deshacer. Cuando las cosas vuelvan a su cauce, y los dos estéis en Vallehermoso... ¿os vais a seguir acostando?

—Joder, eso espero. —Recordé, tarde, que hablábamos de su hermano—. Quiero decir...

—Es igual, adonde voy es: ¿estáis convencidos de que eso es... todo?

—Claro que sí. ¿Qué más iba a haber?

Por suerte, la lluvia fue propicia y nos hizo apretar el paso, librando a Nina de responder y a mí, de dar profundidad a un sentimiento que todavía estaba empeñada en rechazar.

La tormenta nos acompañó durante cuatro días.

Yo los pasé encerrada en mi dormitorio de los trastos, reformando las fotografías del parque María Luisa, dándoles distintos tonos, efectos, granulados y enfoques. Haciendo y rehaciendo hasta que me parecieron perfectas para conformar un vídeo decente con el que agasajar a novios, familiares, amigos y demás invitados durante la recepción. Entre medias, Antonio y Regencia Mendoza me avisaron de que el *book* del *baby shower* de María Paloma había llegado ya a su destino, y me adjuntaban en su *mail* algunas de mis fotos ya colocadas en sus lugares de honor.

Me hizo especial ilusión el primer plano de la sonrisa de la futura madre, con ambas manos en la tripa abultada, que habían colgado sobre la chimenea, justo al lado del retrato nupcial, también obra mía.

—Como sigan celebrando eventos, Antonio va a tener que ampliar esas

paredes.

Les respondí encantada, haciéndoles saber que siempre era un lujo trabajar con ellos.

El martes a media tarde, cuando tenía las manos enharinadas por andar ayudando a mi madre a hacer croquetas, me escribió por WhatsApp Elena. Bueno, en realidad mandó un audio y añadió una imagen en la que podía verse a Rosalía cargando una enorme bolsa de Louis Vuitton. Me limpié en un trapo y levanté el móvil de la mesa con una sonrisa.

—¡Lo ha conseguido la muy...! —Pulsé el *play* en el audio, deseosa de escuchar detalles—. Si es que lo que no haga mi domadora de estrellas...

—Cayetana, felices fiestas. Para ti y los tuyos. Yo las paso en Malasaña... currando, ya sabes. Las que no tenemos hijos aprovechamos las fechas para sacar adelante las campañas del primer trimestre del año. Espero que en Sevilla disfrutéis en familia. Ojalá no pierdas la esperanza de intentar quedar conmigo cuando vuelvas. Me vendrá bien una amiga; las cosas... las cosas no van, Caye. Y ya me has dicho muchas veces que está en mí, que soy yo, que no doy un golpe sobre la mesa ni al poner un vaso de tubo encima, pero es que no... no sé. No sé cómo. Y eso que... ¡Ay, joder, qué mierda de mensaje! Pero ahora estoy lloriqueando, y grabar otro sería peor, así que... que... Feliz Navidad, tía. Te quiero. Hablamos a la vuelta.

—Nunca la había oído hablar tanto tan seguido —anunció mi madre, que era algo así como el Matías Prats de la vida: siempre acertada—. Qué mustia se la oye.

—Ya te digo...

Puto curro de modernillos con ínfulas, que me la tenían exprimida como un limón. Y puto Héctor, porque esa voz pastosa y ese cansancio de vivir no podían venir solo del trabajo, no. Eso era mal de pichas. Segurísimo.

—Vas a tener que apoyar a esa niña, ¿eh? Porque eso es un grito en busca de ayuda de manual.

—Ya lo sé, mami. —Resoplé. Elena me tendría para lo que quisiera y necesitara. Y para lo que no sabía que necesitaba, como cantarle las cuarenta al exhibicionista, también—. Ya la aconsejaré yo en cuanto vuelva a Madrid.

—Eso, eso. —Mamá se lio a dar forma a las croquetas. Eso sí que era un don y no lo que se veía en *Factor X*—. Y luego, si te sobra tiempo, a ver si vamos sentando la cabeza, que tanto tiempo sola y ahora al amparo del hermano mayor... Así no me vas a hacer abuela ni por error.

—Pero ¿qué...? ¿Qué hermano ni qué abuela? Mira, madre, deja en paz los parentescos, te lo pido por favor.

Antes de que hiciera una libre asociación que unificara el sexo con Jesús y conmigo, me escapé. Estuve con el tema de Elena en la cabeza un buen par de días, hasta que la Nochebuena se nos echó encima y no quedaron tiempo ni energías para nada que no fuera poner sillas alrededor de una mesa enorme y templar los ánimos,

Me puse para la ocasión un vestido color rojo sangre muy ceñido, de cuello alto y raja descomunal que casi me tocaba la cadera, botas de tacón fino y un moño muy alto atravesado con dos pasadores brillantes. Serví croquetas, abrí botellas de vino y hasta le pegué a Nina un parche de nicotina en la nalga, debajo de su falda de polipiel, mientras a ella se le secaba la manicura. La amistad tiene caminos misteriosos. Me tomé dos tercios de vino y presté toda la atención que fui capaz a la conversación que Lucas y Carvajal padre estaban teniendo sobre el dióxido de carbono y su mancha en el ozono; hasta que el timbre hizo reinar la anarquía en mi estómago.

Liado con el trabajo, Jesús había llegado a Sevilla casi en el último momento. En avión, con los retrasos e incomodidades que unas fechas como aquellas merecían, allí estaba. Guapo hasta convertirse en pecado, todo de negro, con pantalones de pinzas y suéter de lana. Llevaba unas converse One Star gris oscuro y sus ojos, más azules de lo que recordaba, me radiografiaron al verme, como un pasmarote ante la misma puerta.

Porque sí, le había abierto yo. A tomar por culo el darle tiempo a reaccionar.

—Hola, Caye. —Su voz me supo a chocolate. Y casi olió igual—. Felices Fiestas.

—Me has hablado...

—Bueno... Es que es Navidad.

No me lo pensé. De hecho, de todas las posibilidades que había barajado en mi cabeza al saber que el encontronazo iba a ser inminente, lo que ocurrió no fue contemplado. Vamos, que si no hubiera estado con los sentimientos a flor de piel, después de vivir unas semanas de confesiones y emociones a tope, probablemente me podría haber refrenado, pero las cosas son como son, y no como nosotros queremos que sean, así que me agarré el bajo de la falda y en un par de zancadas me lancé a sus brazos con todo el ímpetu.

Jesús se quedó de piedra. Cosa lógica, claro. Estaba en el umbral de su casa tras un vuelo infernal, aterido de frío y con la maleta todavía en la mano y yo lo

estaba abrazando sin dejarle prácticamente decir «esta boca es mía». Me enganché a su cuello y aspiré como una drogadicta su olor a *Invictus*, por si acaso me daba un empujón y aquella era mi última oportunidad. Por suerte para mí, quizá porque los planetas se habían alineado en algún sitio, sus brazos perdieron rigidez y me estrechó también. Cuando sentí mis pechos aplastados contra su torso, gemí un poquito, y el sonrojo me hizo juego con el vestido.

Al hablarme, el aliento de Jesús me hizo cosquillas en la oreja. Llevar el pelo recogido le dejaba un libre acceso a toda aquella zona que me puso la piel de gallina.

—Me has hecho falta, cabezota.

—Y tú a mí, Suso. Y no me creo que lo esté diciendo en voz alta, pero...

—Lo sé. —Nos separamos un poco. Me miró con un brillito especial en la mirada, algo que reconocí de inmediato y prendió *fire* debajo de mi ombligo—. ¿Hablamos?

—En algún momento, sí, pero... —Hice un gesto de la cabeza hacia adentro—. Están todos sentados en el patio. Saben que ha venido alguien.

—Pues tendrán que esperar a que volvamos.

Me cogió de la mano y tiró de mí. Me arrastró hasta que tuve un pie fuera; después, desconcertada, me agarré del quicio de la puerta, mirándolo como si hubiera perdido la chaveta.

—¿Volver? ¿Y adónde se supone que vamos?

Su sonrisa hizo que la boca se me llenara de ganas de la suya.

—Cena familiar, gente reunida... ¿Tú que crees? —Me rodeó la cintura con un brazo—. Vamos a la cocina, Caye.

—Tenemos una justo aquí al lado.

Sus dedos, hábiles y torturadores, encontraron una zona de mi nuca que hizo que todo el raciocinio con que contaba —que, a esas alturas, no voy a engañar a nadie, no era mucho— se disipara y se convirtiera en pequeños puntos de anhelo que me pincharon las terminaciones nerviosas aquí y allá. No sabía qué pasaba. O tal vez lo entendía perfectamente... Como fuera, habría seguido esa mano a los confines de la Tierra y, una vez allí, solo habría preguntado cuál era la siguiente dirección que tomar.

Ese era el poder que tenía sobre mí.

—Créeme, Cayetana. Lo que vamos a hacer no puede tener a nuestras familias como testigos mudos a unos pocos metros. Y la charla de después, tampoco.

—Así que no vas a priorizar el importante tema que tenemos que tratar.

Sus dedos entrelazaron los míos. Solté el quicio de la puerta.

—No voy a priorizar absolutamente nada a lo mucho que te he echado de menos. ¿Y tú?

Hay respuestas que son tan simples...

—Tampoco.

Anduvimos a la par, a pasos que pronto se convirtieron en una carrera de fondo, aunque la meta no estuviera más que a unos escasos metros de distancia. Con torpeza creciente y una emoción que me caldeaba el cuerpo entero, abrí la puerta del domicilio Hernández y solos por fin, libres de miradas y oídos ajenos, Jesús y yo caminamos juntos, dispuestos a mancillar otra cocina en medio de una reunión familiar.

¿No es bonito? Ya teníamos hasta nuestras propias tradiciones.

LA VERDAD ESTÁ AHÍ DENTRO

SUSO

La casa de los Hernández me era tan conocida como la propia; sin embargo, había algo en recorrer esos pasillos en penumbra llevando a Caye sujeta con firmeza. El olor de su cuello, que aspiré con vehemencia en los escasos segundos que tardó en abrir la puerta, me intoxicó los sentidos hasta el punto de que todo lo externo a ella y la calidad que mis manos atesoraban al posarse sobre su cuerpo se me antojaron ajenos.

Yo, que era un hombre práctico y comedido, que me había prometido ser discreto y había vivido durante más tiempo del que soy capaz de admitir con el temor intrínseco de que mi familia viera en mí la debilidad que ella me provocaba, me había lanzado al abismo más que gustoso, tirando de ella hasta un encuentro fortuito que, no por ser poco planeado, nos dejaría mal sabor de boca. Al menos, no si de mí dependía el resultado; y me vais a perdonar la fanfarronería, pero la había añorado hasta tal punto que habría entregado hasta la última gota de mi hombría a su satisfacción por tenerla un rato solo para mí.

—Estamos locos... —susurraba ella entre besos, estirando la mano para encender la luz del pasillo y evitar que nuestro presuroso andar terminara en un tropiezo que nos aguara los planes.

—Completamente locos.

—Y eso es propio de mí... —Me mordisqueó los labios. Yo chupé los suyos. La ansiaba. Toda. Entera. Ya—. Pero tú... estás desconocido, Suso.

—Creí haber dejado claro que lo de hablar sería para después.

Cayetana soltó una risita y sus botas repiquetearon en el suelo cuando llegamos a la cocina. Fue a proceder con el encendido de luces, pero yo se lo impedí girando su cuerpo hasta tenerla estrechada con firmeza contra mí. Había claridad suficiente, y lo que no viéramos con nitidez lo tocaríamos con más ganas.

Nos besamos como por asalto. Y la forma en que nos arrancamos la ropa no

tuvo nada de poético. Yo dejé que Caye me desnudara el pecho por el mero placer de sentirla recorrerlo con sus dedos, pero inmediatamente pasé a la ofensiva, haciéndola girar hasta tener su espalda ante mi campo de visión. La incliné hacia adelante con una presión certera en el centro de su espalda y el cuerpo cedió, maleable, otorgándome un arco que hizo temblar la erección que ya me dolía en los pantalones.

—Bendito vestido... —Colé la mano por uno de los indecentes cortes—. Es como ir respetablemente desnuda.

—Me encanta la definición.

—Pues entonces esto te va a volver loca.

Aparté la delicada tela de la ropa interior y mis dedos hallaron el camino de baldosas amarillas. Cayetana golpeó la mesa con las palmas de las manos y separó los muslos. Me afané en humedecerla y prepararla. Mi cabeza era un torbellino. Pensamientos y advertencias se mezclaban con la lujuria y la pasión que nos consumían. ¿Qué estaba haciendo? Era Nochebuena y había propiciado un encuentro sexual sin intercambiar más de tres o cuatro palabras. Con Caye, nada menos. A unos pocos metros de donde nuestras familias nos esperaban para cenar. ¿Qué me estaba pasando? Ese no era yo. El Jesús que conocía y había vivido con los impulsos encerrados en una caja, bajo siete llaves y trece candados, jamás cometería esa temeridad...

Claro que ese Jesús no había estado solo en Madrid, languideciendo de pena mientras la mujer que quería se marchaba lejos sin que hubiera podido despedirse. Y sí, lo habéis leído bien. Yo quería a Cayetana. Llevaba enamorado de ella años, por lo que pensar en términos de amor no me supuso un *shock*, ni tampoco me congeló la sangre en las venas. Ni siquiera dejé de masturbarla con ahínco con la mano diestra mientras con la zurda me abría la bragueta, porque yo ya tenía esa información. La había manejado mucho tiempo; claro, que siempre había sido capaz de mantenerla oculta, escondida dentro de mí, donde no corriera peligro de ser descubierta.

¿Qué había propiciado aquella explosión? La añoranza, supongo. Extrañarla con todas las fibras de mi ser y darme cuenta, sin temor a equivocarme, de que aquello del sexo por el sexo no era más que una memez insuficiente. Cayetana era todo o no era nada, y yo, que sabía dónde estaban las limitaciones emocionales a las que ambos podíamos hacer frente, había decidido que nada era muy poco.

Me lamí los dedos, llevándome su sabor hasta la lengua, y, luego, recorrí la

curva de sus nalgas. Le ofrecí mis caderas y el inicio del movimiento motivó a Caye para recolocarse y darme una entrada certera a su sexo que me hizo echar la cabeza hacia atrás. Tiré de la falda del vestido hasta dejarla desnuda de cintura para abajo y volví a apartar de un tirón las braguitas. Me hundí entero, hasta la misma empuñadura, clavándome y saliendo en el acto para repetir el movimiento. Con una de mis manos la sujeté de la cintura y la otra hizo presión entre la nuca y su melena oscura, permitiéndole girar la cara lo justo para que nuestras miradas conectaran.

—No te acostumbres a la posición de dominante...

Le sonreí. Joder, era peleona hasta follando. ¿Cómo narices no iba a quererla?

—No te acostumbres tú.

Arremetí con renovado brío, montándola con fuerza. Puede que incluso con un poquito de brusquedad. Cerré los ojos un segundo, escuchando los sonidos hipnotizadores de la carne rozándose y los jadeos rítmicos que abandonaban su boca, pero no aguanté más de dos embestidas sin mirar su cuerpo inclinado, las curvas de su piel, la sudoración que se extendía, porque no era como otras veces. El vaivén, el tacto. El aroma, los sonidos, las sensaciones... nada se comparaba a Cayetana. A ser parte de ella. A estar dentro de ella. No quería deshumanizarla, aunque me la follara perdido en mis instintos más primarios; necesitaba verla, oírla, olerla... Pero a ella; porque solo así mi pena encontraría sosiego. Solo así creería que era suficiente. Solo así la mentira de que tener eso era mejor a no tener nada cobraría verdad para mí.

—Jesús... ¡Dios, Jesús..., joder!

—No maldigas, que es casi Navidad.

Río, y algo en su risa me provocó un jadeo. Su coño me ciñó como un cinturón de cuero nuevo, arrancándome el aliento, y creo que hasta un par de latidos de corazón. Atrás quedaron los días de soledad y silencio rotundo, atrás el castigo y la tortura por una discusión que había puesto de manifiesto que todos mis temores habían tenido fundamento, atrás la certeza, firme, de que Cayetana nunca cambiaría de parecer... y que probablemente eso era lo mejor, porque ¿qué futuro podía esperar a dos personas tan distintas, que eran capaces de alejarse sin decir adiós por no ceder en una pelea?

Ir a más era impensable. Pero ir a menos me resultaba imposible.

—No, espera... Suso, ¿qué...?

—Shhh... Ahora no mandas tú, niña.

Salí de ella. Mi miembro, duro y empapado de sus fluidos, se tensó como

protesta. Apreté la mandíbula, acallando mi propia frustración durante un segundo. Acaricié sus nalgas y en el proceso me incliné, doblando las rodillas hasta que su entrada quedó a la altura de mi boca. Sin pensármelo ni darle tiempo a conjeturas, la devoré, llevándome mi sabor y el suyo propio. Cayetana gritó al sentir mi lengua más allá de la zona que consideraba apta para exploración, pero cedió a la invasión gustosa, porque, como yo, se encontraba más allá de toda cordura en ese momento. La torturé a placer, hasta que la impaciencia me hizo imposible seguir aguantando, y me erguí.

—Algún día, morena...

Y dejé la amenaza en el aire antes de volver a enterrarme en su carne. La vi desplomarse sobre la mesa cuando el orgasmo la atravesó entera. A mí me alcanzó solo unos segundos después.

Fue un momento en blanco que duró demasiado poco.

Nos agasajaron unos escasos minutos de silencio mientras el papel de cocina y el agua del fregadero compusieron un poco nuestra imagen. El vestido de Cayetana volvió a su sitio y yo me subí los pantalones. Todo fue mecánico y eficiente. Teníamos una cena a la que reengancharnos, después de todo.

—Me has metido la lengua en el culo.

Sonreí, recogiendo el jersey y metiendo la cabeza por él.

—Tienes un don innegable para quitarles la magia a los momentos.

—Solo llamo a las cosas por su nombre. —Se atusó el pelo. A mí me parecía que estaba preciosa, pero, claro, no había objetividad en mi juicio—. ¿Tengo mucha cara de recién follada?

—Hombre..., igual los que no lo saben no se dan cuenta.

Lo de mentir cada vez iba saliendo con más soltura, eso me lo tenéis que conceder.

Una vez adecuadamente cubiertos, esta vez sí, encendimos la luz. Cayetana se cruzó de brazos y yo hice mi mayor esfuerzo por no fijarme en cómo el gesto elevaba sus pechos de forma gloriosa. El asalto contra la mesa de los Hernández había sido apoteósico, sí, pero el aquí te pillo aquí te mato tenía desventajas evidentes, como, por ejemplo, la ausencia de toques y caricias en toda la extensión del cuerpo una vez este estaba libre de los confines de toda la ropa.

Vamos, que me habría encantado sobarle las tetas hasta quedarme a gusto.

—A ver... Si tantas vueltas quieres darle... No me ha parecido que te molestara.

Frunció el ceño.

—¿De qué hablas ahora?

—De mi lengua en tu culo. ¿No te has puesto mohína por eso?

—¿Mohína? —Se subió a la mesa de un salto—. Qué va, ¿no has sentido cómo me corría de gusto? Ha sido la hostia.

—Pues imagínate cómo lo sentirás cuando... —Me reí al verle levantar el dedo índice—. Vale, dejaremos esa expedición en el aire.

Le eché un vistazo al reloj. De golpe, todo el compendio de cosas que había dejado en *pause* al verla se puso en marcha al doble de velocidad. ¿Qué excusa íbamos a dar en casa? Porque yo había tocado el timbre. Era evidente que había llegado y nadie me había visto entrar. Ni a Cayetana volver del recibidor.

A juzgar por su media sonrisa tensa, me leyó la mente.

—No está mal para habernos prometido ser discretos.

—Ya. Sobre eso... —Me pasé la mano por el pelo, aunque intuía que aquello solo iba a ser peor—. No me gustó cómo dejamos las cosas, Caye. Ya sé que el sexo no arregla nada, pero..., bueno, esto de los dos... tampoco es que se acoja a una situación normal, y... —Resoplé. Me apoyé en la encimera y me miré los pies—. Siéntete libre de ayudarme en esta mierda cuando quieras, ¿eh?

—Creo que no ibas mal encaminado dando vueltas sin llegar a nada.

—Si tienes una forma de expresarlo mejor...

—Lo siento, Jesús.

—Ya. —Cogí aire—. Es jodido, eso es lo que intento decirte. No sé muy bien cómo enfocarlo, porque estábamos enfadados, pero tampoco es que...

—No, no me has entendido. —Se bajó de la mesa para acercarse. Me tocó el brazo y yo levanté la cabeza para mirarla—. Lo siento, por lo del asador y todo lo que vino después.

Una patada en los huevos me habría flipado menos.

—¿Tú me estás pidiendo disculpas a mí, Cayetana? —Asintió—. Pero... soy yo el que hizo ese comentario, el que dijo lo de tu padre y no... no había lugar, Caye. Estaba fuera de mí, no sabía cómo hacerte entender. Yo solo...

—Querías que parara. Lo entiendo. Dijiste lo único que podías decir.

—Vale..., estoy oficialmente acojonado. ¿Dónde está el truco?

—No hay. —Sonrió, uno de esos gestos que no son de alegría, pero tampoco de pena, sino más bien de aceptación. Una asimilación de conceptos desagradable pero necesaria. Era como si Caye, por fin, hubiera llegado a un punto que había estado rodeado mucho tiempo sin decidirse a tocar—. He hablado con mi padre. Sobre el préstamo, el dinero y todo lo demás. Me lo ha contado todo. Sus razones

y lo que te pidió.

Tragué en seco. Joder con el quiosquero... Tanto empeño en mantenerme callado frente a Caye, con lo que eso supone con una mujer que es incansable, para ahora largarlo sin avisar.

—Supongo que era cuestión de tiempo. ¿Cómo estás?

—Lo he comprendido. No me gusta, pero es la voluntad de mi padre, y contra eso no se puede hacer nada.

—Ya, dímelo a mí.

—Cumpliste con lo que él quería, Jesús, y no te lo he puesto precisamente fácil. —Se mordió el labio. La muy truhana... Había convertido mi vida en un infierno desde que supo que había ayudado a su padre con el dinero para el banco. Decir que no lo había hecho «fácil» se quedaba corto, pero no era tan obtuso como para no reconocerle el esfuerzo que hacía al admitirlo—. No voy a negar que lo que me dijiste me dolió.

—Estuvo fuera de lugar Cayetana, y lo siento mucho. —Sujeté su mano. Acaricié con mi pulgar las yemas de sus dedos—. Nunca habría querido soltarte así algo como eso. Para el quiosquero lo eres todo. Todo. Lo único que Ignacio pretendía era...

—Serlo todo para mí también, y que continuara viéndolo como el hombre capaz de hacer salir el sol todas las mañanas. Lo sé.

Asentí. Yo había entendido ese deseo con mucha facilidad, porque sintiéndome del modo que me sentía con respecto a Cayetana, mi afán por hacerle la vida llevadera me había llevado a tener que perseguirla en taxi en mitad de la noche por un Madrid invernal. ¿Qué no haría su padre? Por eso había aceptado sin dudarle. Guardar aquel secreto, sabiendo que eso crearía una brecha entre ella y yo, había sido duro, pero al final la verdad encontraba su manera de lucirse, desde dentro, donde residía.

—Entonces ¿todo bien? ¿Esto, nosotros...? —Abarqué la cocina, sintiéndome torpe y muy inseguro—. ¿Cuando volvamos a Madrid...?

—Todo está bien, Suso. Hemos hecho las paces como buenos chicos, y esta vez, en una cocina sin testigos. Creo que vamos progresando. —Estiró la mano y apagó las luces. La oscuridad nos cayó encima en un segundo—. Ahora, si no te importa, quiero probar las croquetas que he ayudado a hacer. Nos vemos en la mesa de los Carvajal en diez minutos.

Asentí a la nada, después de que Cayetana se marchara y solo el eco de sus pisadas resonara en la estancia. Me di tiempo para restablecer el control de mis

impulsos, para coger aire y soltarlo varias veces y hasta para usar el agua de la cocina para refrescarme la cara y peinarme. De vuelta al camino de piedras que separaba nuestras casas, recuperé la maleta, compuse mi mejor gesto festivo y entré en casa. En el patio, que tenía puestos los toldos y los radiadores en marcha, las dos familias llenaban ya platos y vaciaban copas. Mi madre se levantó de un salto y corrió a mis brazos, en tanto que mi padre, presidiendo la mesa, me hizo gestos apresurados para que me acercara a él.

Le besé la mejilla y él me dio un cachete suave. Sonreímos.

—Te las hacen pasar putas por ser becario, ¿eh, chaval? Ya nos ha dicho Cayetana que te ha abierto la puerta, pero que andabas pegado al móvil. ¿Es que no desconectas ni en fiestas?

—La rama médica, papá, que ya sabes cómo es. Feliz Navidad a todos. Hola, canija.

Apreté a Nina en mis brazos, y cuando fui a soltarla, ella me retuvo. Me besó la frente, me miró a los ojos. La muy cabrona me vio hasta el alma en ese gesto tan simple.

—No va a salir bien, Suso.

—¿Lo de la beca, dices? —Le dediqué mi mejor sonrisa socarrona—. Está claro que no sabes cuánto vale tu hermano, pelirroja.

—Sabes de qué estoy hablando. —Y por si tuviera dudas, el tirón que noté en las pelotas me lo dejó claro—. Esa mierda de hacerlo informal, de que solo sea físico, sin implicaciones... Ella es una cagada: hacer que se lo cree le puede ir bien. Pero tú... tú lo tienes claro. Y te va a destrozar.

La cogí de los hombros para apartarla un poco. No podía tener esa conversación ahora. No cuando los Hernández estaban a veinte pasos y todos los ojos de la mesa, puestos en el recién llegado, que era yo. Ni siquiera me atrevía a comprobar dónde se había sentado Cayetana, porque temía que, al hacer contacto visual con ella, todo se viniera abajo.

—Es eso o nada —le susurré a Nina—, puedo conformarme. No es tan grave.

Y soné tan patético que apuré la primera copa que me tendieron. Era vino tinto, algo que no trabajaba muy bien, pero que me sirvió para templar un poco los ánimos. Saludé a Lucas, y la historia del *book* prenupcial me dio una tregua, hasta ser capaz de hablar de mi trabajo en el Marañón sin que todas mis expresiones y miradas recayeran en Cayetana.

Fue una cena incómoda, aunque nadie más que yo pareció darse cuenta.

Me retiré cuando la mayoría todavía estaba con las despedidas. Apostados en el

umbral, abrazos, besos y palabras de regocijo que sonaban un poquito achispadas se fueron disipando hasta que dentro de la casa de los Carvajal solo quedamos los poseedores del apellido y el futuro anexo. Mi hermana, que no había parado de empinar el codo en toda la noche, arrastró a un agonizante Lucas al dormitorio entre susurros tontorrones que me hicieron poner los ojos en blanco y agradecer a todos los santos de la organización el haberme acordado de coger los tapones para los oídos.

—¡Recordad que duermo en el sofá! —les dije a viva voz, desde el pasillo—. ¡Tengo el sueño ligero y no estáis casados!

—¡No seas así, cuñado! ¡El amor no conoce barreras!

—Tú cierra bien la puerta por si acaso, *hippy*. —Pero sonreí, porque el tal Lucas no estaba tan mal cuando lo conocías—. Y las manos quietas.

—Sí, señor. Quietas donde me diga Rizos; ni más ni menos.

Saqué el pijama y la bolsa de aseo y tras un baño y un buen cepillado de dientes me sentía casi preparado para toda una noche de mirar al techo sin poder dormir. Las palabras que había compartido con Nina, a media voz y ocultas por una bienvenida que no era tal, me habían reconcomido durante toda la noche y amenazaban con darme una madrugada igual de inquieta.

He dicho antes que la verdad estaba dentro, ¿verdad? Pues pareció más real que nunca, porque, llegados a ese punto, a ese momento de enajenación y sexo en la cocina de los padres de Cayetana, me había dado cuenta de que, en realidad, nunca había tenido excusas válidas para no dar el paso completo, solo mentiras piadosas para mantener a flote mi amor propio, ego o... llamémoslo como más os guste.

Yo la quería. Habría estado con ella sin pensármelo los dos días que tardara en matarme con su manera de ser, tan incompatible a la mía; pero la verdad era, simple y llanamente, que ella no quería lo mismo. Ni a mí, probablemente. O al menos no a largo plazo ni para comprometerse. Lo de nuestros padres, el no mezclar romance con familia y todo lo demás, eran solo los muros tras los que nos podíamos esconder para tener una cucharada de eso tan rico y prohibido que los dos queríamos probar, pero sin que ninguno de los dos tuviera que implicarse de más.

Podía conformarme. Eso había dicho. Yo, el gran Jesús Carvajal, conocedor de todos los hechos tal y como eran, había comprobado lo que era tener algo de Cayetana y nada en absoluto; y aunque me reventara por dentro, prefería esa única cucharada, aunque a veces me supiera insípida.

—No se puede domar a un espíritu tan salvaje, y aunque Caye estuviera dispuesta a intentarlo, ya no sería ella.

No podría quererla siendo distinta, y, tal como era, ella nunca querría lo que yo podía ofrecer. Sonreí con tristeza; para alguien tan metódico y organizado como yo, acostumbrado a la medicina, donde todo se medía y calculaba, aquello era un sinvivir. Menos mal que me estaba haciendo a nadar en aquellas aguas farragosas; mientras tuviera un asidero firme, a su pelo, a sus caderas o muslos rodeándome..., no corría el riesgo de ahogarme más que en mis propios anhelos callados.

—Todo era más fácil antes, siendo un rompebragas. —Extendí las sábanas y me tumbé sobre ellas, despacio—. Has matado al mito, morena.

—¿Jesús? —Me incorporé de inmediato. Mi madre se acercaba por el pasillo, cubierta con su bata rosada de felpa y las zapatillas de dormir—. ¿Necesitas algo antes de que me acueste, hijo?

—Sueño. —Le sonreí, incorporándome para darle un beso—. Tengo los ojos como platos.

—Pues si no te duermes, Papá Noel no vendrá.

Chasqué la lengua y volví a echarme sobre el sofá.

—Joder, mamá, ahora me has puesto más nervioso.

—¡Esa boca, Suso! —Pero me siguió la broma. Sentí su mano en mi frente, en una caricia suave que habría curado cualquier mal físico que pudiera sentir. Los del corazón, esos ni una madre tenía poder para acallarlos—. ¿Está todo bien en Madrid, hijo? Ya sé que no son horas, pero con la casa llena de gente tampoco era momento para hablar de estas cosas.

—Sí, todo bien. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Que te llamen en medio de la cena de Nochebuena... Espero que no fuera para darte un toque de atención.

Crucé un brazo bajo la cabeza para verla mejor. Le guiñé un ojo en la oscuridad.

—Su hijo es un enfermero ejemplar, señora de Carvajal. Tanto, que se lo rifan hasta en Getafe.

Esperé un chascarrillo del tipo «Has salido a mí», «Así te he criado yo», o «Que no me entere de lo contrario», pero mi madre tragó saliva y emitió una especie de suspirito. Una cosa muy profunda que yo solo le había oído una vez, cuando Nina apareció con el anillo de compromiso.

—Qué tendrá Madrid que todos mis hijos encuentran allí su tierra para

sembrar...

—¿Todos tus hijos? Suena como si fuéramos la tribu de los Brady. —Sonreí, pero no coló—. A ver, mamá, lo del trabajo... son solo ofertas. No tengo nada decidido. A la vuelta de este año se acabará la beca, y solo tengo que firmar los papeles para volver al Virgen del Rocío. Todo sería igual.

¿Os ha dicho alguien alguna vez que las madres siempre son conscientes de mucho más de lo que dicen? Los ojos de la mía se volvieron enciclopédicos esa noche.

—Ya sabes que no estaba hablando del trabajo, Suso. —Se inclinó para darme un beso en la sien—. Hoy ni siquiera os habéis llevado la contraria sentados a la mesa. A lo mejor lo que os hacía falta era terminar las peleas sin que hubiera nadie más metido de por medio. Anda, buenas noches.

No tenía claro hasta dónde sabía, pero sí que en nada tenía que ver con la poca o mucha discreción. Mi madre leía a su familia como si estuviéramos escritos en relieve, y aunque a veces patinara, como en sus intentos por hacer demasiado folclórica la boda de Nina, no solía errar mucho cuando soltaba una de las suyas. Por eso, y por todo lo que ya tenía en mi plato, me pasé la noche inmóvil y sin pegar ojo, dándoles vueltas a los fallos de mi cara de póquer sentimental, al porcentaje de conformidad que me restaba para todo aquello y contando las horas que faltaban para que Madrid, refugio y trampa, volviera a estar sembrado a nuestros pies.

En un rato amanecería y la casa se llenaría otra vez de gente y jaleo. Pocas oportunidades para hablar o estar solos; y aún menos para conseguir disimular lo mucho que eso me frustraba. En una petición muda, alcé los ojos al cielo. ¿Estaría todavía a tiempo de añadir un último deseo a mi lista? No me vendría mal encontrar un poco de esperanza extra bajo las ramas del árbol la mañana de Navidad.

CONSEJITOS VENDO Y PARA MÍ NO TENGO

CAYETANA

Lo mejor de las fiestas navideñas... es que se acaban.

A ver, no me entendáis mal, me encanta estar de vacaciones, recibir y entregar regalos como a la que más, pero acogí con alivio el momento de hacer las maletas.

Con todas las tradiciones cumplidas y un par de maravillas nuevas en mi maleta —menudas botazas, Nina, ¡cómo me conoces!—, servidora estaba preparada para retornar a Madrid sin pesares. En Nochevieja nos comimos las uvas con Ramón García, vimos los fuegos artificiales y bebimos un sorbo de champán con el brindis de medianoche. El día 1 acompañé a mi madre al cementerio para visitar a los que ya no estaban, y como el ánimo se nos hundió un poco al recordar las anécdotas de los abuelos, cuyo enorme sitio en la mesa nadie podía llenar, nos fuimos a Nervión a por las compras de última hora.

Allí, entre pañuelos para la señora de Carvajal, una cartera de cuero para mi padre y demás, encontré el regalo perfecto para Jesús. En realidad, le había dado muchas vueltas —vamos, que no se me había quitado de la cabeza—, pero, por más que quisiera lucirme con él, por haber ayudado al quiosquero y hacer lo que hizo por mí y por mi regreso a la capital, tampoco quería entregarle algo demasiado profundo. Nada intenso y que llevara a interpretaciones peligrosas por parte de la familia, que estaría ojo avizor, a la espera de lo que nos dábamos la mañana de Reyes.

No me había pasado inadvertido, después de nuestro momentazo cocina, como nos habían mirado todos. Salvé el culo —que, además, ya se había llevado su buena dosis de atención esa noche, ejem— metiendo bajo las ruedas del autobús a los futuros esposos, porque la boda era siempre un tema muy socorrido, pero dado que Suso y yo intentamos no hacer contacto visual, porque yo todavía le sentía clavado en mi sexo y a él, probablemente, la lengua le sabía a mi último

orgasmo, la familia sospechó. De que no discutiéramos, básicamente.

Y lo hicieron notar. Vaya que sí.

—A lo mejor solo os hacía falta intimar un poco —soltó mi madre como si nada, en la cola de la perfumería después de cogerle a mi padre un desodorante anunciado por Antonio Banderas.

—Hemos madurado. —Mentí como una bellaca, porque la hornada de putadas que nos habíamos estado haciendo era todo menos madurar—. Tenemos que llevar al día un piso, las cuentas, la compra... Ser un par de niños peleones no iba a servir más que para que su beca se fuera a la mierda y para que yo terminara otra vez con una mano delante y otra detrás.

—¡Ni que no tuvieras familia para socorrerte!

Le sonreí. Ay, cómo se picaba la quiosquera madre.

—La mejor del mundo. —Le di un besito en la sien para contentarla—. Pero sabes que para mí era importante tirar adelante sola. En eso debo de haber salido a mi padre, que también es muy suyo para las cosas...

—Que conste que yo quería contarte lo del préstamo, Caye, pero tu padre... ya sabes cómo es. Me pidió que me lo guardara y yo...

—Y tú hiciste unos votos. No te preocupes.

Por lo visto, nadie dudaba cuando de cerrar el pico para secretos del quiosquero se trataba. Y a mí el cambio de tercio me vino de perlas para dejar de hablar de mi ausencia de resquemor con Jesús.

Como os iba contando: entre unas cosas y otras, nos pusimos en el día de Reyes, último evento navideño y preludio de la vuelta a casa. Como todas las mañanas señaladas, me tomé mi Cola Cao con nubes de azúcar mientras mi padre organizaba los paquetes, numerosísimos a pesar de ser solo tres gatos en casa. Lo que más ilusión le hizo fue el desodorante de Banderas; de hecho, se roció a conciencia, al grito de «¡A ver si se me pega algo!». En fin..., genio y figura... De mis padres recibí una chaqueta vaquera de Desigual y un estuche nuevo y más amplio para la Nikon que me encantó. Yo tuve, para el quiosquero, una chaqueta de cuero y la colección completa de las pelis de *Tarzán*, las de Weissmuller —que, por cierto, pensaba pillarle en mi siguiente visita a casa, porque me flipa el rey de los monos—, y para mamá, unos pendientes de plata de ley y un bolso de Michael Kors que la dejó flipada.

—¡Pero, Caye, por Dios, no tendrías que ser tan manirrota!

—Deja, mujer, deja... Si ahora que lo gana, ¿en quién se lo va a gastar mejor?

Le di toda la razón a mi padre, que se perdió por el pasillo, directito al blu-ray

para cambiar nuestra compañía por la de Chita y Jane.

Los Carvajal llegaron después de comer, y el jolgorio se reactivó. Nina y yo nos intercambiamos detalles, ella las maravillosas botas militares de piel y yo, unos Levi's.

—Tía, te has pasado. —Pero no tardó en probárselos. Mi amiga era una loca de las marcas vaqueras—. ¡Me gustan más que Morrison!

—No me extraña, son 501. ¿Qué te ha regalado él, por cierto? —Nina dejó de mirarse el culo en el espejo y se le subieron los colores. Puse los ojos en blanco—. Aparte del previsible desayuno en la cama, se entiende.

—Un fin de semana en París, nada más volver.

Joputi, me había ganado.

—Te odio.

—Ya... Me odio hasta yo.

Mi madre nos hizo un ponche de huevo, porque ese año se había empeñado en poner una mesa festiva en plan americano..., aunque la marca que había comprado del brebaje era del Mercadona. No estaba malo, pero no me incliné para repetir.

En medio de la sobremesa y los gritos de fondo de Tarzán, Jesús se me acercó como de extranjis. Traía una cajita en las manos y, aunque me la tendió sin ceremonia alguna, los ojos de su madre no se nos despegaron de encima ni un solo momento.

—Anda que no me sale cara la amistad de mi hermana, ¿eh? Otro año más...

Le sonreí, ofreciéndole un paquete rectangular por mi parte.

—Cállate, quejica. Que yo también tengo algo para ti.

Jesús abrió sus Skechers y las miró apreciativamente. Pretendí no ponerme nerviosa, pero la verdad era que lo estaba. Quería darle algo que le fuera útil, que usara, algo que le hicieran cómodas todas las horas que pasaba de pie en su trabajo o recorriendo pasillos arriba y abajo. Había visto que calzaba unas parecidas cuando tenía guardia y que ya andaban para el arrastre, así que...

—Joder, Caye... Son la leche. ¿Cuánto te han costado?

—A mí no, a los Reyes. —Le guiñé un ojo—. ¡Ostras! —Él me había regalado un *set* completo de lentes para la cámara. Polarizadas, para la lluvia, nocturnas y de aumento. Además, el juego incluía un objetivo ojo de pez, uno fijo y un gran angular—. La madre que te parió, Suso.

—Que ni parpadea. —Se me acercó lo justo. Sus dedos rozaron mi brazo, pero no pudo acercarse más—. Confío en ti y en tu trabajo. Estoy seguro de que les

sacarás un partido enorme.

Y para no quedar mal, me estrené con una foto de familia de todos los allí presentes. Incluyendo a Tarzán, que salió de fondo en la pantalla de la televisión.

Así pues, y volviendo al presente, cerré la maleta con la sensación de tener un montón de recuerdos maravillosos que llevarme de vuelta a Madrid. Además de *tuppers* con sobras, que siempre venían bien. En esa ocasión, Nina no me acompañaría a Santa Justa, pues su flamante futuro marido con pelazo lo había organizado todo para que salieran directamente hacia Francia, así que el trayecto en taxi me lo hice sola, después de despedirme de mis padres y dejarles prometido que no iba a pasar mucho hasta que nos volviéramos a ver.

—¡Tenemos bodorrio en nada y menos! Así que cero dramas, ¿vale?

Jesús también se piró por su cuenta. En avión, claro, porque él era así. De modo que me despedí de los Carvajal y en mi trayecto hacia la estación me pregunté cómo una persona tan cuadrículada y medida como él había podido tener el arranque de la cocina en Nochebuena. Había parecido otra persona, alguien por completo distinto, espontáneo y dominado solo por sus primarios y maravillosos instintos. Claro, que la magia no había durado demasiado, pues ahí estaba, siempre fiel a las compañías aéreas, porque la duración del viaje en avión era más corta y, por tanto, eficiente que el paseo en tren.

Su salida de tiesto no tenía respuesta, era como la gran duda de por qué los hombres siempre ocupaban la última fila en las clases de *spinning*. Algo que solo podrías presuponer, pero que no tendría confirmación empírica jamás.

—Es como es, y sacarle de su cuadrícula sería imposible. Exactamente igual que intentar meterme a mí en una.

Agua y aceite, pensé, acariciando mi juego de lentes, ansiosa por probarlas, como las niñas con sus muñecas nuevas. Eso éramos Suso y yo: dos líquidos que podían compartir un mismo envase, pero que estaban destinados a no mezclarse.

Me puse un poco triste, pero fui capaz de convencerme de que era por tener que volver a madrugar para trabajar.

Madrid en enero es... frío. Y lluvioso. La proliferación de chubasqueros y botas de agua colorinas me dio casi para crear una pestaña nueva en mi web. Hice un montón de fotos las dos primeras semanas, durante las mañanas y las primeras horas de la tarde. El resto, hasta la madrugada, era tiempo de editar y poner a la venta. Funcioné como un autómatas, sin parar. Comía los restos que quedaban de

los almuerzos que preparaba Jesús y, si no, me pillaba paquetes de mierdas varias en la calle mientras llenaba la tarjeta de memoria de momentos para otras personas.

Acabé con el *book* prenupcial de Nina y pasé a lo siguiente de la lista: componer el diseño del regalo que iba a hacerle, y que iría a juego con su maravilloso vestido de novia. No voy a dar más detalles todavía, porque... no es plan de chafaros la sorpresa.

A Suso lo veía poco, porque, al parecer, le estaba tocando doblar turnos toda aquella semana. El haberse cogido tantos días de vacaciones en medio de una beca que tenía cómputo de horas así se lo exigía, de modo que Esperanza Gracia, Fran Perea y yo casi vivimos a solas. Hasta un jueves por la noche, muy tarde, pero en hora indeterminada, cuando sucedió... algo inusual.

Estando yo en ese paseo que va entre estar despierta y dormida, noté que la puerta de mi dormitorio se abría y Jesús entraba por ella. Se desnudó en medio de la penumbra, tropezó con la pata de la cama y después cayó como un fardo a mi espalda, echándome el brazo por encima y roncando un poco en mi nuca. Un poquito confundida, me removí, esperando una reacción por su parte. ¿Se suponía que tenía que girarme o levantar una pierna o...?

—¿Jesús? —Sin respuesta—. Oye... Me parece que te has equivocado de habitación, colega.

Soltó algo parecido a un exabrupto.

—¿Colega? —La voz le sonó amortiguada, pues tenía los labios pegados a mi cuello—. Mira que eres cutre.

—Ya... Bueno, ahora que estás despierto...

Mis nalgas hicieron contacto con su entrepierna y encontraron... la nada. O sea, a ver, eso estaba ahí, ¿vale? No me lo habían castrado en el Marañón, pero lo extraño es que no... parecía dispuesto. Vamos, que no estaba empalmado, como cada vez que nuestros cuerpos habían tocado la cama a la vez. Despacio, me di la vuelta. La luz de las farolas de la calle arrojaba sombras sobre su cara. Tenía los párpados cerrados, y me sorprendió lo larguísimas que eran sus pestañas, en caso de que queráis saberlo. La mitad inferior de su cara estaba surcada por la sombra oscura de una barba que no había tenido tiempo de afeitarse.

Le deslicé el índice por la frente, ahora sin arrugas. Su respiración se volvió regular y pausada. Su mano, en mi cadera, me resultó extrañamente cálida. Suspiré, rendida a lo evidente.

—Vale, puedes quedarte esta noche —dictaminé en un susurro, pegándome a

él y envolviéndolo con mis brazos—. Pero nada de acostumbrarse.

Fue la primera noche que dormimos juntos. Cuando desperté, lo hice con su boca entre las piernas y a punto de correrme. Paró justo antes de dejarme clavar la bandera en la cima de la montaña y, luego, se echó boca arriba, esperando. Lo monté como una posesa, legañosa y con el pelo hecho unos zorros, pero cachonda perdida. Fue un acto puramente sexual, como para reivindicarnos que aquello era lo que nos unía. Lo que teníamos. Lo que queríamos y nada más. No hablamos de lo ocurrido la noche anterior, pero después del orgasmo y las respectivas duchas, los dos preparamos un desayuno conjunto, nos untamos tostadas con mermelada de uva y tomamos café mirándonos como imbéciles.

Y lo sé porque la sensación de que las cosas se estaban enrareciendo me acompañó durante todo el día. De pronto, el aire me olía distinto, el café me sabía a otra cosa y el teléfono, cuyo vibrar insoportable siempre me había sacado de quicio mientras trabajaba, ahora me hacía sonreír mirando a la pantalla. Jesús me mandaba fotos de productos en oferta cuando hacía la compra. O de ingredientes que pensaba añadir o esta o aquella cena, de esas que ahora siempre que estábamos en casa compartíamos.

Sí, el ambiente estaba raro, pero para lo normal. Y no estaba segura de cómo sentirme al respecto.

—Somos maduros. Gente madura. Que ha madurado —me repetía, a ver si a fuerza de oírmelo decir las palabras calaban—. Así es como se actúa cuando se tiene todo claro, pero no quiere decir nada ni lleva a ningún sitio, porque nosotros no somos de esos. Nosotros no somos como los demás.

Pero me imagino que hacer fotos a escaparates de ropa masculina que a él podría gustarle o entrar a una tienda de accesorios médicos para ver cómo andaba el mercado en cuanto a tensiómetros y estetoscopios no era muy de ser «distinto» a los demás, precisamente.

Por suerte para mi cada vez más frágil seguridad en el terreno que pisaba con Jesús, Elena me dio un nuevo motivo de preocupación, y es que tres días después de enviarle los detalles concretos del vestido de Nina para que pudiera hacerse una idea del maquillaje de novia que usar, seguía sin respuesta. Me había mandado un *emoji* de OK, ese dedo hacia arriba tan cutre, pero después de su audio en Navidad, comprenderéis que no me hubiera quedado tranquila. La llamé por lo menos una docena de veces, pero no obtuve respuesta. Le escribí trescientos mensajes, pero tardó más de cuarenta y ocho horas en decirme algo, y cuando lo hizo, me dejó inquieta:

Malos tiempos. Ya pasarán.

Pero ¿estás bien?

*Lo estaré. Me encanta el vestido. Tengo clara la paleta de colores.
Estará preciosa.*

*Elena... Lo de «por los cerros de Úbeda» lo inventé yo.
¿Qué pasa?*

«Elena está escribiendo... Elena está escribiendo...».

Tardó una eternidad en llegarme el mensaje para la única palabra que me envió después.

Héctor.

¿Qué te ha hecho?

Nada. Esta vez es culpa mía.

Lo dudo mucho.

En serio. Bueno ..., eso dice él.

¿Qué dice él?

*Que no me implico. Que no le apoyo.
Trabajo mucho y su carrera...*

Enseñar la chorra en Malasaña no es una carrera.

Ay, Caye... Creo que me va a dejar.

¿Y quieres que lleve yo el champán para la fiesta?

No respondió. Mierda... Mi animadversión por ese capullo no podía impedirme ser empática. Aquella era mi amiga, una de las mejores. Y, evidentemente, estaba muy colgada y tocada por sus problemas con ese idiota. Igual ir por el palo irónico no había sido mi mejor movimiento.

Dice que necesita tiempo. Enfocarse en el teatro.

¿Y tú cómo estás?

Lo entiendo.

¿Que quiera centrarse en el trabajo mientras te echa en cara que hagas lo mismo con el tuyo?

*No. Que priorice otras cosas a mí.
Es lógico.*

Elena...

*Todo me sale mal, Caye. No destaco en el curro. Ni como novia.
He estado como un alma en pena en casa en Navidad.
El mensaje que te mandé...*

Era un poco dramático, pero me gustó.

Soy un cero a la izquierda emocional.

No digas eso.

*¿Cómo no iba a dejarme?
¿Qué actor quiere una anti-musa en su vida?*

Apreté la mandíbula. Puto ególatra de los cojones... ¿Cómo podía haberle comido la moral a Elena hasta ese punto?

Joder.

Dejamos el chat ahí. Yo, porque temía vomitar sapos y culebras, y Elena, me imagino, porque no estaba de ánimos para defender posturas ajenas, ni le quedaban fuerzas para hacerlo con la propia. Me sentía fatal por su pena, aun cuando estaba segura de que lo mejor que podría pasarle sería dar carpetazo a esa relación infumable de una vez por todas. Héctor era esa clase de tío, un parásito emocional, de los que se cree tan bueno que etiqueta a todo lo que tiene alrededor como polilla mientras él se tiene por lo más brillante del puto universo. Y, claro, al dar con alguien como Elena, cuya capacidad para entregar excede, con mucho, a lo saludable, su onda expansiva se había crecido, en tanto que la luz de mi amiga no paraba de titilar, a puntito de apagarse.

Elenita... Alma noble, enamoradiza, cariñosa y apegada al *happily ever after* como la que más. Si tan solo dejara morir ese amor nocivo, podría encontrar a alguien mucho mejor con solo chasquear los dedos. Bueno, ¡qué coño! Es que cualquiera sería cien veces mejor que el capullo con ínfulas de actor. Rescaté el móvil.

Sé fuerte, nena.

El que pierde es él, que deja ir a una mujer que le quiere.

Pero recuerda: el que se va sin ser echado...

Vuelve sin ser llamado. Y las segundas vueltas de las malas relaciones NUNCA son una buena idea. Deambulé por el piso, esperando. Ideando. Maquinando. Engullendo una bolsa de Doritos y medio paquete de Campurrianas hasta que, por fin, Jesús apareció por la puerta. Nada más verle la cara agarré la chaqueta que me habían regalado mis padres por Reyes, me atravesé el bolso en plan bandolera y le tiré del brazo, directo a la salida.

—¡Cayetana! ¿Qué haces? ¡Que me meo, hostias!

—Pues piensa en cosas secas. —Le hice bajar la escalera a tirones—. Tengo que ir a un sitio y necesito cobertura. ¿No eres tú el del apoyo logístico?

—Depende... ¿A quién hay que sacar de la cárcel?

—A nadie. Es más bien evitar que me metan a mí. —Levanté el brazo y paré un taxi. Solo entonces lo miré a la cara—. Nos vamos a Malasaña. De microteatros.

El taxi nos paró en la calle Loreto y Chicote número 9, justo frente al *Por dinero*, un espacio que se anunciaba bajo el pegadizo eslogan de: «Una obra en quince minutos, para quince personas, en menos de quince metros cuadrados». Todo muy bohemio, propio del Madrid nocturno de tapa, caña y vida *cool*. Muy de un ánimo festivo, entretenido, cultureta y a menudo transgresor que, si bien yo defendía a capa y espada, esa tarde en particular no me encontraba de humor para disfrutar.

—Mea rápido —le ordené a Jesús tan pronto estuvimos ante la puerta—. Tengo que hablar con una persona.

—Pues si es el taquillero, a esto le quedan un par de horas. ¿A qué tanta prisa?

—No quiero que haya testigos entre quienes se pueda escabullir.

—¿Quién?

—¿Quieres mear ya, Jesús? ¡Date prisa, que igual luego tienes que sujetarme!

Pobre Suso... Anda que no me aguantaba, pero ya se lo pagaría yo, cuando la sangre me bajara de la cabeza y viera más que rojo ira por todas partes. Le vi cruzar la calle en dirección a un bar. Tardó menos de cinco minutos en volver. Lo hizo con un par de botellines de refresco, me imagino que porque había tenido que consumir algo para poder pasar al servicio. Una vez lo tuve a mi vera, me aproximé a la puerta del microteatro y llamé, pero no en plan señorita tranquila, ni con educación, no, qué va. Pensé en mi amiga Elena, que en ese momento se sentía el peor moco de la nariz de un asesino, y golpeé con las dos manos, mientras gritaba cual energúmena.

O al menos así me lo contó Jesús cuando le pregunté. Yo dudo que fuera para tanto.

—¡Héctor! ¡Héctor Ruiz, rata asquerosa, sé que estás ahí! —Un manotazo. Y otro más. Y el tercero, de doblete—. ¡Te encanta poner en tus *stories* de Instagram la hora a la que entras a ensayar, así que no te escondas, capullo, cobarde de mierda!

—Vale, vale, ya está bien. Eh, ¡eh, Caye! ¿Qué pasa? —Jesús me agarró la mano en medio de un golpetazo que no pude concluir—. ¿Quieres explicarme qué narices es esto? Me has traído aquí y ahora me haces ver cómo intentas tumbar la puerta mientras chillas por un tío... ¿Algo que quieras compartir?

Supongo que era justo.

—Un imbécil que medio actúa aquí ha dejado a mi amiga Elena.

—Ya... ¿Y no te parece una de esas situaciones donde no es conveniente meterse?

—Si conocieras a Elena, me entenderías. —Cabizbaja, me quedé mirando la entrada, que seguía cerrada a cal y canto—. Cuando alguien la ataca o la insulta, ella absorbe lo que le dicen. Eso debería endurecerla, pero no es así. Este... palurdo con ínfulas le ha desgastado la moral, la ha acusado de no apoyarlo en su mierda de curro cuando él jamás ha estado ahí para ella. No puedo quedarme con los brazos cruzados.

—A ver, Caye... Entiendo que tu amiga te importe y que su dolor te duela a ti, pero si ya han roto, quizá sería más productivo ir a consolarla a ella en vez de venir a increparlo a él.

—Jesús, esto es por el honor de Elena, no me vengas con mierdas prácticas ahora.

Volví a la puerta, con todo. Imagino que Suso se dio por vencido en intentar hacerme entrar en razón, porque me ayudó a seguir dando golpes en la puerta. Estuvimos así unos cinco minutos, hasta que, por fin, nos abrieron. Aunque lo hizo un tipo alto al que yo no había visto nunca. Abrí la boca, pero Suso se me adelantó.

—Soy Jesús Carvajal, jefe de enfermeros del hospital Gregorio Marañón. —Y como un puto madero de la tele, sacó una especie de carné de su cartera—. Perdonen las formas, pero, como comprenderán, esto es un caso de emergencia. Buscamos a Héctor...

—Ruiz —apostillé—. Soy su ayudante, la celadora Scarlet...

—Hernández. —Jesús me miró mal. Cerré el piquito—. Sabemos que tienen función, pero se trata de un tema médico lo bastante grave para haber venido hasta aquí fuera de horario.

—¿Tiene algo contagioso? —El tío, amago de portero de discoteca, se hizo a un lado en menos de lo que canta un gallo—. Puto Héctor... ¡Mira que se lo tenemos dicho!

—Es lo que tiene ir con la picha suelta todo el día —aporté—. ¿Nos permite?

Jesús y yo cruzamos un pasillo angosto cuyas paredes de piedra a la vista estaban parcamente iluminadas por unos focos rojizos que hacían al sitio parecer una mezcla entre la cueva de Alí Babá y un burdel. Tras una puerta de madera adivinamos la suerte de «camerino» de las «estrellas». Abusaré de las comillas,

porque, por respetable que sean la profesión y quienes allí la llevaban a cabo, el meapilas de Héctor no se merecía ni limpiar los baños. He dicho.

—¿Scarlet? —susurró Jesús mientras se guardaba la cartera—. ¿Qué te crees, que somos los Vengadores?

—¿Perdona? ¿Me hablas a mí, jefe de enfermeros? Creía que estabas becado.

—Eso es aquí; en Sevilla ostento esa posición, por si se te ha olvidado.

—En pediatría.

—Lo que tú digas, Viuda Negra.

Le hice a un lado. Llamé. La sangre me palpitaba en las sienes, pero no podía liarla en medio del pasillo o el Rocky de la entrada nos echaría a patadas. Toqué otra vez y, por fin, la cara de mi disgusto apareció por el umbral. Flaco, con un pelo largo que no le sentaba bien y unas gafas redondas a lo John Lennon y cubierto con un batín que había visto tiempos mejores y la tez cenicienta, Héctor hizo aparición. Nos miró confundido, hasta que me reconoció.

—¿Cayetana? ¿Qué...?

De un empujón lo metí dentro del cuartucho. Jesús me siguió y cerró la puerta. Había dos personas presentes, una chica preciosa y un señor de unos cincuenta años al que una de las veces que acudí allí, engañada, había visto representar a un jubilado lleno de clichés. Canelita fina, el caballero.

—Voy a ser muy clara y concisa, Héctor. Deja en paz a Elena. Ya le has sorbido el seso todo lo que has querido. Está en casa sintiéndose una mierda porque cree que sus ambiciones laborales te impiden volar, cuando los dos sabemos que el motivo por el que no despegas es porque eres una mierda como actor.

—Caye... —dijo Suso.

—Déjala... Deja que grite, que se enerve, ¡que se exprese! —El muy imbécil sonrió, y por un segundo, un atisbo de ese *sex appeal* cutre de los de su calaña le refulgió en la cara—. La rabia es arte. Sácala, Cayetana. Podría venirme bien para interiorizar las pasiones de mi personaje.

—Yo sí que te voy a hacer interiorizar...

Me acerqué amenazante, no sé si para empujarlo, escupirle o tirarle de la ganchuda nariz. Igual todo a la vez, pero Jesús me sujetó en el sitio. Héctor se cruzó de brazos, resopló y miró al techo. Justo sobre su cabeza oscilaba una bombilla. El muy cabrito... Yo echándole la bronca de mi vida y él creyéndose en el escenario.

—El problema de Elena es que es anodina. No tiene gracia ni instinto. Me aburre su intento por encajar y ser normal. Necesito a alguien que empuje mis

aspiraciones, no que sueñe con una hipoteca a plazo fijo y un Fiat 500.

—¿Quieres que te empuje, Héctor? ¿De verdad? Escoge un barranco.

Se sonrió. Nos echó una mirada por encima del hombro. Engreída. Altanera, que nada tenía que ver con el medio metro de cincuenta kilos que era. Parte del nudo de su bata cedió, revelando un pedazo de piel pálida excesivamente brillante, como si se hubiera echado lubricante corporal.

—La visita ha sido encantadora, pero estoy muy ocupado creando leyenda. Si no os importa...

—El único papel que sabes representar es el de engañar a chicas buenas. —Me solté de Jesús y me di el gustazo de golpear el pecho pegajoso de Héctor con el índice—. Tu intento de carrera no avanzará jamás, porque nadie va a creerse lo que haces, dado que creerte a ti mismo es imposible.

Me miró con un asco que solo habría podido esconder sabiendo actuar.

—Da recuerdos a Elena de mi parte. Dile que espero que esta vez no caiga en la pesadez de suplicar a través de audios de WhatsApp, porque no vamos a volver.

Me tragué la bilis, con esfuerzo.

—Pues espero que esta vez sea verdad.

Crucé el umbral, desesperada por volver a la calle, donde poder chillar mi ira sin que nadie se pensara que estaba trabajando en mi método Stanislavski. Solo me detuve para esperar a Jesús, que se había quedado justo frente a Héctor y en ese momento lo miraba con una expresión muy contrita.

—Yo de ti me miraría ese... sarpullido. Ningún escroto sano tendría ese aspecto.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, capullo?

—Soy enfermero, no capullo. Y digo que, seguro, tienes una ETS. Ahora, tú sabrás.

Me puso una mano en la espalda y, juntos, volvimos fuera, donde, por la gracia de Dios, un taxi parecía estar pasando justo en ese momento. Nos metimos en la parte trasera y Jesús indicó la dirección de nuestro piso. Callada a su lado, respiré hondo un par de veces.

—Eso último ha sido... cojonudo. —Intenté sonreírle—. ¿De verdad tenía algo? Entenderás que no mirara más abajo de su asquerosa cara.

—No lo sé, estaba improvisando. Pero al menos le dará en qué pensar.

Suspiré hondo y cerré los ojos. De forma involuntaria, mi cabeza recayó sobre el hombro de Jesús y allí se quedó posada, en busca de un consuelo que, unos

pocos meses antes, me habría dado a mí misma. En medio de la vorágine de aquella tarde, de la rabia que había explotado contra Héctor y la preocupación por las reacciones que eso provocara en Elena, allí, cobijada por el único hombre cuya cercanía podría significarlo todo, me dije que el actor con ínfulas no era el único que iba a tener mucho a lo que darle vueltas.

TODOS TENEMOS NUESTRA HISTORIA

CAYETANA

La madre de la novia se personó en Madrid quince días y diecisiete horas antes del enlace. Y lo sé con tal certeza porque anunció su llegada a bombo y platillo llamando al timbre como si el fin de los tiempos le pisara los talones.

Por suerte, yo estaba metida en una pesadilla de lo más grotesco, con un Héctor al que le daban el Globo de Oro por ser el mejor pene de reparto en la precuela de *Juego de tronos*, y arrancarme las sábanas a tirones fue casi balsámico..., hasta que oí gruñir a Jesús a mi espalda y tuve que poner los ojos en blanco.

—¿Otra vez, joder? —Le arreeé en el hombro. El dormir se había acabado—. Te dije que no te acostumbraras.

—Esta es mi habitación —rezongó con la voz pastosa por el sueño. Se dio la vuelta y me enseñó una panorámica maravillosa de su culo prieto. Ay, si hubiéramos tenido media horita...—. La acoplada eres tú.

Me levanté con esfuerzo, recopilando mi ropa del suelo.

—Eso no es lo que decías anoche.

Desde la cama, Suso sonrió.

—¿Anoche, cuando te pedía que te abrieras más? ¿Que te corrieras más? ¿Que me apretaras más?

Noté, literalmente, cómo me humedecía. Acerqué una rodilla a la cama. ¿Nos daría tiempo, un poquito? Pero no, la señora de Carvajal recobró bríos para seguir llamando al timbre y me fulminó la libido con el poder de su sola presencia. Y del corte que me iba a dar que nos pillara en materia. Vamos, ni de puta broma.

—Anoche era anoche, ahora es ahora, Susito. Y ahora tenemos a tu señora madre al otro lado de la puerta. Servidora se pira.

—Ya veo... —Se destapó, en gloriosa desnudez. Todavía no se había subido los calzoncillos cuando yo ya estaba poniendo pies en polvorosa por el pasillo—.

¡Las ratas son las primeras en abandonar el barco!

—¡Entonces sé un héroe y húndete con él como un buen capitán!

Le escuché reírse mientras me escondía en mi habitación. Dejé la puerta entreabierta, para poner la oreja a lo que se cociera fuera mientras me metía en un respetable chándal de dos piezas. Oí a Jesús anunciarse y, luego, los aspavientos de su madre cuando esta, por fin, entró a casa. Eché una miradita, y no pude evitar sonreír al verlos abrazarse; Suso tenía que agachar medio cuerpo para que la señora pudiera abarcarlo.

—¡Ya era hora, hijo! ¿Qué estabas haciendo que tardabas tanto en abrir?

—Dormir, madre. —Cogió la maleta y cerró la puerta—. Lo que cualquier persona normal en su día libre cuando se tienen unos turnos como los míos. ¿Por qué no avisaste de que vendrías?

—Porque habrías intentado convencerme de que es demasiado pronto. ¿Está Caye?

—En su habitación. —Oír a Jesús me hizo ocultar mejor mi posición, pero seguí con la oreja pegada a la rendija de la puerta—. Y sí, es demasiado pronto. ¿Cómo has venido de Barajas? ¿En taxi? Eso podría considerarse casi infidelidad...

—¡No seas tonto! He cogido el metro. Es mucho más barato.

—Joder, qué querencia le tenéis al transporte en vagones entre todas, de verdad.

Exhalé un hurra interno por la señora de Carvajal. ¿Qué os parece? Al final íbamos a tener en común mucho más de lo esperado, aunque no es que yo estuviera buscando hacer frente común con ella por nada. Sacudí la cabeza para despejarme y me seguí vistiendo; no podía presentarme con pinta de haber pasado la noche —otra vez, maldita sea— en brazos de Jesús. Eso no era de recibo.

Me calcé las deportivas y, después de atarme el pelo en una coleta baja, me personé por fin en el salón. Jesús y su madre estaban ya tomándose el café. Él, apoyado en la barra americana, y ella, graciosamente sentada en uno de los taburetes de la cocina. Como a mí, no le llegaban los pies al suelo. Me hizo gracia.

—¡Madre no biológica!

—¡Hija de otros padres!

Y nos abrazamos con todo el drama. ¡Qué le íbamos a hacer! Ella había parido a una estrella de los *realities* y yo... yo traía el *show* dentro, para qué nos vamos a

engañar.

—Dígame la verdad: ha ido primero a casa de Nina, le han dado con la puerta en las narices y este va a ser su campamento base.

—No volverán hasta el viernes —me explicó mientras dejaba la tacita de café sobre la barra con tanto tiento como su hijo, que era un pijo para el menaje—. Mi fantástico futuro yerno tenía que grabar un documental de los suyos, en Toledo, creo. Necesitaban una reportera o algo así y se lo ha pedido a Nina.

—Qué bonito... Van a casarse y están haciendo colaboraciones en el curro del otro. Mire... —Levanté el brazo derecho para que pudiera verlo bien—. Pelos de punta.

—Sois un espectáculo.

Jesús recogió la cocina y besó a su madre en la coronilla. A mí me tocó en la frente. La señora de Carvajal nos puso los ojos encima como un águila. Intenté hacer un agujero en las baldosas con los pies para meterme dentro, pero fracasé. Cuando Suso anunció que se iba, ella tomó la delantera, bajándose del taburete a toda la velocidad que le daban sus piernas de señora mayor —con perdón—.

—¿No tenías el día libre, hijo?

—Lo aprovecho para hacer ejercicio y algunos recados.

—¿Y vas a dejar a tu madre sola, cuando acaba de llegar?

Divertido, Jesús nos miró a los dos en su camino al dormitorio, donde seguramente se daría una ducha y extendería las incriminatorias sábanas de la cama.

—Ahora os tenéis la una a la otra para haceros compañía. Pero, eso sí, Caye: nada de armar pollos a actores de teatro exnovios de amigas con mi madre, por favor.

Me mordí una sonrisa. El episodio de las venéreas de Héctor había sido uno de los mejores momentos de Jesús. Por lo visto, el enfermero se había predispuesto no defraudar.

—¿Qué es eso del teatro, hija? Oye, que, si tienes lío, yo me pongo Mediaset y tan ricamente...

—No se preocupe, madre no biológica, que hoy tengo un par de cosas que hacer, sí. Pero usted se viene conmigo.

Me llevé a la señora de Carvajal a Serrano; al edificio medio cutre medio guay donde trabajaba Elena. Mientras esperábamos a que saliera —ya había avisado con un llama-cuelga supernoventero, pero es que ni de coña iba a volver a poner un pie en esa fábrica de artificio si podía evitarlo—, le resumí un poco la movida:

lo de Héctor, la bronca en el microteatro, el drama de mi amiga por WhatsApp...

—Total, que hemos pasado un par de semanas algo tensas —le dije, las dos apoyadas en la pared del edificio, como colegas que se ponen al día—, pero sé que no está enfadada. O no mucho.

—Bueno, igual intervenir tan pronto fue un poco temerario por tu parte, Cayetana, pero lo hiciste porque tu amiga te importa y solo quieres su bienestar.

—Exactamente. Por eso mismo lo hice. —Y para que dejara de lamerle el piso al mindundi ese, que no se lo merecía—. Pero me preocupaba cómo podía tomárselo. La cosa se puso tensa, no crea.

Una llamada telefónica para olvidar, donde una Elena deshecha me había echado en cara que había acabado con su última oportunidad de arreglarlo con Héctor, a lo que yo respondí con un resuelto «De nada». Luego la cosa se calmó, y con el paso de los días, nuestra amistad había vuelto a su cauce. Más o menos.

—Si ese tipo no era bueno para ella, aire. Si no suma, que no reste.

—Huy, sumar... Disgustos añadía ese, nada más.

—Pues entonces no hay pérdida. Será por hombres. —La señora de Carvajal, haciendo gala de un conocimiento de la psique humana sin precedentes, chascó la lengua, mirando alrededor del edificio con aire entendido—. Además, ¿tu amiga no trabaja con moda?

—Algo así, sí.

—Pues hay más tíos en el mundo que vaqueros.

Me carcajeé. Aquella mujer era...

—Es usted épica, señora taxista.

—Y tú te vas a llevar un buen sopapo como sigas tratándome de usted... —Pero sonrió—. Por cierto, hablando de cosas épicas y de ratitos buenos, qué agradable esta mañana, ¿no? Desayunando con Jesús, tan ricamente los tres...

—Sí, bueno... Hemos madurado, y cuando la gente madura...

Tierra, trágame y escúpeme en Hogwarts. Ya.

—Sí, claro, claro... Ya no sois niños, y precisamente por eso, pues fíjate tú qué tontería lo que he pensado, ¿no? Pero viviendo juntos...

—¡Anda, por ahí viene Elena!

Dios la bendijera con salud y suerte para los restos. Madrecita, qué sudores se me habían empezado a despertar espalda abajo...

Mi amiga, siempre estilosa, preparada para un *photocall*, aunque fuera la que cogía los bajos a los *outfits* de quienes posaban en ellos, se nos presentó con una sonrisa tirante y visiblemente más delgada. Llevaba la melena recogida en un

moño despeluchado —que era lo más *in* de lo moderno, pero yo, qué queréis que os diga, me preocupé un poquito— y unas gafas preciosas, de piedrecitas, e iba cubierta con una gabardina que le daba un aspecto muy inspector Gadget. Me tendió una bolsita con el emblema del *showroom* después de los dos besos de rigor. Cuando miré dentro, bailoteé.

—¡Ha quedado increíble!

—Me molestaría ese tonito de sorpresa si no te conociera y supiera que es tu manera de halagar.

—Eres la maestra del pespunte, Helen.

Su mohín no me pasó inadvertido.

—Puf, déjate de anglicismos, que dentro me tienen frita. ¡Hola! —Se lanzó a los brazos de la novia-madre, que la estrechó con afecto—. ¿Cómo van esos nervios?

—Los míos, como la seda; los de mi hija, de punta en cuanto me vea aparecer.

—Pobre Nina... —Elena sonrió—. Aunque en realidad ha alcanzado su «felices para siempre», así que no lo siento en absoluto.

—Ese nos llega a todos, hija. Tarde o temprano. —La señora de Carvajal, todavía con su protector brazo alrededor de Elena, me miró con las cejas muy elevadas—. ¿A que sí, Cayetana?

—¿Ha estado usted en Moncloa, taxista consorte? ¡Unos jardines! ¡Unos prados! ¡Unas porras en un quiosco que vamos, vamos...! Si promete no decirle a mi padre que hemos leído prensa en otro establecimiento, la llevo.

Elena se rio y me dio un par de besos. La sostuve un poco más de lo necesario cerca, radiografiándola con los ojos. Ella negó despacio con la cabeza, dándome un tironcito de la coleta.

—Está todo bien, de verdad. —Suspiró y volvió la carita al cielo. Hasta el color plomizo le quedaba bien—. Se merecía todo lo que le dijiste. Ojalá hubiera tenido redaños para soltárselo yo.

—Sé que me extralimité, pero lo hice porque te quiero. —Agarré su mano—. Y porque ese tío es un as tocando las narices.

Se rio un poquito. Bueno, punto para mí.

—Si te sirve de consuelo... —Bajó el tono. Muchísimo—. Jesús no estuvo errado en su diagnóstico. Héctor recibió su castigo en forma de antibióticos...

—¿Tenía algo? ¡No fastidies! —Pero entonces...—. ¡Hostias, no fastidies!

Elena alzó los hombros. Mierda, por eso la delgadez y la cara tan pálida... Llevaba el tema farmacológico muy mal.

—Clamidia de recuerdo, sí. Por si no fuera poco lo de «no más mensajes ni audios lastimeros de esa pobre anodina que fantasea con un plazo fijo». —Se encogió de hombros—. Ya estoy bien, pero, vamos, te aseguro que se me han quitado las ganas de volver a verle la cara ni en pintura.

—Espero que la polla tampoco, Elenita, que nos conocemos.

—*Vade retro* —me aseguró, pero yo..., mñe. Ya veríamos cómo iba todo—. ¿Nos vemos en la boda? Estoy hasta el culo de trabajo, pero necesito una excusa para caerme borracha al suelo.

—¡El matrimonio de otros te la dará! Ponte espectacular y déjate los prejuicios en casa.

—Espero que también los bichos vaginales: le quitarían *glamour* a mi vestido. ¡Pasadlo bien!

—Me gusta esa chica —declaró la señora de Carvajal, de vuelta al metro—. Aunque parece que arrastra lo suyo.

—¿Elena? Sí... Lo lleva a cuestas. Todos tenemos nuestra historia.

La madre de Jesús me hizo un gesto hacia la bolsa que yo cargaba, con celo, entre las manos.

—¿Y qué llevas ahí?

—Esto es el santo grial. El complemento definitivo para el vestido de novia, y no, antes de que lo pregunte: no puede verlo hasta la boda.

—¿Ser la madre de la novia no me da ningún privilegio?

Sonreí y la abracé para entrar en el metro. Cogimos sitio para ir sentadas de pura chiripa.

—Ya ha venido mucho antes de lo necesario, señora de Carvajal; no presione.

—Huy que no... Esa muchacha no sabe lo que le espera.

Jesús y yo la entretuvimos todo lo humanamente posible. De hecho, la retuvimos en casa, con todo lo que eso suponía para nosotros, tres días más después de la vuelta de Nina y Lucas de Toledo.

Fuimos de museos, al cine, a merendar, a recorrer iglesias y catedrales y lamentar punto por punto que no hubieran sido escogidas para el enlace. Me la llevé de compras y a hacer fotos, conoció el Gregorio Marañón y aprendió a usar la cafetera robótica de Suso antes de que yo fuera capaz de encenderla por mi cuenta. Mientras se quedó con nosotros, Jesús y yo prácticamente no intercambiamos miradas. Los gestos brillaron por su ausencia y cada uno durmió

en su cama. Bueno, él en el sofá del salón y su madre en la suya. Yo me encerré a cal y canto.

—Por si acaso desarrollas apetencias sonámbulas estos días —le advertí en voz baja, mientras la señora se duchaba—. Creo que sospecha.

—Ya... Tiene pinta. —Y si él sabía algo más, se lo guardó—. Pero que actúes como si fuera un apestado no ayuda.

—Me he aburrido de decir la estupidez de que hemos madurado. ¿Quién se cree eso?

—Cualquiera que nos vea convivir. —Y como estábamos en un *break*, me agarró el culo a dos manos—. Te echo de menos, morena.

—¿Toda entera? —Sonreí, engreída, porque él me miraba de forma que pudiera permitírmelo—. ¿O algo de mí en particular?

—Toda entera en general. Tu piel, tus sonidos y tu coño dulce y perfecto en particular. ¿Te vale? Porque puedo ser más específico.

Se fue al trabajo dejándome cachonda, húmeda... y al cargo de su madre.

—Pero esto es momentáneo, y pronto las cosas volverán a la normalidad. —Como no supe si lo decía por la visita materna o por el resto, decidí ponerme en marcha y dejar los pensamientos para más tarde—. ¡Señora de Carvajal, desebrío, que hoy nos recorreremos Gran Vía con la Nikon y necesito una modelo fetén!

Entre esto y aquello, la fecha señalada nos golpeó sin que nos diéramos casi cuenta. El 24 de febrero se marcó en el calendario con todo el ímpetu y un poquito de llovizna, nada de qué preocuparse cuando la ceremonia, que tendría lugar en una finca privada de Boadilla del Monte, contaba con un entoldado que ríete tú de Regencia y Antonio Mendoza.

—¿Me recuerdas otra vez cómo ha hecho el *hippy* de mi cuñado para conseguir casarse en uno de los sitios más pijos de Madrid cuando todas sus pertenencias caben en una mochila?

—Resulta que algunos ricos son apegados al medio ambiente. Y no saben qué hacer con su dinero y sus propiedades.

—Ya veo...

A Lucas Buendía, futuro marido de Nina Carvajal, le habían prestado un chalet. Así, como quien deja un boli Bic. El sitio era tan grande y majestuoso que hasta la madre de la novia se había visto obligada a ponerse un alto en sus quejas. Aunque, eso sí, lo hizo en el último segundo, por la semana previa que pasó en casa de su hija y futuro yerno, que fue un infierno para los contrayentes.

Palabras de Nina. Que conste.

Jesús puso los limpiaparabrisas a velocidad moderada y se inclinó hacia adelante para prestar atención a las posibles bifurcaciones del camino. Estaba guapo a reventar con aquel traje oscuro, la camisa blanca y la pajarita. Los caballeros irían clásicos, me había dicho, aunque yo creía que él iba a ser el mejor vestido. Después de todo, la mayoría de los hombres asistentes serían amigos del novio, al que apodaban Morrison. ¿De verdad esperaba chaqués? Lo dudaba mucho.

La etiqueta para las chicas era otra cosa. Nina no había puesto ninguna restricción, así que podíamos encontrarnos de todo. Por mi parte, me había comprado un vestido color lavanda de estilo griego, con tul y gasa. Un faldón me recogía la cintura, a juego con la delicada cinta que se intrincaba entre la trenza que me recogía el pelo y me cruzaba la cabeza. Jesús me había dicho que tenía pinta de diosa, y el comentario bien valió el beso que me había obligado a volver a retocarme el carmín.

—¿Por qué me miras tanto? —Sonrió—. No puedes resistirlo, ¿verdad? Estoy tremendo. Como James Bond.

—Pero sin licencia para nada que no sea coger unos puntos.

—O subir unas cuantas faldas. —Levantó las cejas. A mí se me abrieron las rodillas, pero solo un poquito.

—En realidad pensaba cómo es posible que hayas vuelto a alquilar el mismo coche que la última vez. Y cuánto tardarás en admitir que quieres comprártelo.

—Soy un hombre capaz de conformarse con lo que tiene, Cayetana.

—Estás enamorado de este trasto. No pasa nada por admitirlo.

De repente, los nudillos se le pusieron un poco blancos al sujetar el volante del Mazda.

—Eso no implica que tenga que ser para mí.

—¿Qué dices? Cómpratelo. Te lo puedes permitir, ¿dónde está el problema?

—El problema es que tengo que aprender a dominar mis impulsos. —Sacudió un poco el gesto. Me rozó el muslo y sonrió, pero no parecía el Suso de costumbre—. Así que, de momento, me vale con darme una vuelta de vez en cuando.

—Pues me parece muy triste que te contentes con tan poco.

No me contestó. Quizá, si le hubiera prestado más atención en ese preciso momento, me habría dado cuenta de que Jesús también cargaba una historia, pero la emoción de llegar al chalet y estar a un par de horas escasas de la boda me

cegó para todo lo demás.

Salí del coche haciendo aspavientos, corriendo al interior de la casa en pos de mi amiga, cámara en ristre, para lanzarme a darle besos y hacerle fotos y agasajarla en su día para que fuera absolutamente inolvidable.

Lo que no sabía, aunque estaba a punto de enterarme, es que esa boda también iba a suponer un antes y un después para mí.

29

THIS IS THE END, BEAUTIFUL FRIEND

SUSO

Tan pronto perdí a Cayetana de vista y confirmé que la barra libre estaba magistralmente dispuesta, asumí que era tiempo de ponerse en modo hermano de la novia. Pedí una cerveza, pero me guardé las llaves del coche en el bolsillo de la camisa para sentir las cerca y recordar no excederme. No iba a hacer noche en la finca, así que fuera cuando fuese que terminaran los festejos, servidor conduciría de vuelta a Vallehermoso. Unos se iban de luna de miel y otros trabajábamos con la hiel apelmazada en las gargantas.

—¿No es un poco pronto, camarada?

Le sonreí a mi padre, alzando el vaso y dando un trago. Tanto él como mi progenitora llevaban ya unas cuantas horas de preboda a sus espaldas, porque ninguna fuerza de la naturaleza podría haber conseguido que mi madre llegara al punto neurálgico del sarao después que mi hermana. Pobre Nina... Esperaba que saliera a casarse llevando entre las manos su ramo de novia, y no el pescuezo de nuestra santa madre.

—Esto es una fiesta, ¿no? Pues habrá que celebrarlo.

—Si empiezas ya, para cuando el juez los declare marido y mujer o no podrás tenerte en pie.

—Papá, me ofendes. ¿Cuándo he tenido yo mal beber?

—Nunca, hijo. Esa es la verdad.

Y dado que las correrías de facultad eran algo que me llevaría a la tumba, las palabras del señor Carvajal no fueron erróneas.

Eché un vistazo en derredor. La verdad es que el lugar era idílico, con toda aquella proliferación de palmeras exuberantes, con las sillas blancas adornadas de forma simple pero muy vistosas, dejando entre medias un pasillo cubierto con pétalos blancos. Justo frente a nosotros, un altar conformado por una arcada de madera tallada revestida con tul aguardaba a los contrayentes. A la derecha, el

escenario, colocado en perpendicular con una pista de baile en forma de damero que refulgía de tan pulida como estaba, esperaba a la banda.

El bar, donde nos encontrábamos mi padre y yo, con sus butacones y mesas bajas, para quienes prefirieran dejar el bullicio y sosegar ante una buena copa con alta gradación de alcohol, conectaba directamente con la zona donde se serviría la cena. Mesas y asientos dispuestos en grupos de ocho con candelabros y servilleteros de los más diversos colores. Cada mes llevaba un tarjetón con el menú de degustación.

—¿Ya sabes dónde vas a sentarte? —pregunté a mi padre, aprovechando que nuestras miradas estaban puestas en ese punto concreto—. Esta Nina... ¿A quién se le ocurre no poner etiquetas en las mesas?

—A una novia que espera que su boda sea divertida, y no metódica.

Sonreí.

—Si no te conociera, padre, diría que estás intentando meterte conmigo.

—Yo solo digo que de una boda sale otra. —Su mano dio una fuerte palmadita en mi hombro—. Y que todos los caminos llevan a Roma.

—Dichos al tuntún como moraleja... Está claro que ver pasar por el altar a tu benjamina no te sienta bien.

Mi padre se retocó los puños de la camisa. Oímos voces desde la casa y los dos suspiramos. Por supuesto, nuestro rato de no hacer más que acto de presencia pronto se iba a ver dramáticamente cercenado, porque alguien nos reclamaría para fotos, vídeos y demás parafernalia antes de que nos diéramos cuenta.

—Lo único que te digo, Suso, es que intentes relajarte.

—Para eso he encontrado a esta rubia. —Y apuré la cerveza, porque mi madre se acercaba como una manada de elefantes—. Espero que haya traído amigas.

—Sabes a qué me refiero. —Me miró a los ojos, haciendo un gesto casi imperceptible hacia la casa—. A veces el camino que lleva a uno a lo que quiere no siempre es muy recto.

—La rectitud en las decisiones hace recto al hombre que las toma, papá. Me lo enseñaste tú.

Su carcajada me reconfortó. Oír reír a mi padre tenía algo de balsámico, y me ayudó, aunque mis ánimos no estuvieran muy festivos en ese momento.

—Hay un momento en la vida de todo hombre joven, hijo, en que tiene que mandar a la porra los consejos de un viejo que ya ha hecho por él todo lo que podía. No te conformes.

—Conformarse... —Me perdí un segundo mirando el fondo vacío del vaso—.

Es curioso que hayas escogido esa palabra...

—Curioso va a ser el ratito que vamos a pasarnos sonriendo como pasmarotes, yo al lado de tu madre, que por ahí llega, y tú junto a tu hermana. —Resopló—. En fin... ¿Vamos?

Asentí, aunque me rezagué un poco. Le vi reencontrarse con mi madre a través del paseo que unificaba la zona de celebraciones con la casa principal. Mi madre estaba soberbia con aquel vestido color mango y la levita a juego. Hasta llevaba un tocado muy sofisticado y zapatos de tacón. Regia. Maravillosa. Y hecha un basilisco porque la corbata de mi padre tenía el nudo descentrado una milésima. Solté el vaso de cerveza y, ante su mirada inquisidora, eché a andar a paso vivo. Dejé que me revisara con ojos analíticos, igualito que cada mañana durante mis años de colegio. Hasta esperé que me preguntara si me había lavado los dientes y quitado las legañas.

—¡Qué guapo estás, hijo mío! Si no te comes una rosca hoy será porque quieres.

Los miré a los dos, con una severidad que fue solo pretensión.

—Estáis a nada de casar a una hija. ¿Me queréis dar un respiro, coño?

—¡Shhh! Esa boca. Que luego sales en las fotos con expresión de haber maldecido.

Puse los ojos en blanco. En fin...

Entramos en el chalet y subimos las escaleras. Arriba estaban dispuestas las habitaciones de los habitantes de costumbre de la casa, que en ese momento eran usadas por Nina y su séquito como centro de operaciones. Por séquito, obviamente, me estaba refiriendo a Cayetana, en modo dama de deshonor, como le gustaba decir a ella, y fotógrafa mandona y a la chica rubia y estilosa, la tal Elena, a la que no había tratado mucho pero que en ese momento se encontraba en una posición más que delatadora, tirada por el suelo, mientras ajustaba a mi hermana los botoncitos traseros de sus botas.

Porque sí, además de vestido corto, Nina Carvajal iba a ir al altar en botas. Un diseño en tonos champán que parecía salido directamente de los pies del Sombrero Loco. Sonreí al mirarla, con los brazos en alto, reajustándose un rizo pelirrojo que se le había soltado del medio recogido que llevaba. Le estaba haciendo muecas a su propio reflejo en el espejo.

Estaba preciosa. Se me encogió el corazón.

—Canija, no te muevas... —Giró la cara en el acto, preguntándome en modo *mute* qué pasaba—. Casi estás guapa. No lo chafes siendo brusca.

—Que te den por culo, Susito.

—¡Ya la has cagado! El efecto se ha roto.

Me hizo una peineta. Yo la imité. Mi madre se tapó la cara con las manos.

—¿Me queréis dejar disfrutar de la boda? ¿Por favor? ¿Es mucho pedir?

—Ha empezado él —soltó Nina, girando sobre sí misma y señalándome con un dedo de manicura rojísima.

—Di que no. —Los dos reímos—. Acusica.

—Mosca cojonera.

El disparador de Cayetana nos inmortalizó enzarzados en la pelea más cariñosa que habíamos tenido hasta el momento. Cuando tuve a Nina en mis brazos y sostuve su cara con mis manos, se me escapó un suspiro desde lo más profundo. Se le aguaron los ojos. No me avergüenza decir que a mí también.

—¿Cuándo te has hecho tan grande, canija? —La besé fuerte en la mejilla—. Eres la novia más guapa del mundo. —Le temblaron los hombros, signo de que estaba a nada de berrear en serio. Decidí romper la tensión del momento, por el bien de aquel maquillaje tan perfecto que le habían puesto—. ¿Y el pobre diablo al que vas a condenar? ¿Él puede saltarse la foto?

—Ay, Susito, cómo se nota que no sabes nada de bodas. Lucas no puede ver a Nina antes del sí quiero. Esto es solo para la familia.

Me giré hacia Cayetana, que con aquel atuendo de diosa griega no desmerecía en nada la belleza de la novia. Más bien al contrario. Contemplarla hacía que me doliera el corazón, igual que mirar a Nina, aunque los motivos eran muy diferentes. Nos pusimos en fila india siguiendo sus indicaciones, aunque pronto desechó nuestra presencia, hasta que Elena terminó con las complejas botas de una novia cuyos nervios no paraban de crecer. Caye sacó instantáneas a mis padres, juntos y por separado, y me robó algunas a mí cuando no miraba. Hizo una preciosa, justo de mis manos coronando la carita de Nina, que tengo colgada en casa. Es mi imagen preferida de ese día.

—Bueno, antes de empezar con el grueso Carvajal, creo que es momento de que le demos a la futura esposa el detalle final. —Con un gesto, Elena acercó una cajita blanca que entre Cayetana y ella colocaron en brazos de Nina—. Parte de tu regalo era la sesión de *peeling* que has tenido esta mañana, el masaje y la obra de arte que llevas puesta en la cara.

—Y que nunca os agradeceré lo bastante —dijo Nina, rasgando ya el papel de envolver que tenía delante—. Qué nervios, ¿qué...? ¡Ay, por Dios!

Cayetana sacó fotos como una posesa. Elena se encogió de hombros.

—Iba a decir que esa es la segunda parte del regalo, pero ya has llegado tú sola a esa conclusión.

Le habían dado... A ver, intentaré explicarlo como mejor pueda. Aunque no prometo milagros, no soy muy ducho en cuestiones de moda y complementos. Aquello me parecía... una riñonera. Y la verdad es que, siendo objetivos, eso es exactamente lo que era, claro que para Nina. Del mismo color y material que su vestido, con lazos de tul que se asemejaban al que cortaba su vestido a la altura de las caderas. Llevaba adheridos unos abalorios brillantes del mismo tono que sus pequeños pendientes de rubí, y al colocársela en las caderas, quedaba disimulada, pero, a la vez, expuesta con mucha clase entre los pliegues de la falda vaporosa.

—Eres una periodista —sentenció Cayetana, haciéndole un lazo a la espalda y contemplando luego el resultado con satisfacción—. Necesitabas tener donde meter el boli, el móvil y el pintalabios para retocarte.

—¡Me encanta! —El abrazo de Nina abarcó a sus dos duendes colaboradores—. ¡Sois las mejores y pensáis en todo!

—Ese era nuestro único trabajo. —Elena fingió quitarse el polvo de su vestido de cóctel aguamarina. Correspondió al abrazo sonriendo.

—Dama de deshonor, querida, ¿qué esperabas? —Esa, por supuesto, era Caye.

Soltó la Nikon y yo la recogí al vuelo. Puede que no fuera muy buen fotógrafo, pero había adquirido nociones suficientes como ayudante en la fiesta del bebé. Supe qué debía captar: la amistad en su estado más puro. Era tan bonito verlas que no defraudé.

Para cuando volví a ver la barra libre, las exuberantes palmeras y las mesas preparadas para servir la cena, me pareció que había pasado una eternidad. De hecho, el cielo estaba en su crepúsculo, la banda comenzando a montar el tinglado en el escenario y mi futuro cuñado, todo pelo y barba —pero, por suerte, con un traje que le sentaba como un guante. De nada, Nina—, deambulando como un perro sin dueño.

—Dios... ¿De verdad alguien necesita tantas fotos? —Mi padre se aflojó el nudo de la corbata, echando miraditas de soslayo para que no lo pillara mi madre, demasiado ocupada departiendo con Morrison. Perdón, Lucas. Joder, ¡se me ha pegado!—. ¿Cuántos rollos nos ha echado Cayetana?

—La máquina es digital, papá. No se hace por rollos.

—¡Bah, siguen siendo demasiadas fotos!

—¿A que ahora sí que tienes cuerpo de una cerveza?

Se tocó la barriga, que empezaba a ser prominente.

—Yo de eso he tenido toda la vida, hijo. Venga, al lío.

Acodados junto al barman vimos llegar al grupo más selectamente variopinto en cuanto a invitados de boda. Gente de la televisión, de la rama de documentales, periodistas, cámaras, guionistas y redactores, un par de mujeres del tiempo, amistades de ahora y de hace quince años, antiguos compañeros de estudios, familia por parte del novio y hasta...

—¡No jodas! —Le di a mi padre un codazo que casi le pone perdido el traje de cerveza—. ¡Los locos de la caravana, míralos!

Y, en efecto, en ese momento los antiguos compañeros de aventuras de Nina en aquel *reality* de cuyo nombre no quería acordarme —mi hermana en la televisión abierta, con todo el mundo observándola... Me ponía malo solo de pensarlo— estaban saludando a Lucas con toda la efusividad del mundo. Pedrito, el regidor, y Amelia, la maquilladora, que llevaba unas botas altas cubiertas de hebillas que le iban a provocar a Caye un flechazo.

—Y esos son los parientes más cercanos de Lucas. Deberíamos ir a saludar.

Estuve de acuerdo, aunque indiqué a mi padre que diéramos un poco de espacio. En ese momento, la hermana pequeña del novio estaba enganchada a su cintura, reclamando una atención que él le daba en forma de besos en la coronilla. Parecía otro con aquella chiquilla en sus brazos.

—Dejémosle un minuto. Lo vamos a tener en la familia para siempre.

—Supongo que sí. —El taxista suspiró—. Mi niña se casa, Jesús. ¿Cómo has dejado que pasara?

Por toda respuesta, me encogí de hombros.

—Ha encontrado a un buen tipo, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

Ninguno de los dos dijo nada, porque, llegados a ese punto, con las chaquetas puestas y los zapatos lustrados, lo único que nos quedaba por hacer era tragar el amargo bocado de que nuestra Nina ya no sería solo nuestra, desear que fuera feliz y ver cómo volaba a su nueva vida.

The way you look tonight la acompañó al altar. Yo la llevé de mi brazo la mitad del camino y ahí cedí el honor a mi padre, que la entregó al hombre que iba a ser su marido con toda solemnidad. El juez, un hombre joven y simpático, que quizá por querer hacer amena una ceremonia civil pecó con los chascarrillos, habló de unión y compromiso, de amor y también de comprensión. De dar y recibir; sin

ser cura dio un sermón que tocó todas las fibras sensibles que me quedaban intactas, y yo, sin quererlo, desvié mi mirada de los novios hasta Cayetana.

Me quedé observándola cuando se leyeron los derechos y deberes que los esposos debían compartir, cuando se aconsejó no tensar demasiado la cuerda y ser siempre capaz de andar en los zapatos del otro; cuando se recordó que, habiendo cariño y respeto mutuo, todo lo demás germinaría por sí solo, porque el amor que te llevaba a unir tu sendero con el de otra persona perduraba en los momentos de pena tanto como en los de felicidad. En los enfados y la duda, tanto como duraran las vidas que, en esa tarde, se convertían en una sola.

Al romper los invitados la solemnidad del momento con aplausos, el corazón se me hundió un poco en las costillas. La dicha que sentía por mi hermana se opacó un poco al comprender que, aun sin saber de lo que hablaban, todos habían tenido razón. ¿Cómo conformarme con lo que tenía cuando era aquello lo que anhelaba?

Tener a Cayetana a medias era peor castigo que saberla ajena por completo; porque yo deseaba todo lo que acababa de escuchar, aunque las palabras no estuvieran dirigidas hacia mí. Quería ser su consuelo y el azote de su pasión. Quien la sostuviera en los momentos de duda. La roca contra la que su frustración y su pena podría reventar sin temores. Quería estar con ella. A su lado. Dentro. De su mano. Lo quería todo. lo necesitaba todo. ¿Y yo, pobre iluso, había hablado de contentarme?

De tener esa opción, ni toda una vida se me haría suficiente.

Riders on the storm fue la pieza elegida por los novios como primer baile de casados. No sorprendió a nadie. De hecho, las risitas que se hicieron notar alrededor de la pista dejaron claro que lo de Morrison empezaba a ser *vox populi*. Me quedé fuera del suelo damero, contemplando con una sonrisa cómo mis padres giraban de un lado a otro mientras la banda, liderada por un batería que lucía gafas de sol pese a que ya era noche cerrada y un moño de curiosas dimensiones, nos regalaba una versión tan respetable que pronto las sillas se fueron quedando vacías.

A mi izquierda, mimetizada entre el gentío, mi diosa griega particular recogía momentos ajenos con una sonrisa que, estaba seguro, los haría lucir como propios. Cuando se me puso al lado, ligeramente transpirada y con un par de sus mechones oscuros pegados a la frente, lucía la sonrisa más bonita que le había visto nunca. Y puede que un poco achispada también.

—Se nos ha casado la niña, Susito.

—Eso parece. —Señalé el vaso que llevaba en la mano—. No me lo digas: ¿un sol y sombra?

—Se me ha hecho el paladar. —Brindó con mi copa. Los dos pusimos los ojos en la pareja. En ese momento, Lucas hacía girar a mi hermana, justo antes de llevarla hacia atrás en un arco torpísimo que la hizo reír escandalosamente—. Les irá bien. Tienen lo más importante.

—¿Amor y compromiso? —Sonreí, sin ganas.

—Iba a decir que a nosotros, pero lo tuyo también vale, si te gustan los clásicos.

—Me encantan. —Giré medio cuerpo—. Caye..., ¿podemos hablar?

—¡Lo he hecho!

Una ráfaga rubia envuelta en seda nos interceptó. Elena, sudorosa y bastante... voy a decir que «descompuesta», se agarró al brazo de Cayetana. Parecía agitada y puede que un poco fuera de sí.

—¿Hecho qué? —Caye le puso la mano en la mejilla—. Aparte de beber, claro. ¿Cuánto ha sido? A ver, échame el aliento.

—Escucha, escucha... Yo... Lo he hecho. —Y, como si hiciera falta, la rubia se señaló—. Me lo he tirado.

—Igual es mejor que os deje solas...

Pero Cayetana me agarró del brazo cuando hice un intento bastante pobre por poner los pies en polvorosa. Joder... Yo no quería hablar de sexo ajeno, ¡quería debatir sobre las implicaciones de seguir compartiendo el mío estando enamorado de una mujer emocionalmente inaccesible! ¿Era mucho pedir tener cinco minutos de Caye para mí solo?

—Elena... —La vi resoplar, sujetando a su amiga con la zurda y manteniéndome a mí con la diestra—. Más te vale que después de que yo pregunte «a quién», la respuesta no sea Héctor, porque entonces...

—¿Héctor? —Elena bufó—. Eso es parte del pasado. Historia. El ayer. Caduco. —Giró la cara. Me sonrió, un tanto bobalicona—. Qué guapo estás... ¿De qué dices que eres médico tú?

—En realidad soy...

Cayetana chascó los dedos.

—Elena. Focaliza. ¿A quién te has tirado? ¿Y cuándo? ¡No te he perdido de vista ni un segundo!

—A Isra. —Y levantó bien la barbilla, como si hubiera soltado el nombre de algún dignatario que nos debiera sonar—. No tengo ni idea de quién es, en serio.

Ayudante de... algo. Bajó los instrumentos de la banda y luego las cajas del *catering*. Iba por ahí cargando cosas. Es un... un cargador, creo. Como los del móvil.

—Y tú te has acostado con él. —Cayetana enarcó una ceja—. Tú, que pides análisis completos, serología y un mínimo de cuatro meses con doce citas antes de dejarte tocar una teta.

—Sí. Lo he hecho. ¡Soy una chica mala!

Que además se estaba poniendo verde. Caye y yo intercambiamos una mirada elocuente y un asentimiento leve. Pobre chica. Las vi irse juntas, probablemente a algún baño cercano —o palmera retirada— donde Elena terminara sus explicaciones y vaciara el estómago sin ser vista. Para cuando Caye volvió, la música había cambiado. En ese momento sonaba *My girl*, la pieza elegida para el baile del padre de la novia.

—Mierda, casi me lo pierdo. Enseguida estoy contigo.

Recogió el instante de Nina con nuestro padre. Las lágrimas de ambos, las sonrisas y los susurros de oreja a oreja que quedarían solo para los dos. Pronto, yo mismo reclamaría a la ya esposa para dar algunos pasos. Pero antes tenía que sacarme de dentro aquella espina, porque no me dejaba respirar.

—Cayetana... Necesito hablar contigo.

—Pues con esta música va a estar complicado. —Me sonrió por encima del hombro—. Oye, ¿sabes quién es el tal Isra? Sé que Morrison ha traído a mogollón de colegas de sus historias del medio ambiente para hacer el trabajo pesado, pero no me he quedado con sus nombres.

—Preguntaré, si es importante para ti. Ahora ¿podemos...?

Dejó la Nikon en la mesita más cercana y me echó los brazos al cuello. Por costumbre, miré alrededor, preguntándome si alguno de nuestros padres nos observaba, si alguien estaría sacando conclusiones o si todo eso no importaba en realidad. Mis sentimientos eran en ese momento una caja de Pandora que me había reventado dentro, y lleno de demonios, de frustración y de un amor callado durante demasiado tiempo como estaba, ya me daba igual quién nos viera y lo que tuvieran que decir.

Era yo el que necesitaba hablar, aunque estuviera convencido, porque lo estaba, de que las respuestas recibidas no me iban a gustar.

—¿Sabes qué me ha dado envidia? —El cuerpo de Caye se meció contra mí, en un baile demasiado privado para compartirlo en la pista central—. Que alguien haya tenido sexo y no hayamos sido nosotros.

—Bueno... Habida cuenta de que esto es una boda, cabe esperar que haya mucho más sexo.

—Dios, me pones tantísimo cuando eres así de redicho y pedante... —Se acurrucó en mi pecho un segundo. Cerré los ojos—. Mientras llevaba a Elena a un sitio para que pudiera vomitar, he visto un par de escondites muy apañados. ¿Quieres conocerlos?

—¿De camino al vómito? No parece muy atractivo.

—Yo haré que lo sea. —Deslizó sus manos, apretándose contra mis caderas. Mi erección, traidora, amenazó con reaccionar justo allí. En ese momento—. Hoy no me has preguntado qué ropa interior llevo.

Ardía en deseos, pero el anhelo era más. Siempre más.

—Hay muchas... muchas cosas que me he callado, Cayetana.

—¿Ah, sí? —Juguetona, sus dedos acariciaron mi pelo, rozaron mi barba y trazaron la curva de mis labios. Pero yo no quería jugar. Ni seguir escondiéndome detrás del conformismo—. ¿Y qué cosas con esas?

La así de la cintura. Su sonrisa me animó, aunque temí borrarla de un plumazo cuando la caja de mi amor se abriera por fin. Decidí arriesgarme. Por mí. Por ella. Porque la verdad siempre merecía la pena. Porque lo que sentía era demasiado grande. Demasiado importante.

—Que estoy loca y profundamente enamorado de ti, que siempre lo he estado. Que te quiero y que te quiero más cada día.

Empalideció, y a mí me ganó la pena.

—Jesús...

This is the end

Beautiful friend

This is the end

My only friend, the end

—Te he querido desde el día en que naciste, Cayetana. —Fui capaz de sonreír ante el recuerdo—. No sé en qué momento me enamoré de ti, solo sé... que he pasado mi vida adulta cuidándote porque era la única forma que tenía de demostrar que... era yo. Que debía serlo, aunque tú no te dieras cuenta.

Me incliné. Mis labios rozaron la suave comisura de los suyos. Cayetana tenía los ojos muy abiertos, sus pupilas se movían sin cesar, observándome con cien

preguntas en su interior, incapaz de decidir cuál exhalar primero. Imaginé todo lo que debía de estar cruzando su cabeza en esos momentos: los rechazos, las continuas negativas, las justificaciones que ahora caían en saco roto al mostrar yo una verdad que le había mantenido oculta mucho tiempo...

No acertó a decirme nada. Tal vez no supo cómo. O no quiso hacerlo. A lo mejor yo no le di opción, con la intensidad de mi suspiro al soltarla despacio, al saber que pronunciando aquella sentencia me la arrancaba por completo porque exigía algo que ella, por como era, no iba a poderme dar.

*C'mon baby, take a chance with us
And meet me at the back of the blue bus*

—Siento mucho haberlo estropeado —susurré, sin intentar imponerme a la música. La melancólica voz del vocalista de los Doors me acompañó en la despedida, arropándome como un viejo amigo que conocía bien a qué sabía una despedida—. No era suficiente con hacernos la convivencia un infierno, y caer en la tentación parecía lo más lógico, ¿verdad? Tal vez rascándonos el picor, este desaparecía.

—Nunca, jamás, has sido eso para mí, Jesús. Un picor que rascar.

Se declaró ofendida, como es natural. Mi Cayetana Hernández. La eterna chica de al lado que peleaba hasta cuando la batalla era una que no estaba preparada para ganar. Estiré la mano para rozar su cara, para mirar sus ojos rasgados con la suavidad de mis dedos. Para olerla con íntima fruición.

—Quiero más que todo eso, Caye. Lo quiero todo. Eso. —Señalé la pista, el entoldado. Las mesas, a los novios, el altar tallado—. El compromiso. La estabilidad. La segura certeza de que todo es... seguro. Y para siempre.

Sus ojos brillaron cuando sujetó su mano y la colocó, Dios me ayude, a la altura de su corazón. El latir desbocado pareció acompasarse para los dos.

—No lo parece, Jesús. —Carraspeó. Aquello le costaba la vida misma, y su incomodidad me conmovió. Si debía ser, no tendría que resultar tan difícil, ¿verdad? —. No sé expresarlo, y puede que demostrarlo tampoco. No puedo ofrecer seguridad ni... firme estabilidad, pero sí decirte que tienes de mí todo lo que sé y soy capaz de dar... —Apretó mi mano, casi con ira—. ¿Lo entiendes? Todo lo que puedo... ¿Es que no te vale con eso?

Aquello cuanto yo era, cuanto soy y seré, pugnó para que gritara que sí.

Pero no pude hacerlo.

*It hurts to see you free
But you'll never follow me
The end of laughter and soft lies
The end of nights we try to die
This is the end*

—Me temo que no. —La besé en la frente, porque mirarla a los ojos me haría flaquear—. Te quiero demasiado para poder hacerlo menos, porque mostrarte todo lo que significas para mí te asustaría. No serías tú misma, Cayetana. Y no puedo amarte así. No es justo para ti.

Tampoco lo era para mí. Terminamos aquel baile amargo y luego acudí junto a Nina, a quien fui capaz de otorgarle una sonrisa llena de buenos deseos antes de darme la vuelta y alejarme; porque el egoísmo en ese momento me salvó de romper a llorar como un niño. Si amar era tener fe, una parte de mí esperó que me impidiera marcharme. Si amar era renunciar, esperé que no lo hiciera y dejara las cosas como estaban.

Si amar era sufrir, yo desde luego amaba, porque el corazón roto me acompañó hasta que encontré un lugar tranquilo donde lamentarme a solas; porque al final mi mentira principal había demostrado tener fundamento: Cayetana y yo no estábamos hechos para convivir, porque nuestras diferencias no encontrarían jamás un punto de unión donde ambos pudiéramos ser fieles a lo que queríamos sin renunciar al otro.

¿Qué me quedaba, por lo tanto?

Quererla para siempre y aceptar que aquel era el final.

DIME QUE ME QUIERES, DÍMELO

CAYETANA

Fran Perea, que es un poeta y un genio de las emociones humanas de nuestro tiempo, se declaró en la serie *Los Serrano* a través de un fotomatón. Las imágenes de los carteles que le cubrían la cara expresaban sus sentimientos, porque le parecía que las palabras eran demasiado burdas y poco exactas para que Eva, su gran amor, pudiera entender que el destino de ambos era estar juntos.

La primera vez que vi la escena me pareció el momento más romántico del mundo, aun cuando yo no comulgaba demasiado con ese tipo de cosas. Y todas las veces posteriores me reafirmé. No había inventado el hombre una forma más emocionante y preciosa de declararse; y hasta sentí envidia de la chica que sería, en la vida real, destinataria de semejantes atenciones.

Hasta que Jesús se me abrió en canal durante la boda de Nina.

Con Jim Morrison cantando de fondo, nada menos.

Ahora, una semana después del suceso —igual soy un poco dramática, pero es que así fue como lo sentí—, la sensación de flipe seguía intacta. Es que no podía dar crédito. Aquel había sido un día de muchas emociones, de cambios, de dar un paso determinante hacia una vida nueva. Mi mejor amiga se casaba y su realidad iba a cambiar de forma inexorable; ¿de verdad era necesario que Suso escogiera precisamente ese día, ese, y no otro, para romper con todas las promesas, listas de prohibiciones y negaciones que nos habían acompañado desde el principio de aquel lío? Y repito, por si a alguien todavía no le ha quedado claro, ¡con Jim Morrison cantando de fondo!

A mí no me parecía de recibo. Ni lógico. Ni con sentido práctico alguno. Vamos, que, por no ser, no era ni propio de la persona que lo había perpetrado; con aquella voz profunda y los ojos inyectados en unos sentimientos tan potentes que a mí se me hacía complicado mirar. Sus manos en mi cuerpo, las titilantes luces de la pista de baile oscilándonos alrededor y ese halo de... felicidad irreal

que siempre acompaña a las bodas, donde todos sonrían y moquean, haciéndote creer que la alegría eterna es posible y la tienes ahí, al alcance de una manita bien estirada.

Pamplinas.

—No puedo creer que haya hecho eso, no... ¡no puedo creerlo!

Una semana después he dicho, ¿verdad? Nueve días y veinte horas para ser exactos. Porque sí, las contaba. Como una obsesa, además.

Tras eyectar su bomba emocional, Jesús había cumplido con el baile con su hermana, el brindis y las últimas fotografías, que tuve que hacer yo con la sensación de que me ahogaba en las palabras que no me había dejado pronunciar. Cada disparo de la cámara era como una despedida pequeñita que se iba materializando, porque de algún modo sabía, intuía en lo más profundo de mi ser que una vez la fiesta tocara a su fin también lo haría mi mundo conocido. En lo que a Suso respectaba, al menos. Y, por supuesto, no me equivoqué.

Fue el único miembro de la familia que no hizo noche en el chalet; en lugar de eso, condujo hasta Vallehermoso y se perdió de vista. Un par de mensajes asépticos, por mi parte y por la suya, pusieron fin de manera práctica y eficaz a una convivencia que había sido de todo menos eso. Adiós a las risas escandalosas al hacerle al otro una putada. Adiós a la pasión compartida en cualquier superficie. Adiós a la maravillosa e incomprensible sensación de estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Me trasladé de forma preventiva a mi antiguo apartamento en tanto Nina y Lucas estaban de viaje de novios, y allí, donde antaño tan en casa me había sentido, donde mi lugar en el mundo había empezado a enraizar... de pronto todo era distinto e incómodo. No olía como mi sitio, y, desde luego, no lo sentía igual.

—Otra vez dando tumbos, Cayetana... Tu jodido sino, de vuelta a la casilla de salida.

La diferencia era que esta vez me habían arrancado el tablero de las manos cuando apenas había empezado a disfrutar de la partida. Una completa injusticia, ¿verdad? Pues no había sido la única que me había caído, porque Jesús, con sus palabras inconvenientes en el peor momento posible, además de dejarme sin un techo seguro me había jodido Madrid.

Por supuesto, después del momento declaración incómoda, no me había quedado en casa lamentándome, ni rumiando mi malestar sin darle otra salida que la de reverberar contra las paredes vacías del piso. Desde luego que no. Servidora, después de reversionar todos los grandes momentos de Marcos y Eva,

se había echado a la calle, Nikon al cuello, para hacer lo mejor que sabía: descubrir la ciudad detrás del objetivo.

Lancé unas cuantas ráfagas, pero la luz no era buena. De hecho, el clima de finales de febrero parecía haberse confabulado en mi contra; el gentío tropezaba conmigo cada vez que me paraba a buscar un encuadre. De hecho, hasta un par de turistas me pidieron que los sacara fingiendo acariciar la cabeza de la Cibeles, rompiendo por completo mi *mood* y enviándome mi toque de vuelta a los confines del averno. Sin ánimo. Sin entusiasmo. Sin nada que me pareciera digno de convertirse en un momento capturado en medio de la vida cotidiana, volvía a casa cargada de comida basura y con los ánimos a la altura de mis botas, prometiéndome intentarlo al día siguiente, pero esperando conseguir exactamente el mismo resultado.

Poco a poco, el flipe y el malestar dieron paso a una pena que no me dejaba resignarme. Pasé por Vallehermoso a por ropa, y nada más cruzar el umbral, la esencia de Jesús me golpeó el raciocinio, haciéndose un espacio inmenso entre toda la maraña de sentimientos que me negaba a ordenar. Lo echaba tanto de menos que casi me faltaba el aliento. Añoraba oírle hablar, sentirlo prepararse para ir al trabajo por las mañanas, verlo ser organizado y obsesivo, moverse de un lado a otro, siempre hablando en voz alta, hasta cuando el tema era su trabajo, para que yo me sintiera integrada en la conversación. Echaba de menos sus besos y caricias. El sexo fabuloso donde, más que unir los cuerpos, entrábamos en otra dimensión donde no había nada que fuéramos incapaces de hacer mientras nuestras pieles se tocaran.

Comprendí, por fin y yo solita, que Madrid no tenía la culpa de haber perdido lustre, al igual que Barcelona tampoco antes que ella. El problema lo tenía yo, que me dejaba arrastrar por la angustia de no reconocer que me dolía tanto recorrer esas calles, porque ya no lo hacía con la certeza de tener a Jesús en mi vida. No era la ciudad la que tenía el problema, era yo. No era Madrid quien poseía los poderes que a mí me traían paz y felicidad, eran mis sentimientos por Jesús, guardados a buen recaudo, que se manifestaban ahí y lo llenaban todo, pero no para dejarme a mí sin nada, ¡qué va! Porque resulta que, cuanto más sentía por él, más se me ensanchaban los tanques. Más podía albergar. Más belleza encontraba. Más momentos rescataba.

Más Cayetana me volvía.

—Pero se ha ido... Dijo que no era suficiente, y se fue.

Quizá ese era el motivo de mi enfado. Y volví al piso de Nina, cargada con mi

ropa y mi tristeza, rumiándolo.

Jesús había hecho su gran gesto. Había lanzado su farol más épico sobre el tapete, y yo no pude más que componer un burdo intento de frases inconexas, porque me cagaba viva al comprender las implicaciones de lo que él me estaba diciendo. La seguridad. El para siempre. El todo. Él no tendría bastante con medias tintas; lo que habíamos compartido, ese placer sin ataduras, el sexo por las ganas y el deseo era dolorosamente poca cosa a colación de todo lo que él esperaba.

El problema, una vez más, era que yo no estaba hecha para dejar de ser una mujer a medio camino entre la vida civilizada y la selva más profunda. Igual que Tarzán en las películas de mi padre. ¿Cómo lanzarme? ¿Cómo aceptar lo que me pedía?

Pero ¿cómo no hacerlo si no estar con Jesús me estaba apagando?

—Él hizo su gran gesto. Porque eso es, ¿no? Siempre es así. Marcos y Eva. Y todos los demás... Siempre hay un momento donde el protagonista tiene que tirarse al vacío sin red y abrirse en canal, sin seguridad, lleno de pavor. Pero lo hace, y entonces... ¡entonces es cuando pasa!

Me levanté de un salto. Puse el sofá perdido de restos de galletas de dinosaurio. En Netflix seguía reproduciéndose *Coco*, pero en ese momento la nitidez me bañó el entendimiento, y aunque era noche cerrada, sentí el sol salir y la bruma disiparse. Allí, en el decimotercer día, comprendí lo que se esperaba de mí. Supe lo que tenía que hacer para recuperar mi pasión. Para que Madrid dejara de serme ajena. Para que Jesús volviera a estrecharme entre sus brazos.

—Es el momento de mi gran gesto. —Y como estaba segura, agarré el ordenador—. ¡Tengo que ser romántica y demostrar con un hecho apoteósico que todo lo que él ha dicho, que lo que quiere, puede ser verdad!

A toda prisa, acicateada de repente con una necesidad acuciante de no perder más tiempo, miré el calendario y después entré en la página de Renfe. Hacer la reserva no me costó más que unos minutos. La llamada a Elena de después duró casi lo mismo.

—¡Voy a hacer un gran gesto!

—¿Qué? ¿De qué...? ¿A qué te refieres?

—A Jesús y a mí. Voy a... voy a vivir mi gran momento romántico.

Se quedó alucinada. ¡Normal! Yo misma estaba como una moto.

—¿Estás segura, Caye?

—Completamente. —Era verdad, que conste—. Jesús es Madrid. Madrid son

las fotos. Yo soy la que encuentra los momentos; y los momentos están en Madrid con Jesús. ¿Lo entiendes? Tiene todo el sentido para mí.

—Yo... Me encantaría decirte que te sigo, cariño, pero ¿tú...?

—Sí, sé lo que conlleva. Sé lo que va a pasar. —Me calmé lo justo para respirar hondo—. Pero tengo que decírselo. Tiene que saber que soy capaz de cambiar en todo, que puedo ajustarme a lo que necesita para ser feliz.

De eso iba todo esto. Ya vería cómoirme acomodando a la nueva Caye. Lo importante era demostrarle que no iba a perderse nada por mí, que no iba a tener que bajar sus estándares ni conformarse ni contentarse. Yo no era como ese coche, algo que alquilar y sobre lo que darte una vuelta porque sabes que es una causa perdida.

Yo podía ser una compra segura. Por él.

Veis el error de mi planteamiento, ¿verdad? A mí me costó un poco llegar. Pero no nos adelantamos ahora, que estamos casi al final.

El 6 de marzo era el cumpleaños del señor Carvajal. Jesús estaría en Sevilla para la comida familiar, de la que habían dispensado a Nina, que en ese momento se encontraba en África de luna de miel. O eso esperábamos todos, porque conociéndolos, a ella y a su marido, eran capaces de estar grabando una serie documental, dirigida, producida y filmada por los dos.

No me habría extrañado nada que acabaran fundando el periódico africano de tirada nacional *Morrison*, pero volvamos a mi historia, que ellos ya han contado la suya.

Me personé en Santa Justa. Llevaba un regalo para el cumpleaños, muchas ganas de ver a mis padres y, sobre todo, ansiedad pura, diluida en sangre, ante la perspectiva de reencontrarme con Jesús, al que no veía desde la boda.

Por supuesto, había estado al día. Sabía a ciencia cierta de su trabajo y demás; pero poca información de sustancia se saca de mensajes de texto prosaicos sobre temas de la casa y pagos generales. Habíamos sido eficientes, que era un término que, a mí, en lo personal, no me definía para nada, poniendo metros de por medio y zanjando nuestro convivir por el bien de la paz grupal.

—Menuda memez —me dije mientras arrastraba la maleta—. Si todo lo que me dijo en la boda es verdad, no puede ser feliz ni tener suficiente. Estar solo, que vivamos separados, no puede ser lo que quiere.

Así que allí estaba yo, dispuesta a demostrarle que todo era posible. A punto de

protagonizar mi gran gesto romántico. ¡Fran Perea, donde quiera que estés mientras lees esto, envíame todo tu buen rollo!

Me bajé del taxi en Montequinto. Pagué la carrera y tiré de la Samsonite por el camino de piedritas. Vislumbré la puerta de mi casa, y con toda la morriña que sentía de mis quiosqueros, decliné la tentación de refugiarme en trinchera conocida hasta que pasara la tormenta. Yo tenía que ponerles fin a los rayos y centellas. Que el sol volviera a salir dependía de mí y de aquello que había ido a hacer. ¿Cuándo había sido Cayetana Hernández una cobarde? Jamás. Yo miraba al peligro a la cara. Yo era la que siempre se ofrecía voluntaria para ser la primera en exponer en clase, a la que vacunaban primero. No me achicaba. No me echaba atrás.

—Joder, cómo me tiemblan las piernas... Vamos, Caye, ¡vamos! Puedes hacerlo. Jesús es Madrid. Madrid son las fotos. Él ha tenido su momento, este es el tuyo para demostrarle... Para que sepa... Para decirle...

—¿Cayetana?

Era él. Él. Jesús. ¿Cuántas posibilidades había? ¡Era una señal! ¡Mi momento decisivo! ¡El fotomatón! Despacito, solté la maleta. Caminé dos pasos hacia adelante, sonriéndole un poco. Estaba más delgado, solo habían pasado un par de semanas, pero a mí me lo parecía. ¿Me habría echado de menos? ¿Su ciudad se había estado opacando también sin mí?

Dios... ¿Por dónde coño empezaba?

—Es... el cumpleaños de tu padre. —Señalé mi bolso con un movimiento de barbilla—. Le traigo un regalo.

—Estamos poniendo la mesa para la merienda. ¿Quieres..., vas a pasar?

Estaba incómodo, lo cual era normal teniendo en cuenta la naturaleza de nuestra última conversación. Por suerte... Bueno, él todavía no lo sabía, pero esa merienda iba a ser la más feliz jamás conocida por el grueso de las familias Carvajal y Hernández. ¡Para eso estaba yo allí!

Si es que lograba arrancar...

—Jesús, yo... tengo una cosa que decirte.

—Si es por el tema del piso, no te preocupes. He estado haciendo números y, bueno, es evidente que no vas a quedarte con Nina y Lucas una vez vuelvan de su luna de miel; yo puedo mirarme algo y arreglar las cuentas para...

—¿Qué? ¿Vas a... vas a irte de Vallehermoso?

Me miró. Aquellos ojos azules me podrían haber radiografiado las costillas sin ningún mecanismo médico.

—No puedo cancelar la beca a medias, no sería serio volverme antes de terminar, y, bueno, tampoco podemos seguir bajo el mismo techo, está claro.

—Pues ahí es donde el señor sabelotodo se equivoca. —Alzó una ceja. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Yo aproveché el momento de turbación para acercarme un poco más—. He estado pensando mucho, Jesús. Bueno, gran parte del tiempo la he pasado viendo series, comiendo mierdas y enfadada, pero... ahora sé cuál era el origen de ese malestar, y he encontrado el remedio para nuestros problemas. Para todos.

—Cayetana... Mira, estoy cansado, no te sigo y...

—¡Pues para de interrumpir! —Me reí. De histeria pura, lo juro. Me acerqué hasta que ya no pude hacerlo más. Le agarré la mano. Dios, su tacto era maravilloso—. Hiciste tu gran gesto en la boda, Susito, pero, como siempre, protagonizaste tu escena y luego mandaste bajar el telón sin dejar que los actores de reparto hiciéramos nada. Apenas me dejaste hablar.

—Me pareció que tu respuesta estaba muy clara.

Negué con la cabeza con fervor.

—Pues te pareció mal, porque no me dejaste hacerme a la idea, no me diste tiempo para que pudiera asimilar. Comprender. Pero ahora... Ahora lo he hecho Jesús. Y mi respuesta..., lo que tengo que decirte..., es que sí.

Se quedó igual. Una acelga hervida mostraba más entusiasmo que él en ese momento. Cogí aire, con fuerza. Vale, yo había necesitado tiempo; estas cosas..., lo de los grandes gestos... siempre deja a la otra persona un poco flasheada. Paciencia, Caye. Calma. Sosiego.

—¿Que sí... a qué?

Parpadeé. ¿En serio?

—A... todo. A lo que dijiste. Nosotros. —Tiré de su mano, a ver si espabilaba—. Nosotros, Jesús. El compromiso, la seguridad, el para siempre. Tú... tú eres mi Madrid. Mis fotos. Mi lugar... se me nubla sin ti, no encuentro el momento, porque hallarlo es..., supone estar contigo. Sé lo que necesitas para ser feliz, y sé que lo que necesito yo es encontrar el momento. Tú eres el momento. Esto. Ahora. Todo. Así que... sí.

—Porque crees que eso es lo que me haría feliz.

—No lo creo, ¡lo sé! —Llevé su mano a mi pecho, igual que había hecho en la boda—. Este es mi gran gesto, Jesús. Estoy aquí, delante de ti, diciéndote que sí, que puedo hacer lo que tú necesitas. Puedo ser estable y eficiente. Puedo ser práctica. Yo... puedo hacerte sentir seguro.

Estaba conmovido. Su mirada, su expresión... era extraña. ¿Tristeza? ¿Eso era? Porque me sonrió. Besó mi frente y bajó la mirada hasta nuestras manos unidas, pero cuando las soltó, cuando se apartó tres pasos... ¿Por qué se me hundía el corazón en el pecho? ¿Qué había hecho mal?

—Ay, Cayetana... No es verdad. Todo lo que dices, ese «gesto» del que hablas, es muy bonito, pero mentira. Todo es mentira.

—Jesús... Pero ¿qué dices? Yo no he venido aquí a mentir.

—No, morena. Has venido a decirme lo que crees que quiero oír, pero la verdad, la maldita y jodida verdad, es que las únicas palabras que necesito escuchar no eres capaz de pronunciarlas. Y ese es el problema.

No lo entendía, ¡no entendía nada, joder! ¿Por qué no acababa bien? ¡Era el momento! ¡Era el gran momento romántico! ¡No se supone que fuera así!

—Jesús, estoy tratando de decirte que mi compromiso contigo es tan firme que voy a cambiar en todo lo que sea necesario para que nos podamos amoldar, para que encajemos, para... ¡Joder! ¿Quieres hacer el favor de dejar de negar con la cabeza?

—¿Es que no te das cuenta, Caye? Tu gran gesto para comprometerte no vale de nada si no es tuyo de verdad. No puede empezar por ser así. Yo no quiero que cambies. No quiero que te conviertas en algo que se acople o encaje con lo que yo quiero. No serías tú. ¿Cómo iba a estar contigo sin ser tú?

—Porque estarías conmigo. ¿Acaso no vale con...?

La misma pregunta. La frase maldita. El punto de partida. El tablero, que se me escapaba de las manos otra vez.

—Me parece que ya conoces la respuesta a esa pregunta.

Y esta vez no fue solo el corazón de Jesús el que se resquebrajó. El mío lo hizo también. De hecho, es posible que se astillaran al unísono, porque el sonido se me clavó muy hondo y me dejó sorda para todo lo demás.

Me quedé sentada, en un parterre de flores justo en la bifurcación de las dos casas por un tiempo indeterminado. Él se despidió. Habló. Me rozó la cara con los dedos. Me deseó... qué sé yo, ¿lo mejor? ¿Que me diera cuenta? ¿Que comprendiera? No sé si pasaron horas. No sé si apenas aguanté unos minutos antes de darme la vuelta y poner pies en polvorosa, porque mi fracaso había sido tan humillante que se me habían quitado las ganas de fiesta, reunión y cumpleaños. Probablemente todo sucedió deprisa; recordarlo con detalle no era necesario. La pena fue mi compañera y me guio de la mano, juntas y solas las dos, hasta ningún lugar en concreto, porque ya no quedaban hogares que decorar con

luces titilantes, ni desayunos con olor a familiaridad. Había perdido lo que tanto miedo había tenido a abrazar, aquello contra lo que había peleado, la costumbre, la sosegada calma..., todo se me iba de entre los dedos, como gotas de agua que te empeñas en encerrar en un recipiente lleno de agujeros.

—Lo siento, Fran Pe... Te he fallado. No he podido... No he sabido...

Tu gran gesto de comprometerte no vale de nada si no es tuyo.

Pues era lo único que tenía; ¿qué más podía hacer? ¿Qué podía decir? ¿Cuáles eran las palabras que Jesús necesitaba? ¡Le había ofrecido estabilidad, seguridad, un para siempre!

—Hasta sin creer en él, creí que le estaba dando todo lo que quería...

Pero, claro, ¿y lo que quería yo? Supongo que al final siempre fue verdad, que dos personas tan distintas como nosotros no encontrarían un camino que transitar a la vez. Alguno de los dos iba a tener que renunciar a todo, ningún gesto épico sería real con esa base, ¿verdad?

Acuné la cabeza en el respaldo del asiento. Los sonidos conocidos, voces, maletas que se arrastraban, avisos por megafonía y la rozadura de las ruedas contras las vías hacían que me palpitara la cabeza. Ansiosa, cerré los ojos, me coloqué los auriculares y dejé que el par de lágrimas que había estado conteniendo brotaran. Allí, en el tren de vuelta a un Madrid incierto, podía ser honesta y ceder a la pena. Y también al alivio. ¿Qué habría sido de mí si él hubiera aceptado mi despropósito? ¿Cómo se hace una mujer de cero para dar de ella algo que no tiene dentro?

Perderlo a él o a mí. Qué dos únicas opciones más cabronas. Qué puto asco. Qué rabia, joder, ese dolor en el pecho, ese algo atascado que no bajaba ni subía, que me hacía toser y carraspear por no echarme a llorar como una niña que ha roto su muñeca favorita.

Empezó a sonar *Voy a pensar en ti* en mi reproductor; probablemente la peor elección posible dadas las circunstancias. Subí el volumen. Algo me tocó el hombro, pero ni me moví ni abrí los ojos. A veces hacerse la dormida empujaba a los acompañantes de asiento a darse por vencidos y buscar hueco en otra parte. Pero, por lo visto, en el cómputo de mis desgracias vividas aquel día, todavía había hueco para alguna más.

Removiendo el asiento, creando un caos atroz, una mole todavía desconocida se me sentó al lado. Me volvió a tocar el hombro. Soltó algo pesado junto a mis pies. Molesta, abrí un ojo, y fue todo el movimiento que tuve capacidad para hacer. Sus dedos, grandes, largos, ligeramente ásperos, tomaron uno de los

auriculares, sacándolo de mi oído y colocándolo en el suyo. A esas alturas yo lloraba a mares, igualito que al final de *Coco*, la peli que había dejado reproduciendo allí donde, por lo visto, no iba a volver sola.

Carraspeé, sacando las palabras del fondo de un diafragma que se me había quedado seco.

—Creí que siempre viajabas en avión.

Jesús me sonrió, recostando la cabeza junto a la mía. Cuando nuestros dedos se entrelazaron, mi mundo cabeza abajo recobró la perspectiva.

—Pensé que aunque tu planteamiento estaba equivocado en varias cosas, habías hecho algo que yo no. —Me miró, y fue como si nos viéramos por primera vez—. No quiero que cambies, Cayetana. Necesito que seas tú porque es así como me he enamorado de ti, pero entiendo que, si esto va a pasar de verdad, tendremos que hacer ajustes. Los dos.

—Y has decidido viajar a Madrid en tren.

—He decidido que no pensaba dejar que te fueras sin rogarte que me perdonaras por ser un imbécil, sin repetirme lo que siento y sin decirte... ¿Por qué niegas con la cabeza?

Me reí, pero esta vez no fue de nervios. Bueno, puede que un poquito sí, pero el sentimiento predominante era mucho más bonito y brillante. Aterrador, pero muy real.

—Estoy muy asustada, Jesús. Estoy muerta de miedo, no sé cómo vamos a hacerlo, cómo vamos a contárselo a todos, cómo nos vamos a llevar ni lo que vamos a hacer para poder vivir juntos sin que la vida misma se nos convierta en un infierno. —Respiré hondo, así más fuerte su mano. Desde el reproductor, Fran Perea me dio el empuje—. Lo único que sé es que así, como soy, con lo que tengo, te quiero, Susito Carvajal. Te quiero más allá de mis posibilidades, como hermano de mi amiga, como vecino insoportable, como amante, como tío que hace el mejor café del mundo y hasta como entrometido organizador de vidas ajenas —su suspiro lo llenó todo, hasta a mí—, da igual la faceta que interpretes o el nombre que decidas ponerte. Te quiero.

—Pues con eso, Cayetana, es más que suficiente.

Apoyó la cabeza en mi hombro. La canción tocó a su final. No hablamos más durante el viaje. No se hicieron planes ni se tomaron decisiones. Solo... nos quedamos allí, dos personas enamoradas que por encima de todo deseaban pasar el resto de sus vidas juntos. Cómo, dónde y en qué términos, ya se vería.

Nuestro gran gesto romántico sería tenernos día a día. Y nos valía con eso.

PRIMER EPÍLOGO

SUSO

Es difícil describir la felicidad.

Uno tiende a pensar que son momentos puntuales, arañazos a la realidad donde todo parece estar en su sitio y ningún problema es capaz de alterarnos. Es una posibilidad.

Para mí, sin embargo, la felicidad era aquello que estaba viviendo. Lo cotidiano. El día a día. La certeza de que, por mal que fuera todo, en el trabajo e incluso de puertas para adentro, al llegar a casa la tendría a ella. Cayetana. Mi amor. Mi alegría con nombre de mujer.

Bastante ñoño, ¿no es cierto? Por favor, permitídmelo. Con ella intento comedir un poco mis arranques de romanticismo, y por algún lado me tienen que salir.

Os debéis de estar preguntando cómo nos fue después de lo del tren. Bueno, os contaré un poco tal como yo lo recuerdo.

Nuestro primer año de convivencia como pareja resultó una *gymkana*. Y es que no me había quedado corto al imaginar que los dos íbamos a tener que hacer ajustes y poner de nuestra parte. Mucho. Muchísimo. De hecho, Caye se tomó tan en serio aquello de no variar su esencia que se volvió un tanto rebelde en cuanto a lo de conciliar. Vamos, que se negó de pleno, en un principio, a hacer concesiones por su parte.

Os daré un ejemplo. Aunque podría ofrecer miles.

—Vamos a ver, Cayetana...

—Que no, Jesús, que no. Me encanta mi habitación. Es el mejor dormitorio de la casa, el más fresco y mejor orientado, ¡y mira qué cabecero forjado! Me niego a cambiarlo.

—El otro es más grande. Somos dos personas.

—Que no ocupan tanto espacio cuando siempre duermen la una encima o dentro de la otra.

Me crucé de brazos, mirándola. Ella hizo lo propio. Levantó la barbilla, en ese gesto que normalmente me desarmaba y terminaba desembocando en mucha y gloriosa intimidad, aunque en ese momento me sacara de quicio.

—Caye, los dos, con nuestras cosas, no cabemos aquí.

—Pues lo dejamos todo como está.

Fruncí el ceño. Ah, no, no pensaba ceder terreno con la de años que me había costado arar una parcelita. Ni de coña.

—Me niego a dormir separado de ti. Bajo ninguna circunstancia.

—¿Ni cuando discutamos? —Negué con la cabeza—. ¿Ni cuando esté con la regla o haya cenado garbanzos y me den gases?

—Ninguna circunstancia es ninguna. Aunque vomites. Aunque te llenes de granos. Aunque uses un pijama de cuerpo entero forrado de felpa, peses trescientos kilos y no puedas asearte. —Me acerqué, acariciando su mejilla—. Dormiré contigo siempre.

—Jo... Pues sí que debes de quererme mucho. —Sonrió, dejándome creer que tenía esperanzas de ganar—. ¿Cómo lo has escondido tanto tiempo?

—Porque he sido muy promiscuo para disimular. —Me arreó una torta en el bíceps. Fingí que me dolía—. Entonces... ¿nos mudamos de habitación?

—¿Qué? ¡No! ¡Me encanta esta, es la mejor de la casa!

¿Cómo logré convencerla? Haciéndome con un par de burros de estilo *vintage* para la ropa que la volvieron loca y que casualmente monté y anclé al dormitorio principal. El suyo lo dejamos como despacho, un cuarto anexo donde pudiera trabajar en sus fotos. Eso sí, mantuvimos la fabulosa cama con cabecero enrejado. Admito que le encontramos un buen uso.

Con todo lo que suponía amoldarse a ser pareja de una persona como Caye, lo más difícil no fue, en realidad, hacerme a ella. La conocía y amaba como era, y ya llevábamos un tiempo viviendo juntos, de modo que, más o menos, fue fácil. Lo realmente complejo fue hacer partícipes a nuestras familias del sustancial cambio que había tenido lugar en nuestras vidas. Nunca fue mentira que me preocuparan sus reacciones, y por más amor e intenciones de compromiso que tuviéramos, las relaciones siempre podían ir mal. Los Carvajal y los Hernández habían sido núcleo sólido desde muchos años atrás: una mala decisión que obligara a padres a ponerse del lado de uno de los dos podría enrarecer el ambiente.

—Hay que pedirles que nunca, jamás, por ningún motivo, opinen en nada.

—Estoy de acuerdo.

Caye asintió satisfecha, recostándose en mi pecho el día que lo hablamos.

—Esperaremos a que Nina vuelva de la luna de miel: con suerte lo hará embarazada y eso distraerá un poco la atención.

—No pienso esperar a que mi hermana conciba para contar a nuestras familias

que somos pareja. Y ahí soy inflexible.

Me bufó, como un gatito enfadado.

—Tú eres inflexible en todo.

—He venido desde Sevilla en tren.

—Una vez, Jesús. ¿Vas a contar esa anécdota toda la vida?

—Ese único viaje vale para demostrar que no soy nada inflexible. ¿Cuántas veces lo has hecho tú en avión? A ver, contemos... Sí, me parece que ya hemos acabado: cero.

Me agarró la mano derecha y la colocó en sus tetas. Apretó. Se me secó la boca.

—Sigo siendo la que más discusiones ha ganado.

—Eso no te va a valer siempre.

En casa hubo menos sorpresas de lo que esperábamos. De hecho, cuando mi hermana y su flamante marido volvieron y fueron los primeros en enterarse — por la lealtad de las amigas—, toda la reacción de Nina fue extender la mano con la palma hacia arriba, hacia un molesto Lucas, que bufó, sacó la cartera y, para nuestra sorpresa, le puso un par de billetes de cincuenta entre los dedos.

—Te dije que no pasarían de este año —sentenció mi hermana, sonriendo detrás de sus inmensas gafas de sol—. Ahora, no os perdono que lo hayáis hecho mientras yo no estaba, capullos.

—Llevábamos haciéndolo mucho tiempo, tía. Esto ha sido solo, ya sabes, actualizar la política de privacidad de nuestros términos y condiciones.

—Me encanta cuando te pones romántica, Caye. —Le sonreí—. Y no sé si me divierte o me espanta que apostarais pasta por lo nuestro.

—A mi me jode haber perdido. —Lucas se encogió de hombros—. Después de tantos años, coño, ya podríais haber esperado un par de meses más.

Cayetana y yo nos miramos con un gesto cómplice, participando de la broma solo a medias. ¿Esperar? Imposible. Una vez abierta la caja de Pandora, aquello ya no había quien lo parara, como nadie pudo parar las elucubraciones de mi madre, que veía ya tabiques echados abajo y casas conectadas con una especie de puente atravesando los jardines. Fiestas familiares donde el núcleo por fin fuera uno solo, ¡y poner techo al patio en vez de recurrir a los toldos, porque con dos hijos emparejados, los nietos seguro que no tardarían en llegar!

—Por favor, dime que no vas a echar a correr —le susurré a Cayetana la primera vez que viajamos a Montequinto como pareja. Ella me cogió la mano. Con la otra sostenía el vino—. O, por lo menos, que si lo haces, me avisarás antes.

—Susito, te prometo que si huyo, tú lo harás conmigo.

No sé si fue el agradable sopor que se apoderaba de mí después de degustar uno de los guisos de mi madre, si el alcohol lo había propiciado o si el poder, completo y absoluto, había estado en las palabras de Cayetana, pero en ese momento me sentí invencible. Tenía la seguridad y el para siempre, aun cuando lo lógico era vivir un día a la vez y no precipitarse. Escucharla tan segura, sentir sus dedos firmes entre los míos y dejarme emborrachar por su mirada llena de amor me daban la confianza que había necesitado. Remar a su lado era todo cuanto necesitaba. El resto, estaba seguro, llegaría en su momento.

Ya no me sentía ansioso por alcanzar ninguna meta. Ahora solo me apetecía relajarme en el asiento y disfrutar del camino con mi copiloto de vida.

¿Dónde lo haríamos? Esa fue otra interesante cuestión.

Cayetana se permitió un parón de tres días en su maratoniana gira por Madrid en busca de los momentos perfectos; y aunque me arrastró con su cámara, consintió en que las instantáneas de nuestra primera escapada como pareja quedaran solo para nosotros. Escogimos como destino Barcelona. ¿Por qué? Bueno... Mi chica tenía una deuda con la ciudad condal; a estas alturas sabréis ya lo pesada que se pone con esos temas.

—No fui justa, ¿vale? Vine triste, pensando que tenía que asumir que nunca íbamos a tener nada. No podía dejar las cosas así.

—Pues ahora es tu momento de hacer las paces. —Y en el paseo de Gracia solté su mano—. Discúlpate y disfruta.

Visitamos el Tibidabo, el parc Güell y hasta me dejé convencer para medio día de absoluto disparate en Port Aventura. Cayetana vomitó al bajarse del Dragon Khan y yo, estoico como un jabato, fui lo bastante poco caballeroso como para restregárselo.

—Las montañas rusas no son lo mío —susurró, verdosa y con un sudor frío bañándole la sien.

—¿No te dije que comieras después? A veces ser organizado tienes sus ventajas.

No me replicó, y lo tomé como una victoria. Una vez dormimos y su estómago se asentó, nos fuimos a su antiguo estudio de fotografía, aunque, por desgracia —creo—, estaba cerrado por vacaciones. Caye también quiso pasar por su antiguo piso, aunque, por razones ajenas a mi comprensión, se negó a llamar al timbre.

—Hay cosas que es mejor dejarlas estar —dijo en voz baja, mirando hacia las

ventanas de la fachada—. No sé qué habrá sido de Candela, pero la recordaré tal como estaba cuando me marché.

—¿Feliz y enamorada?

Su sonrisilla malévola me dijo que esos no eran los adjetivos que pensaba usar...

—Digámoslo así. ¿Seguimos paseando? —Sus dedos encontraron los míos. Encajaron como un guante—. Barcelona es preciosa cuando cae el sol.

«Al contrario que tú —pensé—, que lo eres a todas horas del día».

Cuando cumplí el año como becario de enfermería pediátrica en el Gregorio Marañón, llegó la oferta de empleo. Había esperado que me la hicieran, pero en ningún momento dentro de mis sospechas supe qué responder. El Hospital Universitario Virgen del Rocío era mi casa. Sevilla era mi casa, donde residían mis padres, había estudiado y hecho gran parte de mi vida adulta. En Madrid tenía a mi hermana y posibilidades de crecer laboralmente... y a Cayetana, que no se pronunció en ningún momento, para dejarme el peso de la decisión sin coartarme de ninguna manera.

—Sé que tú necesitas vivir aquí. Es tu sitio feliz. Donde encuentras el momento.

—Puedo hacer fotos en cualquier lugar, Jesús. —Se sentó a mi lado. Su mano recayó en la mía con una familiaridad que era cada día mayor—. Lamentaría dejar la ciudad porque considero Madrid el centro del mismo universo, pero he descubierto que no tiene tanto poder como creía. Ese está, en realidad, en aquellos que cruzan sus calles conmigo, aunque se empeñen siempre en hacerlo por los pasos de peatones por esa absurda idea de no arriesgar la vida en vano.

La besé, mordiéndome una sonrisa y sus labios a la vez.

—Cuidado, Caye... Estás a un paso de ponerte romántica.

—Caca, culo, pedo, pis. —Pero me devolvió el beso. Y los ojos le brillaron—. Aquí tienes más opciones laborales, pero eso ya lo sabes, no eres tonto. La cuestión es: ¿dónde te haría más feliz vivir?

Era una respuesta muy sencilla. Tiré de ella hasta sentármela en el regazo.

—Entre tus piernas.

—Idiota. —Pero le encantó. Creedme—. Eso ya lo tienes; ahora estamos hablando en serio, siendo realistas y prácticos, todo eso que te pone tan cachondo. Mira por ti, dentro de ti, egoístamente y sin pensar nada más: ¿dónde quieres vivir y trabajar, Jesús?

SEGUNDO EPÍLOGO

CAYETANA

Escogió Madrid.

Sé que por una parte lo hizo por mí. Y no es egocentrismo, es que lo conozco. Aquella decisión costó mucho porque, al habernos ido Nina y yo tiempo atrás de Montequinto, Jesús se había quedado como hijo único de dos familias, que ahora se veían solas en el pueblo. Por supuesto, tan pronto todos los implicados fueron informados de la decisión, se tomaron cartas en el asunto para asegurar que los quiosqueros y los taxistas no se vieran nunca sin representación durante mucho tiempo; y Nina estuvo por completo de acuerdo en poner de su parte.

Daríamos a nuestra familia la importancia que tenían, y el mejor modo de mostrarles respeto era no dejarlos fuera de nuestras vidas, por más que estas fueran confluyendo a unos cuantos kilómetros de distancia.

—Ahora no te quedarán excusas para no ir en avión de vez en cuando —me advirtió Jesús.

—Bueno... Mientras pueda oír a Fran Perea, supongo que todo está bien.

Y así, marcamos otro acuerdo más en nuestra interminable lista.

Él se incorporó al Gregorio Marañón como enfermero pediátrico y yo seguí a lo mío: fotógrafa *freelance* de eventos de toda clase y captadora oficial de momentos. Amplié miras y tragué mucha bilis por el bien de mi economía doméstica —que ahora era conjunta, porque, ¡qué os parece!, me estaba volviendo una mujer adulta y todo—, así que hice un par de trabajitos más para el *showroom* de Elena.

Como decía siempre Suso, íbamos aprendiendo día a día. Poco a poco. Despacio, en plan Luis Fonsi; pero, claro, aquello era la vida real, y en esa, ya lo sabréis bien, no todos los momentos son bonitos. Uno de los peores que recuerdo tuvo a Elena como protagonista, cayendo otra vez con Héctor. Me enfadé tantísimo... Me avergüenza decir que estuve días sin hablar con ella cuando me lo confesó, pero nos reconciliamos: era una mujer rota por los cuatro costados, y no merecía que me mirara el ombligo ni le diera lecciones cuando todo en su vida se tambaleaba de la manera más fea posible.

—Te necesita —me dijo Jesús, que estuvo conmigo cada segundo, haciendo de

roca suplente para que yo pudiera actuar de apoyo principal—. Y sé que va a tener lo mejor de ti. De todos nosotros.

—La levantaremos —aseveré—. Entre todos la echaremos adelante. Eso lo prometo.

Abril trajo calor. También aguas mil. Y un montón de nuevas oportunidades. Jesús escaló posiciones en el hospital, aunque todavía estaba lejos de ostentar un puesto como el de jefe de pediatría que había tenido en Sevilla. Desde Getafe se frotaban las manos para tenerlo, y yo me temía que aquellas excursiones y asistencias médicas cada vez más continuadas terminarían por hacerse permanentes.

—Eres como un futbolista de élite, te quieren fichar en todos lados.

—Sería un cambio considerable. De responsabilidad y sueldo. —Y me miraba de soslayo, como cada vez que salía el tema—. Cuarenta minutos diarios en metro no es algo que me apetezca.

—Y quedarte entre semana es un no, porque bajo ninguna circunstancia dormirás lejos de mí.

Sonrió, sacudiendo la pasta mientras yo removía la salsa en la vitrocerámica, concentrada única y exclusivamente en que no se me quemara... otra vez.

—Si me ofrecieran algo...

—Que te lo van a ofrecer.

—Si así fuera... —Me abrazó por la cintura—. Igual sería momento de mirar otra casa, algo, a lo mejor, un poquito más... con opción a compra.

—¿Como el dichoso Mazda deportivo?

Sentí su sonrisa en mi nuca. Y luego su lengua... Huy, cuando usaba la lengua es que tocaba llegar a un acuerdo de los gordos.

—O una casa nuestra. Más cerca del hospital; donde, por cierto, me darían mejores opciones para el traslado si tuviera cargas familiares.

—Con un coche te pondrías en media hora. —Me giró, de modo que quedamos de frente—. ¿Y por qué me parece que eso de las cargas familiares se refiere a mí?

—Si estuviera casado, mi contrato tendría mejoras sustanciales.

La salsa se pegó. La cocina apestó a quemado durante una semana; pero ninguno de los dos se dio por aludido.

—Jesús Carvajal, ¿me estás pidiendo que me case contigo?

—Te estoy informando, de la forma más aséptica y eficiente que conozco, de que, si accedes a convertirte en una carga familiar para mí, nuestras posibilidades

de alquiler con opción a compra subirán y mi contrato de traslado será más goloso.

—Y esa es la mejor forma que has encontrado para sacarme el tema.

Sonrió. Se llevó la mano al bolsillo, y a mí se me paró el corazón justo antes de empezar a latirme con toda la fuerza del mundo.

—También puedo hacerlo de forma romántica: tengo el anillo desde hace quince días. Pensé que esta te asustaría menos. ¿Qué me dices?

—Que por tu culpa comeremos macarrones con salsa de bote. Y que me vas a dar una vejez de infierno.

Me agarró la cara y me besó con ímpetu.

—Yo también te quiero. Voy a llamar a Getafe.

—¿Perdón? ¿No habías dicho «si me ofrecieran algo»? ¿Por qué esa llamada suena, sospechosamente, a que la oferta ya ha llegado?

Se encogió de hombros, pulsando la marcación rápida de su móvil, porque, claro, Jesús tenía como diecisiete números «básicos» con códigos complicadísimos, porque le parecía mucho más eficaz que pedirle a Siri que hiciera la llamada por él. En fin... Nina me había enseñado que querer era conciliar, así que...

—A ti hay que darte la información con cuentagotas, mi amor.

Puse los ojos en blanco y me concentré en rehacer el acompañamiento para la comida. Almorcé llevando una joya nueva en el dedo, y me sentía rarísima, por no haberla tenido puesta antes.

Así pues, antes de verano, Jesús y yo nos compramos el Mazda deportivo, por fin. Bueno, lo compró a su nombre, pero como a la salida del concesionario nos perdimos por Guadarrama y, al parar en un pueblecito para pedir indicaciones aprovechamos para casarnos, me gusta decir que es de los dos. Lo hicimos con lo puesto, en el primer sitio donde no pidieron cursillo prematrimonial ni nada por el estilo. Casualmente, a la recogida del coche se habían venido Nina y Lucas, así que, mira por dónde, ¡teníamos testigos!

—Es imposible que ella crea que no has preparado esto de antemano —oí que Morrison le decía a Jesús—. ¿O es que viajas con las partidas de nacimiento en la cartera como norma general?

—A Caye le es más fácil aceptar los grandes cambios si parecen casuales, así que hemos ido a por el coche, y en la vuelta para probarlo, mira tú por dónde.

—Exacto, mira tú por dónde. —Le di a Jesús nuestro nuevo libro de familia—. Y esa es la versión que vamos a contarle a todo el mundo, y como pondrán el

grito en el cielo... ¿Nina?

—No voy a quedarme embarazada para distraer la atención. —Me abrazó con fuerza—. Pero me ha encantado ser tu dama de deshonor por casualidad, tía.

—Sí, ya... Mucho abrazo, pero tú única función, que es conseguir que nuestros padres no nos deshereden por haberse perdido esta historia, no piensas cumplirla.

Jesús me agarró de la cadera. Tenía pintada en la cara una sonrisa bobalicona tan cuqui que me daban ganas de comérmelo. Y de hacerle un poquito de burla también.

—Creo que puedo tener la solución para distender un poco los ánimos...

—Pues el grueso de la familia nos visita la semana que viene; ¿me quieres decir que ya has organizado algo?

—Cariño... Me parece que no sabes con quién te has casado. El sábado —y lo anunció muy ufano— nos vamos todos a la Tabacalera.

Morrison puso los ojos en blanco. Nina soltó uno de sus exabruptos de marinero.

—¡No me jodas, Jesús, que llevo casi un año sin fumar!

Como respuesta, él solo enfatizó su sonrisa, y a mí..., a mí el corazón, que ya estaba lleno, se me ensanchó.

—¿Qué has hecho?

—¿Recuerdas el dinero que no parabas de ingresarme y yo no podía devolvarte? —Fruncí el ceño—. He encontrado una salida digna para él.

—Jesús...

—Cayetana... —Me agarró de las mejillas. Deseé congelar en el tiempo la forma en que me miraba, allí, perdidos en la sierra, con la tinta del certificado de matrimonio todavía húmeda, junto a dos de las personas que más nos importaban en el mundo—. Si crees que ahora me quieres, espera a ver la sorpresa que he preparado como regalo de bodas.

—Pues te apuesto lo que quieras a que no supera a la mía.

Y ante mi petulancia, Jesús solo extendió la mano para sellar el reto. Yo le di un buen apretón, ufana, convencidísima de que tenía el triunfo asegurado, porque, a ver, la naturaleza de mi «regalo» tenía que ver con ciertas exploraciones de alcoba que todavía no habíamos probado... y que no podía quitarme de la cabeza. ¿Qué hombre se resiste a algo así? Yo misma estaba que no me aguantaba. Ganaría seguro, ¿verdad?

Pues no.

La Tabacalera, para aquellos que no tengáis el gusto de conocerla, es un centro cultural y de arte que se encuentra ubicado en la antigua fábrica de tabaco de Madrid. Se alquila para eventos de toda índole, incluidas... exposiciones fotográficas.

Un gran cartel en blanco y negro con una imagen de archivo mía y bajo el rótulo *Desde los bancos de Madrid* dio la bienvenida, un sábado de mediados de abril, a mi primera exposición. Creo que no he llorado tanto en toda mi vida. Literalmente. No pude parar. Desde la entrada hasta el recorrido de todos los pasillos, el local, con sus techos altos y sus arcos de medio punto, estaba sembrado con imágenes de lo más diverso, momentos capturados por mi Nikon cuando recorría las calles y las plazas de mi ciudad de adopción. Del único sitio en el mundo donde me había sentido a salvo. Del lugar donde había aprendido a aceptar el amor, abrazarlo y disfrutarlo sin temer que darme toda me dejara sin nada.

Allí, con mis padres y suegros, con mi mejor amiga y mi marido, rodeada de las imágenes que yo había creado, la plenitud completa me bañó, como un agua pura y fresca que cae de una cascada. Nada podía ser más perfecto. Nada había, en el mundo entero, que me faltara aquella noche. No podía desear más, salvo quizá...

—Hostia puta. —La copa no se me cayó al suelo porque, en lo que al alcohol se refiere, tengo unos reflejos de felino—. ¡Ay, la madre que me parió!

—¿Cayetana? ¿Qué pasa, estás bien?

Jesús me puso la mano en la espalda, pero yo negué con la cabeza, levantando bien el cuello y mirando entre las sombras de las personas que recorrían los metros cuadrados de la Tabacalera, observando las fotografías, comentándolas y —flipad en purpurina— hasta comprando algunas de ellas.

—Creo... No, estoy segura... de que he visto a Fran Perea.

—¿Qué dice? —Nina ocupó mi otro flanco—. ¿Qué pasa?

—Dice que Fran Perea está aquí —contestó Jesús.

—¿El de las canciones del tren? —Ese era Morrison—. ¿Dónde?

—¿Fran Perea, Caye? ¿Seguro?

Señalé hacia un punto inconexo justo frente a mí. Le di la copa a Nina, me remangué el vestido y eché a caminar. Me pararon un par de veces, me interceptaron otras, pero no me detuve porque... ¡Joder, era él, era él segurísimo! Llegué a una de las arcadas que daba al bar y entonces..., entonces, como su canción, me detuve. Detrás de mí, a la zaga, todos los demás.

Jesús levantó la cabeza, oteando al horizonte como un suricato adorable recién

salido de debajo de la tierra. Lucas inclinó la cabeza hacia el par de hombres de espaldas que tenía más cerca, buscando rasgos familiares en sus caras. Nina se centró en mí, cogiéndome la mano.

—¿Por qué paras? ¿No era él?

Le sonreí, mirándola radiante.

—Sí, sí que lo era. Lo sé. —Dejé la vista al frente, donde ya no había ni rastro—. Pero vamos a dejarlo en un... punto y aparte.

Ninguno entendió la referencia a la canción, pero tampoco hacía falta mientras lo hiciera yo. Fran había estado allí, lo sabía, y con eso era suficiente. Ya habría otras oportunidades; y quizá, hasta más exposiciones. Si algo había aprendido al dedicarme a la profesión que amaba y al amar al hombre con el que vivía, es que los momentos, si uno sabe buscarlos, siempre, siempre, encuentran el modo de llegar.

Después de todo, salvo ver el mar, ¿qué no podíamos hacer desde los bancos de Madrid?

AGRADECIMIENTOS

La novela número doce. ¡Doce! Madre mía... ¿Pero cómo es posible? ¿Cuándo ha volado tanto el tiempo? ¿Por qué? ¿Soy una señora? ¡No lo sé! Lo que está claro es que, esta vez, no voy ni a intentar ir al grano. ¡Ya nos conocemos suficiente como para eso!

Definitivamente, me rindo. He hecho esto doce veces, y sigue sin parecerme más fácil. Cuando pienso «Bueno, este proceso de escritura ha sido de esta o aquella manera, por tanto, enfocaremos la parte emocional de los agradecimientos de esa otra» fracaso de forma miserable. No puedo. No soy capaz.

Siempre que llego aquí siento tanto y de tantas maneras diferentes que nunca sé el tono que quiero darle; no logro expresarme de manera ordenada, y más que pensamientos poéticos y frases bucólicas que me hagan parecer una escritora seria, acabo vomitando sin orden ni concierto todas las emociones y gracias que me llenan el pecho cuando sé que el libro está a un pasito minúsculo de pasar de ser MI novela a la VUESTRA.

No tengo remedio. ¡Qué se le va a hacer!

Cayetana Hernández... es un torbellino. Un polvorín. La quise desde la primera línea, y me daba a mí en la nariz que los demás iban a pensar lo mismo. Loca, deslenguada, afín a las compras y a sus convicciones, tiene menos de mí que Nina, su predecesora, pero las alegrías que me ha dado escribirla quedarán guardadas entre ella y yo. Por eso, mi primer agradecimiento, chica de la Nikon, es para ti, porque llegaste cuando te necesitaba, para demostrarme que como escritora podía enfrentarme a retos aún más grandes y complejos, que podía visualizarte y hacerte real en un tiempo récord y que sumergirme en tu caos me ayudaría a salir con bien del mío. Eres una colega chachi.

Llegados a este punto, debo mencionar a Fran Perea, objeto de devoción y obsesión de Caye. Eres parte importantísima de este libro. Tú y tu música, que acompañarán al lector y a la protagonista a través de la selva de locuras que le va a tocar vivir. Moveré cielo y tierra para que recibas tu ejemplar. Ojalá lo leas desde los bancos de Madrid, mientras intentas ver el mar.

Recuerdo la etapa de escritura de *El amor es encontrar el momento*, convulsa. En mi vida personal ocurrieron muchas cosas: grandes despedidas y cambios

significativos que hicieron que esta novela se convirtiera en mi asidero. Mi firmeza por llevarla a buen puerto, sin que perdiera por el camino un ápice de gracia o chispa, me mantuvo cuerda en momentos donde me encontraba muy lejos de sentirme bien. Todo pasa, o eso dicen, y ahora puedo pelear en busca de la estabilidad sosteniendo esta historia en la mano y recordándome que, en medio de la adversidad, encontré el momento para ella. Para mí. Para la meta. Para el objetivo. Para sonreír cuando no tenía ni ganas ni motivos.

Hay muchas personas a las que quiero agradecer la existencia de este libro. Primero y más importante, a los lectores, que acogieron a Nina y se quedaron con ganas de conocer a la cafre de su mejor amiga; curiosos ellos, que sabían que lo de Suso tenía miga. ¡Y tanto que sí! Como que he tenido que cortar y recortar a base de bien, porque no veía manera de resumir todo lo que quería contar... Menos mal que Conchi siempre estaba ahí para indicarme dónde se me había ido la mano. Y Carlos, para decirme ese «Me encanta cómo escribes y apuesto por ti», y Rosana, que te da la bienvenida de nuevo a Phoebe y lo sientes como el abrazo más cálido del mundo. Tenía como meta para este 2019 ser una autora más presente y consolidada con ellos, y estoy orgullosa de que tengan, por el momento, tres títulos míos en su estantería de romántica. El placer, como siempre, es compartido. Me siento encantada de ser parte del elenco, ¡ojalá dure mucho!

Mención especialísima también a Tere, mi lectora más exigente y dedicada. Creo que sus ojos son siempre de los primeros en devorar cada novela que saco, y aunque sé que me tiene cariño, es lo bastante experta en novela romántica como para decir lo que piensa y pensar mucho lo que me dice. Sus opiniones me valen oro. Y por eso, su ejemplar es siempre de los más especiales. Gracias por seguirme desde el principio, y por conseguirle a Nina los parches de nicotina.

Quiero agradecer a este año todos los baches, las experiencias, los golpes, los aprendizajes, los conocimientos, las personas que llegaron, las que se afianzaron y las que me dejaron, las oportunidades que se presentaron y las que no, también, porque ya las pillaré.

A mi familia, que lo es todo para mí y en los momentos duros siempre se crecen. A todos los nombres propios que tienen un cargo y misión importantísima en mi vida, y es acompañarme siempre y mantenerme el corazón latiendo con su cercanía. Mami, papi, José Pablo, Samuel, David, mi mejor amiga. Mi Lugar Feliz. Porque sin ellos, para bien o para mal, nada sería igual.

Gracias, por una noche de oasis en medio de la tormenta, al farmacéutico más

guapo de Tenerife y alrededores. La canción más fea de la historia solo se salva porque es la nuestra.

A los que me dieron aquello que necesitaba y me quitaron lo que creí que era importante. Incluso lo malo, siempre, es digno de aprender.

Y a mi abuelo Orlando, que, aunque este año tuvo que irse, nos dejó un museo de recuerdos tan imborrable que nunca, jamás, nos abandonará del todo.

Gracias, por tanto, a todos.

Romina Naranjo

SINOPSIS



Cayetana, fotógrafa, sevillana y medio asiática, es toda ella un puro caos, siempre en movimiento, en busca de su verdadero lugar en el mundo.

Cambió Sevilla por Madrid, donde vivió una temporada con Nina, su mejor amiga, y donde tuvo un... encuentro con el hermano de esta, Suso, del que se promete no querer saber nada nunca más...

Suso es enfermero, ligón y encantador, y está cansado de perseguir a Cayetana por algo que pasó entre ellos, que comenzó bien pero acabó fatal.

Ahora Cayetana ha cambiado Madrid por Barcelona, y a Suso por otros, y todo va bien hasta que ambos reciben la noticia de la boda de Nina, donde tendrán que volver a verse.

El enfermero bombón, la fotógrafa caótica y un millón de momentos de locura. No enamorarse será la misión de ambos..., si es que deciden aceptarla.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



ROMINA NARANJO nació en Las Palmas de Gran Canaria el 24 de febrero de 1988. Su lado creativo se despertó muy pronto. Aprendió a leer con tres años y empezó a escribir pequeños cuentos y textos en el colegio.

La pasión por la escritura perduró en el tiempo y dio lugar a los primeros libros completos. Finalmente, en 2014, dio el paso a la publicación. Actualmente compagina sus mundos

literarios con su profesión de pedagoga y educadora infantil. Se define como tímida, metódica e imaginativa. Sus historias nacen de su capacidad para ver una historia de amor en cualquier rincón.

El amor es encontrar el momento es la tercera novela de la autora publicada en Pàmies, después de *Un matrimonio de anuncio* (2017) y *El amor es una montaña rusa* (2019).

Facebook: [RominaNaranjoOficial](#)

Twitter: [@RominaNaranjo88](#)

Instagram: [@romina_m_n](#)

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

UN MATRIMONIO DE ANUNCIO



Oliver Hamer, afamado publicista y reconocido *playboy*, se enfrenta a uno de los mayores retos de su carrera profesional cuando un titán mexicano de la industria automovilística se interesa en él para que dirija la campaña publicitaria de su nueva flota de vehículos.

El empresario, famoso por sus variopintas exigencias personales a la hora de cerrar contratos, tiene una única condición innegociable: solo trabajará con Oliver si demuestra ser un hombre centrado, recto y... casado.

Con apenas unos días para poner en marcha la oportunidad profesional que llevaba esperando durante años, Oliver cuenta con su labia y con Frannie, su

secretaria: tímida, inteligente y casi siempre invisible, gestiona con gran eficacia tanto la vida laboral como las «sandezas» personales de su jefe.

Con el engaño en marcha, Oliver y Frannie, convertidos ahora en el matrimonio Hamer, viajan a México para satisfacer las excentricidades del empresario del motor y conseguir el ansiado contrato. ¿Serán capaces de convertirse por unos días en un perfecto matrimonio de anuncio?

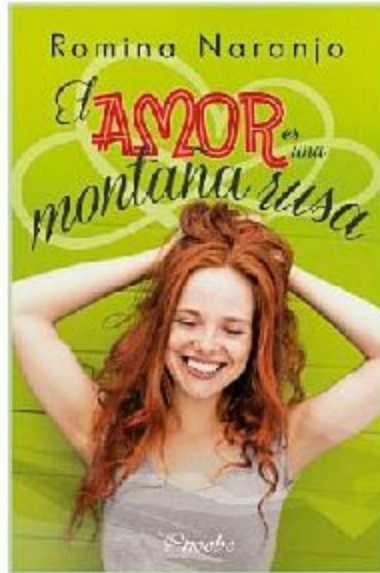
¡LEE LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE UMDA!



DISPONIBLE
EN
TODAS
LAS
PLATAFORMAS
DIGITALES

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

EL AMOR ES UNA MONTAÑA RUSA



Nina es un desastre. Y superdramática. Un torbellino de emociones locas. Todo le pasa a ella, que solo sueña con ser una periodista de verdad... mientras trabaja como guionista en un *reality* que se está viniendo abajo por momentos.

Un último error fatal la sitúa en la primera línea de fuego: pasará a ser la protagonista de un nuevo proyecto de telerrealidad que le augura fama y éxito a manos llenas... si obvia ciertos escrúpulos y a ciertas personas, como al cámara que la productora le impone, Lucas, un clon de Jim Morrison (más *hipster*,

y más guapo, y más irresistible, y más... buí) con el que va a chocar en todo, todo y todo.

La vida de Nina quedará expuesta ante la audiencia las veinticuatro horas del día, y entre idas y venidas llegará el momento de tomar decisiones importantes... o de dejarse llevar por la montaña rusa que es el amor.

¡LEE LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE EAEUMR!



PLAYLIST DE SPOTIFY
DE
EL AMOR ES ENCONTRAR EL MOMENTO

El amor es encontrar el momento
 25 canciones • 1 hora 16 minutos • 15 de febrero de 2023

#	Título	Artista	Duración
1	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
2	Amor	Amor	3:45
3	Amor	Amor	3:45
4	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
5	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
6	Amor	Amor	3:45
7	Amor	Amor	3:45
8	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
9	Amor	Amor	3:45
10	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
11	Amor	Amor	3:45
12	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
13	Amor	Amor	3:45
14	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
15	Amor	Amor	3:45
16	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
17	Amor	Amor	3:45
18	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
19	Amor	Amor	3:45
20	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
21	Amor	Amor	3:45
22	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
23	Amor	Amor	3:45
24	Amor eterno contigo	Amor eterno	3:45
25	Amor	Amor	3:45

